

FABIÁN PLAZA MIRANDA



MÁS
FRÍA
QUE
LA
GUERRA

minotauro

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Bethel, Nueva York...

1. Fierabrás

2. Conejos

3. Desvaríos de un enfermo

4. Chocolate con churros

5. La traición de las imágenes

6. Invitación no deseada

Interludio: ángeles de Dios

7. Uno de cada tres

8. La caída del muro

9. Protocolo 12

Interludio: fe

10. Riesgos

11. Do ut des

12. Una trampa

13. Renglones rectos

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Desde 1969, la humanidad ha sufrido, de manera aislada, el ataque de «malosviajes», unas indestructibles criaturas asesinas de otra dimensión. En 1989, el teniente Arturo Crespo, oficial de inteligencia del CESID, es elegido para una misión cuya credibilidad se encuentra a la altura del desprecio que le profesan su jefe y sus compañeros: conseguir que España entre en la Organización de Defensa Alterdimensional, el organismo que vela por la seguridad de los ciudadanos frente a ataques de naturaleza sobrenatural.

En un contexto de Guerra Fría, Arturo deberá unir fuerzas con los agentes parafísicos Callahan y Mazur para atajar los cada vez más frecuentes ataques de «malosviajes».

MÁS FRÍA QUE LA GUERRA



FABIÁN PLAZA MIRANDA

minotauro

En esta decimosexta edición del Premio Minotauro, Premio Internacional de Ciencia Ficción y Literatura Fantástica, el jurado, compuesto por Elia Barceló, Sabino Cabeza, Isa J. González, Pedro Roberto Jiménez y Antonio Runa, acordó conceder el galardón a esta obra, en Barcelona, junio de 2021.

Para Gore, Sofía y Nuria, a la vez transfers y kirlians en las que me apoyo.

Para Jan, a pesar de la distancia, con cariño ilimitado.

Y para quienes saben aceptar la otra versión de los hechos, aunque los deje en mal lugar.

BETHEL, NUEVA YORK

SÁBADO, 16 DE AGOSTO DE 1969

Paz, amor y menudo cuelgue. Los pies del Listo chapotearon por el barro con la gracilidad de un borracho. O para ser exactos, con la de alguien que llevaba varios días consumiendo más cosas de las que su cuerpo podía tolerar. Había perdido la cuenta. Alcohol, sí, de muchos tipos. Un poco de ácido. Y porros. Alguna pastilla. Ahora que lo pensaba, era un milagro que siguiera de pie.

Un milagro. Dios estaba con él.

La carcajada que soltó fue tan fuerte que varios *hippies* dejaron de prestar atención a la música y lo miraron con cierta desgana.

Tampoco era que un colgado en mitad de un viaje fuera tan raro por ahí. Dejó de reírse de su propio chiste, recuperó el aliento y siguió avanzando hacia el escenario, donde las sensaciones serían más intensas. Podría dejarse llevar hasta con aquellos tipos, los nosequé Dead; unos que hacían una mezcla de rock y folk. Al Listo le parecían tan malos como el escenario, que daba la sensación de estar a punto de hundirse por el peso del equipo, pero tampoco podía quejarse. ¡Estaban en una granja, joder! ¡Una granja! Era normal estar rodeado de animales.

Animales. Reprimió el impulso de volver a reírse y se centró en la música. Al menos, el gordo barbudo de la guitarra no lo hacía mal. Había estado bien lo del espontáneo, cuando un fulano había subido al escenario y había soltado un rollo sobre algo de la costa. Ni él mismo se entendía. Los de la banda se habían mirado en plan «¿qué cojones?», hasta que uno le había ofrecido un canuto y lo había sacado de en medio. Luego habían vuelto a sus coñazos de canciones.

En la oscuridad de la noche casi golpeó una roca con sus pies desnudos. El Listo llevaba las deportivas colgando al cuello, atadas por los cordones, como un atrapasueños de pesadilla, o como los pendientes de una diosa vuelta del revés, o... Uououooo... El mareo le hizo parar hasta asegurarse de que la Tierra había dejado de bailar.

Así. Mejor. Respirar hondo.

Lo llamaban Festival de Woodstock y el Listo no tenía ni puta idea de por qué. El pueblo no se llamaba así. Tampoco la granja. Pero oía el nombre por todas partes, entre los corrillos de

melenudos tirados en la hierba. La hostia de gente había ido a ver el espectáculo. Tantos que las carreteras estaban colapsadas y todas aquellas tiendas de campaña parecían una... a saber... una invasión marciana.

Una invasión apestosa. Los organizadores no habían contado con tanta gente, así que no había suficiente sitio para mear y cagar. Pero eso para los *hippies* no era problema, claro.

Pagar entradas tampoco. El aforo extra se debía a todos los que se habían colado, y colarse en mitad de un campo no era muy difícil, la verdad. El Listo había entrado así, dando un rodeo y saltando una valla que no habría podido frenar ni a una vaca. Por supuesto, había sido por hacer la puñeta. De haber querido, solo habría tenido que sacar el talonario de su padre. Pero eso le quitaba la chispa al asunto. La idea era romper todos los límites, hacer lo que se suponía que no debía, incluso hundir en el fango su apellido y —en especial— avergonzar al cabeza de familia.

Por desgracia, le daba la sensación de que el riguroso don Faustino ya no se escandalizaba como antaño con las tropelías de su heredero el bala perdida. La prueba estaba en que el viaje a Estados Unidos había corrido de su cuenta. Quizá se había percatado de que el Listo también podía gastarse el dinero y hacer el crápula estando en Madrid. Tal vez hubiera decidido que al menos podía ser útil que su primogénito aprendiera algo de inglés mientras dilapidaba la fortuna familiar con algunas frescas americanas. Seguro que en las reuniones sociales hasta presumía de que el Listo estuviera «estudiando en Nueva York».

Visto así, la fiesta se aguaba. No tenía la misma gracia si a padre le parecía bien. Joder con don Faustino. Era capaz de causarle bajones incluso cuando no estaba presente.

Resopló unas cuantas veces y volvió a caminar. Necesitaba encontrar un grupo de gente con la que mezclarse, como había estado haciendo todo ese tiempo. Al Listo se le daba muy bien congeniar, y su exótico aire de español le abría muchas puertas ante los multiculturales *hippies*. Aunque igual lo que necesitaba era tumbarse y dormir un rato. Estaba cansado, aún no se había secado del todo del chaparrón del día anterior, y con aquellas ropas de lino se sentía como si estuviera en una chirigota de los carnavales de Cádiz.

Joder. Ya era oficial. El bajón don Faustino le dominaba. Mejor buscar un sitio para echarse a roncar.

Quizá fueran imaginaciones suyas, pero la música de los pesados del escenario sonaba más y más entrecortada. Estaban perdiendo el ritmo. A veces era el bajo, a veces uno de los guitarristas, pero iban descoordinados. Qué malos eran, por favor.

Se fijó en que el gordo de la guitarra sacudía la mano y frunció el ceño. Le había parecido ver una descarga eléctrica. Sí. El gordo se frotaba la mano como si le doliera. Y los otros igual. Por eso se saltaban compases. Su equipo de tres al cuarto les daba calambres.

Je. Como se escapara una chispa en mitad de aquel escenario medio empapado lleno de aparatos, se podía armar una buena.

El Listo recuperó parte de sobriedad al mirar las caras del grupo. Todos parecían preocupados. Todos pensaban lo mismo que acababa de pensar él: «¡Pues parad el concierto,

joder!»». Pero no tuvieron tiempo.

Fue con el otro guitarrista, el delgado. En uno de los punteados se oyó un petardazo y, de repente, todo se apagó. Luces, sonido, todo. El estrellado cielo nocturno de la campiña yanqui volvió a reinar sobre aquellos cientos de miles de cabezas, incluso a través de las nubes. Quienes no abuchearon a los músicos se deleitaron con el acojonante espectáculo de la Vía Láctea. Un cuadro impresionista que, ahora que el hombre había llegado a la Luna, parecía al alcance de la mano.

Hasta que empezó el otro brillo: un resplandor anaranjado que iluminó todo de improvviso.

Primero pensaron que el fuego al fin había prendido; luego, el Listo se percató de que la luz venía de varios metros por encima del escenario. Y los incendios no suelen provocarse en mitad del aire. Cayó en la cuenta de que aquel fulgor poco tenía que ver con una combustión; era más bien una mancha amorfa, como una gigantesca ameba fosforescente varada frente a él. Y también estaba el ruido, una especie de zumbido rítmico, un vaivén sonoro que se oía cada vez con más claridad.

Entonces aparecieron las criaturas.

Surgieron atravesando la luz naranja, como si fuera una delgada membrana que hasta entonces las había contenido. El Listo no tuvo tiempo de preguntarse dónde, porque la imagen de los seres centraba toda su atención. Cada uno medía un par de palmos y tenía el aspecto de un negro insecto, con largas antenas en la cabeza, élitros negros y alas transparentes que provocaban el zumbido. Sin embargo, en vez de seis patas tenían ocho, y en sus mandíbulas se agitaban gruesos quelíceros peludos. En la cabeza, varios ojos de diferentes tamaños, algunos facetados y otros no, reflejaban los destellos azafranados del lugar. El Listo apenas notó una vaharada de olor a alcanfor antes de darse cuenta del alcance de lo que tenía ante sí.

Había decenas, cientos de aquellos animales. Y a cada segundo que pasaba más de ellos cruzaban la luminosa barrera.

Revoloteaban por doquier, con el pausado zigzag de las moscas domésticas, tan lentos que cualquiera habría podido atraparlos... si es que alguien hubiera querido llevar a cabo tan incomprensible tarea. Paseaban entre la gente o por encima de ella. Algunos se habían posado en el suelo y lo exploraban erráticamente. Nada de aquello parecía auténtico, así que lo primero que pensó el Listo fue que se lo estaba imaginando. El abuso de narcóticos le pasaba factura y le hacía alucinar con la pesadilla más repulsiva que su mente había podido crear.

No obstante, un rápido vistazo alrededor echó por tierra esa hipótesis. Los demás asistentes al festival tenían la boca tan abierta como la del Listo, estaban tan aturdidos como él y también seguían con la mirada a los extraños seres. No eran capaces de hablar siquiera, dado que sus cerebros trataban de asimilar tanta irrealidad. El único sonido que los envolvía era aquel zumbido colectivo. Hasta que alguien junto al Listo atinó a silbar, un melenudo tirado en el suelo que tenía a una de las criaturas subiéndolo por su brazo.

—¡Tío! —dijo, con los ojos desenfocados—. ¡Menudo mal viaje!

Eso parecía, desde luego. Un mal viaje psicotrópico que los hubiera golpeado a todos a la vez. Algo tan irracional que debería haberlos hecho chillar, encenderlos en un arrebato de unánime pavor, pero que, en vez de eso, los había dejado estupefactos.

Uno de los insectos-araña pasó volando justo por delante del Listo, como pavoneándose y dejándose contemplar. Algo tan grande no debería haber volado, no con aquellas alas en apariencia frágiles, pero ahí estaba. Un inflado cuerpo con tórax y abdomen diferenciados, y vellosidades por toda su oscura figura. Los quelíceros estaban serrados y parecían capaces de arrancar un dedo de un mordisco. Sus ojos múltiples daban la impresión de contemplarlo todo. El Listo se vio reflejado en ellos. La imagen le pareció incluso hermosa. Extendió la mano para tocarlo, para acariciarlo como una exótica mascota.

Todos los seres enloquecieron al unísono, igual que si se hubiera dado una señal silenciosa.

Su vuelo dejó de ser parsimonioso para convertirse en espasmódico. Sus patas convulsionaron como si trataran de aferrarse a un asidero invisible. Sus mandíbulas se abrieron y cerraron, hambrientas. Las criaturas aletearon con furia. Un enjambre caótico cuyo zumbido había aumentado en intensidad, tan agudo que ponía los pelos de punta. El Listo retiró la mano, asustado, pero el monstruo que tenía frente a él no le hizo nada.

Otros no tuvieron tanta suerte.

Los bichos comenzaron a arrojarse como bestias salvajes contra la gente. Clavaron sus patas en vientres descubiertos, en brazos, incluso en caras; cualquier trozo de piel en el que pudieran hincar sus uñas. Y lo hicieron a fondo, a juzgar por los regueros de sangre que abrían.

El silencio se convirtió al fin en un estallido de pánico.

Gritos de dolor, de terror, gente tratando de escapar del surreal avispero, incluso pisoteando a quienes estaban tendidos en el suelo. Casi nadie ayudaba a los heridos; la respuesta instintiva estaba siendo la huida, una primaria búsqueda de la supervivencia.

El Listo no. Estaba petrificado, ojos abiertos de par en par, casi sin respirar y congelado por el terror. Por la pavorosa certeza de que no se podía escapar de aquello. Así que fue un mudo e inmóvil testigo de todo.

Vio agujones salir de los abdómenes y clavarse en sus víctimas. A una joven que estaba junto a él y que luchaba por arrancarse el monstruo que tenía sobre su cabeza, la púa le perforó el ojo y quizá llegó hasta el cerebro, dado que la chica se desplomó inerte. Otros dardos desgarraron cuellos, oídos o mejillas.

Vio cómo los engendros arrancaban pedazos de carne y los devoraban. Los quelíceros cortaron piel y músculo siempre que pudieron, las cabezas de las criaturas incluso se sumergieron en las tripas de algunos para cebarse también con sus órganos internos.

Cuando el Listo creía que aquella escena no podía ser más dantesca, vino lo peor. Los seres que habían hecho presa en alguna persona comenzaron a iluminarse con el mismo tono anaranjado de la puerta por la que habían llegado. Su fulgor cada vez fue más fuerte y el Listo notó también un aumento de la temperatura. Las monstruosas luciérnagas se encendieron más y

más... y sus víctimas dejaron escapar desesperados berridos casi animales. En cuestión de segundos, todo aquel lugar quedó salpicado de teas insectoides.

Los engendros se mezclaron con la piel de sus presas, extendiéndose y deshaciéndose como una mancha de cera hirviente. Apenas unos instantes después, otro tanto ocurrió con las personas que habían sufrido el ataque. El fulgor las consumió por completo, fundiéndolas como mantequilla. Unos charcos viscosos en el suelo fueron los únicos restos que quedaron tras las deflagraciones.

Ante eso, el pánico alcanzó su nivel máximo. Alrededor del Listo, todo eran gritos, llantos, frenesí, miles de personas tratando de alejarse en todas direcciones, de huir de aquel infierno que no entendían. Y junto a ellos, decenas de monstruos eligiendo a sus víctimas casi al azar. Muchos zumbaron junto al Listo, aturdido e inmóvil, pero ninguno se lanzó contra él.

El resplandor anaranjado se estaba apagando. El Listo quedó mesmerizado mirándolo y todo el caos que le rodeaba dejó de parecerle importante. Solo aquel brillo merecía su atención y solo a él se la dedicó. La muerte, las combustiones y los abominables depredadores se le antojaron irrelevantes. Apenas una mota de polvo en el ciclópeo tapiz cósmico. La luz en cambio... la luz lo contenía todo. El Listo abrió su mente, ansioso por beber de aquel manantial.

Recibió todo lo que deseaba y más. Sintió su cabeza a punto de estallar. Chillando de dolor y de impotencia, aferrándose las sienes como si aquello pudiera aplacar su agonía, el Listo cayó de rodillas. Luego enloqueció por completo y se sumió en la inconsciencia.

1

Fierabrás

MADRID

VIERNES, 3 DE NOVIEMBRE DE 1989

La Marcha Real era lo último que escuchaba antes de desplomarse, agotado, en el catre. Sus notas marciales, acompañadas por las imágenes en televisión de Su Majestad de uniforme y de la bandera rojigualda y el Águila de San Juan ondeando orgullosas, eran la nana que arrullaba su esquivo sueño. También era esa misma Marcha Granadera lo primero que escuchaba cada mañana en su radiodespertador. No se trataba de una casualidad; Radio Nacional era bien consciente de que nada mejor que el himno de España para inflamar los patrióticos ánimos de cualquier trabajador que iniciara su jornada.

Para Arturo Crespo Ferreiro era otro día en el infierno.

Salió de la cama a la que seguía faltándole una de dos y puso su cara de resistir. Adela siempre lo decía: «Tu día brillará tan fuerte como tu sonrisa». Así que dientes apretados, mejillas arriba, pecho lleno de aire y hacer como si de verdad todo le importara una mierda.

Fue a la cocina y se sirvió su desayuno favorito, una medida de café y dos de brandy Soberano.

Luego afeitarse, recortar el bigote y ducharse con agua hirviendo. Tras dejar impoluto el cuerpo, tocaba limpiar el alma. Desnudo y genuflexo ante una imagen del Cristo de las Siete Palabras y otra de San Miguel Arcángel, rezó un padrenuestro, un avemaría y tres actos penitenciales.

—Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa —repitió entre murmullos incluso al terminar la plegaria, dándose golpes cada vez más fuertes en el pecho.

Se levantó y se persignó ante las imágenes. Las otras, las de las fotos sobre la cómoda, fingió que no existían. Vio el teléfono y fue como si el aparato tratara de decirle algo. Se acercó. Puso la mano sobre el disco. No necesitaba buscar el número en la agenda, se lo sabía de memoria. Sus dedos trazarían los arcos con destreza, a ciegas. Pero dudó. La misma duda cada vez que se le ocurría llamar a los Miraflores: ellos no querían hablar con él, no escucharían. No harían más que recriminarle el pasado. Con justicia; nada de lo que él mismo no se acusara. Pero se conocía. No sería capaz de quedarse callado. Empezaría a hablar, a gritar, a soltar barbaridades que ni él

creía, pero que diría de todos modos. Y así les daría la razón. Eso no lo quería ni muerto. Una vez más, soltó el teléfono.

Se peinó —ni un pelo corto fuera de su sitio reglamentario—, se puso el uniforme —ni una arruga a la vista—, cogió su arma —limpia, engrasada, cargada—, se caló la gorra, tomó otro largo trago de Soberano y salió hacia la Cuesta de las Perdices.

—La JUJEM ha decidido compartir a Fierabrás.

Calvo, bajo, gordo y con un bigote cano mucho más poblado que el de Arturo. Así era don Adolfo Ginés Benavides Ochoa, capitán del Ejército de Tierra y oficial al mando directo de Arturo en el Centro Superior de Información de la Defensa. Además de un capullo integral.

El capitán Benavides representaba la cúspide de la montaña de desprecios que encontraba Arturo al llegar cada día al trabajo.

Silencios y conversaciones interrumpidas cuando estaba cerca, miradas por encima del hombro, obviarlo de todo evento social y, por supuesto, espiar cada movimiento que hacía. Esperando el ansiado paso en falso. La señal para arrojarse contra él cual manada de chacales hambrientos.

Pero el paso en falso no llegaba y Arturo seguía siendo intocable. Y la manada gruñía y enseñaba los dientes, con frustración.

Nunca había encajado del todo, por más que se esforzara. Era cierto que no solo había entrado en el CESID por méritos propios, sino también por un par de cariñosos empujoncitos de fuera, pero a ver quién era el guapo que decía que no estaba ahí gracias a un enchufe. O a un apellido doble.

Aun así, no era uno de ellos. Pecado mortal. Hablaban con él, pero le hacían el mismo caso que a una mascota cariñosa: de vez en cuando actúas como si mantuvieras una conversación, pero en realidad te resbala porque no está a tu nivel y nunca lo estará.

Arturo era inferior, sin siquiera un linaje militar que se remontara al Glorioso Alzamiento. De modo que lo despreciaban.

Y eso que en las pruebas de acceso lo había clavado todo. Cuando lo llevaron junto con otros candidatos a la doble finca secreta llamada El Doctor, allá por Ciudad Real, superó todas las pruebas: orientación, reconocimiento de detalles, obtención de información, infiltración... Resistió unos interrogatorios salvajes que hicieron llorar a algunos de sus compañeros, armarios roperos que parecían de acero toledano. Incluso fue capaz de detectar a los agentes del CESID ocultos en el grupo de reclutas, haciéndose pasar por aspirantes también, pero en el fondo vigilándolos y minando su moral. No avisó a nadie de su descubrimiento, porque era más ventaja para él y porque lo había logrado haciendo trampas, pero, desde luego, le sirvió para vadear la corriente con más soltura. El mejor de su grupo, que ahí es nada.

Pues ni esta excelencia les bastó a sus compañeros. O quizá precisamente por eso lo detestaban más, vaya usted a saber.

Tampoco ayudaba que lo de tener la boca cerrada no fuera con él.
Luego vino lo del topo y todo empeoró.

El topo. Un invisible grano en el trasero del espionaje español. Una mácula. Una deshonra.

Había comenzado hacía cosa de un año. Diversos medios de comunicación extranjeros —*Libération*, el *Times*, el *Corriere*— habían aireado algunos trapos sucios de gentes del Gobierno español. Nadie de alto nivel, pero lo suficiente como para que hubiera que echar montones de tierra encima. Al principio no le dieron mucha importancia, pero luego surgieron más escándalos y cada vez había que mover más tierra. Alguien pensó que sería más fácil encontrar la fuente y sugerirle con amabilidad que se metiera la cabeza por el orto. De modo que el CESID empezó a investigar con discreción y confirmó lo que se sospechaba: los datos venían de dentro, de alguien con acceso. Algunas de las informaciones estaban redactadas tal cual en memorandos internos y documentos clasificados de la casa.

Lo que no se sospechaba —y se encontró por sorpresa— fue que había habido otras filtraciones. Pequeños escándalos que afectaban a rojos en el exilio y que también empañaban su buen nombre. En Información no se habían dado cuenta porque no se consideraba un riesgo para la seguridad nacional; más bien lo contrario. Pero ahí estaban.

Quienquiera que estuviera desvelando trapos sucios, lo hacía con idéntico ahínco de patriotas y de traidores.

Un análisis en busca de correlaciones, obra de un olvidado técnico de tres al cuarto a quien nadie había creído oportuno premiar, había señalado con acierto un punto en común entre todos los afectados: se trataba de gente que, con independencia de sus ideas, en su vida diaria se comportaba con hipocresía. Si eran rojos, daban arengas sobre comunismo mientras acumulaban riquezas en cuentas secretas, o explotaban a sus trabajadores, o en secreto eran informantes del propio CESID. Si eran ciudadanos de bien, en realidad, resultaba que su cacareada moral católica era mucho más disoluta, o habían falsificado documentos para borrar su pasado y justificar su buen nombre, o eran ocultos simpatizantes del separatismo de las vascongadas.

Todos habían visto expuesta su duplicidad.

Pero seguían sin saber de quién era obra. Quienquiera que hubiera sido el autor, había sabido tapar su rastro. Eso, una vez más, apuntaba a alguien de dentro, alguien que conociera cómo trabajaban.

Y sin que nadie dijera nada oficialmente, todos empezaron a sospechar de Arturo.

Pareció una verdad inmutable, como las Tablas de la Ley. Él era quien no encajaba, la nota discordante, incluso el borde que a veces perdía los nervios y se enfrentaba a quien tuviera delante.

Si había un traidor en el CESID, solo podía ser él. De modo que no buscaron más. La convicción personal se convirtió en evidencia, aunque en realidad no había nada que acusara al chivo expiatorio.

No podían echarlo, no sin base sólida y no con los aliados que Arturo tenía fuera, pero en la práctica lo hicieron desaparecer.

Lo apartaron de grupos de trabajo, lo relegaron a las tareas más mediocres... y acecharon. A la espera del paso en falso que suponían que daría el hipotético traidor.

El paso que, como es natural, nunca pudieron ver.

Así que estaba en el CESID, pero no estaba. Por eso, cuando Arturo acudía al despacho de la superioridad, guiado por una insoslayable orden, el «¿da usted su permiso, mi capitán?» junto a la puerta, sonaba desnatado por mucha postura de firmes que uno pusiera.

Al capitán tampoco le agradaba fingir lo inexistente, así que había ido al grano, ni saludos ni pollas, con lo de Fierabrás.

Compartir a Fierabrás. *Su Fierabrás*. Bueno, de él y de los Miraflores. Pero de él.

«Me cago en el politburó», pensó.

—¿Compartir? ¿Con quién?

Esperaba que los británicos. Hacían las cosas bien. Además, si empezaban a venir por ahí, quizá hiciera falta que alguien marchara para allá. Igual pensaban en él y todo. Y una vez en Londres podría desviarse y arreglar algunas cosas. Soñar era gratis.

Si no los británicos, los italianos, que al menos tenían gracejo. O hasta los yanquis. Cualquiera menos los gabachos de los cojones y su prepotencia, que, como tenían que lidiar con la Stasi en sus fronteras, se las daban de expertos en contraespionaje, y ni encontrarse el culo sabían.

El capitán Benavides levantó la mirada desde la comodidad de su escritorio y encendió una lenta sonrisa de satisfacción, la del jugador que revela sus cartas sabiendo que tiene póquer de ases.

Arturo sintió su anticipación como un cartel de neón sobre él.

—Con todos. Los yanquis y los rusos.

La noticia era absurda, así que Arturo —por una vez— se mordió la lengua y se tomó su tiempo para analizarla en silencio y desentrañar sus ramificaciones. Uno no regalaba porque sí sus ventajas en el campo de la inteligencia militar. Se hacía para obtener beneficios con ello. Esos beneficios solía dártelos un aliado. Los americanos, a pesar de todo, podían considerarse amigos del régimen; o más bien, unos conocidos cordiales que envían cálidas felicitaciones navideñas después de pasar de ti todo el año. Pero los rusos... Los rusos eran el puto cáncer que estaba corrompiendo el mundo. A los rusos no había que darles ni agua.

Así que, si la Junta de Jefes de Estado Mayor los estaba incluyendo en el trato, solo podía ser por un motivo: los necesitaban. Necesitaban a ambos.

La siguiente pregunta era obvia: ¿Qué podía necesitar la JUJEM, a la vez, de soviéticos y yanquis?

Algo que solo ambas partes en conjunto pudieran ofrecer como compensación. Algo lo

bastante grande como para renunciar a ser los únicos que controlaran a Fierabrás.

No había muchas cosas que cumplieran todos los requisitos. La más evidente era también la más rara. Arturo lo dijo en voz alta para estudiar las reacciones del capitán.

—La ODA. Es por la ODA.

Benavides se lo confirmó todo sin necesidad de hablar. En la diana. Lo que quería el Alto Mando era acceso a la Organización de Defensa Alterdimensional. Un organismo internacional en el que solo se podía entrar con el beneplácito de ambos fundadores, que eran la Unión Soviética y Estados Unidos.

—Sí, teniente. Ha acertado. El Gobierno ha decidido que España debe ser parte de la ODA. Fierabrás será nuestro regalo para que nos acepten.

Un plan muy bonito. Solo que no los aceptarían en su club. Se reirían en su cara, con Fierabrás o sin él. Por el mismo precio, el Gobierno podía haber pedido su ingreso en la Primera Jerarquía del Coro Celestial.

La ODA tenía como objetivo teórico luchar conjuntamente contra amenazas de otras dimensiones, a través de cualquier medio que demostrara su eficacia. El más eficaz, por supuesto, era la magia. Así que el Estatuto de San Francisco la recogía de forma expresa como la herramienta principal de colaboración y estudio.

Pero, en España, la práctica de la brujería se consideraba un delito y era castigado con pena de muerte; garrote vil y a otra cosa, mariposa. Solo hablar de ello ya estaba mal visto.

Con esos mimbres, pretender ser aceptados en la ODA era tanto como pretender que aceptaran a la Guardia Mora en un desfile del Tercer Reich.

No tenía sentido. Sin embargo, Benavides seguía sonriendo. Su confianza estaba por las nubes. Todavía guardaba un quinto as en la manga.

Aquello no podía ser bueno para Arturo.

Siguió mordiendo la lengua y trató de que su silencio provocara al capitán para soltar cuerda. Haciendo que reflexionaba, dejó vagar su mirada por los ornamentos del escritorio: un elefante tallado recuerdo del Rif; una sencilla brújula (a saber qué hacía ahí); una foto de un par de años atrás de Benavides junto al expresidente Carrero Blanco, en su retiro dorado en Canarias; otra más reciente del arribista del capitán estrechando la mano al actual presidente Fraga Iribarne...

La técnica dio resultado. Benavides tenía unas ganas locas de soltarle la bomba y no pudo aguantar más.

—Todos están de acuerdo en la importancia de esta misión. Por eso quieren que sea usted quien la dirija. —La sonrisa del militar pareció más bien el ademán de un lobo enseñando los colmillos.

—Es un honor, señor —replicó Arturo en tono neutro, tras apenas dos segundos de duda.

—Por supuesto que lo es. Usted está capacitado, ¿no? Hasta habla inglés.

—Me definiendo —«gracias a Adela», pensó.

—No sea humilde, teniente —siguió el capitán con su sonrisa lobuna—. Nadie mejor que usted. Por eso, yo mismo le he recomendado para el puesto. Seguro que usted conseguirá convencer a nuestros amigos. Seguro que no revelaremos la existencia de Fierabrás a cambio de nada. Eso sería un desastre. Y habrá muchos ojos mirándole. Ojos importantes. Que se sentirán muy decepcionados si usted fracasa —pero la alegre expresión de Benavides hablaba de cualquier cosa menos de decepción.

En el fondo, Arturo tenía que admirar lo bizantino de la maniobra. Desde hacía tiempo, las facciones reformista y conservadora del Gobierno no paraban de lanzarse puñaladas. Los primeros creían —como el propio Arturo— que mal que les pesara debían buscar la manera de abrirse al mundo. Los segundos, que si el mundo no los quería, allá se pudriera, y que se hundirían con su nave, pero haciendo gala de la célebre gallardía española (vulgo arrogancia).

No había habido manera de que se pusieran de acuerdo y parecía que nunca fueran a hacerlo. Pero, por lo visto, los conservadores habían sabido usar a Fierabrás en su conjura. Se lo habían ofrecido como regalo envenenado a los reformistas y estos, en su troyana ingenuidad, habían aceptado el obsequio. Habían iniciado aquella maniobra de apertura tan jodidamente suicida.

Si Arturo tenía éxito, el triunfo sería de todos. Si fracasaba, el reformismo quedaría en entredicho durante años. No había manera de que los conservadores perdieran.

Lo que sí podía pasar era que Arturo cavara su propia tumba con aquel proyecto. Por eso se lo habían endilgado a él. Porque, en el fondo, todos en el CESID querían que fracasara. Por eso, el capitán se estaba riendo delante de sus narices.

Arturo apretó puños y mandíbula, tratando de aplacar la sangre que llegaba a su cabeza y comenzaba a nublar su buen juicio.

Pero no pudo tragarse las palabras.

—Ya —dijo, con furia creciente—. Como no me pueden echar con sus inventos del topo se han montado esto, ¿no?

—Cuide lo que dice, teniente. Esta orden viene de arriba.

—Y a usted le encanta.

—No se imagina cuánto. Esto no es sitio para borrachos. O traidores.

En otras circunstancias, con aquella señal habría descargado el puñetazo. No lo hizo. Quizá estaba aprendiendo después de todo.

Así fue como se dio cuenta. Algo detrás de la máscara de seguridad del capitán. Un rastro de... miedo.

Solo podía ser a una cosa. Tanteó.

—No se preocupe, mi capitán. Le prometo que tendré éxito.

¡Aquello era! Benavides trataba de disimularlo, pero le asustaba la posibilidad de que, a pesar de todo, aquel borracho triunfara. Seguro que los dichosos ojos importantes no estaban solo sobre Arturo.

Como para terminar de confirmar sus sospechas, le tocó al capitán perder los estribos. Se

levantó de su silla, rojo como la bandera.

—¡Ya lo veremos! ¡A ver cómo le salvan sus amiguitos de esta! ¡Fracasado! ¡Retírese!

Arturo se tomó su tiempo para dejar salir una sonrisa abierta, calco de la que antes había tenido su superior.

—A sus órdenes, mi capitán.

Sabía que no debía disfrutarlo, pero lo disfrutó.

Se puso de inmediato al trabajo. Lo primero que hizo —tras tomar un generoso trago de la petaca que guardaba en el cajón— fue pedir los expedientes. Quería enterarse de quién había opinado qué en el Gobierno. Y, por descontado, quería saber con quién tendría el gusto de tratar, a quién debería venderles Fierabrás a cambio del acceso a la ODA. Necesitaba conocerlos de antemano para saber cómo llevar el tema. Sonsoles, la secretaria que compartía con otros en su departamento, tardó menos de una hora en recopilar todo. Lo que había que recopilar.

Quiso empezar por el más difícil, el ruso de los cojones, pero se encontró con que su carpeta solo tenía una hoja. Una escueta nota oficial de la Embajada soviética acusando recibo de la invitación y anunciando que su representante sería el doctor Bronislaw Mazur. Y ya. Ninguna información sobre el susodicho.

—Sonsoles, ¿qué coño es esto?

La mujer se recolocó las gafas y se encogió de hombros.

—Lo que hay, jefe.

Arturo resopló. Puto bloque del Este y putos burócratas tocahuevos de Moscú. Solo porque el Pacto de Varsovia estaba ganando la Guerra Fría por goleada se creían que podían manejar al resto del mundo.

«Me cago en el Kremlin», pensó.

Supuso que se relajaría más viendo la ficha de la legación americana, así que cambió de tercio. El nombre del encabezamiento le sonaba incluso antes de leer los apuntes biográficos que —esta vez sí— el servicio secreto español tenía recopilados. Confirmó quién era la persona elegida. Claro que le sonaba. De lo del Dakota le sonaba. Tuvo ganas de cagarse también en la Casa Blanca.

¿Por qué coño se lo ponían todo tan difícil?

Había un viejo chiste. San Pedro decide irse de vacaciones y le pide a un arcángel que le sustituya. El arcángel tiene algo de miedo, porque vigilar las puertas del Cielo es algo importante y no quiere que se le cuelen pecadores. Pero San Pedro le da un consejo:

—Deja en el suelo una Biblia y un billete de cinco mil pesetas. Quien llegue y coja la Biblia, al Cielo. Quien prefiera el billete, al infierno.

Cuando regresa San Pedro, va a ver al arcángel y le pregunta qué tal.

—Bien —responde—. Seguí tu consejo y me ayudó con casi todos. Pero tengo una duda. Vino un hombre al que sometí a la misma prueba. Cogió la Biblia, la ojeó con atención, y luego cogió el billete, lo puso de marcapáginas y entró en el Cielo sin más.

San Pedro deja salir un bufido y exclama:

—¡Mierda! ¡Se te ha colado uno del Opus!

A Arturo le hacía gracia aquella blasfemia. Como todos los buenos chistes, tenía parte de verdad. Acojonaba el poder que la Obra había acumulado, todo lo que podían cambiar en un santiamén, la facilidad con la que convencían a la gente para hacer o decir cosas. No se podía negar que era una de las instituciones más importantes de España.

Por suerte para él, claro.

Don Juan Antonio caminaba a su lado, mirada baja, con las manos enlazadas delante de la sotana. Daba la impresión de ser un tímido monaguillo sobrecogido por el poder de la Madre Iglesia. Nada más lejos de la realidad.

Para empezar, don Juan Antonio ya era viejo cuando el Diluvio. Su cara alargada estaba cubierta de arrugas y recovecos alrededor de sus ojos grises. Era al captar la energía de aquellos ojos cuando uno se daba cuenta de que el padre tampoco era tímido ni se sobrecogía por nada terrenal. Su voz calmada podía sacudir las mismas paredes del templo si se lo proponía, todo sin parecer hostil en ningún momento. Porque la voz de don Juan Antonio nunca era hostil, aunque siempre era didáctica. Tres libros de teología escritos por el esbelto sacerdote eran de enseñanza obligatoria en la universidad.

Paseaban con paso calmo entre los almendros de la Quinta de los Molinos. Aún faltaban meses para la floración, cosa que hacía que los escasos visitantes de la hacienda se apelotonaran en otros lugares —en el estanque, en el palacete, en las demás arboledas—, no bajo retorcidas ramas desnudas. En otras palabras, era el lugar ideal para tener una conversación privada. Desde donde estaban ni siquiera alcanzaban a oír el trajín del tráfico madrileño.

Arturo miró a su alrededor con nostalgia. A Víctor le encantaban los almendros en flor. Corría y jugaba boquiabierto entre los blancos pétalos, mientras Adela y él, de la mano, respiraban litros de felicidad.

De algún modo, don Juan Antonio se había enterado. Desde entonces, siempre le proponía quedar allí.

—¿Sabes eso de que Dios escribe recto con renglones torcidos? —dijo el padre sin venir a cuento. Arturo lo miró.

—Sí.

—Pues es una tontería. Dios escribe recto con renglones rectos. Lo que pasa es que nosotros somos demasiado imperfectos para verlos bien. Y por eso creemos que están torcidos. —Arturo asintió. Lo cierto era que no tenía muchas ganas para elucubraciones filosóficas. Pero sabía lo que pretendía don Juan Antonio en realidad: animarlo a abrir su alma. Lo hizo.

—Ya sabrá que tengo una misión nueva...

—Claro que lo sé. Yo insistí en que te nombraran. —Arturo levantó las cejas.

—¿Usted? Pero padre... Esto que quieren que haga es... imposible.

—Oh, pues tienes que hacer mucho más de lo que crees. Sí, no me mires así. ¿No se te ha ocurrido pensar que vamos a tener a un par de espías entrando en zonas secretas? Esa gente vendrá a cotillear. Necesitamos alguien capaz de controlar su curiosidad. No todo el mundo está capacitado. Tú sí. —Arturo respiró hondo.

—O sea, que no solo tengo que conseguir una alianza imposible, sino que además tengo que sabotear a los únicos que me la pueden conceder.

—Eso es —sonrió el cura, como si le estuviera haciendo un regalo.

—Padre, si meto la pata me echarán.

—Pues no metas la pata. —Otro suspiro.

—Gracias, padre.

—No te tengo por chistoso, Arturo. No te preocupes tanto por lo que piensa tu gente. Están deseando echarte desde que llegaste. ¡Hasta se inventaron lo del topo contra ti! Si no haces algo por miedo a su reacción, no harás nada.

Arturo asintió, cabizbajo. Había que reconocer que su consejero espiritual tenía razón.

—Además —siguió don Juan Antonio—, deberías mirar también lo positivo. ¿Sabías que la ODA tiene una sede en Europa occidental? ¿Sabes dónde? En Londres —volvió a sonreír al ver la cara de sorpresa de Arturo—. Si tú eres el enlace con la ODA y logras que entremos, lo normal será que te ocupes de ello. Un tranquilo puesto de oficina en Londres, ministro plenipotenciario, representante de España. Sin riesgos de... violencia. Todo lo que quieres. —Hizo una pausa—. Te parece que los renglones están torcidos, pero no. Están muy rectos.

No había mentira en el sacerdote. Solo la exposición de una serie de sucesos que él sabía inevitables. Porque si la Obra decidía que don Arturo Crespo Ferreiro fuera el jefe de la misión diplomática española en la ODA, pasaría.

Esa noticia fue lo que terminó de decidirlo. Debía dedicarse en cuerpo y alma a la misión. Pero no solo por el riesgo si fracasaba, o por las ventajas si triunfaba. Había más. Si el Gobierno, la Iglesia y el Ejército tenían tanto interés en todo aquello era porque seguro que había muchos hilos tirando de un lado y del otro.

Muchos hilos significaba mucha información. Y eso podía llevarlo a conocer datos interesantes, datos que nadie más conocería. Datos para filtrar. Porque él sí era el topo del CESID. Lo sería hasta que entendieran sus motivos de una vez.

2 Conejos

WASHINGTON, D.C.

*Lo que hicieron los sesenta fue enseñarnos
la posibilidad y la responsabilidad que todos teníamos.
No era la respuesta. Solo nos hizo vislumbrar la posibilidad.*
Última entrevista radiofónica de John Lennon
antes de su intento de asesinato

El horóscopo de Escorpio para aquel día decía «retos en el trabajo», así que Miri Callahan desayunó sabiendo que estaba jodida. Las estrellas habían decidido obsequiarla con una jornada llena de desafíos laborales, lo que en su posición significaba peligro mortal. Una parte de ella deseaba aferrarse al clavo ardiente de que la predicción fuera imprecisa, como a veces ocurría. Pero, en el fondo, no se engañaba: el astrólogo del *Washington Post* rara vez cometía errores. Además tenía el don de elegir las palabras más adecuadas para las etéreas imágenes que conjuraban las cartas astrales; no habría podido ser de otro modo para alguien que trabajaba en tan prestigioso rotativo. De modo que a marchas forzadas terminó el café con tostadas que ya se le había atragantado y salió, al volante de su Camaro gris, en dirección al DOR.

Aceleró por la I-95, ventanilla bajada, escuchando a los Who y dejando que el viento jugara con los rizos de su melena pelirroja. El conejo blanco que llevaba en el asiento de atrás, metido en una jaula, parecía complacido por la ventilación. Los destartalados vehículos pasaban a su lado por la autopista, trazando un colorido dibujo sin sentido: rectas, curvas y cenefas entrelazadas por los adelantamientos y el negro humo de los tubos de escape; o quizá sí que había sentido en el diseño después de todo, uno oculto que solo se revelaría a los iniciados. Por los altavoces del coche sonaba la voz, entre cínica y resignada, de Roger Daltrey. El lamento sobre un buscador incomprendido por la gente. Desenfocado. Siempre investigando. Un hombre realmente desesperado.

Media hora después, con la venia del renqueante tráfico de hora punta, llegó a su destino. En el momento de diseñarse sobre plano, a principios de los setenta, el complejo de edificios que formaba la sede del Departamento de Otras Realidades debió de parecer el no va más de la arquitectura: algo capaz de conjugar la funcionalidad del Pentágono con el misticismo de las

tareas que se llevarían a cabo en su interior. A nadie se le ocurrió pensar que estaban intentando mezclar burocracia y magia, y que el resultado sería previsible en su fealdad, sin hacer justicia ni a la primera ni a la segunda. Agua y aceite.

Grupos de edificaciones erigidas con piedra marrón sin adornos y ventanas de lo más anodinas se apiñaban aquí y allá insinuando a vista de pájaro las curvas de un *taijitu*. Incluso había, en la parte exterior del símbolo, secciones cuya planta representaba los ocho trigramas del *I-Ching*. Aquel artístico deseo grandilocuente había terminado siendo un chiste, una parodia de sí mismo. En conjunto, y contra la intención de los arquitectos, la apariencia era la de oficinas que hubieran sido cortadas y separadas entre sí de forma arbitraria. Esta desconexión afectaba a la eficiencia del trabajo del DOR: resultaba habitual ver a funcionarios, agentes o militares caminando de un bloque a otro a la intemperie para llevar algún expediente o para asistir a alguna reunión de trabajo; los días de lluvia o nieve, tal falta de accesibilidad era especialmente molesta. En los desangelados parques de las zonas norte y sur había dos cúpulas geodésicas, una blanca y otra negra —la única concesión al color de todo el complejo—, que deberían haber sido bulliciosos centros de convenciones capaces de atraer a gurús de todo el mundo. En la práctica, como mucho se usaba una al mes y casi nunca se llenaba a un cuarto de su capacidad. Todo ello quedaba circundado por una oxidada valla metálica que no cumplía funciones ni estéticas ni de seguridad.

Miri redujo la velocidad al acercarse al puesto de control del acceso principal. En una pequeña garita en la valla, como una excrescencia surgida de la nada que alguien hubiera decidido usar de punto de vigilancia, se dejaba ver el hombrecillo de uniforme que decidía quién entraba y quién no. Gustavson era, a fuerza del hábito de encontrarse cada día a la misma hora, un viejo conocido de Miri. Tanto que se permitía licencias, como ignorar el rango de la joven y ofrecerle gestos o expresiones de condescendiente paternalismo.

En aquella ocasión, antes siquiera de llegar a la barrera, ya la saludó con media sonrisa y negando con la cabeza de forma insistente. Para cuando Miri frenó, el hombre ya estaba fuera de la garita y reforzando su ademán moviendo el dedo índice de un lado a otro.

—Dice Barrows que ni entres —fueron sus primeras palabras—. Tienes una captura urgente. La alarma es de hace diez minutos.

Miri chasqueó la lengua. Ahí hacía su aparición el vaticinio del *Post*.

—Joder. ¿Dónde?

—Una empresa que se llama Business Info Consolidated. Los trabajadores ya están fuera y hay un equipo a punto de llegar. Tienen orden de esperarte.

Y la esperarían. Ante un malviaje la gente no se comportaba, que digamos, de modo muy racional. Pero ellos sí. Para eso estaban. Rebuscó en su bolso hasta encontrar su Zippo y sus Lucky. Encendió uno y dio una larga calada, mientras Gustavson se escabullía de vuelta a la garita.

—Vale. Necesitaré...

—Esto —interrumpió el guardia. Llevaba un mapa con la localización de la empresa.

Miri lo miró y lo tiró al asiento de atrás. Casi chocó con la jaula. El conejo blanco dio un respingo.

—Eso. Barrows está en todo. —Gustavson se encogió de hombros.

—Buena caza —le dijo, haciendo un amago de saludo marcial.

Era el circo que Miri imaginaba que sería. Trabajadores, curiosos, algunas furgonetas de las emisoras locales, un par de coches patrulla, las dos o tres decenas de sin techo que debían de residir por ahí y —Gustavson tenía razón— una patrulla de cuatro agentes del DOR con apoyo canino. Había habido alguna Super Bowl menos concurrida.

Por eso, Miri prefería las capturas en zonas deshabitadas. El riesgo para ella era el mismo, pero al menos no había público. La gente sentía la misma morbosa atracción por los malosviajes que por los incendios o los accidentes de tráfico: eran cosas que podían matarte, que deseabas lejos de tu vida, pero que tenías que cotillear si le pasaban a otro. Aunque persistía un pequeño poso de riesgo, daba igual. Si el bicho asomaba por ahí — cosa casi imposible—, solo podría cargarse a uno de ellos. Al parecer, la multitud aceptaba aquella ruleta rusa. Quizá sintieran que les daba algo de emoción a sus aburridas existencias. O quizá supieran que, en caso de ataque, quienes corrían más peligro eran Miri y sus compañeros.

Ni se había molestado en colocar la guinda, así que un policía local trató de impedir su acceso. Cuando vio la identificación federal, el oficial se cuadró y escoltó el vehículo hasta la furgoneta del Departamento, más allá de la barrera humana que se apiñaba alrededor del inmueble. Miri apenas tuvo tiempo de bajar antes de que *Cerberus* se le echara encima, dando latigazos con su cola y casi tirando al suelo a Carter, el cuidador encargado de su correa.

—¡Ei, *Cerbs!* —dijo ella mientras le acariciaba la cabeza al *collie* de pelo corto—. ¿Quién es un buen chico? ¿Eh? —Miró a sus colegas y les saludó con la mano—. ¡Hola, tíos! Contadme.

Respondió Ramírez, una agente morena de pelo negro recogido en una coleta con la que había coincidido ya en varias capturas a pesar de que apenas era una novata. Su informal conjunto de tejanos y camiseta azul hacía pensar que sus planes para aquel día eran dedicarse al papeleo o sumergirse en algún curso de parafísica, no salir de caza. Ramírez la saludó con la cabeza y fue directa al grano.

—Creemos que sigue tranquilo. Lo vio un contable en la sala de juntas del sexto piso. Casi se caga encima, pero lo hicieron bien. Todos salieron por pies, pero muy ordenados. El edificio está vacío. Se ve que aquí se toman en serio nuestros planes de evacuación.

—Bien por ellos —dijo Miri entre dientes, y echó un vistazo más completo al lugar.

Business Info Consolidated parecía ser la dueña de toda aquella anodina construcción de ladrillo rojo. Ocho pisos dedicados a oficinas con el logo azul en casi cada ventana. En la planta baja había un enorme escaparate con un cartel que mostraba a dos sonrientes hombres trajeados dándose la mano. Junto a ellos había una mesa en la que aparecían papeles con varios círculos

atravesados por líneas y símbolos planetarios de distintos colores, así como gráficas de rendimiento económico. Un eslogan anunciaba orgulloso: «Nuestra información es tu poder». Por lo que se veía, la empresa debía de dedicarse a los análisis bursátiles basados en la astrología.

El edificio era una ruina pretenciosa en una zona industrial venida a menos, hasta con manchas de orín en los laterales, pero desde un punto de vista táctico ofrecía ciertas ventajas: no tenía jardines con maleza donde el malviaje se pudiera esconder si salía; tampoco había otros edificios a menos de cincuenta metros. Si algo sacaba al bicho de su nuevo refugio, lo tendrían siempre a la vista. Claro que si acababa saliendo, significaría que las cosas habían ido muy mal. Mejor contenerlo dentro.

Carter debió de intuir su tren de pensamiento porque habló sin que ella preguntara.

—*Cerberus* ya se ha dado un paseo por los dos primeros pisos y ahí no está. Tampoco lo hemos visto por fuera.

Miri asintió.

—Si está tranquilo se habrá quedado arriba —respiró hondo—. ¡Muy bien, dama y caballeros! ¡Vamos a entrar!

Ante la mirada de decenas de cotillas, comenzaron a prepararse a un ritmo ágil, fruto de cientos de entrenamientos y decenas de operaciones reales. Más como identificación que como verdadera protección, se colocaron los chalecos antibalas con las letras «DOR» marcadas en blanco en la espalda. Ajustaron sus radios y comprobaron que funcionaban. Verificaron también las linternas de su cinturón. No prestaron atención a los grilletes que, por descontado, nunca usaban.

Se fijaron un poco más en sus armas de mano, las Smith & Wesson 1076 reglamentarias, aunque bien sabían que no las tenían para enfrentarse a los malosviajes. No solo por su tendencia a encasquillarse cuando más se las necesitaba, o porque su tamaño y peso las hicieran —en opinión de Miri— poco prácticas. En una mediática ocasión, un malviaje se había dejado ver en una zona de maniobras de la 100ª División de Infantería de Kentucky. Los equipos de reconocimiento informaron de inmediato y se decidió a toda prisa hacer una prueba de campo. Varias unidades de Abrams se desplazaron con el objetivo de abatir a la criatura. Tras un fuego intensivo que se prolongó durante casi un cuarto de hora, los resultados fueron descorazonadores: el bicho no parecía haber sufrido ningún daño. Desde aquel momento se consideraba que los malosviajes eran indestructibles y nadie ajeno al DOR osaba acercarse.

El motivo para que el DOR portara armas era diferente: se trataba de una medida de control de masas, en caso de que una situación se desbocara. O —y esto nadie lo decía en voz alta— para dar una muerte digna a un agente que fuera atacado por un malviaje.

Miri estudió el plano del edificio un par de minutos, hasta familiarizarse con los recovecos y las rutas de escape. Después hizo algunas pruebas adicionales de sonido con su radio. Cuando quedó satisfecha, fue a su coche y extrajo algo del bolso: un pequeño pastillero de plástico negro.

Al abrirlo encontró cuatro compartimentos donde bailaban cápsulas azules, rojas, naranjas y verdes. Cogió una de las rojas y se la tragó. El equipo y ella esperaron unos minutos, procedimiento estándar, para que la droga tuviera tiempo de actuar. Cuando creyó que la cosa estaba cerca, Miri sacó al conejo de la jaula. Lo colocó a la altura de sus ojos y lo miró en silencio unos segundos. El animal, acostumbrado al contacto humano, apenas se inmutó. Luego, lo sujetó con el brazo izquierdo y dio la señal al equipo para que la siguieran. Todos lo hicieron, salvo Tucker, que se quedó fuera oteando con los prismáticos por si había una fuga. Miri abrió la amplia puerta de cristal y se encontró en el recibidor de la empresa, con un mostrador vacío frente a ella. Aprovechando que ya estaban fuera del alcance de oídos ajenos, comenzó a dar instrucciones.

—Bueno, como siempre. Quedaos en los primeros pisos. Yo subiré hasta arriba. Seguro que está allí. Si lo veis antes... ya sabéis.

Carter, Ramírez y Byers asintieron. Ellos no podían transferir como Miri, así que su misión era la captura. En caso de encuentro, debían atraerlo hacia ella. Y si eso fallaba, su misión secundaria era evitar que civiles se vieran comprometidos. A cualquier precio.

Un pequeño ataque de vértigo le hizo saber que la cápsula comenzaba a cumplir su función. Su visión periférica se redujo un poco y los contornos de objetos y las personas le parecieron algo más difusos. En otras palabras, estaba lista.

Miri dio unas palmaditas a *Cerbs* en el lomo y se dirigió a la escalera conejo en ristre. Subieron poco a poco, atentos a sonidos u olores sospechosos, vigilando cualquier signo de sobresalto de *Cerberus*. Cada planta llegaba hasta una puerta que el equipo volvía a cerrar tan pronto la pasaba. Al fin y al cabo no estaban en una escalera de incendios, sino en una de malosviajes. Tal y como había anunciado Carter, los primeros pisos estaban vacíos. Quedaban los otros. Miri se despidió de sus compañeros con un asentimiento y, en completo silencio y con el sigilo de una gata —aunque algo mareada por la droga que había tomado—, comenzó a alejarse de ellos en dirección a la zona alta del edificio. Su plan era empezar por la sexta planta, el lugar del avistamiento. Si el malviaje no estaba ahí, subiría hasta la octava y luego bajaría piso por piso hasta encontrarlo.

—Planta baja despejada —anunció Carter por la radio.

—Primer piso despejado —imitó Ramírez al poco. Byers todavía tardó un minuto más antes de anunciar que el malviaje tampoco estaba en el segundo.

Como era de prever, le tocaba a ella encontrarlo. Retos en el trabajo, decía el *Post*. Y que vivan los eufemismos.

Ni su dilatada experiencia pudo evitar que se le aceleraran un poco el pulso y la respiración. Miri a veces trataba de engañarse diciendo que era cosa de los chutes oficialmente aceptados que se metía, pero sabía demasiado bien que no. Un malviaje era un malviaje. Ni experiencia ni leches.

Al llegar al sexto rellano tuvo que hacer uso de sus técnicas de relajación. Respirar, aguantar,

exhalar. «*Om tri-ambakam iayamajésu-gandim pusti vardanámurvarukaiva bandanánmritior muksíia mamritat*». Respirar, aguantar, exhalar.

—Vamos allá —le susurró al conejo, que contestó arrugando la nariz.

Accedió a la zona de oficinas. Luz fluorescente. Una moqueta gris —que amortiguaría sus pasos— cubría todo el desierto lugar. Los espacios estaban separados por endeble tabiques de cartón yeso, que en algunos casos contaban con zonas acristaladas que permitían ver el interior. Miri recordaba bien la distribución que había visto en el plano, así que supo orientarse de inmediato. Frente a ella, el mostrador de secretaría. Justo a su derecha, el ascensor. Más allá, un puñado de áreas de trabajo abiertas en cubículos y, al fondo, una sala aparte para uso y disfrute de algún jefe.

Pero su objetivo estaba a la izquierda. Un pasillo que daba a varias puertas tras las cuales estaban los lavabos, un pequeño comedor... y la sala de reuniones.

El sitio donde habían avistado al malviaje.

Ni un solo ruido. Miri respiró hondo, pero, en esa ocasión, no era para calmarse. Ya tenía toda la relajación que necesitaba; aquella inspiración serviría para ponerla sobre aviso en caso de que la criatura no se hubiera quedado en su sitio.

Nada raro. Solo olía a cerrado y a un toque de humanidad enclaustrada. Ni siquiera usaban ambientadores químicos.

La ausencia de señales, de todos modos, tampoco era determinante. El entumecimiento provocado por la droga hacía que sus sentidos no fueran tan agudos como de costumbre. Avanzó con cautela en dirección a la sala de reuniones. Por su ventanal no se veía movimiento, así que quizá el malviaje no estuviera ahí. O quizá se estuviera paseando por el suelo. O por el techo. Pero tampoco se le oía. Nada por los lavabos. Nada en el comedor. Su destino cada vez estaba más cerca.

A apenas dos metros de la sala, lo oyó por fin. Un zumbido fuerte, como el de un moscardón irritado. Suponiendo que fuera un moscardón de kilo y medio. La segunda pista fue — esta vez sí — el olor: una vaharada que recordaba al alcanfor.

Cerca de la puerta. El malviaje quizá incluso estuviera trepando por ella. El ruido, constante como el romper de las olas en la playa, venía del suelo. Buena noticia: era más un ronroneo insectil que un rugido de furia. Todavía no se había cabreado.

Todavía. Lo haría en cuanto viera a Miri —un extraño privilegio que por algún motivo tenían los agentes del DOR y no el resto de mortales—, y entonces habría que darse prisa.

La mala noticia resultaba obvia: el malviaje estaba en un sitio que no facilitaba las cosas. Miri tenía que abrir la puerta, y quizá al hacerlo golpeará al bicho, o quizá se lo encontrara a un palmo de distancia.

Ambas cosas pondrían en acción su furia, demasiado cerca.

El problema se solucionó solo, más o menos. De repente, el zumbido se elevó poco a poco, hasta situarse a la altura del ventanal. Miri dio un par de cautelosos pasos atrás en cuanto

percibió el movimiento. Lo primero en aparecer fueron sus antenas, sus oscuros élitros y sus transparentes alas. Luego, el cuerpo fofo y peludo, volando en una elegante vertical. La cabeza de araña. Las afiladas patas. Como una mosca, el malviaje golpeó de forma tentativa el cristal con la cabeza, tratando de atravesarlo.

Entonces vio a Miri.

Su parsimonia desapareció. El zumbido se convirtió en un potente estertor de rabia. Las patas se agitaron y trataron de desgarrar el ventanal. La mandíbula chasqueó buscando cortar presas invisibles.

Miri sabía lo que venía después, así que dio cuatro largas zancadas alejándose de la zona. Necesitaba ese margen de maniobra.

El rábido malviaje golpeó con fuerza el cristal y con su desproporcionada masa logró astillarlo. Otro golpe más y cedería.

Miri sostuvo con fuerza al conejo, para que no se le escapara en el último momento presa del pánico.

El malviaje volvió a embestir cual ariete y logró su objetivo. El ventanal se hizo añicos y el monstruo lo atravesó como si nada, volando a toda velocidad en dirección a Miri.

Ella cerró los ojos e hizo dos respiraciones rápidas y una lenta. Y transfirió.

Los malosviajes tenían una cierta lógica difusa en sus ataques.

Sus víctimas preferidas eran los seres con más energía vital. En la mayoría de las ocasiones, los humanos encajaban en esa categoría, incluso ante animales con algo más de masa. Pero era posible engañar a los bichos mediante una transferencia.

Miri dejó fluir con rapidez su propio *ki* y lo canalizó hacia el conejo. En un instante, y hasta que Miri decidió cerrar el grifo, su vitalidad pasó a la peluda mascota. Quien, con esa maniobra, se convirtió en el animal con más energía del lugar.

El malviaje frenó en seco, confundido, pero de inmediato retomó la carrera. Solo que dirigiéndose al conejo en vez de a la mujer.

Casi desfallecida y a punto de desmayarse, Miri dejó a la criatura en el suelo y se apartó. El aterrado animal trató de huir, a saltos sorprendentemente largos gracias al extra de energía, pero la oficina no ofrecía muchas rutas de escape; apenas pudo dar dos rápidos botes antes de verse en una esquina, que el malviaje hiciera presa en él y le clavara el aguijón en un costado. El conejo dio una serie de fuertes golpes con las patas traseras, incapaz de librarse del depredador, al tiempo que raspaba sus dientes de forma sonora. Entonces, el malviaje comenzó su fase de ignición y el conejo dejó escapar un largo y desesperado grito, demasiado parecido al que habría producido un ser humano en su situación.

Miri ya no se dejaba afectar por el inevitable final de sus capturas. Se concentró en recuperar el resuello, apoyada contra la pared para no desplomarse. Sabía que estaba a salvo porque un malviaje fallecía al tiempo que su única víctima.

El ser insectoide se inflamó con un fulgor anaranjado y el chillido del conejo aumentó en

intensidad y angustia. El malviaje se deshizo como cera hirviendo sobre la piel del animal y este comenzó a iluminarse desde adentro. Luego, sus formas se desdibujaron, igual que un castillo de arena diluido por la marea, y acabó convertido en un gorgoteante charco de olor ácido.

Misión cumplida.

Algo más repuesta, Miri se incorporó tras comprobar que sus piernas podían sostenerla. Había dejado ir demasiada energía, pero era mejor asegurarse. Un error de cálculo y el malviaje habría seguido considerándola el plato principal. Lo que importaba era que estaba lo bastante bien como para dar la buena nueva, tomar el ascensor y disfrutar del merecido descanso que acompañaba a una captura. El fin de semana llegaba antes.

—Despejado —anunció por la radio con voz ronca. Sus compañeros la felicitaron y le dijeron que la esperaban fuera. Ella no tuvo fuerzas ni para contestar.

Renqueó hasta el ascensor y pulsó el botón de llamada. Un zumbido.

La adrenalina y el pánico la inundaron como un vertiginoso tsunami. Acababa de oír un aleteo demasiado familiar. El sonido procedía del área de cubículos. Se volvió hacia allí y lo descubrió revoloteando junto a un ficus ornamental.

Otro malviaje.

Dos malosviajes juntos. No era posible.

Ella estaba sola. Sin conejo. Y apenas sin fuerzas.

Miró el indicador del ascensor. En el cuarto piso y subiendo. Trató de no hacer ruido. «Que no me vea, que no me vea, que no me vea...».

El malviaje la vio. Se enfureció. Voló hacia ella.

El ascensor ya no era una opción. Solo sería una ratonera. Miri corrió hacia la escalera de emergencia y cerró la puerta tras de sí.

No se detuvo. Bajó a toda prisa. Sabía que apenas había ganado un poco de tiempo. Los malosviajes no atravesaban objetos como fantasmas, pero sí que podían...

La figura del monstruo pasó por la rendija entre la puerta y el marco, tan delgada que casi solo tenía dos dimensiones, y se coló —todavía rabioso— en la salida de emergencia por la que Miri trataba de huir. Recuperar su volumen le llevó unos segundos, pero en cuanto lo hizo volvió a catapultarse contra ella con furia asesina.

Dominada por completo por su instinto de supervivencia, Miri se olvidó de su agotamiento y saltó los escalones de cuatro en cuatro. Los dientes le rechinaban de lo fuerte que apretaba la mandíbula. Abría y cerraba con rapidez la puerta de cada rellano, frenando al malviaje durante los instantes que le llevaba escurrirse por ella, pero el zumbido sonaba más y más cerca a pesar de todo. Miri no estaba segura de que fuera a conseguirlo.

El chasquido de los quelíceros parecía casi a la altura de su nuca, aunque no se volvió para comprobarlo.

Llegó al recibidor sin respiración y salió al exterior como una loca. Sus compañeros, que se las deseaban muy felices tras la supuesta captura del día, se preocuparon al verla tan alterada. Y

entraron en pánico al ver el malviaje tras ella. Como hizo el resto del público. Decenas de personas, muchas de ellas más saludables que la extenuada Miri.

El monstruo se detuvo en seco, víctima de una sobrecarga de información mientras trataba de decidir a cuál de todas las presas matar.

Miri contaba con esa breve pausa, que aprovechó para llegar a toda prisa hasta la furgoneta del DOR, abrazar con fuerza a un *Cerberus* que ladraba en dirección al malviaje, hacer dos respiraciones rápidas y una lenta...

... y perder el conocimiento.

Al abrir los ojos quedó cegada y tuvo que poner la mano frente a ella antes de adaptarse a la iluminación. Estaba tumbada y notaba la pegajosa sensación de haber pasado demasiado tiempo sobre piel sintética. Incluso antes de vislumbrar lo que tenía a su alrededor supo dónde estaba. El olor a café rancio y bollería industrial reseca era una pista, como también lo era el lejano ruido de las impresoras matriciales. Y no era la primera vez que había dormido una siesta sobre aquel desvencijado sofá. Además, ¿en qué otro sitio podía despertar?

Nada como el hogar.

La enorme silueta de la directora adjunta, Rebecca Barrows, se colocó sobre ella y redujo lo bastante la intensidad de la luz.

Miri parpadeó y, en mitad de su campo de visión, encontró el adusto rostro de la descomunal mujer. Era tan alta que podría haberse dedicado al baloncesto profesional. De hecho se lo planteó un tiempo, durante su militancia en los Panteras Negras. Pero luego vinieron los impulsos de servicio público, las ganas de cambiar las cosas desde dentro y el acceso a la política. Tras el Moksha se podría decir que todo le había venido rodado.

Miri se incorporó lo bastante para confirmar dónde estaba antes de marearse y volver a caer. Se encontraba en la sala de descanso de personal de su bloque de oficinas en el DOR. Un par de mesas blancas, en aquel momento vacías, servían para que cualquiera tomara el almuerzo traído de casa a toda prisa o los menos nutritivos aperitivos que servían las máquinas expendedoras.

—¿Todo bien? —preguntó Barrows con su grave voz. Miri apenas pudo asentir y el sarcasmo poseyó a su superiora—. Uy, sí. Ya veo. Anda, dale, que todavía estás empastillada.

Barrows le tendió la mano. Demasiado agotada para discutir, Miri la agarró e hizo tres inspiraciones rápidas con los ojos cerrados. La fuerza vital de la directora adjunta fluyó hacia ella como una riada. En cuanto tuvo la suficiente para no sentir que su cabeza era un globo relleno de agua, cerró la transferencia.

Barrows se aferró un par de segundos al respaldo del sofá y, tan pronto se recuperó, retomó la conversación.

—Siento esto, pero ha habido un choque múltiple en la 66. Los *transfers* de todos los hospitales están que no paran. Desbordados. No tenían ni un hueco para ti. Así que, como no estabas en peligro... para tenerte en una sala de espera ya te tenemos aquí.

Miri se sentó, todavía entumecida, pero mucho mejor que antes.

—El malviaje... ¿funcionó? —Barrows asintió—. ¿Y *Cerbs*?

La directora adjunta levantó una ceja.

—¿Tú qué crees?

Miri aceptó con resignación la respuesta implícita.

—Era un buen perro —dijo.

—Sí. Pero mejor él que una persona, ¿no?

Miri se encogió de hombros.

—Pues eso —siguió Barrows justo antes de hacer una breve pausa y mirarla a los ojos—. Así que... ¿dos malosviajes juntos?

Miri respondió con un lento asentimiento.

—Es raro, lo sé. Pero sí, eran dos.

—En el mismo territorio.

—Sí.

—Cosa que no había pasado desde... ¡Joder, ni siquiera sé si había pasado antes!

Miri se frotó los ojos.

—Que yo sepa, ha pasado dos veces en la historia del DOR.

La directora adjunta levantó ambas cejas.

—Dos veces. En veinte años.

—Sin contar el Moksha, claro.

—Claro. Claro. Sin contar el Moksha. Y... ¿alguna teoría sobre eso?

Miri suspiró.

—No, Becca, lo siento. No tengo ni idea. Supongo que no volverá a pasar hasta dentro de diez años.

—Ah, pues menuda suerte que te haya pasado a ti. Algo para contar a los nietos, ¿eh? En fin, Callahan, descansa lo que necesites, pero no mucho. Con doble captura o sin ella, hoy no te toca tu baja reglamentaria.

La joven frunció el ceño.

—¿Y eso?

—Que me zurzan, si lo sé. Ya te quejarás al sindicato. Pero el secretario quiere verte. Cuanto antes.

No tenía intención de hacer esperar al señor secretario, así que apenas se permitió una rápida visita al cuarto de baño para refrescarse y recobrar cierta apariencia de humanidad. Por el apresurado camino se cruzó con Ramírez, preocupada por su estado de salud, pero Miri se excusó haciendo uso de su urgente compromiso. A Ramírez, sonriente, pareció bastarle.

Acudir a su cita implicaba salir del lugar donde trabajaba y desplazarse hasta el bloque ejecutivo, junto a la ebúrnea cúpula geodésica norte. Agradeció el sol, porque, con las prisas,

había olvidado su chaqueta, y marchó con celeridad hacia el edificio. Ni el personal de secretaría ni el de seguridad la detuvieron o preguntaron qué hacía ahí; su rostro ya era lo bastante conocido y a aquellas alturas todos debían de saber que se la esperaba en el lugar. Tras montar en un ascensor que la elevó hasta la última planta, saludó a la recepcionista de la antesala y llegó a la puerta de su destino. Una placa de bronce anunciaba:

JOHN W. ONO LENNON
SECRETARIO DE OTRAS REALIDADES

Llamó a la puerta, a pesar de que el secretario Lennon ya habría recibido aviso de su llegada. Desde dentro se escuchó su voz firme.

—Pasa.

Miri obedeció y cerró la puerta tras de sí. Aunque la espaciosa sala en tonos ocres tenía, por aquí y por allá, salpicaduras de detalles que estaban fuera de lugar —el mandala sobre la mesa, el disco de diamante en la pared este, la foto con el Maharishi Mahesh Yogi...—, el lugar apeataba a formalidad: muebles de caoba que ya eran antiguos al erigirse el Capitolio, artesanía barroca y vetustos cuadros que creaban una disonancia con lo que se sabía del inquilino del despacho.

Las gruesas cortinas color borgoña estaban cerradas e impedían al mismo tiempo la visión del parque junto a la cúpula y la entrada de la luz. La lucha contra la oscuridad dependía de un par de tímidas lámparas de pie, escondidas en las esquinas de la sala, y otra más recargada que iluminaba desde el escritorio el rostro del secretario mientras revisaba algunos documentos en su ordenador Macintosh.

Todos esos elementos puestos juntos hacían que Miri siempre se sintiera como Alicia al entrar en los dominios de tan curioso Sombrerero.

Dar a Lennon una Secretaría había sido una de las medidas más controvertidas del presidente Dukakis. No tanto por su origen —el antiguo Beatle no era ni mucho menos el primer miembro de Gabinete no nacido en Estados Unidos—, sino por lo que Lennon representaba. La reacción iba más allá de las creencias religiosas que muchos estadounidenses seguían teniendo. Un número creciente de ellos veía una correlación entre la ideología *hippies* y el aumento de malosviajes; en su versión de la realidad, el nombramiento era una amenaza para la seguridad nacional. Por no mencionar los caóticos escándalos de su pasado antes del atentado. Pero, en honor a la verdad, Lennon había sido una parte integrante del DOR desde su creación en el 71. Primero, como asesor externo; luego, como portavoz extraoficial en sus visitas por todo el mundo y, finalmente, con una posición formal. Después de todo, como había dicho Dukakis en su famoso discurso de investidura: «la Humanidad debe asumir que hay mundos ahí fuera, mundos que no están limitados por nuestras antiguas preconcepciones; solo con originalidad y creatividad podremos afrontar este desafío». Y nadie mejor que Lennon para entender y explicar esos mundos.

Miri se sentó sin esperar el ofrecimiento. El nivel de la relación entre ambos iba más allá de las normas protocolarias. Aun así, seguía resultándole difícil llamarle John.

—Señor secretario...

Lennon dejó de mirar la pantalla de su ordenador y se centró en la agente especial.

—Gracias por venir. Sé lo de esta mañana. Buen trabajo. ¿Estás bien?

—Sí, señor secretario.

—Bien. Ojalá pudiera darte un par de días en casa como mereces, pero la verdad es que te necesito.

—No para una captura, supongo.

—Nada de eso. Es algo más... delicado. ¿Qué sabes de España?

—Que bailan flamenco, matan toros y comen paella.

El secretario Lennon suspiró y se masajeó el puente de la nariz por debajo de las gafas redondas.

—Por favor, Miri...

—Vale. España es uno de los países más atrasados e incultos de Europa. Son franquistas, lo que es lo mismo que decir nazis. Cuando acabó la guerra, deberíamos haberles dado el mismo tratamiento que a Hitler, pero no lo hicimos por las bases. Y cuando Carter desmanteló las bases, dejaron de importarnos, como a todo el mundo. Ahora se revuelcan en su catolicismo fanático y su militarismo trasnochado, con una economía que da risa.

Lennon la miró unos segundos a los ojos antes de replicar.

—No tienes muy buena opinión de ellos.

—La que merecen. Actúan con chulería, como si todavía fueran los amos de medio mundo, pero su ejército solo les sirve para matar a otros españoles. Y su fanatismo... ¡joder, se enfrentan a los malosviajes con oraciones! ¡Con putas oraciones!

A pesar de lo soez de sus palabras, Miri había tirado a matar. Sabía que el secretario despreciaba la alienación que salía de las religiones organizadas. Por eso, le sorprendió la rápida respuesta.

—Tienes que ir allí.

Abrió los ojos, sorprendida.

—¿Dónde? ¿A España?

—A su capital, Madrid.

Miri se echó atrás en el asiento y cruzó los brazos. Al secretario Lennon no le iba a contestar con un «no» directo.

—Me parece que allí detienen a la gente que hace lo que yo hago.

—Sí. Os llaman brujas y es delito. Pena capital, creo. Pero irás con inmunidad diplomática. No te harán nada. En realidad son ellos los que han pedido que vayas.

—¿Que vaya yo?

—No... No exactamente. Que vaya alguien. Alguien que sepa de malosviajes o de parafísica.

—¿Y esa soy yo?

—Hablas español, ¿no?

—Como docenas de personas en la Secretaría de Estado. Señor secretario, ¿de qué va esto?

Lennon volvió a suspirar.

—Miri... Los españoles nos han hecho una petición un poco extraña. Quieren enseñarnos algo relacionado con la parafísica, algo que dicen que podría interesarnos. Suponemos que quieren algo a cambio. Pero no somos los únicos a los que han invitado. Han hecho lo mismo con los soviéticos. Los españoles odian el comunismo, así que esto aumenta la rareza...

—... y hace que tengamos ganas de ir. Vale. Lo que no entiendo es por qué debo ir yo. Señor secretario, los dos sabemos que la diplomacia no es lo mío.

La solemnidad desapareció por fin del semblante de Lennon cuando dejó escapar una risa ahogada.

—No, claro que no. Cualquier cosa menos eso —respiró hondo y volvió a ponerse la máscara de estadista—. Pero debes ser tú. Por las puñeteras Guías de Selección de Personal. Asignamos a la gente a una tarea según sus cualificaciones y experiencia. En los temas más delicados, además, revisamos el perfil psicológico y la carta astral. Y ahí está el qué. Hemos cruzado esta misión con las cartas de posibles candidatos... «montones» de posibles candidatos —enfaticó—. Ninguno pasaba la criba. Ni embajadores, ni soldados, ni científicos, ni gente de la CIA. Nadie. Las cartas hablaban siempre de fracaso o de conflictos irresolubles. No eran solo las evaluaciones de la Secretaría de Estado; los astrólogos del Pentágono están en las mismas. Así que hemos ido descartando posibilidades sin parar... hasta que hemos encontrado una candidatura válida.

Lennon la miró. Aquella mirada le dio a Miri ganas de encender un pitillo.

—Qué suerte tengo... —murmuró.

—Qué suerte tenemos, dirás. La verdad es que preferiría que no fueras tú —sonrió—. Preferiría a alguien con diplomacia. Pero a veces no podemos elegir. Como tú con el perro de esta mañana.

—*Cerberus*.

—Ese. Tomamos decisiones como podemos. A veces, solo podemos elegir entre dos males. A veces, la vida nos lleva... —abarcó con un cansado gesto de aceptación a lo que había en su despacho.

Miri captó el mensaje. La vida le había llevado hasta allí.

Ella era parte esencial de esa vida, así que ella era también responsable. Lo que cerraba el irónico círculo era que Lennon, a su vez, la había metido en el DOR. Ambos víctimas y verdugos.

Tamborileó con los dedos sobre el brazo de la silla. El secretario tomó aquel momento de reflexión como una indirecta para seguir hablando.

—Miri, nos conocemos desde hace ¿cuánto? ¿Diez años? Pues escucha: nunca te había pedido algo tan importante. No se trata solo de que vayas. Hemos buscado candidatos que no fracasaran,

porque... necesitamos un éxito. Así que no solo debes ir. Sea lo que sea, debes hacerlo con honores.

—¿Y eso por qué?

—Porque el DOR depende de ello. Tenemos encuestas internas. La gente se está cansando. Empiezan a pensar que el dinero que gastamos estaría mejor empleado en Defensa. Están perdiendo la fe en la magia; ahora solo quieren fuerza, ganar a los soviéticos como sea. El presidente estuvo a punto de perder contra Bush. Quién sabe lo que pasará en el medio mandato. Podríamos quedarnos sin las dos Cámaras. Tenemos que ofrecer algo, algo llamativo. Esta misión en España puede ser la oportunidad. También estarán los rusos, así que... No sé. Quizá puedas espiarlos, averiguar cosas.

La voz de Miri sonó demasiado amarga.

—Tampoco soy una espía, señor secretario.

—Ya. Por eso habríamos querido que fuera otra persona. Pero parece que eres la única que puede tener éxito —respiró hondo—. Escucha, tendrás todo el apoyo de la embajada si lo necesitas. Pero, en los momentos que de verdad importen, con los españoles, estarás sola. Han dicho que solo contarán su secreto a un representante de cada delegación. Así que todo depende de lo que tu instinto te diga en esos momentos. Sea lo que sea, estamos contigo.

Su instinto. Miri chasqueó la lengua mientras su cabeza daba vueltas a todas las implicaciones. De fondo casi sin pedirlo, pudo oír en su mente una melodía. La de «Revolution», obra del propio Lennon. Un himno que recordaba que no contarán con él si hablaban de destrucción. Porque todo acabaría saliendo bien.

—Vale, John —dijo—. Lo haré.

3

Desvaríos de un enfermo

El teniente Arturo Crespo, oficial de Inteligencia del CESID, protegido personal de la Iglesia católica y quizá futuro embajador del reino de España en la ODA, estaba nervioso como un niño antes de un examen. Era consciente de que el sudor había empapado su camisa y confiaba en que la chaqueta del uniforme lograra disimularlo. Había dado más tragos de los habituales a su petaca y aun así no encontraba la serenidad. Sonsoles casi le había tirado una grapadora a la cabeza tras ser bombardeada con la enésima petición urgente de los preparativos.

Sobre el papel, todo estaba listo.

Pero sobre el papel hasta la mierda del comunismo tenía sentido. Lo malo no era la planificación de la batalla, sino el contacto con el enemigo.

Aun así, Arturo trataba de tranquilizarse con la realidad de los hechos. Había cogido el toro por los cuernos como un campeón. Para mayor frustración de Sonsoles, incluso se había dedicado a gestionar aspectos administrativos que no le competían. Todo por el éxito de la misión.

El resultado no era desdeñable. A pesar de haber tenido que trabajar el fin de semana, había logrado coordinar agendas y planes de vuelo para que ambos dignatarios extranjeros llegaran más o menos a la vez a Barajas. Cosa nada sencilla teniendo en cuenta que hablar de coordinación con burócratas soviéticos era como pedirle a un gato que se pusiera a la pata coja. Cualquier dato, por nimio que fuera, había que sacarlo a tirones igual que si se tratara de un secreto de Estado. Tampoco quedaban certezas de que la información siguiera siendo válida dos horas después. El itinerario del muy respetable doctor Bronislaw Mazur, maldita fuera su calavera, había cambiado nada menos que dos veces. Su secretario, asistente, espía del KGB o lo que fuera aquel pipiolo al teléfono de la embajada, había usado su español macarrónico para decir, primero, que llegaría en un vuelo comercial desde Moscú cortesía de Aeroflot. Luego se habían decantado por un trayecto en coche oficial del cuerpo consular desde París, por razones que desde luego nada tenían que ver con ser prácticos o dar comodidad al susodicho. Y, a última hora, cuando Arturo ya había gestionado el trayecto de la agente especial Callahan en un avión de American Airlines desde Washington, los jodidos rusos habían vuelto a cambiar de idea: el doctorcito vendría en un vuelo chárter con pabellón alemán y operado desde Cracovia.

La frase estrella en la mente de Arturo en aquellos momentos era «me cago en el materialismo

dialéctico».

Pero esa parte, polvo, sudor y hierro, ya estaba lista.

También se había encargado de otros operativos más relacionados con la seguridad nacional. Como bien le había recordado don Juan Antonio, sus invitados de las grandes potencias no dejarían de ser espías ansiosos por cotillear. Dado que para enseñarles a Fierabrás tenían que meterse muy dentro de las tripas del CESID, la situación presentaba ciertos problemas logísticos.

Tampoco era como si Arturo pretendiera soltar a la parejita en mitad de la sala de archivos, pero quería dar una imagen de seriedad. Aquello pasaba por dejar patente que había zonas restringidas, con la esperanza de que sus invitados creyeran que en el CESID hacía cosas mucho más importantes de las que ellos suponían.

De modo que había ideado un recorrido por el interior de la Casa que haría ver a sus huéspedes, con toda claridad, que había muchas partes del recinto que no les estaba mostrando. De hecho, había trazado una ruta más larga de lo necesario, para dar la impresión de que aquel rodeo inútil tenía como fin ocultar secciones enteras del complejo militar.

Todo mentira, por supuesto, pero que no se dijera que en España no eran maestros en el arte de aparentar.

Excepto en la parte que no era apariencia: Fierabrás.

El arma secreta del CESID era la pieza esencial, la clave del éxito o fracaso de la misión. Si americanos y rusos quedaban impresionados y querían hacer uso de ella, Arturo tendría más fácil presionarlos para conseguir una contrapartida. Si la demostración les parecía endeble, se irían con un secreto que ya no lo era y él se quedaría con tres palmos de narices. Así que todo lo relativo a Fierabrás debía ser perfecto.

Empezando por que estuviera en condiciones. Los médicos ya le habían jurado y perjurado como quince veces que, teniendo en cuenta la hora estimada de llegada, Fierabrás estaría listo para una vistosa exhibición.

Arturo había exigido también que cuidaran un poco su aspecto. Ropa nueva, afeitado, limpieza corporal absoluta... Y lo mismo en lo que se refería a las instalaciones. Sus palabras textuales habían sido que si el suelo no podía usarse para amasar una empanada, se fueran buscando otro trabajo.

Quizá no fuera la mejor metáfora del mundo, pero habían entendido el mensaje.

Sobre el papel, todo estaba listo.

A lo largo de la mañana se había cruzado un par de veces con Benavides. El capitán le había dirigido miradas de desprecio y él —que sabía que solo eran una fachada para ocultar su miedo— le había respondido con abiertas sonrisas. El odio que su superior le tenía crecía a marchas forzadas, pero a Arturo le daba igual: si tenía éxito, le esperaba una vida muy lejos de todo aquello. En Londres.

Y si fracasaba... Si fracasaba...

Miró su reloj. Todavía le quedaban un par de horas antes de tirar para el aeropuerto. Se había

ganado un buen carajillo de coñac.

Salió de su despacho y se encaminó hacia los curvos corredores del exterior del edificio, que lo llevarían a la cafetería. Apenas había gente a aquellas horas, demasiado tardías para media mañana y muy tempranas para la hora de comer. Era como si Arturo fuera el único habitante del lugar; aquello hizo que su mente, sin otras distracciones en las que centrarse, siguiera dándole vueltas a sus nefastos pensamientos.

No podía fracasar.

No con Londres tan cerca. No podía.

Apretó los puños. Necesitaba el carajillo. Aceleró el paso.

Lo que le hizo parar en seco fue algo captado por el rabillo del ojo, casi de forma inconsciente.

A su derecha tenía los ascensores. El movimiento se había producido en una de las puertas. Se volvió para observar, se le heló la sangre y olvidó todos sus problemas.

Por la rendija de una de las puertas cerradas de los elevadores algo se escurría. Una cosa negra que flotaba a media altura. Tan plana que casi parecía de dos dimensiones.

Un malviaje.

Inmóvil, Arturo contempló cómo el ser salía del todo y recuperaba su volumen. Estaba tranquilo, así que se puso a revolotear con calma como si el CESID fuera su parque de atracciones particular. Con suerte, se alejaría. En caso contrario, si el bicho se enojaba... Bueno, Arturo esperaba correr lo suficiente para poder empujar a Benavides delante de él y ver qué pasaba.

El malviaje aterrizó y se puso a pasear por el reluciente mármol del suelo. Sus antenas parecieron estudiar con curiosidad su propio reflejo. Arturo siguió sin moverse, deseando que el monstruo no se fijara en él. Y, más importante, que siguiera tranquilo. Sabiendo que nada de lo que él hiciera o dejara de hacer le daría garantías.

Oyó de repente los pasos y las voces ante él. Un grupo de gente acababa de salir de alguna de las salas de reuniones y charlaba con naturalidad, incluso con alegría. Se encaminaron hacia allí.

Directos hacia el malviaje. Arturo los vio, tres hombres uniformados y una elegante mujer, riendo sin ser conscientes de que a pocos metros un peligro mortal paseaba por el suelo.

Intentando a la vez llamar la atención y no llamarla, Arturo agitó las manos en señal de negativa.

No le vieron y siguieron avanzando. No se daban cuenta. Iban a pisarlo.

El malviaje no tenía por qué enfurecerse por ello. O sí. O quién coño sabía.

Pero también podía enfurecerse si Arturo hacía otro movimiento brusco.

Estaban a diez pasos de él.

Arturo carraspeó fuerte, con intensidad casi grosera. Los otros lo miraron con disgusto y él aprovechó para señalar la mancha negra en el suelo.

Lo vieron por fin. El cuarteto calló de golpe y quedó paralizado por el terror, igual que él.

Hubo unos instantes de silencioso estupor, mientras el malviaje seguía examinando el suelo. Entonces volvió la cabeza y pareció descubrir a los recién llegados. De algún modo, aquello llamó su atención. Alzó el vuelo con parsimonia y acercó su ondulante zumbido hacia uno de los agentes. Tanto él como sus acompañantes, con sudor en los rostros, trataron de no mover ni un músculo. Los temblores no los pudieron controlar.

El malviaje dio una vuelta exploratoria alrededor del pequeño grupo, haciendo chasquear sus quelíceros de tanto en tanto. La mujer y uno de los hombres tenían los ojos enrojecidos y húmedos.

El malviaje se fijó en Arturo. Se dirigió hacia él.

Arturo tragó saliva. Llevó poco a poco la mano a la pistola de su cinturón. Por si acaso. No era para el malviaje.

La criatura se detuvo en el aire a la altura de su cara, a unos centímetros de los ojos. Arturo podía ver con claridad toda su monstruosa anatomía. Sentía su atención fija en él.

Esperaba que no lo intuyera, que no percibiera lo que había debajo de su máscara ni de sus mentiras. Que aquello no fuera motivo para que el bicho se cabreara.

Pero quién coño sabía.

El malviaje se posó en su hombro izquierdo. Arturo notó su peso, su calor, el rítmico movimiento de sus ocho patas afiladas, el ruido de sus mandíbulas, el molesto zumbido junto a su oído.

La cosa trepó poco a poco por su cara. Le arañó la piel. Se la manchó con gotas de algún viscoso líquido que olía a alcanfor. Subió por sus sienes. Se aferró a su pelo, tirando de él. Se alzó hasta su coronilla. Allí golpeó el cráneo con sus patas, con sus antenas, con sus mandíbulas.

Arturo aferró la pistola. Se preparó para desenfundar. Pensó en una despedida. Para Víctor. Para Adela.

El zumbido aceleró su ritmo.

Pero el malviaje no se había enfadado. Seguía tranquilo. Era solo que alzaba de nuevo el vuelo. Se alejaba. De Arturo, de todos.

Respiraron hondo.

Vieron al monstruo colarse, plano de nuevo, por la rendija de la puerta de una de las salas adyacentes.

En cuanto el ser desapareció, fueron corriendo hacia la alarma más cercana y apretaron el botón rojo. A lo largo y ancho del CESID se encendieron silenciosas bombillas del mismo color colocadas a intervalos.

Así fue como se esparció la noticia de que un malviaje había sido avistado en el complejo. Se puso en marcha el protocolo de evacuación. Arturo avisó por radio de la zona donde estaba el engendro.

Y eso era todo lo que se podía hacer. Alejarse y esperar a que se marchara.

Había quien, en aquellas ocasiones, iba a una iglesia a rezar.

El CESID contaba con su propia capilla, pero Arturo ni se lo planteó. En el pasado, la prensa ya se había hecho eco de ataques de malosviajes incluso dentro de templos. El mensaje de Dios parecía ser: «Dejaos de rezos; si veis un malviaje, simplemente alejaos».

Arturo lo hizo. Aun sin ese carajillo que le pedía el cuerpo, se alejó. Fue a Barajas. Puso tierra de por medio.

Aunque no sabía si lo que se le venía encima era más seguro.

Cruzar un océano daba mucho tiempo para pensar. Hacía varias horas que el sedante murmullo de los motores del Boeing acompañaba a Miri, como un buen amigo al que se conoce de toda la vida.

Además, su asiento de pasillo —espacio libre para moverse siempre que quisiera sin pedir permiso a nadie— estaba en la zona de fumadores. Y vaya si Miri había aprovechado el pequeño privilegio. Se preguntaba si en España venderían Lucky; al ritmo que iba, para cuando llegara a Madrid se habría quedado sin el suministro que llevaba.

La mezcla de todo había provocado en ella un estado de atención enfocada, un duermevela consciente en el que sus próximos desafíos vitales desfilaban ante el ojo de su mente para ser evaluados o descartados. Si aquello no era *dhyana*, que le explicaran lo que era.

Miri sabía que no era una diplomática, y mucho menos una espía capaz de sonsacar información confidencial a avezados profesionales de otras potencias. Por no ser, casi ni era agente federal. De no haber sido por sus habilidades de transferencia, Miri tenía claro que habría acabado haciendo algo bien distinto. No sabía qué, pero distinto.

Si orbitó hacia el DOR, fue casi por casualidad. En parte se trató de una jugada política que le propusieron para aprovechar su popularidad tras lo del Dakota. En parte se dejó llevar porque Lennon le parecía carismático. Y en parte fue por tener experiencias que no estaban al alcance de muchos.

Sus padres, como siempre, habían respetado su decisión e, incluso, la habían aplaudido. Ella, eso sí, sabía que en el fondo no les gustaba lo que estaba haciendo con su vida. Su hermano Andrew fue el único que tuvo los redaños de decirle a las claras que se equivocaba, que estaba entrando en el DOR no porque quisiera, sino porque era el único sitio donde hasta alguien con sus dones podía estar en peligro físico. Y le recaló que aquello no era justo para sus padres y para la preocupación que —convicciones pacifistas aparte— sentían por ella. Sin pelos en la lengua se lo dijo.

Cómo quería a su hermanito.

El amor podía ser muy raro y adoptar muchas formas desconcertantes. Por ejemplo, Ramírez. Le gustaba llamarla así en vez de Joanna. Era curioso lo rápido que habían intimado. Las insinuaciones iniciales habían venido de la novata, pero el primer paso, la invitación, lo había

dado Miri. Después de la charla de Lennon, como que lo necesitaba. Ambas sabían que no era más que lo que era, y ambas se dejaron llevar dentro del respeto por los límites fijados.

En la despedida, apenas unas horas atrás y tras pedirle a Ramírez que se encargara de sus conejos, habían bromeado sobre la ropa que pensaba ponerse para la reunión de alto nivel en la tradicional España. Al final, Miri se decantó por la falda más corta que fue capaz de encontrar.

Era por todo aquello de ser una especie de elegida. Las cartas astrales le habían dado una buena patada. La habían sacado de la mezcla de caos y control que era su rutina y la habían metido en un escenario muy diferente. Porque resultaba que solo ella podía hacer lo que fuera que debiera hacerse.

Pero si era una elegida, lo era para todo. Por cómo pensaba, por cómo reaccionaba ante las cosas, por las decisiones que tomaba. Incluso, por la falda que decidiera ponerse. Así que no iba a jugar a la modosita solo por moverse entre fanáticos retrógrados. Si la sutileza fuera garantía de éxito, la carta astral de cualquier diplomático habría mostrado más probabilidades de triunfo que la suya.

No, las estrellas les decían que Miri debía ser Miri. Así que iba a serlo. Y si se terciaba, a disfrutarlo.

Una cosa tenía clara: si los españoles pedían su presencia, era porque la necesitaban. Sabía que estaba en una posición de poder. Y pensaba conservarla, sobre todo si debía enfrentarse en algún extraño duelo de intrigas a la todopoderosa Unión Soviética.

Antes de lo que ella misma imaginaba, el piloto comenzó a avisarles de que habían iniciado la maniobra de aproximación, que esperaban tomar tierra en Madrid-Barajas dentro de unos quince minutos, que la hora local eran las 15.25, que el tiempo en destino era despejado con algunas ráfagas de viento y que no se había detectado la presencia de malosviajes en las inmediaciones del aeropuerto.

Franqueó el control de pasaportes por la fila diplomática, lejos del agobio que tuvo que sufrir el resto de turistas y empresarios que viajaban con ella. El Guardia Civil de la garita, mientras le hacía las rutinarias preguntas de seguridad, aprovechó para pegarle un poco discreto repaso. Ella lo retó con la mirada a decir algo, cosa que el joven eligió no hacer.

La Secretaría de Estado había decidido que, en principio, no llevara su arma. Se suponía que no iba a necesitarla en esa misión, así que no tenía sentido hacer el papeleo para que le permitieran entrar con una. Además, le confiaron *sotto voce* que, en caso de que la requiriera, no tendría más que pedirla en la embajada. Los agentes de la CIA destinados allí compartirían con ella todo lo que tuvieran.

Lo que sí llevaba en la valija diplomática era una pequeña provisión de sus pastillas, que también podría aumentar en la embajada llegado el caso y con cierto preaviso. Cinco rojas, para entrar en el estado mental especial; cinco azules, para salir; dos naranjas, para entrar a toda prisa, usar con precaución y ver lista de efectos secundarios; y una verde, para salir. Salir del todo. De la vida.

No le costó encontrar a su contacto del CESID. Solo tuvo que buscar al tipo más envarado del lugar. Al verlo ahí inmóvil entre todos los paseantes, de impoluto uniforme, cabeza erguida, pecho fuera, manos entrelazadas tras la espalda, supo que era él.

Tenía más estatura que el español medio, lo que tampoco significaba mucho. Piel morena, cabello negro, ojos oscuros. Hasta su mostacho estaba repeinado bajo la nariz un punto demasiado grande. Todo en él rezumaba formalidad, como si fuera un Reglamento de Ordenanzas con patas.

El militar la miró y avanzó a zancadas hacia ella. Por lo visto, la identidad de Miri también le había resultado obvia. No era para menos. No solo por la minifalda, que destacaba entre aquella gente como un poli de incógnito en una comuna. Su amplio bolso de pana, su colorida maleta con ruedas, las informales sandalias, las gafas de sol de espejo... Todo la hacía brillar en España como un faro en la noche costera. Y, desde luego, su larga melena pelirroja no la hacía parecer precisamente una andaluza de visita.

El agente se puso firmes ante ella, ejecutó un controlado saludo castrense y luego le tendió la mano, todo casi en un único movimiento fluido.

—*Pleased to meet you, Miss Callahan* —empezó él, esforzándose en su inglés. Miri sonrió y decidió ponerle las cosas más fáciles.

—Teniente Crespo —respondió en castellano—. Gusto en conocerle. Por favor, llámeme Miri.

Él pareció desconcertado.

—El gusto es mío. Y le ruego que me disculpe. No sabía que el diminutivo de Elizabeth fuera Miri.

—No lo es. Miri es por mi segundo nombre, Mireille. Todos me llaman así.

—Entiendo. Supongo que en el mundo hay demasiadas Elizabeths. —Ella se limitó a asentir—. Miri, pues.

Se daba cuenta de que su acento era muy diferente a la variante mexicana que a ella le resultaba familiar. Sin embargo, y al revés de lo que había temido, no era difícil de entender.

—Espero que haya tenido un vuelo agradable. Ya solo nos falta el doctor Mazur. Tiene que estar a punto de llegar... a menos que los rusos ahora hayan decidido que venga montado en una mula desde las Chafarinas.

El teniente Crespo se detuvo de forma abrupta en su soliloquio y le clavó los ojos. Durante unos segundos se quedó así, en silencio, estudiándola. Sin embargo Miri no sintió ninguna intención sexual. Se trataba de algo aséptico. Parecía un análisis clínico. Quizá lo era. Ella le sostuvo la mirada.

—He leído sobre usted —dijo el agente al final.

—Creo que todo el mundo lo ha hecho. Todo el mundo platica sobre mí, incluso hoy. Sigo esperando que la gente olvide lo del Dakota.

—La prensa de su país la pone por las nubes.

—A mi país le encanta crear celebridades. No me vea como una estrella de Hollywood, lo detesto. Solo dio la casualidad que estaba allí, no más.

Crespo negó con la cabeza, sin dejar de mirarla.

—No estoy de acuerdo. Supo reaccionar rápido. Un tiroteo asusta, asusta hasta a gente entrenada. Usted no lo está. O no lo estaba. Pero vio cómo acribillaban a Lennon y tuvo la sangre fría de curarlo con su bruj... con sus... poderes.

Miri comenzó a analizarlo también.

—Olvida usted que la energía la saqué de Chapman.

—¿El pistolero? Es verdad, lo olvidaba. —Crespo hizo una pausa—. Es mucho mejor. Usted mató al asesino que había intentado matar a Lennon. Usó su energía para evitar el asesinato. La víctima se salva y el delincuente es condenado a muerte. Yo a eso lo llamo justicia. Y lo dicho, supo reaccionar rápido.

La respuesta sorprendió a Miri. No por lo contundente, que casi era lo que cabía esperar de un soldado, sino porque habría creído que la ideología española sería más cercana al tradicionalismo religioso de Chapman.

—No me imaginaba que fuera usted fan de Lennon.

—No lo soy. Pero sí respeto a quienes hacen cumplir la ley. Usted lo hizo. —Miri fue a hablar, pero Crespo la interrumpió levantando una mano—: Y si me va a preguntar si soy fan del DOR, tampoco. Pero no es de lo que hablamos.

La obsequió con una fría y artificial sonrisa y le pidió que, por favor, lo siguiera hacia el lugar de aterrizaje del representante soviético.

Había superado el primer escollo. Dos, en realidad. Mientras caminaba en silencio y a gran velocidad por Barajas, seguido de cerca por su invitada americana, Arturo empezó a respirar tranquilo.

Su primer miedo había sido perder el control. Estaba acostumbrado a beber, pero aun así el alcohol a veces nublaba su juicio. No habría sido muy sutil empezar las negociaciones a gritos... o de otra forma peor. Y aquella posibilidad era un riesgo más que tangible. ¡Tratar con una bruja! ¡Medio *hippies*, además! Se sentía orgulloso de haber sido capaz de contenerse. Aunque le había costado grandes esfuerzos de concentración, al final había dado una imagen de persona mesurada.

El otro motivo de satisfacción era externo. La agente especial Elizabeth Mireille Callahan no había resultado ser tan complicada. Por lo menos a primera vista. No parecía tener dobles intenciones ni ser algo diferente a lo que mostraba, cosa poco común en la misión que la traía a España. Seguía siendo una bruja, pero no cargaba con el habitual baúl de agendas ocultas y medias verdades en sus diplomáticas palabras.

La excepción había sido su enemistad. Callahan le era hostil a un nivel muy personal, pero — ironía entre las ironías— lo disimulaba con todas sus fuerzas. Se trataba de la única incoherencia

que mostraba. Podía acabar siendo algo malo —si su hostilidad le hacía rechazar la propuesta de Arturo— o algo bueno —si, por lo que fuera, tenía órdenes de ser amable con él—. En cualquier caso, era algo en lo que Arturo debería fijarse en adelante.

Lo que empezaba a pensar era en que quizá don Juan Antonio se había equivocado. Callahan no parecía una espía. Quizá no lo fuera. Lo mirara como lo mirara, su selección como representante yanqui no tenía sentido. ¿Qué pintaba el Departamento de Otras Realidades en una misión diplomática? ¿O, ya puestos, en una misión de espionaje?

Por lo que él sabía, la misión del DOR era cazar malosviajes.

Nada más. No solían estar entrenados en subterfugios, y desde luego que Callahan menos. Era cierto que la JUJEM había solicitado, por la vía de Exteriores, representantes con conocimientos de parafísica o de malosviajes, que eran los temas que tocaba Fierabrás. Pero Arturo esperaba a gente con conocimientos académicos, como el Mazur de las narices, no a personas cuyo trabajo fuera una versión glorificada de la perrera municipal.

Aunque, bueno, él tampoco era la persona más preparada del mundo para la misión. Y ahí estaba.

Miró de reojo a Callahan, que no se separaba de su lado a pesar del apresurado ritmo. Tampoco había hecho mención alguna a que se encontraban ya en zonas del aeropuerto proscritas para el público en general, y nadie había tratado de impedirles el paso. Arturo había querido enseñarle a la americana lo que significaba llevar un uniforme en España. Ahora que ya había tenido su primera toma de contacto con ella, se sentía más cómodo tratándola.

Dudaba que fuera a pasar lo mismo con el puñetero Mazur.

Aun sin conocerlo, llegaba a Madrid con una larga lista de pecados mortales. El primero, por supuesto, era ser un comunista de mierda. No solo comunista, sino alguien elegido por el Kremlin para hablar en nombre de la Unión Soviética. De lo malo, lo peor. Aquello no tenía arreglo posible ni perdón de Dios.

El segundo pecado, que Arturo se tomaba como un insulto, era cómo lo habían mareado a la hora de planificar el viaje. No tanto por las molestias causadas, sino por lo que evidenciaban: que le consideraban (a él, o al CESID, o a España en general) algo de segunda que podían pisotear como quisieran.

Aquel sapo era difícil de tragar. En cualquier otra circunstancia, Arturo habría mandado a la mierda al doctorcito. O le habría dicho a la cara lo que pensaba de él y luego lo habría enviado a tomar viento. El no poder hacerlo le estaba provocando una úlcera. Arturo preveía que conservar la calma con Mazur iba a ser mucho más difícil que con Callahan.

Y luego estaba el pecado más exótico: la parafísica.

Como si fuera un magnánimo gesto, los rusos le habían informado a última hora de que el doctorado de Mazur era en esa disciplina. Lo que, desde luego, se correspondía con lo que Exteriores había solicitado. Pero Arturo había decidido añadir aquello a la lista de defectos del desconocido enemigo soviético.

Era una cuestión personal. La parafísica le parecía un estúpido engañabobos, por muchos adeptos que tuviera. ¿Cómo se iba a tomar en serio algo que, a grandes rasgos, era mezclar a Mendeléiev y a Crowley? Lo único que hacían era dar alas a la brujería descontrolada. Eran vendehúmos, charlatanes de una rama del saber tan poco fiable como la arcaica frenología.

Pero mucha gente creía en ellos. Porque si existía la brujería y si gente normal podía llegar a desarrollar sus poderes..., entonces quizá los siguientes agraciados fueran ellos.

Por más que los parafísicos se empeñaran, no había garantías de que el método científico funcionara con la magia. La brujería no dependía de circunstancias inamovibles y verificables del mundo, sino de la habilidad del practicante. De repente, alguien conseguía un don nuevo y una rama que se había examinado y evaluado, que habían demostrado que no funcionaba... pasaba a funcionar.

Ahí estaba el problema: el que algún tipo de hechicería no surtiera efectos no quería decir que fuera imposible. Podía significar tan solo que aún no se había encontrado a la persona adecuada para canalizarla. Y eso hacía que los gurús, las sectas y las religiones surgieran como setas y prometieran que sus «verdades» se demostrarían en el futuro.

Con ese río revuelto, la magia daba lugar a curiosas clasificaciones. La astrología había demostrado su eficacia, pero el tarot no. Había clarividencia, pero no espiritistas. Se podía transferir energía a través del *ki*, pero no se podían generar descargas de piroquinesis. La radiestesia encontraba cosas, pero la quiromancia era un camelo. La homeopatía curaba. La telequinesis era imposible. Etcétera, etcétera, etcétera.

O, de nuevo, quizá todo aquello que no se podía hacer en realidad estaba cubierto por un etéreo manto de «todavía».

Lo único que había logrado la parafísica era determinar que la brujería resultaba imposible sin un estado alterado de consciencia. Ninguna de las ramas mágicas verificadas funcionaba si el practicante antes no embotaba sus sentidos y su lógica con alguna sustancia psicoactiva.

Arturo ahogó un suspiro. Personalmente habría agradecido embotar sus sentidos con otro largo trago antes de presentarse al dichoso Mazur.

Disimulando, invitó a la agente Callahan a salir a la zona de pistas de aterrizaje.

Un vehículo de servicios los condujo por el exterior del aeropuerto hasta el hangar donde esperaba el pequeño jet privado en el que había llegado el doctor Bronislaw Mazur. El lugar estaba desierto, de acuerdo con las especificaciones de seguridad coordinadas a regañadientes entre Madrid y Moscú. Tan pronto como Arturo y Miri se acercaron a la escalera hubo movimiento. Por la portezuela del avión apareció un gigante.

El hombretón era tan alto que se vio obligado a agacharse para salir. Una enorme cabeza cuadrada, con corto pelo lacio cubierto por un sombrero oscuro, albergaba unos pequeños ojos claros unicejos. El conjunto daba paso a un cuello tan ancho como la mandíbula y a una corpulenta anatomía. El negro predominaba en su atuendo; tan solo la camisa azul marino bajo el

grueso abrigo largo ofrecía una nota de color. De la comisura de su boca colgaban los restos agonizantes de un cigarrillo.

Mientras el recién llegado bajaba la escalera con tranquilidad, Arturo tuvo tiempo para llegar a la única conclusión posible: estaban ante el guardaespaldas que el Kremlin había puesto a disposición del doctor Mazur. Su teoría se vio confirmada al darse cuenta de las extrañas arrugas que formaba la camisa.

Tenían la forma exacta que produciría un chaleco antibalas bajo la ropa.

No sabía qué enemigos esperaban los rusos en Madrid, pero nadie podía negarles que iban preparados para cualquier cosa.

Aunque Arturo intentó leer las emociones del titán, no fue capaz de hacerlo. Cosa que era normal que le ocurriera con alguien entrenado para ocultarlas. Por ejemplo, un agente del KGB.

El susodicho terminó de descender y se situó frente al comité de bienvenida. Formó una sonrisa que apenas dejó entrever sus dientes e inclinó la cabeza a modo de saludo. Ahora que lo tenía cerca, Arturo notó sus ojos enrojecidos. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que el cigarrillo no olía como tal. ¡Con razón no había podido leer sus emociones! Lo que el guardaespaldas fumaba no era tabaco, sino un porro.

Arturo torció el gesto ante la descortesía profesional.

Cualquier ciudadano español que hubiera osado consumir drogas en público habría sido detenido con prontitud, y el agente ruso debía de saberlo. Sin embargo, la inmunidad diplomática lo protegía.

Nadie haría nada contra él, igual que nadie detendría a Miri por ser bruja.

Por ser bruja...

Las piezas encajaron. El porro del ruso no era un insulto. El guardaespaldas no se drogaba por capricho. Lo hacía para estar en un estado alterado de consciencia. Para poder usar magia en caso de ser necesario.

El guardaespaldas también era brujo.

Arturo no tenía idea de cuál sería su poder ni quiso preguntar.

Lo único que le importaba era recibir al dichoso Mazur de una vez y llevarlos al CESID mientras mandaba al matón a darse una vuelta por la Puerta del Sol.

—Buenos días —dijo, tras el preceptivo saludo militar—. Soy el teniente Arturo Crespo. ¿Habla usted español?

El gigante aumentó su sonrisa y volvió a inclinar la cabeza, esta vez como asentimiento. Arturo esperó unos segundos para ver si el buey humano pronunciaba alguna palabra, pero al final se cansó.

—Disculpe, pero nuestra agenda es apretada. ¿Va a tardar mucho el doctor Mazur?

Sin variar la expresión de su cara, el gigante le sonrió.

Arturo no estaba para bromas ni tenía ganas de que un puto comunista se le subiera a las barbas. Cerró los puños con fuerza y contó mentalmente hasta cinco.

—Mire... —dijo, tan calmado como pudo—. Como no sé si me está entendiendo voy a hacer un último intento. Vaya a avisar al doctor o subiré yo mismo.

El hombretón abrió su sonrisa y se encogió de hombros en un gesto que Arturo interpretó como burlón. Pero antes de que el teniente hiciera algo poco racional, la mano de Miri se posó sobre su hombro.

—Espere —dijo—. Creo... Creo que ha habido una confusión.

El sonriente guardaespaldas la miró. Sacó unos papeles del bolsillo interior del abrigo y se los mostró a la pareja. El legajo apostillado llevaba varios sellos del Kremlin y un montón de datos entre los que destacaba una foto y un nombre escrito en caracteres cirílicos y latinos. Arturo trató de contener su sorpresa al asociar ambos elementos.

—Teniente —siguió Miri—, este hombre es el doctor Mazur.

Miri no esperaba visitar un centro médico subterráneo. Tampoco imaginaba que el cuartel general de los espías españoles ocultara uno. Pero ahí estaba, despojada a la entrada de casi todas las cosas que había traído, delante de un barbudo señor con bata blanca, de nombre doctor Estrada, que les explicaba las medidas de seguridad una vez pasaran la doble puerta de metal rojo.

No sabía qué pretendía enseñarles el tal Crespo, pero desde luego que había llamado su atención.

Mazur, en cambio, parecía tranquilo. Tan tranquilo y sonriente que Miri lo veía cada vez más como a un peligroso rival. Alguien que daba la impresión de estar dos pasos por delante de los demás.

No le caía bien.

El doctor no había pronunciado ni una sola palabra durante el trayecto en coche a la sede del CESID. Se había limitado a preparar otro porro y fumarlo como si aquel placer prohibido fuera lo más interesante del mundo. Aun así, debía de hablar castellano; los rusos no habrían mandado a alguien incapaz de comunicarse. Lo que significaba que estaba eligiendo no hablarlo.

No, no le caía bien.

Era posible que ni siquiera fuera doctor. Miri lo había pensado al poco de conocerlo. Aquel hombre tenía más aspecto de asesino a sueldo que de académico. ¡Si hasta llevaba un chaleco antibalas oculto! No creía que fuera un auténtico científico. Los soviéticos habían enviado a la persona que creían más indicada para la misión, encajara o no en el perfil; lo mismo que había hecho el secretario Lennon con ella. Y Mazur tenía el aspecto del típico «agregado cultural» de una embajada, eufemismo para referirse a un agente encubierto con colorida tapadera. En esa hipótesis, Mazur estaría ahí para espiar e informar, no para debatir de parafísica. Por eso no hablaba. Porque cuanto menos dijera, menos probabilidades tendría de meter la pata soltando algo incongruente con su papel de doctor.

Aunque de todos modos, ¿qué más daba si su tapadera saltaba por los aires?, ¿qué iban a

hacer los españoles?, ¿enfadarse? Ya les tenían bastante manía a los rusos, y en cualquier caso habían sido ellos los que los habían llamado.

La otra posibilidad, la que se le había ocurrido hacía unos minutos, era más preocupante.

Mazur estaba haciendo un esfuerzo consciente por mantenerse drogado. Aquello apuntaba a habilidades mágicas... pero podía ser otra cosa. ¿Y si necesitaba tener un estado alterado de consciencia para permitir a otros el acceso a su mente? ¿Y si, en realidad, Mazur era una emisora de radio viviente? ¿Y si, en aquel preciso instante, había clarividentes del KGB usando la mente abierta de Mazur para espíarlos?

Si era eso, era un buen truco. Uno que ella misma podría haber hecho también. Pero había optado por no drogarse, ya que prefería tener la mente despierta para lo que fuera que pretendieran los españoles. El ruso podía haber elegido una opción diferente; quizá le llevaba ventaja.

Por eso no le caía bien.

—Detrás de estas puertas —dijo Crespo en cuanto el de la bata blanca terminó su soliloquio sobre seguridad— está el motivo por el que los hemos invitado. Tengan presente que se trata de uno de nuestros mayores secretos. Y, como verán, puede ser muy útil.

Abrió la doble puerta y les hizo señas para que la cruzaran.

Miri y Mazur obedecieron, después de que el hombre de la bata tomara la delantera y comenzara a guiarlos por aquellas instalaciones subterráneas tan parecidas a un hospital. Miri se fijó en que el número de cámaras de seguridad aumentaba en aquella zona. Incluso se toparon con un puesto de control protegido por una pareja de agentes de la Guardia Civil. Al final, el pasillo acabó, sin previo aviso, delante de una pared, una puerta y un ventanal. Junto a la puerta había un intercomunicador. Tras el cristal se podía ver lo que cualquiera habría tomado por la habitación de un hospital de lujo.

Con paciente incluido.

Era un hombre de entre cuarenta y cincuenta años. Sus rasgos demacrados le daban una apariencia cadavérica, pero su lenta respiración era el segundo indicio de que estaba vivo. El primero era la legión de máquinas que tenía conectadas a su anatomía y que parecían analizar cualquier pequeño cambio en su metabolismo. El convaleciente daba la impresión de estar en un profundo sueño. Dos enfermeras montaban guardia a su lado, quizá esperando a la internacional comitiva.

El teniente Crespo volvió a hablar.

—El sujeto se llama Florentino de Seixas. Hijo del industrial Faustino de Seixas Ayamonte. Nosotros lo llamamos Fierabrás. Su historia es bastante aburrida, casi un cliché. La oveja negra de los Seixas. Metido en toda clase de trapicheos. Consumidor de todo lo consumible. Un expediente largo y vergonzoso, pero sin nada especial. Era un hijo de papá descarriado como cualquier otro. Pero su vida se volvió interesante hace veinte años —señaló a la figura yacente—. Florentino de Seixas estuvo en Woodstock.

Miri alzó las cejas. De repente, la historia le llamaba la atención. Los supervivientes del Moksha siempre tenían cosas llamativas que decir. Las hemerotecas guardaban miles de entrevistas de aquellos primeros años de cambio salvaje. Muchos de ellos habían fundado sus propios cultos que abarrotaban iglesias. Otros tantos se habían suicidado o habían sido devorados por las sobredosis. Tampoco era raro encontrárselos en el mismísimo DOR. A nadie le extrañaba nada. Habían sido las primeras personas en ver a los malosviajes, los primeros en descubrir la destrucción que podían traer, en asistir a la aterradora muerte de sus seres queridos. Dependiendo de a quién preguntaras, habían sido los portadores de la bendición de la magia... o quienes habían provocado la ira divina en forma de insectos-araña indestructibles. O ambas cosas.

Pero Miri no tenía ni idea de que hubiera habido un español entre ellos.

Miró a Arturo. Él la observaba, a ella y a Mazur. Con una sonrisa en la cara. Su montaje teatral había funcionado y él lo sabía: tenía su completa atención. La de ella, al menos. El soviético permanecía inalterable en su estupefaciente jocosidad.

El teniente siguió hablando.

—Lo encontramos... lo encontré casi por casualidad. Tras lo de Woodstock, Fierabrás se volvió loco. Los análisis decían que había tomado de todo. Achacaron su estado a algún tipo de estrés postraumático combinado con las drogas. Los Seixas se encargaron de tapanlo. Lo trajeron aquí y movieron hilos para que tuviera buenos tratamientos. Y para que nadie supiera nada. Solo los más cercanos. Años más tarde yo tuve una... relación especial con ciertos amigos de los Seixas. De tanto en tanto solían visitarlo con la familia, como gesto de cortesía. En una de aquellas, sería por el 83, yo estuve presente.

»Al principio no me sorprendió. Ya me habían contado que, como parte de su locura, el joven Seixas de vez en cuando soltaba todo tipo de incoherencias. Nadie hacía caso a sus desvaríos. Solo que no eran desvaríos. Estando yo ahí, comenzó a vociferar cosas sobre unos muertos torturados. Desde luego parecía la paranoia de alguien que está más allá que aquí. Pero, entonces, empezó a repetir dos nombres: Lasa y Zabala.

»A ustedes esos nombres no les dirán nada, igual que a los que estaban conmigo en la habitación. Parecían nombres inventados. Pero no lo eran. Yo sabía que no lo eran. Lasa y Zabala eran los apellidos de dos terroristas vascos. Lo sabía porque hacía poco en el CESID nos habíamos encargado de ellos. Con la máxima discreción.

»Así que ¿cómo conocía aquel supuesto loco los nombres de unos terroristas a los que no había podido ver en su vida?, ¿cómo podía saber que estaban muertos? Fierabrás llevaba desde los setenta en aquella cama de un hospital para ricos. Era del todo imposible.

»No dije nada, pero investigué. Primero a los Seixas, claro. Por si tenían algo que ver con el separatismo vasco. Pero no. Tampoco encontré relación entre Fierabrás y ETA. Así que la duda persistía: ¿De dónde había sacado aquellos nombres?

»Entonces tuve la corazonada de que quizá sí sabía los nombres, aunque no por medios... normales. Si había estado en Woodstock ¿por qué no? Así que le presté más atención a esos

“desvaríos” y los estudié como si en realidad fueran información. Cosas que Fierabrás sabía aunque fuera imposible.

»Resultó que había acertado. Al mes siguiente, en una de las suyas, se puso a gritar a pleno pulmón “¡reconocemos a los saharauis!”. Seixas no podía saberlo, pero el Gobierno había estado debatiendo sobre la posibilidad de dar reconocimiento internacional a la República Árabe Saharaui. Lo queríamos hacer más que nada para fastidiar a Marruecos, pero al final se decidió que no. Se hizo todo a puerta cerrada, así que, otra vez, él no podía saberlo.

»Aquello ya no era una casualidad. Avisé a mis superiores, que hablaron con los Seixas, y se acordó trasladar aquí a Fierabrás para tenerlo más vigilado. Los otros herederos de Faustino de Seixas nos dieron el visto bueno, así que comenzamos a estudiarlo.

»En estos años, Fierabrás nos ha dado mucha información de inteligencia, la saque de donde la saque. Es una información difícil de cribar, porque dice cosas que no son fiables del todo. Cuando habló de Lasa y Zabala, hacía tiempo que habían muerto. Cuando dijo lo de los saharauis, en realidad, no los reconocimos, sino todo lo contrario. Pero hasta eso podía ser útil. Por ejemplo, alguien con acceso a Fierabrás podría haber deducido que España estaba teniendo un debate sobre este tema, y con eso podría haber sabido de qué pie cojeamos en general.

»Y a veces la información sí que nos ha facilitado operativos concretos. En el 86 habló de un tal “Felipe González, presidente”. No sabíamos quién era ese González, pero supusimos que sería algún enemigo del régimen que se nos habría escapado bajo el radar. Buscamos a personas con ese nombre y, en efecto, acabamos encontrando a un tal Felipe González Márquez, un tipo con antecedentes que guardaba material subversivo. Gracias a Fierabrás, ese González está detenido desde entonces.

»Y no solo son cosas españolas —se volvió hacia Miri—. Otra grande fue el año pasado, cuando las elecciones de ustedes. Fierabrás se puso a balbucear sobre el presidente Bush y apostamos que, como Fierabrás siempre es un sí pero no, ganaría Dukakis. Supimos el resultado de las elecciones antes que nadie.

»Como les he dicho, este hombre puede ser muy útil.

Cuando el teniente Crespo terminó de hablar, el silencio se hizo el amo del lugar. Miri se volvió hacia el ventanal y observó a aquel enfermo crónico, tratando de situarlo en el gran esquema de las cosas. Tan aturdida estaba que incluso fue incapaz de soltar alguna pulla sobre la tranquilidad con la que el militar hablaba de asesinar o represaliar a «enemigos del régimen». Su sensación de vértigo era tal que apenas podía pensar.

La magia permitía en ocasiones atisbos del futuro, pero hasta la astrología —la técnica de vaticinios más estudiada por la parafísica— acababa siendo fuente de vaguedades fáciles de malinterpretar. Desde luego, nada que incluyera apellidos de personas concretas.

Por lo que Miri sabía, nadie era capaz de hacer lo que Fierabrás. Aquello llenaba su mente de posibilidades, de agitación ante los frutos que podía ofrecerle a Lennon. A su lado, Mazur seguía

sin mostrar más emociones que su perenne sonrisa bobalicona. Quizá el estupor del porro le impedía captar la magnitud de lo que tenía delante.

Miri decidió recuperar la iniciativa. Trató de fingir indiferencia y se dirigió a Crespo.

—Es una historia difícil de creer. ¿En una década nadie pensó que este hombre era mago? ¿Nadie lo vio hasta que llegó usted? ¿Nadie más pensó que eran frases raras y se lo dijo? ¿Ningún doctor?

El teniente chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Piensa usted como una americana. Aquí no hablamos de brujería. Es más fácil culpar de todo a la locura. No digo que me guste, digo lo que hay. Un médico español que trate algo con teorías sobre magia tirará su reputación a la basura.

»De todos modos, no se preocupe. Les voy a ofrecer pruebas para que verifiquen lo que digo.

»Pero antes déjenme que les haga una pregunta: ¿De dónde vienen los malosviajes?

Miri se encogió de hombros.

—Sabe la respuesta como yo. Nadie tiene idea. Aparecieron en el Moksha y ya está. Le puedo dar bibliografía de decenas de teorías sobre lo que son o de dónde vienen. Pero son teorías, no más.

El teniente dejó salir una sonrisa lobuna.

—Cierto. ¿Y los demás?

—¿Mande?

—Los demás malosviajes. Cuando un malviaje mata, muere. Pero de vez en cuando vienen más. Parece que se reproducen. Pero ¿cómo?, ¿por qué aparecen en un sitio y no en otro?

—¿Qué quiere que le diga? También hay mil teorías. No hay relación en los sitios de eclosión. A veces son ciudades, a veces descampados, a veces zonas con magia, a veces no, a veces en fechas importantes, otras no.

—O sea, que es imposible predecir dónde surgirá un malviaje.

Miri no pudo evitar poner cara de sorpresa. Aquella frase en apariencia inocente llevaba implícita una conclusión. Y la conclusión, en el contexto en el que estaban, era más inquietante que la existencia misma de Fierabrás.

—No me diga que ustedes pueden hacerlo.

Crespo volvió a sonreír.

—¿Por qué cree que hemos llamado a expertos en malosviajes? Porque solo ustedes apreciarían esta información.

»Verá, cuando empecé a estudiar a Fierabrás me fijé mucho en lo que decía. Estudié cada una de sus frases y las relacioné con las fechas en las que las había pronunciado. Y encontré una coincidencia muy interesante al cotejarlas con informes de avistamientos de malosviajes. En resumen, cada vez que Fierabrás habla de algo, en la zona de ese suceso aparecen malosviajes. No sabemos cuál es la relación, no sabemos por qué pasa, pero Fierabrás no solo predice eventos futuros. También predice la llegada de nuevos malosviajes. Con precisión matemática. Nos da

fechas exactas. Fierabrás siempre empieza a hablar de sucesos futuros exactamente ocho días antes de que ocurran. Y cuando se cumplen esos ocho días, salen más bichos en ese lugar.

»Pero les he prometido pruebas. Aquí las tienen.

El militar hizo una señal a las enfermeras tras el cristal y activó el intercomunicador de la puerta. Las mujeres empezaron entonces una danza entre aparatos e instrumental médico. Incorporaron al paciente y le administraron algún tipo de compuesto químico por vía intravenosa. Todo ello pudieron oírlo desde fuera a través del altavoz que Crespo había conectado.

En cuestión de segundos, Fierabrás abrió los ojos de par en par. Miró a su alrededor, con clara confusión en su semblante, y se llevó las manos a las sienes. Soltó un largo gemido quejumbroso, que poco a poco se transformó en un grito de dolor. Luego, el grito bajó en intensidad y fue convirtiéndose en un balbuceo repetitivo que a su vez pasó a ser una serie de palabras apresuradas, pero bien diferenciadas.

—El muro cae. El muro cae. El fin del muro. Berlín. El muro. El muro cae. El muro cae. Berlín. El muro cae.

Tras varias repeticiones, el hombre volvió a gritar de dolor.

Crespo hizo una seña a las enfermeras, que inyectaron una nueva sustancia a su paciente para volver a adormecerlo.

—Creo que con eso basta. Es mejor que ahora descanse — dijo el militar. Luego echó una pausada mirada a sus invitados antes de seguir—. Fierabrás empezó a lanzar este aviso el miércoles; hace cinco días. Le hemos dado vueltas a lo que puede significar y solo se nos ocurre una cosa. No hay un muro importante en Berlín, nada que pueda caer o desplomarse, a menos que Fierabrás hable genéricamente de algún edificio. Hay personas en mi equipo que piensan que es alguna metáfora de algo, pero yo no estoy de acuerdo. Fierabrás no se expresa así. Habla más bien de cosas que no están... o de cosas que han dejado de estar. Creo que esa es la clave. Fierabrás no está hablando de un muro que haya en Berlín, sino de un muro que «no está ahí». ¿Ven adónde voy?

Tras una breve reflexión, Miri asintió.

—El muro de la vergüenza.

—Aprobada en Historia —corroboró el teniente—. El muro que dividió Berlín en los sesenta y setenta, y que fue derribado tras la reunificación comunista de Alemania. No sé por qué le ha dado ahora a Fierabrás por hablar de esto, pero tenemos lugar y fecha. Si tengo razón, el próximo jueves día nueve de noviembre, cerca de donde estuvo el muro de la vergüenza, aparecerán malosviajes.

»Piensen en esto. Hablen con sus jefes. Mañana les haré una propuesta. Luego vigilen Berlín con satélites o lo que sea. Comprueben que Fierabrás no es humo. Cuando estén seguros, cuando quieran acceder a él, estaré encantado de que vengan a negociar conmigo. Porque yo soy la persona que les dará acceso.

Miri no disimulaba su asombro. Si era un farol, era de lo más elaborado. Echó un vistazo de reojo a su futuro rival en las negociaciones. Lo que vio la dejó todavía más sorprendida.

Bronislaw Mazur ya no sonreía. Miraba a Fierabrás con pálida cara de asombro.

España era un punto insignificante en el tablero internacional y a la vez una localización de incalculable valor geopolítico. Muchos dirigentes pensaban como Miri y opinaban que la relevancia hispana como país había ido en caída libre desde el Moksha. Las potencias del Pacto de Varsovia, que año tras año iban consolidando su influencia, consideraban al franquismo como un enemigo natural; por ello promocionaban cualquier evento que acabara relegando al olvido a la díscola región que había masacrado a sus simpatizantes ideológicos durante y tras la Guerra Civil. En lo que se refería a Estados Unidos y sus aliados, la situación no era tanto de hostilidad como de imposibilidad de frenar al bloque soviético. Los recursos necesarios eran demasiado elevados como para permitirse una acción abierta; el mundo estaba lleno de escenarios más peligrosos e inflamables a los que dedicar los limitados medios disponibles, como Asia Oriental, Asia Central u Oriente Medio. Todo lo más, en España se podía actuar a través de los subterfugios y las sutilezas varias de la vigilancia clandestina, la acción encubierta y la diplomacia ambigua.

Pero, por más que quisieran, ni soviéticos ni estadounidenses se podían permitir abandonar del todo la piel de toro. Les gustara o no, España era un puente. El punto de unión entre el Magreb y Europa. El nexo entre esa misma Europa y la comunidad latinoamericana que había al otro lado del Atlántico, a las puertas de Estados Unidos. La conexión geográfica entre la OTAN y el Pacto de Varsovia. La pared oeste del Mediterráneo. La vía de acceso a África. El puerto de Vigo, las Islas Canarias, Cádiz, Barcelona, las Baleares... Quien controlara esa región estaría en posición de hacer jaque desde muchas casillas del tablero. Por eso la villa de Madrid estaba repleta de espías.

La embajada de los Estados Unidos de América se encontraba en la dinámica calle Serrano. Un enorme edificio blanco de siete plantas, con varios anexos, rodeado de árboles, embellecido por un pequeño y resultón jardín en la parte trasera y poblado por docenas de personas en constante ajeteo diplomático, consular y de inteligencia.

Miri había sido recibida con unos niveles de protocolo y seguridad acordes a la magnitud de su tarea. El propio embajador había despachado con ella en una larga sesión, incluso a pesar de que la noche se acercaba cada vez más y ella estaba cansada por el desajuste horario. Pero era necesario debatir largo y tendido sobre las revelaciones del teniente Arturo Crespo.

El embajador estuvo de acuerdo con ella en la importancia que tenía aquella información. Se encargaron de transmitirla a Washington por los canales cifrados habituales. Mientras esperaban a recibir sugerencias sobre cómo actuar en la reunión del día siguiente, Miri solicitó ir a la Sala Blanca de la embajada. El embajador en persona, usuario habitual de la estancia, la acompañó.

Miri se encontró sola en un cuarto sin ventanas que hacía honor a su nombre. No había

decoración alguna en las blancas paredes, y el escaso mobiliario era la discreción hecha forma. Una mesa, una lámpara, una silla, un cenicero, unos folios y varios bolígrafos. Y una pequeña manta, también blanca, que colgaba de un soporte frente a los papeles.

Miri se sentó, sacó su caja de píldoras y tomó una de las rojas. Luego encendió la lámpara, agachó la cabeza y cubrió ambas con la manta.

Los alocados proyectos de espionaje psíquico y control mental de la CIA habían cosechado un fracaso tras otro durante décadas. Había llegado un punto en el que el Tío Sam se planteó dejar de desperdiciar el dinero en fantasiosas teorías.

Pero, entonces, había llegado el Moksha. Y las disparatadas ideas sobre el potencial de las drogas comenzaron a florecer donde antes solo habían dado vergonzosas pifias. Funcionaron los experimentos de lavado de cerebro de MKUltra. Funcionaron los avances en psicovigilancia del proyecto ICLP. Al final se decidió la colaboración de las Secretarías de Estado y de Otras Realidades.

Eso dio lugar al proyecto MKIris.

Miri notó el mareo que llegaba cuando la píldora empezaba a hacer su efecto. Se relajó, puso la mente en blanco y comenzó a pensar una y otra vez en la misma palabra. La palabra clave que le había sido asignada a ella en secreto.

«Noosfera, noosfera, noosfera, noosfera...».

El mantra interior continuó sin descanso. Gracias a aquella subvocalización, alguien en el Pentágono podría conectar con ella. No alguien cualquiera. Un clarividente de MKIris.

Cada participante del proyecto tenía un equipo asignado para su seguimiento. Uno no muy grande, porque tampoco era que sobrarian los expertos en percepción extrasensorial. En realidad, no se solía hacer una vigilancia continua; el participante solía llamar antes a Washington para avisar de que se iba a iniciar la transmisión.

Con Miri habían aplicado el nivel Alfa Dos, que implicaba una monitorización constante. Dada la importancia de su trabajo, ella no necesitaba avisar. Siempre habría alguien buscando su ancla telepática, a todas horas. Porque no sabían cuándo necesitarían una conexión urgente.

Todo lo que tenía que hacer Miri era drogarse, abrir sus pensamientos y repetir su clave mental. El clarividente encontraría esa baliza y recibiría la transmisión.

Por más que lo habían intentado, en la CIA no habían sido capaces de desarrollar otra manera de leer mentes a distancia. Siempre era necesaria la colaboración activa del sujeto espiado, y salía mejor cuando este también tenía habilidades mágicas.

En teoría, era el mecanismo de comunicación más seguro que se conocía. Si otro psíquico quisiera interceptarla, necesitaría conocer la palabra de acceso. Eso era tan improbable como que los rusos tuvieran agentes en el mismísimo Departamento de Defensa.

Tras repetir su mantra durante un buen rato, como le habían enseñado, tomó una hoja de papel y un bolígrafo. Cubierta como estaba por la manta, solo sus ojos verían lo que iba a escribir.

Aunque la embajada estuviera llena de cámaras ocultas, su mensaje solo lo leerían ella y el clarividente de Washington.

Sin dejar de pensar «noosfera, noosfera, noosfera», escribió de forma apresurada: «Mazur es peligroso. Voy a impedir que los rusos accedan a Fierabrás. Esa ventaja debe ser solo nuestra». Miró la hoja un par de segundos y luego la quemó.

4

Chocolate con churros

—¿A que esto es lo más delicioso que han probado?

Con cara de extremo deleite, Arturo acompañó sus palabras con los gestos. Como si estuviera haciendo una sacra ofrenda a dioses paganos, mojó lentamente el churro en el espeso chocolate caliente, esperó a que goteara el exceso y gozó de otro crujiente y dulce bocado. Sin recato alguno, cerró los ojos y dejó salir un gemido de pecaminosa satisfacción.

—No hay nada igual —reiteró, una vez desvanecido el placer, mientras se limpiaba el bigote de pequeños restos pringosos con una servilleta de papel—. ¿A que no?

Sus dos acompañantes apenas asintieron, pero aquello no enturbió el exultante ánimo del teniente. Tenía todos los motivos del mundo para sentirse optimista. Además, y por supuesto, también ayudaba el generoso lingotazo de coñac que se había dado antes de salir de casa, justo tras sus oraciones matutinas.

Callahan y Mazur, aunque a otro nivel más delicado y menos elocuente, también disfrutaban del castizo desayuno por más que no hicieran tantos aspavientos. De hecho, el soviético ya iba por su tercera ración de porras, que había devorado cual can hambriento; en cuanto terminaba, levantaba un dedo mirando al camarero y lograba que le trajeran más. En silencio, no fuera a ser que pronunciara alguna palabra.

Arturo se maravillaba al verlo zampar de aquel modo sin dejar caer el omnipresente porro de su boca. Algunas personas habían amagado miradas desaprobadoras hacia el hombretón, pero se habían abstenido de exteriorizar sus conservadores pensamientos. Sin duda, la presencia uniformada de un teniente del Ejército de Tierra en la mesa había sido suficiente para no inflamar los ánimos. Si un oficial decidía reunirse en público con un drogata, ¿quiénes eran ellos para discutir?

Estaban en el exterior de la chocolatería San Ginés, situada entre el pasadizo y la plazuela del mismo nombre. Arturo había desdeñado la intimidación del pasadizo, cuyo arco protegía de miradas curiosas de los edificios circundantes. En vez de eso se había colocado en la mismísima esquina, espalda contra la pared; un lugar que le permitía a él ser quien curioseara a los paseantes: turistas, lugareños hacendosos, algún clérigo camino de su templo... Sobre el militar, un cartel anunciaba orgulloso que esa misma chocolatería había servido de inspiración a Valle-Inclán para escribir *Luces de bohemia*. Extremo que Arturo habría podido usar para iniciar una erudita

conversación sobre el tema con sus invitados extranjeros, salvo por el hecho de que jamás había leído la obra ni tenía idea de su trascendencia literaria. Así que tomaba churros.

—En México también los tienen —apuntó la agente especial Callahan—, pero los que yo probé estaban rellenos de dulce de leche. Estos son demasiado... *bland*. Eh... sin sabor.

Arturo levantó las cejas.

—¿Sin sabor? Agente, ¿se da cuenta de la animalada que está diciendo? ¡Solo por eso merece usted un consejo de guerra! —El teniente rio con franca energía antes de dedicarse a otro churro—. Usted se lo pierde.

Crespo aprovechó la pausa desenfadada para recalibrar la situación. Callahan, ataviada con unos informales tejanos y una blusa floreada, trataba de mantener la compostura; pero Arturo veía a través de su bien llevado disimulo y sus gafas de sol de espejo: estaba nerviosa. No nerviosa en general, sino que su preocupación se dirigía a uno de los presentes. Y, en contra de lo que habría sospechado el teniente, la fuente de su desasosiego no era él. Miri estaba nerviosa por el doctor Mazur. ¿Miedo a la competencia, quizá?

El soviético, por su parte, seguía siendo un enigma. Quizá su poder sobrenatural era ese, el de dificultar que otros leyeran sus motivaciones. Fuera como fuere, Arturo era incapaz de saber por dónde iba su estrambótico tren de pensamiento. Tampoco entendía su obcecación por llevar un chaleco antibalas oculto a medias tras la ropa oscura.

Aun así, el teniente estaba confiado. Tenía todos los ases en la manga, y unos cuantos naipes más que había metido de tapadillo.

Sabía que sus invitados estaban interesados en Fierabrás.

No lo sabía directamente, por supuesto. Espiar las comunicaciones de misiones diplomáticas extranjeras era muy ilegal. Más que eso, tratándose de Estados Unidos y la Unión Soviética, el problema era la dificultad de hacerlo. España no tenía — nunca había tenido— las capacidades técnicas para enterarse del contenido de los mensajes cifrados que entraban y salían. Por lo que, incluso si alguien hubiera querido olvidarse por un momento de la legalidad, le habría resultado imposible hacerlo.

Así que el Reino de España actuaba de cara a la galería como si fuera el adalid del derecho internacional y de la concordia entre naciones. Porque de curiosear en la correspondencia privada de las superpotencias, ni papa.

Aun así, lo que sí podían conocer era el número de comunicaciones entrantes y salientes. Y, en la tarde-noche, anterior estas habían aumentado significativamente en ambas embajadas.

Tantas interacciones en aquel preciso momento solo podía querer decir una cosa: Fierabrás les interesaba. Tanto a una potencia como a la otra. Y aquello era un maravilloso camino de rosas para las intenciones de Arturo.

Por supuesto, tanto Callahan como Mazur disimularían. Estaban en un regateo, una transacción comercial, y todas las partes lo sabían. Ambos enviados debían fingir desinterés,

como en la fábula de la zorra y las uvas. Pero fingir desinterés y no estar interesado de verdad eran dos cosas diferentes.

Arturo tomó un largo sorbo de chocolate, se limpió con esmero y apartó la taza al centro de la redonda mesa metálica.

—Bien —dijo—. Hablemos. Los tres sabemos que acceder a Fierabrás les sería útil. Sé que ayer se dieron cuenta de lo que vale. Y en cuanto llegue el jueves y se cumpla mi profecía, todavía estarán más convencidos. Así que ahora solo queda negociar el precio.

—¡Vaya! —intervino Miri—. Y yo que pensaba que lo compartiría por la bondad de su corazón...

Arturo pasó por alto la burla con una risita.

—Voy a ir al grano. Nosotros tenemos algo único, de gran valor para cualquier país. Ustedes lo quieren. Y da la casualidad de que tienen algo que nosotros queremos. Así que estoy seguro de que podemos llegar a un entendimiento.

—Pues no más vaya al grano. ¿Qué quieren?

Arturo cruzó las manos sobre la mesa y miró a la internacional pareja con apabullante gesto de satisfacción. El macho alfa. El que controlaba la situación. El maestro de ceremonias cuya melodía debían bailar Callahan y Mazur.

España quiere ingresar en la ODA. No pongan impedimentos y Fierabrás será tan suyo como nuestro. Habrá que regular los accesos, claro, pero nosotros no vamos a ponerlo difícil. Solo tendrán que entenderse entre ustedes. Cualquier acuerdo al que lleguen sobre el uso conjunto de Fierabrás será aceptado por nosotros.

La estadounidense le sostuvo la mirada durante un largo rato en el que Mazur siguió exterminando porras sin pronunciar palabra.

—Inaceptable —dijo Callahan al final—. Un precio demasiado alto para una fuente de inteligencia.

Arturo se encogió de hombros.

—Es que es una fuente de inteligencia muy importante. Vale su precio.

—Para otros quizá, pero no para ustedes. Estados Unidos no puede comprometerse en esto. Teniente, póngase en mi lugar. ¿Qué tan blandos cree que somos? ¿De verdad cree que les vamos a dejar entrar en la ODA? ¿A ustedes, que asesinan porque sí a gente como yo? ¡Ustedes son un enemigo para la ODA!

»Me dijo que respeta a quienes hacen cumplir la ley. Pues, esto es la ley. La ley internacional de derechos humanos... que España no cumple.

Unas palabras vehementes, aunque quizá la agente especial Callahan no tuviera la seguridad que aparentaba. Arturo probó su clásica técnica de tanteo.

—Está usted poniendo por delante sus prejuicios —dijo—. Me pregunto si a sus superiores les hará gracia la oportunidad que está desperdiciando...

La bruja respondió con lo que parecía una afirmación sincera.

—Mis... «superiores»... me dijeron que se fían de mi instinto. Y mi instinto es que ustedes no deben entrar en la ODA, así que Estados Unidos no los dejará. Su información no valdrá nada, pues. Usted y yo sabemos que jamás se la regalarán a la Unión Soviética. Aquí el doctor Mazur —señaló al gigante con un movimiento de cabeza— solo está porque requieren de su voto. Pero del nuestro también y ya le digo que será «no» — hizo una pausa, y, en aquella modulación de la tensión, Arturo intuyó que por fin se acercaba el inicio de un cambalache— a menos que cambien las cosas. ¿Quieren entrar en la ODA? Pues dejen de tratar a los magos como criminales. A partir de ahí, platicamos.

De modo que aquel era el precio. Un precio imposible, por supuesto. Aunque Arturo hubiera querido —que no quería—, el Gobierno y la Iglesia no serían indulgentes con quienes violaban la Ley de Dios.

—España no va a cambiar nada. No estamos negociando nuestros valores morales, que no están en venta. Estamos negociando el acceso a Fierabrás. ¿No quieren ustedes acceder? Estupendo. A mí me fastidiará, no se lo niego. Pero tengo otras posibilidades. Quizá... en vez de dar a Estados Unidos acceso completo, podría dar acceso parcial a países que colaboren con nosotros. Y puede que entre esos países haya rivales de ustedes que sí sepan valorar lo que tenemos.

—No es tan buen jugador de póquer como cree. Usted no nos convocó así para renunciar a la ODA. Esto es importante para usted.

—Piense lo que quiera. La oferta está sobre la mesa. Quizá el jueves la vea con otros ojos. — Se volvió hacia el impertérrito doctor Mazur, que había asistido al debate en silenciosa deglución de porras—. ¿Y qué opina usted? ¿Le interesa a la Unión Soviética mi propuesta? Porque en una cosa sí que tiene razón la agente Callahan: a ustedes los necesitamos para entrar en la ODA, y solo para eso. Si Estados Unidos se niega, ustedes y yo no tenemos nada de qué hablar. Así que le recomiendo que convenza a su compañera. En este juego están ustedes juntos.

Mazur miró a Crespo durante unos instantes. Pareció reflexionar sobre todo. Dejó una porra a medio comer sobre el plato, apagó su canuto en el cenicero, se limpió la boca con un movimiento rápido, tiró la servilleta de papel al suelo y se aclaró la garganta.

En aquel momento comenzó a sonar un pitido repetitivo que provenía del cinturón del soviético. Mazur frunció el ceño y echó un vistazo a un pequeño buscapersonas que hasta entonces había cubierto su abrigo. Al mirar el breve mensaje en cirílico, una sombra de preocupación asomó a sus enrojecidos ojos. La emoción solo fue visible una fracción de segundo, hasta que la perenne sonrisa volvió al rostro del doctor. Sin dar más explicaciones, Mazur se levantó, se tocó el ala del sombrero con un par de dedos a modo de despedida y se alejó por la calle de los Coloreros.

Crespo y Callahan quedaron desconcertados y sin palabras mientras la oscura silueta del parafísico se mezclaba con los distantes caminantes. La americana se repuso con rapidez.

—Parece, pues, que la reunión terminó —dijo—. Pasaré su oferta a Washington, pero dudo

que me desautoricen. Hágase a la idea. Buenos días.

Sin esperar respuesta, se puso de pie y se fue por la plazuela de San Ginés.

Arturo miró en su dirección. Luego hizo otro tanto por Coloreros. Ninguna respuesta favorable para él. Los dos emisarios, la clave de sus objetivos, huyendo sin más. En el caso de Mazur, con la agravante de que el detonante había sido un desconocido mensaje privado.

El teniente volvió a acercar su taza de chocolate, tomó la última porra del doctor y la mojó, para luego paladearla con parsimonia.

En su fuero interno todavía sonreía. Ni Mazur ni Callahan habían visto sus ases en la manga.

Crespo no la seguía. Ni siquiera se había levantado de la mesa. Continuaba con su desayuno, como si nada de aquello fuera más raro que un coro de malosviajes en el *Tonight Show*. Miri supuso que era parte del papel que representaba, el de tipo duro. Quizá no se permitiera exteriorizar confusión en público, aunque todo lo que los rodeaba era confuso.

¿Por qué se había marchado Mazur? ¿Por qué en aquel momento? La duda reconcomía a Miri. Y por las cuatro nobles verdades que averiguaría lo que pasaba. Para ello tenía que seguir al doctor sin que el teniente español lo notara.

El soviético se había marchado por la izquierda. Ella siguió de frente y se desvió hacia allí a la primera ocasión, por una calle llamada Bordadores. Fuera ya del ángulo de visión de Crespo, aceleró. Esquivó como pudo a los numerosos viandantes y confió en que Mazur hubiera mantenido sus tranquilos andares de oso. La primera intersección fue con una vía que reconocía, la calle Mayor, y eso le permitió orientarse. De nuevo giró a la izquierda y redujo el paso para no llamar tanto la atención.

Le dio vueltas rápidas a lo que diría si se encontraba de cara con Mazur viniendo hacia ella. Al cabo de un par de segundos pensó en que, si se daba el caso, abordaría sin más al doctor y le preguntaría el motivo de su marcha. La mejor defensa era un buen ataque.

Buscó por entre la gente. No debía de ser difícil, a pesar del gran número de peatones. Solo tenía que fijarse en... ¡Ahí estaba! El enorme cuerpo de Mazur sobresalía entre los españoles, y su ropa oscura y su sombrero todavía lo hacían más llamativo. Estaba de espaldas a ella, dirigiéndose hacia la Puerta del Sol como quien daba un paseo.

Pero el doctor no iba de paseo. Se había puesto en marcha justo después de recibir el aviso en su buscapersonas. Fuera lo que fuera, había sido una maniobra organizada. No era parte del encuentro planeado por España. Y si Mazur tenía un secreto, alguno que ocultara a Crespo y del que Miri pudiera aprovecharse, lo iba a descubrir. El problema era que no podía hacerlo sola. Aunque bien pensado... no tenía por qué estarlo.

Sin perder de vista a Mazur en la distancia, Miri rebuscó en su bolso y sacó la caja de sus pastillas. Le habría gustado tener tiempo para provocar la sosegada reacción de las rojas, pero no era el caso. Cogió una de las dos de color naranja, deseó que los efectos secundarios no fueran demasiado graves y la tragó sin más.

El mareo la golpeó como un puñetazo antes de diez segundos. Su visión se emborronó por completo, estuvo a punto de trastabillar y le dio la sensación de que todo Madrid giraba sobre su eje como un frisbi. Lo más contundente del subidón se atenuó al cabo de unos segundos. Le quedaron varias molestias soportables, le temblaban las manos y sentía la garganta seca, así como picores por todo el cuerpo... pero su estado de percepción alterada se mantenía.

Trasteó con borracha torpeza entre sus cosas hasta que fue capaz de sacar una pequeña libreta con bolígrafo. Escribió con caligrafía defectuosa y acelerada: «Mazur. Encuentro secreto. Puerta del Sol. Necesito apoyo». Luego, sin dejar de mirar la hoja al tiempo que caminaba, trató de concentrarse en una palabra: *noosfera*.

La repitió en su mente una y otra vez. El mantra que invocaba a la caballería. Pasara lo que pasara, estaba fuera de su control. Todo dependía de que su contacto en MKIris recibiera el mensaje y lo transmitiera a toda velocidad a la embajada. Aun así, el supuesto apoyo tardaría en llegar. Pero mientras ella mantuviera la concentración y la pastilla siguiera haciendo su efecto, los clarividentes de Washington podrían ver a través de sus ojos, saber dónde estaba... y rescatarla si hacía falta.

Avanzó con paso torpe a unas decenas de metros de Mazur. Por fortuna, la Puerta del Sol era un lugar más que concurrido. Si el doctor se daba la vuelta, la reconocería al momento; pero aparte de eso, para el resto del mundo no dejaba de parecer una turista más.

Una turista aturdida y tratando de repetir una palabra clave en su cabeza, eso sí. No pudo hacer mucho caso de puntos de interés, como el Kilómetro Cero o el célebre reloj donde los españoles se agolpaban en Fin de Año para atiborrarse de uvas (costumbre hispana que siempre había considerado un tanto rara). Su visión afectada por la droga apenas le permitía ver lo que tenía delante; incluso parecía que el ángulo iba reduciéndose poco a poco, aunque quizá fueran imaginaciones suyas.

Mazur se detuvo ante una pareja de paseantes y se puso a hablar con ellos. Miri frenó poco a poco y fingió que contemplaba la torre del reloj mientras, en realidad, observaba el intercambio sin oírlo. Todo ello con la palabra *noosfera* de fondo en su cabeza.

Los interlocutores del doctor eran eslavos, de aquello no había duda. Uno de los dos tenía barba rojiza y la misma corpulencia que el supuesto parafísico y el otro, calvo, era una cabeza más bajo que sus acompañantes. Ambos iban vestidos con ropa informal y discreta. Su conversación tampoco llamaba la atención, con tono y gestos tranquilos.

«Noosfera, noosfera, noosfera...».

Miri no podía escuchar lo que decían, aunque era poco probable que estuvieran hablando en inglés o español. Vagabundó por la plaza intentando comportarse como cualquier turista americana. No sabía si su tapadera resultaría convincente si el trío se fijaba en ella. ¿Una turista sin cámara de fotos ni mapa desplegable? Poco creíble.

Por fortuna, Mazur y sus amigos no prestaban atención a la gente. Se pusieron en marcha, alejándose de ella en dirección este. Miri los siguió desde lejos, preguntándose de qué diablos

estarían hablando.

«Noosfera, noosfera, noosfera...».

Las piernas le flaqueaban. Cada vez veía peor. Cada vez había más distancia entre los soviéticos y ella, y no era capaz de reducirla. Sus músculos casi no obedecían.

«Noosfera, noosfera, noosfera...».

Los tres hombres llegaron a la calle de Alcalá. Un pequeño SEAT color crema aguardaba mal aparcado junto a la parada del autobús.

Miri vio cómo los conspiradores se montaban y el vehículo se ponía en marcha. Hacia ella.

Se dio la vuelta y trató de disimular mirando el escaparate que tenía delante. Era un gesto tan absurdo como entrar en una fiesta de gala disfrazada de oso panda y pretender que nadie la viera. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

«Noosfera, noosfera, noosfera...».

El automóvil pasó de largo y desapareció por la carrera de San Jerónimo. Con su visión borrosa, Miri no podía saber si se habían fijado en ella o no. Lo único que tenía claro era que no se habían detenido. Lo tomaría como una buena noticia. La mala era que se le habían escapado. Y que sus tripas habían comenzado una escalada libre en dirección a su tráquea. Necesitaba sentarse. Respirar. Dormir.

«Noosfera, noosf...».

Se le cerraron los ojos y sus piernas se rindieron. Notó su caída a cámara lenta. Fue consciente de que iba a desmayarse en mitad de la calle. De lo ridículo que sería de cara a Crespo. O a Lennon. Le importó poco. Se dejó caer.

Un brazo firme la sujetó a tiempo y la enderezó. Percibió movimiento junto a ella y una voz jovial que le hablaba en inglés.

—Tranquila, Callahan, estamos aquí.

Agotada, abrió los ojos. Frente a ella había un hombre alto y atlético acompañado de una mujer rubia. Él llevaba un pantalón corto y una camisa medio desabotonada, con una videocámara en bandolera. Ella, un vestido de alegre estampado con un mapa en la mano.

Videocámara. Mapa. Parecían turistas. Pero no lo eran. Miri entendió lo que pasaba antes de que el hombre se lo explicara.

—Soy Roy Gunton. Ella es Cassie Kalbach. Somos de la embajada —algo que sonaba a eufemismo de «CIA»—. Recibimos tu aviso. Por suerte ya estábamos aquí, por si nos necesitabas. ¿Cómo va ese mareo?

Miri respondió asintiendo, notó una fuerte arcada y, finalmente, vomitó en una papelera.

—Podría ser peor —dijo tras limpiarse y recuperar un poco la compostura—. En fin, gracias por la ayuda. Siento no haber avisado antes de que se nos escaparan...

La tal Cassie Kalbach sonrió.

—¿Escaparse? Quizá. Pero algo hemos pillado.

Miri dudó un instante hasta ver que el hombre señalaba su cámara de vídeo.

—¿Lo habéis grabado? ¡Estupendo! ¡Hay que llevar esto a la embajada!

Kalbach extendió las manos pidiéndole calma.

—Espera, Callahan, espera. No tenemos que ir a ninguna parte.

—Pero necesitamos traductores. Creo que esos tres estaban hablando en...

—... ruso —terminó Kalbach. Y Gunton añadió:

—*Ya govoryu na russkom.* —Y le guiñó un ojo.

Gunton no solo hablaba ruso; también era capaz de leer los labios. Esa habilidad resultó muy útil teniendo en cuenta que la cámara portátil no había podido grabar, con tanto ruido de fondo, las palabras pronunciadas entre Mazur y sus extraños aliados.

Al menos extraños para Miri. Kalbach y Gunton habían confirmado la sospecha que estaba cuajando en su mente: el dúo formaba parte del personal de la embajada soviética; eran viejos conocidos en el mundo del espionaje. El de barba se llamaba Galkin y el bajito Korzhanenko. KGB de pura cepa.

Así que el doctor estaba metido en una trama de espías. Aquello sí que podía ser una palanca para apartarlo por completo de las pretensiones de Crespo. El orgulloso militar ibérico no soportaría que los rusos se hubieran aprovechado de su hospitalidad para realizar un operativo secreto en Madrid.

Según Kalbach, los agentes Galkin y Korzhanenko se habían especializado en «relocalizar» a enemigos del Pacto de Varsovia. Lo cual quería decir que los hacían desaparecer de dondequiera que estuvieran y se los llevaban al lugar designado por el KGB, dentro o fuera de las fronteras soviéticas.

La pregunta era a quién pretendían «relocalizar». Y por qué Mazur estaba metido en aquel lío. Kalbach admitió que no había visto al doctor en su vida; podía ser un agente del KGB, pero, si lo era, nunca antes había estado en España. O quizá sí era un doctor en parafísica después de todo. Pero, entonces, su relación con Galkin y Korzhanenko pasaba a ser todavía más rara.

Tras ver la grabación en la pequeña pantalla de la cámara por tercera vez, Gunton dijo que lo tenía.

—Solo hemos cogido una parte de la conversación —se disculpó—. No teníamos ángulo para grabarlos a los tres. Pero Korzhanenko habla al final, y a él sí lo tenemos. Lo que dice es «el encuentro con Magritte es dentro de una hora. En el Retiro, junto al estanque».

—¿Magritte? —preguntó Miri.

—Es un alias —aclaró Kalbach, que parecía reconocer el nombre—. Un falsificador de documentos que trabaja entre Francia y España.

—Y estos tres se van a encontrar con él —añadió Gunton—. ¿Por qué?

«Sí —pensó Miri—. ¿Por qué?».

El KGB quería hacer desaparecer a un falsificador con ayuda de un doctor en parafísica. Aquello cada vez tenía menos sentido.

La traición de las imágenes

—De verdad, esto no tiene sentido —dijo Miri a media voz por el disimulado micrófono que llevaba en la ropa.

—Te repites, Callahan —contestó Gunton por el pequeño auricular.

—Pero no lo tiene. ¿Qué están haciendo?

Ambos sabían que el agente no tenía respuesta para aquella pregunta. El silencio de radio fue más elocuente que una réplica directa.

El Parque del Retiro olía a vegetación, a los lavabos que tenía cerca y a esparcimiento. Entre castaños, álamos y cedros, la gente paseaba sola, en pareja o en familia. Había madres con carritos de bebé, ancianos dando de comer a las aves acuáticas, hombres leyendo periódicos deportivos en bancos a la sombra, barcas remoloneando por el lago artificial, un par de tenderetes de artesanía al sol, alguna bicicleta zigzagueante e, incluso, a lo lejos, un policía nacional con su uniforme gris, patrullando sin prisas sobre su caballo para tranquilidad de todos. Aunque no parecía darse cuenta de la escena de conjuras internacionales que estaba teniendo lugar delante de sus narices.

El despliegue había sido bastante improvisado, para qué mentir. Interpretar la grabación de Korzhanenko les había robado el margen necesario para planificar algo en condiciones, y el embajador no era partidario de llamar demasiado la atención. Así que les había pedido por teléfono que actuaran con discreción... y en solitario. Kalbach, Gunton y ella formaban el operativo al completo.

A Miri no le parecía mal. Tenían demasiadas incógnitas sobre lo que estaba ocurriendo. Juntar a un montón de espías de la CIA sin saber a ciencia cierta lo que intentaban evitar (o evidenciar) era un riesgo excesivo. Y quería usar ante Crespo la carta de la buena fe, que Mazur habría roto con sus intrigas. Si ella jugaba al mismo juego, la estrategia quedaba aguada. Debía moverse sin que la descubrieran, cosa que requería pocos intervinientes.

De modo que allí estaban, dispersos por la zona del estanque y presencialmente aislados. Solo presencialmente. Miri se había tomado otra de sus pastillas rojas para activar el contacto de MKIris en cuanto lo necesitara. Aquello había embotado sus percepciones, pero no lo bastante como para ignorar el hecho de que nada de lo que veía tenía sentido.

Desde su puesto de vigilancia junto al embarcadero, cerca de varios árboles donde ocultarse si

alguien la miraba, Miri gozaba de una posición privilegiada para controlar los movimientos de Mazur y sus dos amigos del KGB.

De movimiento tenían poco. De rareza, mucho. Estaban sentados en un banco, de espaldas al estanque, pasando el rato. Aquello no tenía nada de especial si una recordaba que, por lo que sabían, estaban esperando al tal Magritte. Su actitud era la de gente que hacía tiempo antes de una cita. Solo que Magritte ya estaba delante de ellos.

Kalbach, desde su posición en la fuente de los Galápagos, había realizado el avistamiento hacía casi diez minutos. Un escuálido tipo desgreñado con melena rizada y perilla corta mal afeitada, camiseta y tejanos estaba sentado a una de las mesas exteriores del quiosco, disfrutando de una infusión y garabateando en un gran cuaderno de dibujo. Un artista aficionado más en el parque, nada llamativo. Pero la identificación de Kalbach había sido ratificada por Gunton desde su puesto móvil de observación en la arboleda adyacente. Aquel joven de insulsa apariencia era Magritte. La supuesta cita de Mazur.

Por un momento, Miri pensó que el doctor y sus acompañantes no se habían dado cuenta, pero aquella idea pronto se desvaneció. Entre charla y charla, Galkin los había señalado con sutileza al falsificador. Mazur y Korzhanenko habían asentido, como reconociéndolo... y habían seguido su tertulia. No era la manera de reaccionar en una reunión planificada. A no ser que...

—Esperad —dijo por radio—. Lo estamos enfocando mal. El objetivo no es Magritte. Es quien se encuentre con Magritte. Los rusos están haciendo lo mismo que nosotros, espiar. Magritte tiene otra cita.

—Tiene sentido —respondió Kalbach—. Pero ¿quién?

—Supongo que pronto lo veremos.

Apenas fueron un par de minutos. El pequeño grupo —dos hombres y una mujer— llegó desde la fuente de los Galápagos, pasando por delante de Kalbach. Pero Miri no fue consciente de quiénes eran hasta que vio que se acercaban de forma decidida a Magritte. El joven, al verlos, les hizo señas para que se sentaran a su lado.

—¡Ahí están! —dijo por la radio. Y se fijó más en ellos.

Los hombres caminaban un paso por detrás de la mujer, así que supuso que ella era quien llevaba la voz cantante. Tendría treinta y tantos años, de complexión tan delgada como la de Magritte. Su piel era pálida, casi blanca, y llevaba su largo pelo de color castaño claro recogido en una trenza que le llegaba a la mitad de la espalda. Lucía un recatado, pero elegante, vestido gris y, además de un pequeño bolso blanco, cargaba con un maletín.

Los varones miraban a un lado y al otro, como si fueran guardaespaldas de la mujer. Pero se los veía demasiado nerviosos para considerarlos profesionales. Además, por más que buscaron, no se dieron cuenta de los dos equipos —soviético y estadounidense— que acechaban en las inmediaciones.

Miri lanzó una ojeada rápida en dirección a Mazur. Casi gritó de alegría al ver que el reducido contingente del KGB todavía no se había enterado de lo que pasaba. Un vendedor de globos se

había colocado frente a ellos y les tapaba el ángulo de visión. Los soviéticos estaban molestos, pero trataban de disimular. Si se levantaban para ponerse en otro sitio, quizá llamaran demasiado la atención para su gusto; el espionaje sería obvio. Su disimulo no duraría y acabarían recolocándose para verlo todo mejor, pero Miri y los suyos tenían unos segundos de ventaja.

—Los rusos están fuera de juego. ¿Qué hacemos?

La mujer y sus dos secuaces se acercaron a la mesa de Magritte y lo saludaron con educados apretones de manos. Luego se sentaron con él. El grupo de Mazur tuvo un rápido debate; estaba claro que se planteaban cambiar de localización.

—¡Kalbach, Gunton! —se impacientó Miri—. ¡Que se mueven los rusos! ¿Qué hacemos?

En la mesa, Magritte abrió su cuaderno de dibujo por otra página y sacó un sobre tamaño A4 que entregó a la mujer pálida. Ella, por su parte, le dio otro sobre un tanto más abultado.

Algo a cambio de algo; con toda probabilidad, dinero y documentos falsificados. Sin duda era el intercambio que los rusos esperaban ver. Estaba ocurriendo. Se lo estaban perdiendo. Eso daba ventaja a Miri y la pareja de la CIA. Pero con cada segundo la ventaja también se les escurría a ellos entre los dedos.

—¡Joder, hay que hacer algo! —insistió—. ¡Chicos! ¿Me oís?

Galkin por fin se levantó y logró recuperar la visión del quiosco. Descubrió la pequeña reunión. Se le demudó el rostro. Hizo señas a Mazur y Korzhanenko, que también se levantaron. Galkin se llevó la mano al interior de la americana.

—¡Joder, que van para allá! ¡Decidme algo!

Uno de los protectores de la mujer pálida se fijó en el movimiento que venía hacia ellos. Los cuatro congregados parecieron asustarse. Magritte dio un salto, cogió su cuaderno y salió cual galgo en dirección opuesta a los rusos. Los otros dos hombres se levantaron. La mujer colocó el maletín sobre la mesa.

«Joder, joder, joder, joder», pensó Miri. Y corrió hacia el quiosco. «Noosfera, noosfera, noosfera...».

Galkin y Korzhanenko aceleraron. Mazur no fue capaz de seguir su ritmo y quedó atrás. Los dos hombres misteriosos hicieron una barrera humana frente a la mujer pálida. Y ella sacó algo del maletín.

En mitad de la carrera, en mitad del descontrol mental de la adrenalina y su droga psicoactiva, entre el pánico y la hiperactividad, Miri tardó en identificarlo. Pero pronto tuvo la fría y aterradora certeza de lo que era. En las manos de la mujer, como si fuera un polluelo sacado del nido, descansaba un malviaje.

Primero nadie prestó atención a lo que pasaba. Ni siquiera la carrera de los soviéticos resultaba llamativa entre tanta gente haciendo de todo. El hecho de que una tranquila señorita sacara algo de un maletín, por su parte, era tan anodino como el aire que respiraban. Pero, entonces, el malviaje pareció desparecerse en las manos de la mujer, agitó sus alas y comenzó a zumbar.

Aquel sonido heló la sangre de todos los presentes. Muchos se volvieron al origen del funesto ruido y descubrieron entonces a la negra criatura que empezaba a elevarse con indolencia.

El atávico terror a los malosviajes los dominó. Una mujer gritó, desesperada, tratando de cubrir con su cuerpo al niño que paseaba junto a ella. Un caballero ataviado con un respetable traje de hombre de negocios lanzó un agudo chillido y se alejó corriendo como un lunático, desparramando por el suelo papeles con aspecto oficial. Todos los clientes de la terraza salieron en desbandada, cada cual en una dirección. Incluso uno de los camareros del lugar se unió a la estampida. En apenas cinco segundos todo el lugar quedó casi desierto.

Pero los rusos no detuvieron su avance, como si el malviaje no les diera miedo. Miri —que hacía rato que no pensaba en su palabra clave telepática— admiró su determinación, porque, aun con la criatura tranquila, hasta ella sentía respeto a acercarse.

Los guardaespaldas de la mujer pálida se pusieron a su lado al tiempo que Galkin sacaba un arma y apuntaba en su dirección. Ninguno de ellos se había fijado en Miri. La mujer pálida miró a los agentes del KGB y, con determinación en el rostro, dio una fuerte palmada.

El malviaje enloqueció. Tras unos furiosos aleteos buscó a una víctima. Hizo caso omiso de la mujer y sus ayudantes, y fijó su arácnida mirada en Galkin. Se arrojó contra él. Galkin y Korzhanenko retrocedieron por fin, mientras Mazur seguía avanzando. La mujer y los dos hombres aprovecharon para escapar en dirección a la fuente de los Galápagos.

«Donde debería estar Kalbach deteniéndolos», pensó Miri fugazmente, antes de quedar por fin a la vista de todos.

El malviaje volaba entre ella y los rusos, y, por fortuna, no la miraba. En cuanto lo hiciera, ella pasaría a ser la víctima elegida.

Mazur, de nuevo junto a sus compañeros, la vio y puso cara de sorpresa. Miri no hizo caso. Él no era el peligro. Los rusos tampoco. Buscó a su alrededor.

Los parques urbanos solían ser escondites perfectos para los malosviajes. Por eso se había extendido la práctica de poblarlos de animales, con la esperanza de que fueran elegidos como víctimas. Era un deseo pueril a menos que hubiera un *transfer* cerca, porque los malosviajes preferían la esencia vital humana. Pero, aunque España no tenía magos capaces de transferir, sí que había optado por una especie de magia simpática: tener animales a pesar de todo. En el estanque del Retiro había cisnes.

Un disparo. Miri se volvió, asustada, pero Galkin no disparaba a Miri, sino al malviaje. Una, dos, tres veces. El monstruo, por supuesto, no sufrió herida alguna. Pero el impacto lo hizo retroceder, tambalearse en el aire, girar. Y al girar vio a Miri. Galkin sonrió.

El malviaje olvidó al soviético y cargó contra la americana.

Galkin y Korzhanenko se escabulleron en dirección a la fuente, persiguiendo a la mujer pálida.

Miri se volvió a toda prisa hacia el borde del estanque y cogió a un cisne por el cuello sin miramientos. El animal se resistió como un loco mientras ella lo arrastraba a la fuerza por encima

de la valla de metal, pero Miri no soltó a su presa. Hizo dos respiraciones rápidas y una lenta. El cisne absorbió todo el *ki* que le llegaba contra su voluntad, la energía humana de la agente. Se convirtió en el blanco más apetecible para el malviaje. Miri soltó al ave en el último momento y se apartó con torpeza, cayó de rodillas y estuvo a punto de desmayarse.

El malviaje dudó, aunque solo un instante. De inmediato varió el rumbo y se abalanzó como una fiera salvaje contra el cisne que aleteaba tratando de huir de aquel depredador que intuía. Aunque su fuerza muscular había aumentado gracias a la vitalidad de Miri, no tuvo ocasión de hacerlo. El engendro clavó su aguijón en un costado del ave y se aferró a ella con sus patas. El cisne agitó las alas, enloquecido de dolor, y trató de arrancarse la negra forma con su pico, solo para darse cuenta de que se le había acabado el tiempo de vida. El malviaje se inflamó, se derritió sobre él y, tras unos segundos llenos de agonía y suplicantes graznidos, lo consumió también.

Libre de peligro y con una respiración algo más calmada y menos mareo, Miri echó un rápido vistazo a Mazur, el único rival al que no tenía controlado. Pero él no le prestaba atención. Se había detenido junto a la mesa de la mujer pálida y estudiaba con profundidad su maletín abandonado. No parecía buscar nada dentro, sino que revisaba el propio contenedor desde todos los ángulos.

Miri no trató de buscarle sentido. Solo quedaban ella y Mazur, y apenas tenía fuerzas para caminar; cualquier enfrentamiento físico con el hombretón quedaba descartado. Se dio cuenta de que, a lo lejos, el policía montado cabalgaba hacia ellos, sin duda atraído por el jaleo y los disparos, y para Miri fue como alcanzar el nirvana. El doctor no osaría hacer nada violento delante de él. Renqueó en su dirección, alejándose de Mazur y deseando que el agente no la hubiera visto cometer el flagrante delito de brujería. No parecía ser el caso. El policía la habría tomado por una desvalida jovencita, ya que tenía toda su atención fija en el misterioso y enorme personaje vestido de negro. A sus ojos, Mazur debía de parecer un matón de los barrios bajos. Ventaja para Miri. Hasta que oyó el otro zumbido.

El hiperactivo y drogado cerebro de la agente tuvo tiempo de pensar «¡otra vez no!», mientras ella se volvía en dirección al sonido. Venía de la fuente de los Galápagos, el lugar al que habían escapado casi todos. Incluida la mujer pálida.

La intuición de Miri no iba errada: era un segundo malviaje.

Blasfemando por lo bajo, trató de sacar fuerzas de flaqueza y corrió a medio gas. No porque llegar al policía fuera más seguro, sino por el irracional deseo de poner toda la distancia posible entre ella y el monstruo. Era una carrera condenada al fracaso. El furibundo zumbido aumentó su intensidad en cuanto el ser descubrió a Miri. De inmediato se lanzó contra ella a una velocidad que borraba de un plumazo toda posibilidad de huida. Miri estaba agotada, debilitada. Sentenciada. Iba a morir.

El tarugo del policía, al ver al malviaje que se les echaba encima, solo fue capaz de poner cara de pasmarote aterrado y santiguarse. Santiguarse. Una atea y cínica parte de Miri pensó «¡no me

jodas!», dando más importancia a aquel ridículo gesto que al hecho de que la muerte estuviera llamando a su puerta.

Miri se detuvo. No tenía sentido huir de lo impostergable. Decidió encararlo y morir con dignidad.

Fue entonces cuando vio a Mazur. Surgido de la nada, el doctor acababa de interponerse entre ella y el malviaje. Con un par. Miraba al monstruo con los brazos extendidos, una cruz humana, como prohibiéndole avanzar. Que era lo mismo que prohibir avanzar a un río de lava. Pero el malviaje se detuvo. Frenó y quedó a unos metros de Mazur zumbando a la altura de su cara, con la misma furia de antes, pero quieto en el aire. Podía pasar por encima, por los lados; incluso a través del hombre, mandíbulas mediante. Pero estaba quieto.

Con ojos de besugo recién pescado, Miri decidió que no le importaba entenderlo, sino sobrevivir. Así que volvió a correr hacia el policía.

Cuando había avanzado varios metros, la desconcertante treta de Mazur dejó de funcionar. El malviaje lo rodeó y retomó la persecución contra Miri.

Ella casi había llegado al agente, que dudaba entre el cumplimiento del deber y espolear a su caballo para hacer como la joven, huir. Ella, temblando y al borde de la taquicardia, trató de encontrar a toda prisa una manera de librarse de lo inevitable.

El caballo no sería bastante. El malviaje estaba centrado en ella; además, preferiría energía humana. Solo esa energía llamaría su atención. A ella apenas le quedaba. Pero el policía sí tenía.

Fue una decisión rápida, fría, fruto de la imperiosa necesidad. En aquellas situaciones, no había lugar para sentimentalismos, sino para hacer lo que había que hacer.

A veces solo podemos elegir entre dos males, había dicho Lennon.

Miri llegó junto al policía montado. Puso una muy creíble cara de miedo para reforzar la imagen preconcebida que él se había formado de ella. Por eso, no sospechó cuando aquella asustada joven le tomó la mano como buscando protección. Solo que ella no quería protección. Quería su esencia vital.

Miri inició la transferencia y comenzó a absorber como un vampiro la fuerza del agente, que quedó estupefacto y aturdido por el repentino mareo que desangraba todo su vigor. Tal y como había quedado Chapman cuando ella lo mató frente al edificio Dakota.

Apartó aquel negro pensamiento de su mente y puso la otra mano sobre el caballo. Se concentró y redirigió la energía vital del policía hacia su montura. Con ello convirtió al animal en una invisible tea de *ki*. Una que solo el malviaje percibiría. Una que encontraría demasiado apetecible. Cortó el flujo justo antes de que el policía perdiera el conocimiento, agotado. El hombre se tambaleó y Miri lo descabalgó como pudo. Justo antes de que llegara el malviaje, le clavara su mortífero dardo al caballo y lo fundiera con su ignición.

Quedaron en el suelo los dos, ambos tratando de recuperar el resuello frente al apestoso charco ácido que antes había sido un caballo. Mazur avanzaba hacia ellos sin prisas, como si no

estuvieran en un desierto campo de batalla. La sangre golpeaba con fuerza las sienes de Miri. El temblor seguía, quizá por la droga, quizá por la experiencia traumática. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos, pero parecía ser incapaz de llorar. Estaba viva. Le costaba creerlo, pero estaba viva.

El policía se puso en pie de repente, todavía aturdido y tan conmocionado por lo sucedido como ella. Horrorizado, sus ojos fueron de Miri al ominoso charco, a Mazur, y de vuelta al charco.

Se alejó unos pasos y sacó su arma. No tenía claro a quién de los dos debía apuntarla, así que fue moviéndola de Miri a Mazur entre nerviosos espasmos. El doctor se detuvo y levantó las manos como si aquello no fuera con él, pero ella no tenía fuerzas ni para eso.

—¡Alto! —gritó el policía, aunque nadie se estaba moviendo—. ¡Alto, joder! ¡Alto! ¡Me cago en la puta de oros! ¡Como os mováis os pego un tiro!

—No será necesario, agente. El tiro ya se lo pegaré yo. A los dos.

Todos se volvieron hacia la arboleda, desde donde había sonado la voz. De la espesura salió un pequeño grupo de guardias civiles, algunos de uniforme y otros de paisano, liderados por un teniente Crespo con cara de pocos amigos.

6

Invitación no deseada

La puta madre que parió a ese par de putos gilipollas tocahuevos con ínfulas, a sus gobiernos comevergas y al puto jaleo que habían montado en mitad de la puta Madrid delante de su puta jeta.

Arturo era incapaz de pensar sin malsonantes expletivos. Desde hacía una hora, solo podía repetir en su mente todo el *Diccionario secreto* de Cela, de pe a pa. Con énfasis en la pu.

No había gritado, por muchas ganas que tuviera de vociferar sus improperios, pero sí había hecho otras cosas. Había golpeado las paredes hasta dejarse los nudillos como las costillas de un eccehomo. Había apretado tanto los dientes que la mandíbula le dolía como si hubiera recibido un gancho de izquierda del Potro de Vallecas. Había tomado un largo trago de aquel licor que necesitaba, aunque eso solo había empeorado la situación; el exceso de alcohol solía ponerle agresivo y ya llevaba varias copas de más. Tenía la cara roja como la sangre de sus manos, resoplaba como un miura y notaba que su corazón tenía ganas de salir disparado para degollar a aquella pareja de Anacleto yanqui-soviéticos.

Y paseaba con el ímpetu de un huracán. Iba como fiera enjaulada, piensa que te piensa, a zancadas de un lado a otro del despacho temporal que, con amabilidad, le habían prestado los de Edificios Públicos. La sede de aquella compañía de la Benemérita era impresionante, al igual que la barroca decoración de la sala en la que estaba Arturo, pero no habían elegido aquel destino por su belleza, sino por su cercanía. Se encontraba en la calle de Alcalá, al lado de la fuente de Cibeles y a tiro de piedra del Retiro. El lugar más recomendable al que realizar los traslados de forma rápida y discreta.

Los implicados en el desaguado internacional se encontraban en estancias diferentes. A Callahan y a Mazur, en atención a su poco merecido estatus diplomático, se los trataba como a huéspedes. Incluso conservaban sus efectos personales. Pero Arturo había dado la orden de que se los mantuviera separados. Nada de cuchichearse cosas sin que él estuviera presente.

Había sido un error de cálculo. Un puto error de cálculo del que le iba a costar horrores deshacerse. Arturo había creído que la parejita feliz querría hacer alguna pequeña conspiración de pan nuestro de cada día entre rivales de la Guerra Fría. Pensaba que los podría manejar. Después de todo, tenía un par de ases en la manga: desde el momento en que los visitantes habían llegado a Barajas, Arturo había asignado a dos equipos para que los siguieran con

discreción. Creían que él era su única niñera, que podían despistarlos con más o menos sutileza, pero no era así. Tan pronto como Callahan desapareció siguiendo a Mazur, Arturo empezó a seguirla a ella. Quería ver qué se traían entre manos, qué intentaban ocultarle. Una vez descubierto podría echárselo en cara para demostrarles que no había que tomarse al CESID a broma. Y para usar la nueva situación de poder como palanca en las negociaciones de la ODA.

Lo que no esperaba, maldito fuera su error de cálculo, era que aquellos dos insensatos planearan meterse en un tiroteo delante de civiles en el centro de la Villa. Incluyendo la aparición de varios malosviajes y el asesinato de un caballo de la Policía Nacional, así como cargos por brujería contra un agente de servicio.

La puta madre de esos putos cabrones. La que le habían formado.

Luego estaban las llamadas furibundas de una y otra superpotencia. Tanto Washington como Moscú exigían explicaciones sobre lo ocurrido a sus representantes. Hasta habían tenido los santos cojones de amenazar con represalias y olé. Como si fueran las víctimas. Pero claro, Benavides se había encargado de que la lluvia de mierda cayera sobre Arturo sin paraguas ni chubasquero. Cómo debía de estar gozando el cabronazo...

Londres estaba un poco más lejos aquel día.

Aun así, Arturo estaba dando la callada por respuesta a tanto requerimiento oficial. Si se estrellaba, al menos lo haría fingiendo que le daba igual todo y que estaba dispuesto a llegar a límites insospechados. Quemando las naves, como buen hispano.

Además, cuanto más tiempo tuviera a la parejita feliz *in albis*, más caldo podría sacar de su sudor a fuego lento. A ver si, cuando hablara con ellos, volvían a tomarlo por el pito del sereno. Porque no todo estaba perdido. Todavía podía arreglarlo. Recuperar el control. Su próxima jugada podía darle una nueva ventaja en la partida: Magritte.

Sus dos equipos de vigilancia se habían dado de bruces con un tercero, uno que Arturo no esperaba encontrarse en el Retiro: el que seguía al falsificador.

Hacía ya tiempo que eran su sombra, incluso antes del jaleo de Fierabrás. Estaban más que enterados de que el jovenzuelo mariposeaba por la capital cuando no estaba en Francia, vendiendo sus dotes al mejor postor en un sitio u otro. Pero desde Inteligencia habían decidido no detenerlo. Era más práctico y daba más información ver con quién se reunía. A quién ofrecía documentos falsos. Varios exitosos procedimientos judiciales en España habían empezado con aquel hilo del que tirar.

De sopetón, los hombres de Arturo se habían encontrado con los asignados a Magritte, y todo aquel asunto había empezado a enmarañarse incluso antes de la escenita a lo James Bond.

Agentes del CESID tras americanos siguiendo a unos rusos que seguían a un delincuente al que seguía el CESID. Gallinita ciega, ¿qué se te ha perdido?

Lo que ninguno de los agentes sabía era la identidad de aquella mujer pálida del intercambio, la que había desaparecido en mitad de la vorágine. Le tocaba a Arturo averiguarlo. Y podía hacerlo, porque, esposado en otra habitación del edificio, detenido como Dios manda y viendo la

espada de Damocles sobre su cabeza, el dichoso Magritte esperaba su destino. En su huida como un podenco se había topado de narices con los agentes que lo vigilaban; dadas las circunstancias, con buen criterio, habían decidido atraparlo para que aportara un poco de orden al caos.

Por los cojones de Arturo que iba a cantar *La traviata*.

La bamboleante luz de una bombilla desguarnecida que, colgando de un endeble cable, daba un sorprendente calor sin expulsar del todo las tinieblas. El olor rancio a tabaco vomitado por decenas de pulmones durante decenas de lustros. Ninguna ventana. Desconchones, manchas y humedades en las paredes antaño blancas. Un cuadro de Su Majestad de uniforme, un crucifijo y un calendario con una macizorra en bolas untada de aceite. Un archivador de metal repleto hasta los topes, con una pequeña torre de Babel de carpetas apiladas sobre él. Una minúscula mesa todavía más desordenada, con documentos que se mantenían en su sitio gracias a la involuntaria ayuda de una descomunal grapadora usada a modo de pisapapeles. Un retorcido flexo con el enchufe roto. Una silla de plástico vacía y otra ocupada. Un joven melencólico sudando la gota gorda, las manos de niña inmovilizadas frente a él con grilletes de frío acero. Miedo en sus ojos titubeantes. Un imponente militar erguido a su lado y haciendo crujir unos nudillos con terroríficas manchas resacas de sangre.

Tres metros cúbicos de tensión.

—Qui... quiero un abogado.

Más que voz, había sido un maullido lastimero. Magritte ni siquiera se había atrevido a mirarle a los ojos al hacer su tímida petición. Era un condenado a muerte reclamando su última cena, pero convencido de que le iban a sugerir que se comiera un codo, que era carne.

—¿Un abogado? —respondió Arturo, paladeando la misteriosa palabra. Luego frunció el ceño como si no le hubiera gustado su sabor ácido—. ¿Qué pasa? ¿Tengo pinta de gabacho, yo?

Temblaba el chaval. Porque apenas era eso, un chaval con perilla, pero casi sin edad para afeitarse. Un deje extranjero en su acento. Padre francés, según el expediente. Podría haberse quedado a vivir allí, entre cruasanes, vino tinto y maricones. Pero, por supuesto, los documentos falsos valían más dinero en zonas peligrosas como España. El problema de ir a una zona peligrosa era que el peligro te podía devorar con patatas.

Arturo desenfundó sin prisas la pistola, ante la helada mirada del mozo. La sacó con parsimonia y la dejó reposando sobre la mesa, con el mismo mimo que uno coloca a un bebé en la cuna. El bebé apuntaba al aterrado jovencito.

—Tengo un problema —dijo Arturo—. Hasta ahora has sido un buen cebo. Gracias a ti hemos cogido a algunos indeseables. Pero ahora ya sabes que te seguimos, así que no te puedo soltar sin más. Ya no me sirves de cebo. —La mano de Arturo volvió a posarse, juguetona, sobre la pistola—. De lo que sí me sirves es de escarmiento. Si te mato, el próximo fantoche que venga a España se lo pensará antes de tocarnos los huevos con falsificaciones. —Temblaba el chaval, y más tembló cuando Arturo cogió la pistola con movimiento rápido y se la metió con fuerza en la

boca; chilló el chaval, un lamento desesperado que no le salvaría de nada—. Te podría pegar un tiro ahora mismo. Nadie me diría ni pío. Igual hasta me daban una medalla. —Se orinó el chaval, un charco de miedo en sus pantalones aderezado con las suplicantes lágrimas de su cara; Arturo le sacó el arma de la boca y la volvió a poner sobre la mesa—. Pero no, me dejarías la pared estucada de sesos. Mejor te llevo a una celda y ahí «te suicidas».

—Por favor... —lloriqueó el chaval.

—Por favor ¿qué?

—N... No me mate. Haré lo que sea.

Arturo fingió pensárselo.

—Está bien. Puede que haya algo. Quiero saberlo todo sobre esa mujer con la que estabas en el parque.

—Yo... yo no sé na...

El inesperado puñetazo le partió la boca, lo tiró al suelo e hizo que se golpeará la cabeza con el archivador. Arturo lo levantó con una mano y lo estampó de regreso en la silla.

—Vuelve a mentirme y te mataré, saco de mierda.

Aquello ahuyentó todas las tonterías del sanguinolento chaval. Las palabras le salieron a borbotones, como si cada una fuera un asidero al que agarrarse en mitad de un temporal.

—No sé quién es ella, nunca la había visto, pero sí sé lo que me pidió. Tenía un encargo urgente, tenía mucha prisa. Lo quería para ya. Dijo que el tiempo era esencial. Pagaba bien. En francos.

Arturo se inclinó como una gárgola ante él.

—¿Qué quería?

—Papeles de viaje. Fue muy específica. A nombre de Renata Himmel. Pasaporte, carnet de identidad y documentos que demostraran una estancia legal.

—¿Dónde?

—En Berlín.

Fue como si Magritte le devolviera el puñetazo. Arturo, sorprendido, retrocedió un par pasos. El joven aprovechó la pausa para tragar saliva y secarse la sangre del hinchado labio con el dorso de la mano engrilletada.

—¿Quería ir a Berlín? ¿Justo ahora?

Asintió el chaval.

Arturo empezó a notar una sensación creciente de que cosas en apariencia inconexas se relacionaban de un modo que él no lograba entender. ¿Esa Renata quería ir, entre todos los rincones del planeta, justo al lugar de la última predicción de Fierabrás? ¿Conocía Renata su existencia? ¿Podía acceder a sus vaticinios? Y si era así, ¿quién había filtrado la información? Porque, desde luego, que esa revelación en concreto no había salido de él... ¿Había otro topo en el CESID?

—Yo... yo creo que no entrará por la frontera —siguió hablando, solícito, Magritte—. El

pasaporte tenía que llevar un sello de entrada. Creo que se colará por otro lado. Los papeles eran más bien para enseñar en los controles. En Alemania hay muchos. En cualquier momento te pueden pedir documentos. Y es mejor tenerlos, que con la Stasi no se juega.

Todavía desconcertado, Arturo asintió. Con la Stasi no se jugaba. Al parecer, con el CESID sí.

Salió de la pequeña sala a toda prisa, cambiadas sus prioridades. Magritte no le había dado respuestas, sino infundido dudas. Dudas sinceras, que Arturo tenía claro que el asustado chavalín no había osado mentirle. Era buen falsificador, no farolero; su pánico era real.

Pero, por culpa de sus palabras, el terreno en el que se movían estaba haciéndose inestable. Esa Renata Himmel, o como se llamara, era una vuelta adicional en la ruleta rusa. Tenía que averiguar más datos sobre ella. Por fortuna, había alguien que podía despejar las dudas. Sería más difícil hacer que Mazur hablara, pero debía lograrlo. Él era la persona que tenía todas las respuestas. Su chapucera operación en el parque tenía como objetivo a la mujer, así que en el KGB sabían cosas de ella. Arturo debía sonsacarlas. Arrancarlas si hacía falta. La ruleta rusa seguía girando.

Fue a toda prisa, la cabeza tan acelerada como su paso, hacia la zona donde acogían a Mazur y a Callahan. Apenas se fijó en los compañeros uniformados que iba dejando atrás, sentados a sus mesas o caminando como él por los pasillos. Hasta que se dio de morros con Benavides. Venía con la satisfacción de una hiena que se ha atiborrado de carroña. Sonreía, pero el ademán no era amistoso, sino vengativo. En cuanto vio a Arturo, puso los brazos en jarras y dejó salir una risotada tan escandalosa que tres guardias civiles que redactaban con pereza algo en sus máquinas de escribir dejaron su trabajo para curiosear.

—¡Teniente Crespo! ¡La deshonra del Cuerpo!

Arturo apretó los dientes, contuvo la nube de sangre que le subía a la cabeza y se cuadró.

—A sus órdenes, mi capitán.

—Descanse, teniente, descanse. Que ya ha hecho usted mucho hoy.

El tono de voz seguía siendo alto, y no por descuido. Todo el mundo estaba pendiente del intercambio. Arturo relajó la postura, pero no demasiado.

—Diga, teniente —Benavides siguió echando sal en la herida—, ¿cree que sus amigos en lo alto podrán sacarle de esta? ¡Porque vaya un guirigay que ha montado usted! Le pedimos una tarea sencilla, que acompañe a un par de dignatarios extranjeros, y no solo no lo hace, sino que permite que se líen a tiros y a practicar brujería entre gentes de bien. ¡Y eso contando con tres equipos a sus órdenes! ¡Tres equipos y solo es capaz de detener a un ratero de tres al cuarto! ¡Es usted una vergüenza!

Arturo logró mantenerse impertérrito, aunque todo su cuerpo le pedía lo contrario. El capitán se le acercó y bajó el volumen para que solo él pudiera escucharlo.

—Está usted acabado —susurró—. Exteriores y Defensa van a pedir responsables por lo de

hoy y yo me voy a encargar de que la granada le estalle a usted en la cara. Y ¿sabe lo mejor? Que nadie podrá salvarle de esta. Usted ya no caía bien a la mitad del Gobierno, pero ahora ha dejado con el culo al aire a esos reformistas que tanto le gustan. El plan de apertura que tenían se ha ido a la mierda por culpa de usted. Dentro de dos días, nadie querrá tocarle ni con un palo. Descanse, teniente, descanse.

Le dio unas palmaditas en el hombro y se alejó con su macabra sonrisa en el rostro.

Había fracasado. Todas las ideas con las que había acudido a aquella reunión se venían abajo. Todos los planes que dependían de su éxito se deshacían como jirones de niebla. Mientras esperaba en aquella celda que no era celda, Miri trataba de aclarar la confusión de sus ideas en estampida. No iba a sacar nada de Crespo, eso ya parecía hasta una obviedad. En el mejor de los casos tendría que arrastrarse para conseguir que les dejaran usar las migajas de Fierabrás. En el peor, volvería a Estados Unidos con las manos vacías. Y sin nada en claro que ofrecer respecto a Mazur o la Unión Soviética, aparte de un montón de incógnitas nuevas para Lennon.

La candidata con más posibilidades de triunfar. Larga vida a la astrología.

Pero estaba viva. No de la manera más digna, no de la manera más comprensible, pero estaba viva. Gracias a Mazur.

Era un pensamiento agridulce. Uno que todavía no sabía cómo clasificar en la desordenada maraña de su mente. Aun así era innegable: si seguía con vida era porque Mazur se había interpuesto ante el segundo malviaje. Tan solo por eso. De no haberlo hecho, el monstruo la habría atrapado antes de que pudiera acercarse al policía y robarle su energía. No importaba cómo el doctor había logrado su truco de magia; importaba que lo hubiera hecho.

Miri no tenía claro cómo se suponía que debía reaccionar ante ello. Ante el hecho de que su rival en la contienda hubiera movido un dedo para ayudarla. Incluso si no hubiera significado enfrentarse a un malviaje furioso, el gesto habría sido inesperado. Pero ahí estaba.

La puerta se abrió y un joven uniformado interrumpió sus divagaciones al pedirle que le acompañara. Miri obedeció y se adentró con él en las tripas de aquel edificio. Desde el momento en que lo vio, el lugar le había parecido más un palacio sacado de una superproducción de Hollywood que una comisaría de policía. Sin embargo, estaba lleno de agentes de diversos rangos. Lo cierto era que no se los podía considerar policías; en su rápido curso de choque antes de ir a España, la CIA había explicado que la Guardia Civil se asimilaba más a una rama del ejército. Aquel conocimiento teórico no cambiaba mucho las cosas; el lugar también se parecía más a un palacio que a unos barracones militares.

Sus captores habían sido muy corteses, dadas las circunstancias. Aparte de no poder hablar con nadie y no poder salir, estaba siendo casi como una estancia en un hotel. Conservaba sus pastillas y su bloc de notas, que podría haber empleado en cualquier momento para ponerse en contacto con MKIris. Sin embargo, había decidido responder a la cortesía con cortesía. Siendo práctica, Miri se daba cuenta de que podían estar espionándola con cámaras, quizá esperando a que

cometiera un acto de brujería o drogadicción que ellos pudieran grabar, la excusa para usarla como rehén ante Washington, e, incluso si no la espían, tal vez actuar de buena fe apaciguara un poco los ánimos de Crespo.

El joven se detuvo ante otra sala, dos pisos más arriba, abrió la puerta y le indicó que entrara. Apenas pudo fijarse en la curiosa planta redonda de la estancia, en su ornamentada lámpara de lágrimas colgando del alto techo o en los amplios espacios entre las tres grandes mesas de caoba que hacían las veces de escritorios, sin duda, para otros tantos altos cargos del lugar.

Su mirada se detuvo en el doctor Bronislaw Mazur, casi desplomado sobre una silla tapizada con pinta de ser muy cara.

El soviético seguía sonriendo y degustando su típico porro —que al parecer también le habían permitido conservar—, pero su aspecto era cualquier cosa menos jovial. Su corpachón estaba hundido hasta el punto que la silla parecía a un paso de reventar. Su cara lívida estaba salpicada por gotitas de sudor. Respiraba de forma entrecortada, a veces en largas aspiraciones, a veces en acelerados jadeos.

Corrió hacia él.

—¡Mazur! Mazur, ¿estás bien?

Él asintió con su clásica mueca bobalicona y movió la mano como quitando hierro al asunto, pero su cara era la de alguien con poca energía vital. Ella sabía reconocerlo. Ni lo pensó. Tomó su mano, hizo dos respiraciones rápidas y una lenta... y no pasó nada.

—¡Mierda! —exclamó, al caer en la cuenta de que el efecto de su droga ya se habría pasado. Así no podía transferir. Abrió su bolso y se peleó con su contenido hasta encontrar el bote con las pastillas de colores. Cogió la última naranja, la que le permitiría entrar con rapidez en estado alterado de consciencia. La que había usado mientras seguía al doctor, y que ahora usaría para salvarlo.

Fue a tragarla pero la firme mano de Mazur la detuvo con fuerza. El hombre la miró y, todavía sonriendo, le dijo que no con la cabeza. Luego movió su mano sin esfuerzo y la colocó de nuevo sobre el bote de las pastillas, indicándole que la devolviera a su lugar. Extrañada, Miri lo hizo.

Mazur cerró los ojos y trató de dominar su respiración. Al poco, esta volvía a ser estable. El color regresó a las mejillas del parafísico, que la miró y extendió una vez más su silente sonrisa. En aquel momento entró Crespo en el despacho, rojo como la grana y con la desafiante mirada de alguien dispuesto a vociferar «*sic semper tyrannis!*».

No fue eso lo que dijo al verlos.

—¡Vaya! ¡Pero si están aquí Mortadelo y Filemona! —Miri no captó la referencia, aunque quedaba claro que no era un halago—. ¡Me cago en la lucha de clases!

Miri no se dejó amilanar. Se puso de pie hasta quedar a dos palmos del militar.

—¿Qué le hicieron al doctor? —preguntó, señalando a Mazur—. ¿Soy la siguiente para la tortura?

Solo entonces pareció Crespo darse cuenta del estado en el que se encontraba el aludido. Aunque ya tenía mucho mejor aspecto que hacía un par de minutos, seguía siendo una versión abatida y demacrada de sí mismo. La ira del teniente remitió por un instante, mientras clavaba su mirada en el gigante.

—No le hemos hecho nada —replicó al final sin gritar, todavía hostil, pero menos incendiario—. Aunque no por falta de ganas. ¡Me cago en ustedes dos! Los acogemos como invitados y ¿qué hacen? ¡Liar la de Dios es Cristo!

Miri agachó la cabeza.

—Sé que no he...

—¡Calle! —la interrumpió Crespo—. ¡No me diga nada! ¡No quiero sus excusas! ¡No hay excusas! ¡Eran ustedes mis invitados! ¿Así se comporta un invitado? ¿Se dan cuenta de todos los problemas que me han creado? ¡Joder! ¿Se dan cuenta de los problemas que tienen ustedes ahora? ¿Se dan cuenta del jardín internacional en que nos han metido? ¿No podían quedarse quietecitos ni dos días, joder?

—Teniente, solo quiero...

—¡Le he dicho que se calle, hostia puta!

El puño cerrado de Crespo se elevó y estuvo a punto de impactar contra la cara de Miri, que dio un respingo ante la inusitada muestra de violencia; el militar se contuvo de algún modo, se volvió hacia la pared más cercana y la golpeó con toda su furia, una, dos, tres, cuatro veces, hasta que pedazos de yeso cayeron del techo y una mancha de color rojo quedó grabada en el muro.

Todos guardaron silencio. Arturo se mantuvo apoyado contra la pared, la sangre goteaba de sus nudillos y resollaba como un enajenado. Al cabo sacó un pañuelo del bolsillo, lo arruinó limpiando sus puños, volvió a doblarlo y a guardarlo, y cruzó los brazos.

—No hay excusas —repitió, casi en un murmullo; luego señaló a Mazur—. Debería mandarle de una patada a Moscú o llevarle a un tribunal militar por delito de espionaje —dirigió la mirada asesina a Miri—. Y a usted... a usted debería hacer que la juzgaran por bruja y a tomar por culo la inmunidad. Si ustedes me joden, pues yo los jodo a ustedes. Créanme que no tengo mucho que perder y cada vez tengo más ganas de cagarme en el convento.

En el silencio que siguió, Miri se esforzó por encontrar las palabras para reconducir aquella situación. Lo cierto era que temía volver a hablar, vista la rabia con la que había reaccionado el español, pero si querían sa...

—Por favor, teniente Crespo, tratemos de ser constructivos.

Sorprendidos, tanto Miri como el militar centraron su atención en la silla cara, donde el doctor Bronislaw Mazur estaba encendiendo otro porro.

—Llegados a este punto —siguió hablando el soviético, con total tranquilidad en su entonación y en un español más perfecto que el de Cervantes—, está claro que usted necesita información. Yo voy a dársela, si usted me lo permite.

Arturo no salía de su asombro.

—¡Que me aspen! ¡Pero si Mortadelo sabe hablar! ¡Si habla en puto español! ¡Anunciemos la buena nueva!

Con su sonrisa inalterada, Mazur dio una larga calada a su petardo mientras le mantenía la mirada. Las tripas de Arturo le pedían liarse a tortas con aquel listillo, igual que con Magritte, y hacer que todos dejaran de vacilarle. Pero el puñetero doctor acababa de prometerle lo que más quería, lo que más necesitaba: información.

Se mordió literalmente la lengua hasta que notó que recuperaba algo parecido a la calma. O, al menos, algo diferente a un ansia homicida.

—Hable —se limitó a decir.

Mazur colocó su porro sobre uno de los ceniceros de la sala y empezó a pasear por el lugar, con la mirada fija en el suelo, mientras obedecía la orden del teniente.

—En primer lugar, lamento de veras las molestias. Nada de esto debería haber salido así. Se suponía que todo sería más limpio. Eso me prometieron. Nada que los pusiera a ustedes nerviosos.

—Pues les ha salido de puta madre.

Mazur se encogió de hombros sin mirarle.

—Lo lamento —repitió—. Pero teníamos que actuar. Era la primera vez que sabíamos seguro dónde iba a estar Tebrich.

—¿Tebrich es la mujer pálida? —intervino Miri.

Mazur asintió.

—Agatha Tebrich. La persona más peligrosa de Alemania. Quizá de todo el bloque del Este. Es una terrorista, culpable de al menos siete atentados confirmados. Tiene seguidores en muchos lugares, a ambos lados del Telón de Acero. Nuestra misión era capturarla.

Arturo volvió a cruzar los brazos, desconfiado.

—¿Y qué pinta un doctor en parafísica en una misión de secuestro internacional?

Mazur recuperó su porro. Se tomó su tiempo antes de contestar.

—Me necesitaban como apoyo. Tebrich es especial. Tiene un don con los malosviajes.

—Sí —confirmó Miri—. Lo vi. Tenía uno como una mascota, y, cuando dio una palmada, se volvió loco.

—Así es como atenta. Llega a un lugar público y provoca el caos. No tiene que fabricar explosivos, ni gases, ni nada. Solo encontrar malosviajes.

Arturo chasqueó la lengua.

—Con todo el respeto, doctor, me está usted contando una milonga. Usted habla de atentados, pero yo no llamaría así al ataque fortuito de un malviaje. Eso puede pasar todos los días.

Mazur dio otra calada y expulsó el humo.

—Ahí está la cuestión, que cuando Tebrich lo hace, no se trata de un solo malviaje. Tebrich actúa en lugares donde hay muchos.

—Otra tontería —insistió Arturo—. Los malosviajes son solitarios. El único momento en el que puede verse más de uno es cuando... —Se calló al comprender. Echó un vistazo de reojo a Miri y notó que ella también lo había entendido. Mazur levantó las cejas, resaltando su sonrisa.

—¿Le resulta familiar? Imagine mi sorpresa cuando fui con usted al CESID. Tiene razón, los malosviajes van solos. Excepto cuando entran en nuestro mundo. Ahí lo hacen en oleadas.

Arturo negó con la cabeza, incrédulo.

—No puede ser. ¿Esa Tebrich, o como se llame, puede anticipar la llegada de malosviajes?

—Exactamente igual que su Fierabrás, teniente. Sabe dónde entrarán, va hasta allí, los enfurece y hace que maten a personas inocentes. Hasta niños, teniente. Niños. Al menos hay nueve confirmados. Nueve. Yo... —su voz perdió entereza—. Grabaron uno de los ataques. Yo... vi el vídeo... El sonido... Oí... Nueve niños. Nueve.

Mazur se llevó la mano a la cara. Ya no reía. Se frotó y trató de disimular el enrojecimiento de sus ojos, pero ninguno de los presentes creía que fuera por la marihuana. El doctor se recompuso y siguió exponiendo los fríos hechos.

—Nos enteramos, casi de rebote, de que Tebrich tenía previsto encontrarse con Magritte aquí en Madrid. Empezamos a trabajar en la misión y entonces ustedes nos llamaron. Si creyera en dioses, diría que fue una intervención divina: usted nos ofreció la excusa perfecta para disimular mi llegada a España, que era la parte más... compleja de nuestro plan. No soy una persona fácil de ocultar. Usted allanó el camino. Después, yo solo quería pasar el rato fingiendo que le escuchaba, esperando el momento del encuentro de Tebrich. Yo debía estar presente para intentar comprender cómo manejaba a los malosviajes y ayudar al equipo de misión en lo que pudiera.

»Pero cuando usted nos presentó a su Fierabrás... Teniente, me pilló usted por sorpresa. Fierabrás cambia muchas cosas en esto. Lo ve, ¿verdad? Tebrich y Fierabrás saben dónde aparecerán nuevos malosviajes. Tebrich usa eso para provocar sus atentados. Así que, en esencia, Fierabrás también nos anticipa dónde atacará Tebrich.

»Así que, aunque un poco tarde, voy a responder a su pregunta: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas está muy, pero que muy interesada en acceder a Fierabrás. Puede contar conmigo para hacer lo posible por que España entre en la ODA.

Arturo no pudo evitar abrir la boca como un pasmarote. Tal y como estaba yendo el día, era una afirmación inesperada.

—¿Así? ¿Sin más? ¿Sin segundas intenciones? ¿Sin un «pero»?

Mazur dejó salir una risita, el humeante porro en ristre.

—Pero... —dijo, con un guiño—. Quiero que ustedes dos vengan conmigo a Berlín. Quiero que estén a mi lado cuando capturemos a Tebrich.

—¿Por qué? —preguntó Miri.

—Sí, ¿por qué? Lo que pide no tiene mucho sentido.

El parafísico volvió a encogerse de hombros.

—Tengo varios motivos. El principal es que quiero que la detención funcione —dio otra

calada—. Miren, tienen algo que entender sobre nosotros. Yo amo todo lo que hacemos, pero admito que a veces somos... indolentes. No todos los policías del Este comparten mi entusiasmo por la detención de Tebrich. Además, en Alemania están ocupados con... otras cosas. Sin embargo, hay algo que sí tenemos: orgullo patrio. Nos encanta demostrar al mundo lo bien que lo hacemos todo. En otras palabras, mi gente suele ser más eficiente cuando hay ojos extranjeros mirando. Con ustedes en Berlín, la operación de la Stasi será tan perfecta como una sinfonía.

—¿Y los demás motivos? —preguntó, todavía desconfiado, Arturo.

—Son más... complejos. Por ejemplo, sé por qué bebe usted, teniente. Sé lo que ve.

Arturo frunció el ceño.

—No sé de qué me habla.

—Sí lo sabe. Tenemos las mejores fuentes de información del mundo. Y con lo que sabemos, yo quiero que usted esté a mi lado. Usted y la señorita Callahan. Seguro que tendrán mucho que aportar a la detención.

»Pero lo importante no son mis motivos, sino los de ustedes. ¡A ustedes les interesa venir! Piensen: espiar al bloque soviético en su mismísimo corazón. ¿Cuánta gente de los suyos ha podido hacerlo? ¿Meterse en la telaraña de la Stasi? Pues yo los estoy invitando a venir. ¡Díganselo a sus jefes, a ver si les parece mal!

Crespo y Callahan se miraron, suspicaces.

—Es demasiado bonito —replicó la americana.

—Pero demasiado tentador —insistió el soviético.

—¿Y nos dejarán ir con usted?

—Tendrán que hacerlo. Verán, también tienen que entender que, aunque nos llamemos «bloque», no todos los comunistas pensamos igual. Todo el mundo conoce nuestras tensiones con China, por ejemplo. Pero incluso sin ir tan lejos encontramos fricciones. —Dudó un momento antes de seguir, pero pareció llegar a la conclusión que «de perdidos, al río»—. Alemania es como una especie de... hijo adolescente cabezota. Uno que quiere hacer las cosas a su manera y con bastante rebeldía, pero que sigue llevando ropa para lavar a casa de sus padres. Antes no era así, pero desde el Moksha y la reunificación alemana la relación entre el KGB y la Stasi es...

—¿Compleja? —apuntó Miri. Mazur sonrió.

—Sí, compleja. El KGB está muy interesado en capturar a Tebrich, pero no puede actuar en Berlín sin la autorización de la Stasi. Autorización que no quieren pedir por miedo a que, por cabezonería, no se la den. Sería un insulto intolerable. Así que hacen que todo dependa de la Stasi, cosa que en el fondo no gusta al KGB. Yo les puedo ofrecer una alternativa. Mi propio equipo. Ustedes.

—Seguro que a los rusos eso les encantará —bufó Arturo.

—No les gustará, no. Pero tanto ellos como los alemanes aprecian mis conocimientos. Soy el mayor experto en malosviajes del mundo y tienen un problema de malosviajes. Así que acabarán

tragando esa píldora. Sobre todo, porque es la única manera de conseguir un trabajo coordinado en algo que tanto la Stasi como el KGB, en realidad, quieren que salga bien. Todo el mundo gana. Ustedes también.

Mazur apagó los últimos restos de su porro y se puso a liar otro. Arturo notaba la sangre bombeando en sus sienes. Por una vez, no era a causa de la rabia. Era excitación.

El cabrón del doctor sabía manejarlo, eso no lo podía negar. Pero sus palabras, aunque manipuladoras, parecían sinceras. Sí que sería un gran golpe de efecto convertirse en el primer español adentrado en las tripas del espionaje de la poderosa Alemania unida. Si, además, conseguía el ingreso de España en la ODA, lo sacarían a hombros por la puerta grande.

Benavides se había burlado de él con lo de que dentro de dos días nadie le tocaría ni con un palo. Quizá al cabo de dos días se convirtiera en el miembro más valioso del CESID.

—No se muevan de aquí —dijo.

Cerró la puerta tras de sí y salió, casi corriendo, en busca de un teléfono. Cuando lo encontró, ni pidió permiso al agente sentado a la mesa. Giró el disco con rapidez y marcó uno de los pocos números que se sabía de memoria. El aparato dio señal varias veces y Arturo empezó a impacientarse, aunque la espera era habitual. Al final oyó como descolgaban y habló a toda prisa.

—Don Juan Antonio, soy Arturo. Necesito un favor.

Miri y Mazur quedaron de nuevo solos en la amplia sala.

—Así que ¿el mayor experto en malosviajes del mundo?

Mazur se encogió de hombros.

—Es lo que soy.

—Pero no le dijiste todo al teniente. No le contaste lo que hiciste en el parque.

El doctor asintió.

—No me ha preguntado. Ya se lo explicaré.

—¿Y a mí? ¿Me lo explicarás? —Al ver la duda en su rostro, añadió—: Quiero que sepas que te estoy agradecida. Sé que me salvaste la vida. Te debo una, de verdad que sí. Pero fue... raro. ¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo frenaste a aquel malviaje?

El hombre se rascó la nuca.

—Miri... Vosotros abristeis la puerta a la magia, pero nosotros la hemos estudiado más. En el Este sabemos más de los malosviajes que vosotros. ¡Mucho más! Sabemos cosas que te alucinarían. —La miró a los ojos—. Ven conmigo a Berlín y te lo enseñaré.

El cigarrillo sabía mejor después de un buen café, y había que reconocer que el café de los españoles era mejor que el caldito suave que ella estaba acostumbrada a tomar. Lo que no hacía la nicotina, al revés de lo que Miri habría deseado, era ayudarla a tomar una decisión.

Las cosas se habían relajado bastante en aquella comisaría-palacio. Tras un par de órdenes de

Arturo, Mazur y ella eran libres de ir por donde quisieran. El español ya estaba preparando todo para su viaje a Berlín y el doctor hacía gestiones para acelerar los salvoconductos. Había prometido que tendrían documentos de viaje antes de medianoche, y le había recomendado a Miri ponerse en marcha con las gestiones en la embajada antes de que cerraran y el personal se fuera a su casa a cenar. Todo aquello era necesario si querían coger un vuelo a primera hora de la mañana. Pero Miri no estaba segura de quererlo. La propuesta de Mazur, desde luego, era tan irresistible como un pastel recubierto de azúcar y espolvoreado con trocitos de arcoíris. Vamos, demasiado buena para ser real. Igual sufría de exceso de cinismo, pero no estaba acostumbrada a que le pusieran en bandeja todo lo que pedía. Recabar información sobre Alemania, aprender secretos de los malosviajes de los rusos, seguir maniobrando para controlar el acceso a Fierabrás...

No recordaba haberse quedado encerrada en una cueva con una lámpara de aceite, así que aquello olía mal. Sin embargo, tampoco estaba convencida de que fuera mala idea ir. ¿Qué podía ocurrir? ¿Que la cogieran prisionera? Ella era insignificante, no podrían canjearla por un espía de verdad. Además, después de que Mazur le salvara la vida dudaba que tuviera dobles intenciones. Pero, aunque él no las tuviera, quizá sí sus superiores.

Y así todo el rato, sin decantarse por una de las dos opciones.

Al final se decidió a llamar a la embajada. Sobre todo para tranquilizarlos por su estado, pero también con la esperanza de que la ayudaran a decidirse. En cuanto la recepcionista descolgó, pidió que la transfirieran al embajador, pero no fue su voz la que oyó.

—Hola, Callahan. Ya me veía metiéndome ahí para sacarte a la fuerza.

—¡Gunton! ¡Me alegra oírte! Perdí el contacto en el parque, temía que os hubiera pasado algo.

—Descuida, somos como las malas hierbas. —Sonaba a chiste, pero a Miri no le pareció captar el típico tono risueño del hombre de la CIA—. ¿Tú estás bien?

—Eh... Sí, os llamo por eso. Ya me dejan salir. Tenemos que hablar. Hay que...

—Por teléfono no.

—Sí, por teléfono. Tenemos poco tiempo. Mañana tengo que coger un avión a Berlín.

—¿Qué?

—Mazur nos ha invitado. ¿Recuerdas la mujer pálida? Es una terrorista a la que están buscando. Quieren que vayamos y que los ayudemos a capturarla. Creo que es una buena oportunidad para ver Alemania desde dentro. ¿Qué te parece?

El hombre se quedó callado durante un tiempo. Tanto que Miri echó un vistazo al auricular del teléfono para ver si se había perdido la conexión.

—Me parece mala idea —dijo Gunton al final—. No debes ir.

—¿Por qué?

—Con el debido respeto, no importa el porqué. Importa que te digo que no vayas. A partir de ahora, esto ya no depende de Otras Realidades.

Desde luego, el tonito era cualquier cosa menos risueño.

—Pues con el debido respeto, yo respondo ante Otras Realidades, no ante ti.

—Callahan, no me busques las cosquillas. Te pido por favor que obedezcas.

—¿Sin que me expliques por qué? Pues pon esa petición por escrito. —El subtexto era «demuéstrame que lo que me ordenas es legal».

—No lo haré. Y tú no tendrás autorización para viajar.

—Creo que son los españoles los que deciden si puedo o no salir de su país.

—Sí. Pero si eres inteligente, no querrás enemistarte con la Agencia.

Miri respiró hondo.

—Está bien. Entiendo.

—No te lo tomes a mal, Callahan. En este trabajo, las cosas son así. Es normal que te frustre. Mira, descansa un par de días, tómatelo como unas vacaciones y aprovecha que estás en España. No es el mejor sitio de Europa, pero seguro que te entretienes.

—Sí, tienes razón. Eso haré.

—¿Nos vemos mañana en la embajada y hablamos?

—Allí estaré. —Colgó.

Apretó los labios. Por lo visto no quedaba otra. Debía tomárselo como unas vacaciones. Le fastidiaba que las cosas fueran así, le fastidiaba que la forzaran a elegir de aquel modo, pero parecía no tener alternativa.

Arturo se fijó en la expresión de su cara y se acercó con el ceño fruncido.

—¿Todo bien?

Ella sonrió.

—De maravilla. Voy a recoger mis cosas al hotel y cuando quieran podemos salir hacia Berlín.

Vacaciones en Europa. Pero del Este. Y a la mierda la astrología.

Interludio: ángeles de Dios

Si el poder pregunta por qué, entonces el poder es debilidad.

Aleister Crowley, El libro de la Ley

Dios nos pone a prueba a todas horas. En pequeños detalles, como las ampollas que nacen en nuestros pies a pesar de llevar botas de montaña; o el agotamiento de la caminata, después de una inacabable y nada cómoda travesía en coche a lo largo de toda Francia; o la tristeza de saber que, a pesar de lo mucho que lo deseemos, no podremos volver a visitar los lugares que recorríamos con nuestro padre cuando éramos niños pequeños llenos de fantasía e ilusión por la vida.

Pero en las pruebas de Dios siempre hay un regalo oculto. De no haber sido por las decepciones de los últimos días, jamás habría disfrutado de un paraje tan hermoso como el que recorría. Un bosque vibrante de vida, con belleza desbocada, y repleto de ese aire fresco y húmedo, con olor a tierra, que una no puede encontrar en la ciudad o en zonas holladas por el ser humano.

Un lugar puro, tal y como fue en la Creación. Un pequeño recuerdo del Jardín del Edén.

Si se fijaba en ello, Agatha solo podía sonreír. Las ampollas le dolían menos, dejaba de notar el peso de su enorme mochila e, incluso, recuperaba un poco el resuello. Hasta en la noche más tétrica se puede ver la luz de las estrellas.

Una sucesión de fuertes tosidos la sacó de su trance místico. Junto a ella, el viejo Jansen volvía a tener uno de sus aparatosos accesos. Se dobló sobre sí mismo y se cubrió la boca y casi toda su barba canosa con la gruesa mano encallecida. Tras varios espasmos trató de limpiar con disimulo la oscura flema que había esputado. Su respiración, como solía ocurrir en aquellas ocasiones, pasó a sonar como un silbato atascado. Era desconcertante ver tan vulnerable a un hombre con tan recia constitución física. Alguien que, sin duda, en su juventud habría sido capaz de todo tipo de proezas viriles. Pero que en aquel momento solo era un minúsculo y frágil ser humano.

Como somos todos.

Agatha se acercó a él, todavía encorvado por el dolor, y depositó sobre su coronilla medio calva el beso más dulce que pudo conjurar.

—¡Ánimo, mi fiel caballero! —le susurró—. Dios te recompensará por tu valor.

Las palabras cayeron como una bendición sobre Jansen, provocando un cambio tangible en él; hasta tal punto pareció llenarse de vida el anciano que Agatha supo que había dicho justo lo que

tenía que decir. Estaba claro que no había hablado ella, sino la inspiración divina.

El viejo trató de incorporarse a pesar de que seguía siendo incapaz de llevar aire a sus pulmones. Asintió con gesto pesado e hizo ademán de retomar la marcha. Agatha lo detuvo colocando una mano sobre el hombro de su guía.

—Espera, Jansen. Estoy algo cansada, ¿sabes? Creo que a los dos nos vendría bien sentarnos. Hemos avanzado mucho camino hoy.

Todavía ahogado, Jansen volvió a asentir. Ella vio la chispa de agradecimiento en sus ojos. El anciano habría seguido la marcha, aunque eso le hubiera matado. Todo por el vínculo sagrado que compartían.

Agatha sintió una desbordante ola de amor hacia él, como solía ocurrirle con sus discípulos.

Soltó su mochila y se dejó caer sobre la hierba. Jansen lo interpretó como una autorización tácita para hacer lo mismo.

Quedaron unos instantes en silencio y recuperando la respiración, reposando tras la larga marcha. A Agatha se le escapó una risita.

—Míranos. Vaya par de excursionistas estamos hechos. — Jansen, serio como siempre, no se inmutó ante el chiste; ella se recolocó la larga trenza castaña para dejarla caer sobre su hombro y, mientras la acariciaba, sacó otro tema de conversación; o más bien de monólogo—. En esto hay belleza, Jansen. Estoy segura de que eres capaz de verlo. Toda esta situación. Es... Encaja como un rompecabezas tallado por el más hábil de los artesanos. ¿Lo ves? Tu enfermedad. Dios te hizo enfermar para que pudieras estar hoy aquí ayudándome. Él te abrió esa puerta, te dio ese regalo. A veces es tan hermoso ver cómo Su plan se desenvuelve... Es como... como ver un tapiz por primera vez y fijarte en lo perfectas que son las puntadas. Ante eso solo puedes maravillarte y sonreír.

»Y tú, Jansen, tú has recibido un gran don. Es como dice la Madre Teresa: el sufrimiento compartido con la pasión de Cristo es el más hermoso regalo. Un regalo que el Cielo te ha dado a ti, Jansen. A ti entre todos los hombres.

El adusto hombre la miró y sonrió en silencio. Agatha se sintió orgullosa; de nuevo había sido un canal para que el Espíritu Santo se expresara. No existían palabras para describir el gozo que eso provocaba en su interior. Embargada por la satisfacción, permitió que las palabras siguieran saliendo de su boca.

—¿Sabes que hay personas que tienen miedo a la magia? Lo creas o no, así es. Han inventado todo tipo de mitos para rechazar esta realidad. Dicen que los magos provocamos la llegada de demonios, o que estamos destruyendo el mundo, que hemos hecho que la política mundial sea un juego inestable. ¡Nosotros! Hasta hay quien dice que lo que hacemos es pecado. Para que veas... La gente se refugia en la superstición cuando la verdad le hace daño.

»Pero tú conoces la verdad y la aceptas. Eres valiente, Jansen. No sabes cuánto te admiro. Cuánto te agradezco tu ayuda. Creo que por eso eres un elegido de Dios.

El pecho del hombre se hinchó y Agatha supo que el lazo entre ellos se había reforzado hasta

niveles que ningún descreído podría imaginar, ya no digamos sentir.

Con ello notó que había superado el examen que la Divinidad le había puesto en Madrid. Porque Dios también nos pone a prueba en los grandes detalles. En realidad es ahí donde mide el alcance de nuestra fe, nuestra determinación para hacer lo correcto.

En España, el Señor había querido comprobar el material del que Agatha estaba hecha. Después de todo lo que le había costado conseguir sus papeles de viaje para Alemania, tantos recursos, tanto tiempo..., y todo se había perdido. Había tenido que huir como un ladrón en la noche; todos los pasos anteriores, todo lo que había tenido que hacer para lograr los contactos de Madrid, habían sido en vano.

Seguro que aquella caterva de espías ya había hecho correr los datos de su identidad imaginaria. Renata Himmel... El nombre le había parecido tan poético en su momento... Pero ya no podría usarlo. Al menos no con tanta tranquilidad como pretendía. Se suponía que, con los documentos falsos, habría podido deslizarse con sigilo a través de los controles. Ahora su viaje a Alemania había cambiado. Debería ocultarse siempre que pudiera y usar aquel nombre inventado solo como último recurso.

Aquello le dolía. No por el hecho de esconderse, que era parte de su trabajo evangelizador y lo aceptaba, sino porque tenía esperanzas personales puestas en aquel viaje. Quería moverse con cierta libertad y volver a pasear por los lugares que había recorrido de la mano de su padre. Le hacía mucha ilusión recordar así su pasado.

Pero el hombre propone y Dios dispone.

El Señor la estaba poniendo a prueba haciendo que perdiera lo que más anhelaba. Ella estaría a la altura.

Al menos su incursión forestal para atravesar la frontera con Jansen podía servirle de premio de consolación. Su padre y ella solían ir a las montañas a pasar gozosos fines de semana en la naturaleza. Quizá podría usar la caminata como un remedo de lo que fueron sus salidas campestres familiares. Tal vez así también volvería a forjar el vínculo invisible con el recuerdo de su padre. Y a lo mejor aquella puerta oculta formaba parte del plan divino. Dios aprieta pero no ahoga.

—Hay que seguir —dijo Jansen, tratando de respirar con normalidad, pero sin lograrlo del todo. Agatha no vio motivos para aplazar lo inaplazable.

Se levantaron, Agatha cogió su mochila —el anciano no llevaba, claro— y volvieron a caminar entre el denso bosque, avanzando lejos de cualquier senda forestal.

Contar con Jansen había sido otra bendición. Solo alguien con sus conocimientos podría haberla llevado por lo más recóndito de las colinas, alejados de cualquier posible patrulla alemana.

Tratar de cruzar la frontera por un puesto de control habría sido suicida, incluso sin el tropiezo de España. Las autoridades del bloque del Este sin duda tendrían muchas ganas de atraparla.

Mientras Dios quisiera, ella no se lo iba a poner fácil.

Por fortuna tenía a su guía. Alguien que la necesitaba tanto como ella lo necesitaba a él. Divina Providencia.

Prosiguieron en silencio durante un par de horas, espantando ávidos mosquitos, apartando de cuando en cuando ramas espinosas, saltando pequeños regatos de agua e incluso aferrándose a rocas para trepar en busca de ocultos puntos de orientación que solo Jansen conocía.

Agatha era consciente de que sin el viejo se habría perdido al poco de adentrarse entre los árboles. Aun así, sabía ver dónde estaba el sol y dónde se suponía que debían de estar los puntos cardinales. Por eso se dio cuenta de que no iban por buen camino. Jansen no podía haberse desorientado, de modo que el desvío era intencionado. «Intencionado» podía implicar muchas cosas.

—Jansen —dijo con inocencia, preparada para reaccionar de forma menos inocente en función de la respuesta—, ¿seguro que vamos bien? Creo que Bobenthal está por ahí —y apuntó más o menos hacia su izquierda.

El anciano no se detuvo.

—No vamos a Bobenthal.

—Pero creía...

—Bobenthal está lleno de Stasi. Hasta el panadero es informante. Hay que ir más lejos de la frontera.

Agatha aceptó su palabra. No tenía motivos para dudar de la lealtad de Jansen. Y si hubiera querido entregarla, habría podido hacerlo de mil maneras distintas ya. En cualquier caso, si aquello resultaba ser otra prueba de Dios, se enfrentaría a ella con determinación y ciega fe en Su voluntad.

Al cabo de otra hora larga comprendió lo que pretendía el anciano. Tras pasar unos arbustos particularmente densos, se encontraron en un apartado claro con un oculto tesoro: una destartada bicicleta.

—Con esto no llamarás la atención —explicó Jansen—. Mucha gente las usa por aquí. Es más discreto que un coche. Además no es nueva. La policía busca a una mujer con medios económicos y seguidores. No a una chica explorando el campo en una bici usada. Sigue recto y encontrarás una carretera. Síguela hasta Hauenstein. En la taberna pregunta por Einhardt. Él te llevará escondida en su coche hasta Berlín.

Agatha asintió.

—Otro viaje en el maletero... En fin, gracias. No habría podido hacer esto sin ti.

El anciano no respondió. La miró durante unos segundos y se puso de rodillas ante ella.

Había llegado el momento de que Agatha cumpliera su parte del trato.

Volvió a dejar la mochila en el suelo. Tomó una de sus pastillas y manipuló los cierres de la bolsa para abrirla con cuidado. Mientras lo hacía, y más para llenar el silencio que por cualquier otro motivo, comenzó otro pequeño sermón.

—No hay mucha gente como tú. La gente le tiene miedo a todo lo que no entiende. A la

magia. A la fe. A lo desconcertante que es a veces la voz del Señor. Pero lo que me parece más duro es que teman a los ángeles de Dios. Dicen que son monstruos. ¿No es increíble? ¡Monstruos! ¿Cómo va a tener un monstruo el poder de Dios Nuestro Señor?

Terminó de desanudar las cuerdas y abrió por completo la mochila. Encima de sus pertenencias, descansando con placidez, estaba su ángel guardián. Tenía las alas plegadas y las ocho patas extendidas. Apenas movía las antenas y sus mandíbulas. Sabía que estaba junto a una verdadera creyente, y por eso el ángel no tenía necesidad de mostrar la implacable furia divina. Agatha pasó con cariño un par de dedos por su aterciopelada piel negra antes de coger a la criatura con cuidado y darle en el abdomen el beso de una hija devota. El ángel aceptó el gesto con naturalidad.

Jansen la miraba con la mezcla entre admiración y miedo que solían tener sus discípulos. Ella les había enseñado que el mundo mentía, que no había nada que temer de aquellos seres, que no eran un castigo, sino un regalo. Aun así, les impresionaba la tranquilidad con la que Agatha se manejaba entre criaturas que a cualquier otra persona hubieran causado pánico. Eran como hombres de las cavernas contemplando a alguien que sabía usar el fuego.

Agatha se colocó ante Jansen y musitó una oración, el tiempo necesario para notar que la droga embotaba sus sentidos. Luego depositó el ángel sobre la cabeza del anciano, que apenas tembló al sentir el peso del mensajero divino sobre sí.

—La fe que demuestras te honra —siguió, deleitándose en la belleza de aquel momento—. Ojalá hubiera más gente como tú. Ojalá el mundo entendiera el mensaje que nos traen los ángeles. Ojalá tuvieran la devoción para entregarse al sacrificio. Si todos lo hicieran, los ángeles se marcharían. Y los supervivientes nos quedaríamos aquí, gozando de las maravillas de la magia y creando un nuevo Paraíso Terrenal. Ojalá más gente se diera cuenta. Pero juzgan a los ángeles por su aspecto, igual que los discípulos tomaron a Cristo por otra persona después de su resurrección. No son capaces de ver más allá. Ellos no, pero tú sí. Por eso, las puertas del Cielo se abrirán para ti. Y quienes quedemos en este mundo te recordaremos con el respeto que merecen los mártires, las personas que comparten su sufrimiento con la pasión de Cristo. Ve en paz, Jansen Massenbach.

Dio una fuerte palmada.

El ángel obedeció la llamada de Agatha, reconociéndola como una herramienta al servicio de la voluntad celestial. Todo su ser se crispó en incendiario poder destructor, sus garras se aferraron a la coronilla de Jansen, surgió el afilado aguijón y de inmediato se lo clavó ahí mismo, atravesando el cráneo como si fuera papel.

El anciano no murió de inmediato, como Agatha esperaba que ocurriera. La perforación del cerebro ni siquiera tocó partes vitales ni atontó los receptores del dolor. Antes al contrario, Jansen dejó escapar un aullido desesperado y trató de zafarse del implacable abrazo, perdiendo su fe en el último momento. Agatha tapó su boca con fuerza y logró que sus gritos de dolor apenas sonaran como murmullos apagados. Jansen intentó apartarla como una bestia enfurecida,

pero sus músculos no le obedecían ya. A Agatha no le quedó duda de que, de nuevo, era Dios interviniendo; alguien tan musculoso como aquel hombre podría haberla empujado sin más contra los árboles.

Siguieron los chillidos apagados mientras el ángel de Dios taladraba cada vez más hondo la materia gris. Un líquido oscuro salió del agujero en el cráneo y la salpicó. Jansen babeó y lloró.

Agatha sonrió. No podía hacer otra cosa. La imagen era bella en su pureza. Los esfuerzos y el dolor de un parto, aunque fuera un parto espiritual, del alma. Jansen sufría, pero en unos instantes tendría el inigualable privilegio de postrarse frente al mismísimo Creador.

Ante eso, una solo podía maravillarse y sonreír.

Cuando el ángel se iluminó con la luz de Dios, ella se apartó.

En algunas ocasiones su débil carne mortal había recibido varias quemaduras por no haberse alejado a tiempo; el poder divino no era para ser tocado por humanos, lección que había acabado aprendiendo.

El alma de Jansen abandonó por fin su cáscara mortal, que quedó descartada y deshecha entre las plantas. El ángel guardián, como siempre, se marchó al mismo tiempo para guiarle en su viaje a la otra vida.

Agatha chasqueó la lengua con un toque de criticable frustración humana. Necesitaba encontrar otro ángel para que la acompañara. Era una lástima que las criaturas divinas prefirieran moverse por separado; si no, las habría recogido y pastoreado en grupo sin dudarlo. Pero otra de las reglas era que solo podía tener a una.

No le preocupó. Encontraría algún ángel antes de que se le pasara el efecto de la pastilla. Dios proveería.

Se limpió de sangre, cogió sus cosas, montó en la bicicleta y se marchó sin mirar atrás.

Uno de cada tres

*El eslabón principal en la cadena
de la revolución es el eslabón alemán,
y el éxito de la revolución mundial depende
más de Alemania que de ningún otro país.*
Vladímir Ilich Uliánov, Lenin

En los auriculares Jimi Hendrix admitía que la vida es un chiste que no todo el mundo pilla, pero que no quedaba mucho tiempo antes de los grandes cambios. Miri se dio cuenta de que el doctor Mazur la miraba con un punto de diversión y, al fijarse en la escena, no pudo sino darle la razón: parecían protagonistas de una comedia situacional televisiva. Que Miri llevara unos Walkman no era raro, pero que también lo hiciera el adusto teniente Crespo era de chiste. Como además estaban codo con codo, el contraste era mayor. A un lado, la juvenil y jovial Miri disfrutando de música rebelde. Al otro, junto a la ventanilla, el serio e, incluso, soso de Crespo poniendo cara de concentración, como si en vez de escuchar música estuviera rezando otra vez. La noche y el día. Pero los dos, eso sí, juntitos y con los cascos en la cabeza. Si no era un gag, como mínimo parecía un anuncio de Sony.

El trío estaba apretujado en los asientos de aquel bamboleante vuelo comercial de Aeroflot destino Alemania. Habían accedido a él desde una zona de acceso privilegiado del aeropuerto por donde les había llevado Crespo, lejos de controles y burocracia.

En un extremo, el enorme doctor le había quitado a Miri su butaca preferida de pasillo para poder desparramar a placer su cuerpo, aún más voluminoso por el chaleco antibalas del que no se desprendía al parecer ni para dormir. De tanto en tanto tenía que apartar las piernas para dejar pasar a las azafatas. Entre cambio y cambio de postura aprovechaba para rellenar con implacable eficiencia una revista de crucigramas a punto de finiquito. Para redondear la imagen, el parafísico usaba la zona de fumadores en la que se encontraban de manera creativa: el habitual porro, casi desde el despegue, esparcía su humareda dulzona por la cabina.

Algunas de las auxiliares de vuelo habían tratado de disuadir al doctor de aquello, primero con muy mala cara. Mazur se había limitado a rebuscar entre sus bolsillos y sacar más papeles en cirílico llenos de sellos oficiales. Al verlos, la sobrecargo se había quedado pálida y le había soltado al doctor una larga parrafada en ruso que, a juzgar por la entonación y el lenguaje

corporal, sonaba a sentida disculpa. Desde entonces, todas trataban a Mazur con más deferencia que al comandante del avión.

Quizá sí que era el mayor experto en malosviajes del mundo. O, como mínimo, tenía un cargo con una posición social nivel «me voy de copas con Gorbachov».

Miri se quitó los auriculares y compartió una mirada cómplice con Mazur en dirección al teniente español. Aunque iba vestido con un anodino traje gris, algo en él exudaba tanta marcialidad como si aún llevara el uniforme. Crespo, con los ojos cerrados de concentración por la melodía, tardó en darse cuenta de que estaba siendo observado entre risitas.

—¿Qué coño pasa? —preguntó tan pronto se fijó en que era objeto de algún chiste privado.

—Que no imaginé que le gustara la música —replicó Miri, divertida.

—Pues vaya una gilipollez. A todo el mundo le gusta la música. Lo que pasa es que a mí me gusta la música buena.

—No se me ofenda, teniente. ¿Puedo saber qué escuchaba?

Crespo le pasó sus auriculares y Miri los compartió con Mazur; les llegó el inacabable chorro de voz de Raphael. Con determinación aseguraba que, dijeran lo que dijeran los demás, la vida tenía muchas más cosas positivas que aborrecibles. Miri no pudo contener su hilaridad al devolverle los cascos.

—¿Y ahora qué es tan gracioso? —preguntó Crespo, ceñudo.

—Perdone, teniente. Es que esta canción... no me encaja con la imagen que tenía de usted, no más. ¿Hay más amor que odio? ¿La gente lucha por el bien? No lo creía a usted tan lírico.

—Hay mucho que no sabe de mí, agente Callahan —resopló el militar—. Pero esta letra es profunda. Y la música es emotiva. Eso es lo que hace una buena canción.

—Puede que sí, pero la música es arte. Y el arte debe transgredir la sociedad.

—Porque usted lo diga.

—¡Es así! Y yo creo que ese es uno de los problemas de España, si me disculpa. Ustedes quedaron atrasados en otro tipo de música, igual que quedaron atrasados en otro tipo de sociedad.

—¿Atrasados? ¿Me va a decir que las canciones modernas americanas son buena música? —bufó con desprecio—. ¡Melenudos gritando a ritmo de organillos! ¡Me alegro de no tener eso en España! ¡Eso no es cantar, joder! ¡Cantar es lo que hace Raphael, sí, o Antonio Molina, me cago en la plusvalía!

Miri trató de ser conciliadora.

—Disculpe, teniente, no pretendía ofender. Solo platicar.

—Vale, vale —se calmó el español—. He saltado demasiado. Seguimos hablando si quiere.

—Gracias. Yo creo que la música y la sociedad van juntas. Y como que ustedes quizá se estén perdiendo algo. El mundo cambia y el arte debe reflejarlo.

—Entonces será que en España el arte es reflejo de nuestra sociedad. La sociedad que nosotros queremos tener. Eso no es malo.

—Quizá. O quizá no dejan que refleje más. Yo creo que les falta algo. Abrirse al mundo es abrirse a inspiraciones. Por ejemplo, ¿escuchó usted «Hotel California», de los Eagles? — Crespo negó con la cabeza—. ¡Tiene que hacerlo! ¡Es una gran canción, y creo que le gustaría hasta a usted! Nada de gritos y organillos. Pero lo bueno es su letra. Cuando la escuchas, te das cuenta de que está hablando de magia, del Moksha y los malosviajes. Menciona bestias inmortales, y que no se puede escapar, y que las cosas cambiaron desde el 69, y más referencias. Y a eso voy. Una canción tan bella fue inspirada por un gran evento. Sin el Moksha, sin los malosviajes, no tendríamos «Hotel California». Así que cerrarse a la evolución del mundo es cerrarse a la creación artística.

—No me venga con la evolución del mundo, Callahan — el teniente apuntó con la cabeza al doctor Mazur—. Son los suyos los que llevan el timón. Así que ellos deciden lo que está evolucionado.

Miri no supo qué contestar. Viendo que había marcado un tanto, Crespo volvió a poner en marcha el casete y se aisló de nuevo.

Las palabras del español invocaron una vez más los fantasmas que Miri trataba de exorcizar desde hacía horas: los de la lealtad al propio bando. Porque había mucho en juego en aquella apuesta rebelde que tenía con Gunton y la CIA.

No estaba haciendo algo ilegal, o al menos eso creía. A pesar de su aparente volubilidad, Miri no habría desobedecido una orden escrita que llegara por los conductos reglamentarios. Pero el hecho de que el espía se hubiera negado siquiera a formularla hacía que su petición le resultara sospechosa. Con la Constitución en la mano, ella no tenía por qué hacer caso del primer pensamiento al aire que soltara alguien que no dejaba de ser tan funcionario como ella.

Pero lo cierto era que tampoco le había dado a Lennon la posibilidad de ratificar esa orden. Miri lo había hecho a propósito; tenía miedo de que si telefoneaba al DOR para confirmar las palabras de Gunton... lo hicieran. Así que no había hecho la llamada, y se había quedado en un estado en el que —a la vez— ni obedecía ni desobedecía. Como aquel gato de Schrommel, Schnapps o como se llamara el físico de la caja con veneno.

Por si acaso, y como salvaguarda por si Gunton no lo hacía, había informado a Washington de sus intenciones. Pero no mediante una comunicación directa que les permitiera ordenar su regreso: justo antes de subir al avión se había encerrado en el baño del aeropuerto y había usado MKIris para notificar unilateralmente sus planes. Aquello le había hecho perder otra de sus píldoras rojas, y ya solo le quedaban dos —y una de las naranjas— para un viaje en el que no tendría posibilidad de reabastecerse. Pero consideraba que aquel gesto, si su viaje terminaba en una comisión de investigación, serviría al menos para un descargo parcial de responsabilidad.

Tal y como estaban yendo las cosas, la CIA no podría hacer nada serio contra ella. La petición —que no orden— de Gunton no la forzaba a nada; solo era alguien que le pedía un favor. Pero aquello no significaba que no pudieran castigarla de forma extraoficial, con grandes dosis de

puñaladas por la espalda. Miri no dudaba que, llegado el caso, Lennon la apoyaría; esperaba que aquello bastara contra el leviatán de la Agencia.

Fuera como fuere, sentía que debía ir a Berlín. Y no solo porque ni Gunton ni nadie le decían lo que podía o no podía hacer. También había otros motivos más pragmáticos y menos testarudos. Tenía que ver con sus propios ojos si aparecían malosviajes como había predicho Fierabrás. Tenía que descubrir qué información podía obtener del doctor Mazur; personaje que, por cierto, cada vez la intrigaba más con su aura de misterio. Y, por supuesto, estaban Crespo y España.

Acercarse al militar español podía ayudar a borrar la mancha en el expediente que había sido el fiasco del Retiro. Además —y ahí estaba la posibilidad que más la emocionaba de aquel viaje—, Miri se había planteado un desafío: lograr que España relajase sus políticas contra la magia. Aquello sí que sería un éxito de cara a la opinión pública estadounidense, justo como Lennon quería. Y Miri creía estar en condiciones de lograrlo. Mazur ya había prometido su apoyo al ingreso español en la ODA. A Crespo solo le quedaba conseguir el de Miri para que su misión personal también fuera un éxito. Eso solo podía hacerlo con amenazas o con promesas, y ambos se habían tanteado lo bastante para saber que el primer método no llevaría a nada. Así que al teniente solo le quedaba la opción de hacerle una ofrenda de paz. Si Miri limaba asperezas entre ellos... ¿quién sabía dónde estaría el límite? Tal vez aquel fuera el éxito que anticipaban las cartas astrales.

Una azafata se acercó con el carrito del almuerzo. Mazur tomó tres de las bandejitas... y se las quedó sin miramientos. A contrapié, la chica pasó otras dos a Miri y a Crespo. El militar eligió acompañar la comida con una botellita de ginebra. La segunda del viaje. Mazur tenía razón, sí que bebía. ¿Qué habría querido decir con lo de que sabía lo que veía?

El propio doctor interrumpió sus pensamientos.

—Bueno —dijo en tono de confianza, con la boca llena de pasta precocinada—, ahora que estamos tranquilos tenemos que hablar. Creo conveniente que os preparéis para Alemania. Allí las cosas son diferentes.

—¿Cómo así? —pregunto Miri.

—Pues, diferentes. Debéis ponerlos en su lugar. Son la frontera occidental del bloque del Este. Todas las intrigas que había antes de la reunificación siguen estando ahí. Mucha gente querría que Alemania cayera. Así que tienen que defenderse.

—No sé si me gusta por dónde vas...

Respondió Crespo, que escuchaba con los brazos cruzados.

—Ya se lo digo yo, agente: seguro que no nos gusta.

Mazur tragó, se limpió con la servilleta y bebió un sorbo de agua antes de seguir hablando. Para hacerlo se inclinó hacia sus acompañantes y bajó aún más el tono de voz.

—No se trata de que os guste. Se trata de cómo son las cosas. Alemania debe protegerse de espías y saboteadores. Así que la vigilancia allí es extrema. Lo que quiero deciros, y os lo digo

por cortesía, es que no contéis con la intimidad a la que estáis acostumbrados. Portaos siempre bien, porque os estarán observando en todo momento.

—Ya será menos —repuso Miri.

—En absoluto. En Alemania dicen que cuando se juntan tres personas, una es informadora de la Stasi.

Miri alzó las cejas.

—Eso tiene que ser propaganda. Es imposible.

Mazur asintió con una sonrisa.

—¡Lo es, lo es! Los cálculos de la Unión Soviética estiman que ese porcentaje de colaboradores es del todo exagerado.

—¡Claro! Es que ningún país puede...

—La cifra es uno de cada seis —interrumpió el doctor. Miri volvió a poner cara de sorpresa.

—¿Uno de cada seis? Eso es igual de...

—Inaceptable —intervino Crespo.

—Iba a decir increíble, pero sí, también inaceptable. ¿Cómo pueden mantener a tantos espías?

Mazur se encogió de hombros.

—No todos son profesionales. Para la mayoría informar a la Stasi es una manera sencilla de ganarse un sobresuelo. Más cuanto más fiable. Así que están por todas partes, porque son gente normal. ¿En un restaurante o café? Cada dos mesas hay un informador. ¿En la cola del autobús? Habrá uno o dos. ¿En el mercado? Fácilmente media docena. ¿Paseando por la calle? Incontables. Eso sin pensar en los micrófonos y las cámaras, y las otras cosas mágicas y tecnológicas. Los alemanes han aceptado vuestra presencia, pero os estarán vigilando siempre. Me parece importante que lo sepáis, porque no quiero que metáis la pata. No quiero que esta misión se venga abajo por algo que hagáis o digáis durante un periodo de falsa intimidad. Desde el momento en que aterricemos, comportaos como si siempre tuvierais a un oficial de la Stasi a vuestro lado. Nos ahorrará problemas.

Dicho esto, y como si tal cosa, volvió a devorar sus tres bandejas de comida. Crespo y Miri no quedaron satisfechos con tanta facilidad. Fue la americana la que lo exteriorizó.

—Y quedaste tan tranquilo...

Mazur tragó con calma.

—¿Cómo quieres que me quede?

—¿De verdad lo aceptas? ¿Gente espionando y denunciando a sus vecinos? ¿Aceptas esa barbaridad? ¿Esos abusos a lo 1984?

Crespo se rio.

—1984 habla precisamente de esto, agente. De los abusos de los comunistas.

El doctor volvió a encogerse de hombros.

—Todo son matices. Habláis como si en el oeste no espieran a sus ciudadanos ni abusaran del poder policial. —Una sonrisa iluminó sus ojos enrojecidos por la droga—. Además, en Alemania

no hay mendigos ni gentes sin hogar, todo el mundo recibe educación y sanidad gratuita, todo el mundo puede trabajar, las mujeres y los hombres cobran igual. —Hizo una pausa—. ¿Pueden vuestros países decir lo mismo?

Miri no se achantó.

—¡Pero los alemanes no son libres!

Hubo otro encogimiento de hombros del parafísico.

—Depende de lo que consideres libertad.

Y siguió comiendo.

Arturo sonreía. Erguido, seguro de sí, tan relajado como si estuviera con Adela y Víctor en la playa de Sangenjo. Mostrando a todos los presentes su indestructible intención de convertirse en el nuevo motor inmóvil.

Frente a él, sentado al otro lado de la mesa metálica que contenía los pasaportes del trío, un vetusto ordenador con monitor de fósforo verde, material de oficina y un teléfono azul oscuro, *Hauptmann Grünhart* apretaba los labios y trataba de sostenerle la mirada. Las mejillas encendidas por su creciente ira no eran un buen síntoma.

Tampoco lo eran los sutiles movimientos que Arturo captaba a su alrededor por el rabillo del ojo. Si no se equivocaba, al menos dos de los cuatro agentes de la Volkspolizei que los rodeaban en la pequeña sala blanca tenían la mano sobre la funda de su pistola. Esperando la orden de su capitán.

—*Ich werde es nicht wiederholen* —insistió *Hauptmann Grünhart* con la lenta cadencia de quien le explica las cosas a un niño díscolo.

—Dice que no lo va a repetir —tradujo Mazur, de pie a la izquierda de Arturo.

—Pues dígale que yo tampoco.

El doctor suspiró una bocanada de humo de porro y se frotó el puente de la nariz.

—Teniente, ¿puedo comentarle que esto es todo lo contrario de lo que les pedí en el avión que hicieran?

—Sí. Siempre que también le comente a este pichafloja que me puede comer la polla a dos carrillos.

—Crespo, por favor —pidió Callahan—. No merece la pena.

Arturo se volvió con parsimonia hacia su derecha y, sin dejar de sonreír, dedicó una larga mirada a la estadounidense. Y a los dos policías alemanes que la retenían con las manos engrilletadas a la espalda.

—Agente, hágase a la idea de una vez: yo decido lo que merece la pena y lo que no —y le guiñó un ojo.

Arturo pasó revista a los dos *vopos* con impoluto uniforme verde que agarraban a la bruja como si fuera una alimaña. Tras él, sus compañeros seguían en tensión. Igual que *Grünhart*. Igual que Mazur. Igual que Callahan. Por raro que pareciera, que Arturo fuera desarmado no ayudaba a

dulcificar la situación. Ni que tuviera controlado el latido de la ginebra en sus sienes. Con lo bien que estaba yendo todo, y esa panda de descerebrados comunistas había tenido que fastidiarlo.

Los habían sacado del avión casi con honores de jefes de Estado. Nadie había podido desembarcar antes que ellos y en su descenso fueron escoltados por un grupo de agentes de la policía aeroportuaria, al mando de un amable y solícito capitán Grünhart. Los saludó con efusividad y agradeció su visita en nombre de la República Alemana, todo ello en un melifluido alemán que el doctor Mazur se encargó de traducir. Acto seguido, los llevaron en coche de lujo a una zona reservada para altos dignatarios donde podrían realizar los trámites de entrada sin necesidad de hacer colas o de, como había dicho *Hauptmann* Grünhart, mezclarse con el populacho. En el trayecto, el oficial incluso soltó una o dos bromas sobre el clima tropical de Berlín.

Minutos después, la cosa se salió de madre.

El pasaporte de Mazur lo sellaron casi sin mirarlo; sí que hubo un rápido intercambio de impresiones en alemán entre Grünhart y él, pero el parafísico obvió la traducción de esa parte.

Con Arturo tampoco tuvieron muchos problemas. Todo lo más, el capitán insistió con educación en que en Alemania no era militar, sino civil. Por supuesto, Arturo ni se había planteado llevarse su arma, pero Grünhart no hablaba de eso: en realidad era una velada referencia a que, además de militar, el teniente era espía. Como había anticipado Mazur, los alemanes le pedían que se comportara con la debida mesura. Momento que el parafísico aprovechó para devolverle sonriente sus propias palabras:

—Recuerde, teniente. Aquí es usted un invitado. Debe comportarse como tal.

Arturo estaba a punto de fulminar con la mirada al chistoso y drogadicto doctor, cuando notó un cambio en la tensión del ambiente. Incluso en la manera de respirar de Grünhart.

Los alemanes tenían los ojos fijos en Callahan.

—*Hier haben wir ein Problem...* —dijo el capitán, haciendo un puente con las manos.

Arturo no necesitó traducción para entender la palabra *problem*. Y no le gustó su peso en aquel contexto. Frunció el ceño.

—¿*Problem*? ¿Qué *problem*?

Por toda respuesta, el capitán señaló a la agente estadounidense. Tras un instante de desconcierto, Mazur intervino a toda prisa en alemán. El policía y él intercambiaron rápidas frases, teñidas de zozobra y frustración las del parafísico, cargadas de inamovilidad las del germano. Arturo entendió las motivaciones del capitán incluso antes de que Mazur, resignado, se dirigiera a ellos para traducir el intercambio.

—Debe ser sometida a un escrutinio de seguridad.

—¿Y qué cojones significa eso?

—Todavía tengo que aclararlo con él o con sus jefes, pero las...

Grünhart no esperó a que el doctor terminara de hablar. Hizo un gesto con la cabeza y dos de los policías cogieron las manos de Callahan y las esposaron a su espalda.

Fue entonces cuando Crespo decidió que a tomar por culo.

—O la sueltan o la liamos —dijo, con mirada de león clavada en los policías.

—Teniente... —intervino Mazur, suplicante.

El militar se volvió hacia él con una angelical sonrisa en su rostro. Su tono de voz también fue dulce. Sus palabras no tanto.

—Dígale a ese capitoste que aquí no se llevan detenido a nadie. Somos invitados y hemos venido a ayudar. Si no nos quieren, nos vamos y pillan solos a su terrorista. Pero estos numeritos que se los meta por donde no brilla el sol.

—Pero teniente...

—Y añada que si hay que liarla a escala internacional, la liamos. ¡Venga, traduzca!

Resignado, Mazur habló con Grünhart. Sin duda estaría dulcificando las palabras. Aun así, tras escucharlas el capitán no pudo disimular su creciente irritación. Sin moverse de la silla, replicó directamente al español.

—*Stören Sie nicht, Herr Crespo. Das ist besser.*

—Dice que es mejor que no moleste, teniente.

—Crespo —intervino Callahan, todavía sujeta por los dos policías—, déjeles hacer, por favor. Esto no significa...

Arturo frenó su explicación levantando una mano.

—Usted no se va de aquí. Y punto.

De modo que siguió sonriendo, erguido, seguro de sí, relajado y sin intención de cambiar un ápice su criterio. Si Grünhart no pretendía repetir su orden, él tampoco. Y ahí estaban. Paralizados en un callejón sin salida.

Solo que Arturo sabía que no lo era.

El capitán mantuvo el duelo de miradas durante un largo rato, pero en el fondo ambos tenían claro de antemano el resultado final. Grünhart chasqueó la lengua y movió la cabeza de un lado a otro. Luego abrió los brazos en gesto conciliador.

—*Gut. Ich mag Sicherheit aber Diplomatie ist auch wichtig.*

Asintió en dirección a los policías, quienes relajaron sus ademanes y procedieron a liberar a Callahan. Mazur dejó salir un sonoro suspiro, como si expulsar la nube de humo psicotrópico que lo envolvía exorcizara también la tensión que había acumulado. La americana se frotó las muñecas doloridas y, sin hablar, miró a Crespo y movió los labios para formar la palabra *gracias*.

—*Dies bleibt jedoch hier.* —Todos se volvieron hacia Grünhart, que sostenía en sus manos el pastillero de Callahan; con un gesto rápido, lo guardó en un bolsillo del uniforme. Sin necesidad de traducir su frase, Crespo y Callahan entendieron que aquel sería el peaje por la pugna que acababan de vivir—. *Willkommen in Deutschland.*

El viejo y pequeño Trabant de la policía alemana, sirenas gritando a pleno pulmón, avanzaba a

toda prisa por las calles de Berlín. Al oírlo llegar, todos los coches se apartaban de inmediato y dejaban paso, como si el vehículo oficial fuera portador de una extraña enfermedad contagiosa. A resultas de aquello, en las avenidas incluso solía tener dos carriles para él solo.

En el duro asiento de atrás se apretujaban los tres invitados internacionales. Mazur, de por sí voluminoso, hacía pocos esfuerzos de recogimiento mientras lanzaba sus perennes bocanadas de humo. A su lado, Miri y Crespo compartían como podían la otra mitad del espacio disponible. La americana iba casi estampada contra la ventanilla derecha, así que había pasado gran parte del viaje desde el aeropuerto contemplando el paisaje germano.

Lo que le resultaba más sorprendente era que nada le resultaba sorprendente. Había esperado meterse casi en otro mundo, una sociedad que le fuera ajena, como apuntaban los documentales sobre el bloque del Este.

En realidad, le parecía estar dando un paseo por Detroit.

Había una inesperada cantidad de tráfico rodado. Había gente paseando por las calles, con abrigos grises o pardos para protegerse del frío. Había todo tipo de tiendas, muchas de ellas con gran cantidad de clientes. La impresión general era de familiaridad. No se trataba de un lugar exótico y misterioso; solo era una urbe poblada por humanos.

Por supuesto, también había diferencias. Faltaban, cómo no, las grandes multinacionales capitalistas. Tampoco había — Mazur quizá tenía razón en aquello— mendigos por las calles; aunque estaba por ver si era porque no existían o porque las autoridades los escondían. El paisaje urbano estaba huérfano de desmesurados carteles impulsando a la compra de mil productos; en vez de eso, aquí y allá aparecían los gigantescos retratos sobre fondo rojo de Marx, Lenin, Stalin y Honecker. Incluso algunos restos de la reciente celebración de los cuarenta años del nacimiento de la RDA. La forma de vestir quizá era más recatada que en muchas partes de Estados Unidos. Aunque, pensándolo mejor, tal vez «recatada» no era la palabra. La verdadera sensación que le ofrecía Berlín era «pasada de moda». Ni una gota del colorido *hippies* o de la libertad de estilos que florecía en Estados Unidos. La gente tenía aspecto de ir uniformada, incluso con ropas civiles. La homogeneidad era la protagonista, pero una homogeneidad anclada en el pasado. Algunos caballeros —Miri no podía aplicarles otra denominación— hasta llevaban sombreros estilo años cincuenta. Todo tenía aire de viejo. En algunos casos, decadente. Pero, una vez más, aquello también podía aplicarse a lugares como Detroit.

Se volvió hacia Crespo, que miraba al frente, impertérrito.

Llevaba un rato queriendo hablarle pero no se decidía. Seguro que los dos policías que los acompañaban no entendían el español, pero ¿quién les garantizaba que en el coche no hubiera micrófonos grabando cualquier cosa que dijeran?

Al final decidió que tampoco iba a revelar secretos de Estado, así que daba igual.

—Es usted un loco con suerte —le susurró Miri, confiando en que las sirenas también ayudaran a amortiguar la conversación—. Lo de antes pudo acabar muy mal.

Crespo le dedicó otra sonrisa.

—Estaba bajo control.

—A mí no me lo pareció.

—El capitán iba de farol.

—Podía no haber ido.

—Iba. —Se recolocó para estar más cómodo mientras charlaba con ella—. Se lo aseguro. Todo era puro teatro. Aquel hombre no quería montar un desastre internacional. Solo cumplía órdenes. Quizá le habían dicho que fuera un poco duro con nosotros, pero no le habían fijado bien los límites. Se sentía como si le hubieran ordenado hacer malabares con botellas de nitroglicerina. Nunca hubo un peligro real. El pobre hasta se sintió aliviado de que yo me pusiera firme y le obligara a ceder.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

La sonrisa del español se amplió.

—Lo estoy. Confíe en mí.

La carcajada los pilló a ambos por sorpresa. En el extremo izquierdo, el emporrado doctor Mazur se puso a reír como un poseso tras la última intervención de Crespo. Tan fuertes fueron sus risas que hasta los policías alemanes echaron un discreto vistazo por el espejo retrovisor. Miri no comprendió a qué venía aquello, pero el teniente siguió hablando y lo hizo tan rápido que a la americana le pareció que su propósito era desviar la atención de la repentina risa.

—Además, así hemos marcado un poco el territorio. Es importante que esta gente nos respete. Si nos toman por el pito del sereno de buenas a primeras, no podremos hacer nada cuando toque detener a Tebrich.

—Tebrich es asunto nuestro —dijo el coronel Wahler—. Ustedes no pintan nada aquí.

La estancia se parecía poco al edificio. Desde fuera el complejo era feo. Quizá sus ocupantes lo llamaran funcional, opinó el ojo clínico de Arturo, que había visto demasiados inmuebles vinculados a una burocracia estatal gris y conocía los sesgos de su diseño. Pero él lo llamaría feo. El cuartel general de la Stasi en Berlín era un bloque rectangular marrón de innumerables ventanas clónicas empotrado en mitad de Ruschestraße. Una aburrida deposición arquitectónica.

El interior era harina de otro costal. La amplia sala de reuniones en la que se encontraban, con capacidad para albergar sin problemas a veinte o treinta personas, ofrecía más calidez humana. Suelo de parqué, revestimientos en madera, una gran alfombra roja, una ovalada y larga mesa de cristal, sillas tapizadas en azul a su alrededor... Aunque ahí sí que se podía hablar de diseño funcional, sin barroquismos, no dejaba de tener su punto de lujo.

Por lo visto, el cacareado dogma comunista de la supuesta igualdad entre los hombres admitía excepciones.

Pero es que a aquel cónclave habían venido algunas de las personas más importantes de Alemania y parte del extranjero. Mientras tomaba el humeante café de su delicada taza de porcelana azul y blanca, similar a la que tenían los demás asistentes, Arturo trató de evaluar los

intereses y las lealtades entremezclados. Todo ello bajo el constante repiqueteo en su cráneo. La intoxicación ética estaba remitiendo y en su lugar hacía acto de presencia, como siempre, un notable dolor de cabeza. Tratar de concentrarse en aquellas circunstancias era complicado, ya no digamos leer emociones sutiles de espías entrenados.

Tampoco ayudaba el ruido blanco de la cháchara de Wahler, por lo que había decidido hacerle poco caso. Que sí, que era quien estaba llevando la voz cantante y tenía el segundo rango más alto de todos los presentes. Pero no era quien daba las órdenes finales, ni tampoco quien las ejecutaba sobre el terreno, de modo que Arturo lo clasificó en su mente como «engranaje». Aun con su aspecto cordial y sus aires amenazadores, con la experiencia de perro viejo y la veteranía que daba a entender su edad, no se diferenciaba mucho del capitán Grünhart del aeropuerto: un mandado. Con muchos galones, pero mandado. Y sin siquiera el raquíptico poder de tomar urgentes decisiones de último momento en la calle cuando algo se torcía.

No era al rubio coronel Bruno Wahler al que Arturo debía convencer de nada. Ni a cuatro de los cinco miembros restantes de la reunión. Todos menos uno eran personajes secundarios del drama. Sin embargo había que reconocer que se trataba de personajes pintorescos, cada cual a su manera.

Al lado de Wahler estaba el hombrezuelo al que habían presentado como Andreas Aronheimer, asistente personal del coronel, aunque en realidad tenía más pinta de bibliotecario jefe o de enterrador con ropa de los domingos. Era delgado, de piel pálida que resaltaba aún más con el traje negro que llevaba, unas gruesas gafas que cubrían casi la mitad de su cara y ademanes desgarbados. Arturo no le habría prestado mucha atención de no ser porque tuvo la intuición de no dejarse engañar por las apariencias. Fue entonces cuando descubrió que el «asistente» no le prestaba asistencia a Wahler, sino que se limitaba a mirar en silencio al trío extranjero. Estudiaba a sus rivales.

Igual que Arturo. De modo que debía de estar tan bien dotado para la tarea como él mismo. No le pareció raro. Ese tipo de habilidad no era excepcional y las circunstancias casi la exigían.

Luego venían los tres uniformados de menor rango. El capitán Niklas Krödel tenía pectorales como un barril y bíceps del tamaño de la cabeza de Arturo. Un ejemplo viviente de la grandeza de la raza aria, puesto al servicio del comunismo. Ironías de la *realpolitik*.

A su lado estaba su contrapunto, el capitán Maximilian Perler. Le recordaba a Benavides en lo bajo, regordete y calvo, solo que con piel clara sin bigote y ojos azules. Arturo esperaba que Perler tampoco tuviera la mala baba de su superior.

A cierta distancia, casi alejada de la conversación, se encontraba la única mujer del grupo aparte de Callahan. Una joven de pelo negro ondulado, cortado a la altura de la nuca, llamada Dasha Gordievsky. Lucía el uniforme del Ejército Rojo y su misión, según les habían comentado, era ser el enlace del KGB en Berlín.

Además de Mazur con su sempiterno porro, Gordievsky era la única persona de la sala que estaba fumando. Seguro que tenía muchos motivos para buscar la relajación en aquel ambiente.

Ser del KGB no debía de ser motivo para lanzar cohetes cuando ese buró había sido el culpable de la chapuza de Madrid. En otras palabras, la causa por la que todos estaban reunidos, tratando de parchear el fracaso previo. No debía de ser agradable ocupar aquel lugar en aquel momento. Y mucho menos hacerlo ante la autoridad del último hombre de la sala: Erich Mielke.

El lema de la Stasi era «Espada y escudo del Partido». Arturo no sabía quién representaría al escudo, pero tenía claro que Mielke encarnaba la espada. El suyo era un nombre muy conocido, incluso temido, en la comunidad de inteligencia. Le llamaban el Maestro del Miedo, y no por nada. Arturo había estudiado su vida con la morbosa fascinación con la que uno devoraría la biografía de Gengis Kan o un artículo sobre las arañas más venenosas de la Tierra. Era un monstruo, pero con la implacable eficiencia destructiva de un terremoto. Y para más inri, había influido —y seguía influyendo— en la historia reciente de España.

Cualquiera que, sin conocerlo, se lo hubiera encontrado por la calle habría sido incapaz de sospechar nada. Solo habría visto su disfraz: un elegante anciano de ochenta años, con amplias entradas en su frente, pero bien conservado, sin un ápice de fragilidad en su atlético cuerpo, que en cada movimiento emitía dignidad y autoridad. O quizá fanatismo.

Al fin y al cabo, no todo el mundo podía decir que tenía cuatro Órdenes de Lenin, siete Órdenes de Karl Marx, cuatro Órdenes de la Bandera Roja y un sinfín de otras medallas y condecoraciones, tanto soviéticas como alemanas. Premios a los servicios prestados en nombre del comunismo.

Mielke había empezado como implacable asesino, descerrajando tiros cuando era necesario abatir enemigos del proletariado, que, por lo visto, estaban en todas partes. Luego había sido un flamante miembro del Ejército Rojo, que vivía en la Unión Soviética. En aquel tiempo había sobrevivido a las purgas internas de Stalin. No solo eso, sino que tras estas había sido ascendido, cosa que decía mucho de su lealtad a ciertas variantes de la causa roja.

Durante la Guerra Civil había formado parte de la policía política de la República española, dentro del Servicio de Investigación Militar, y había aprovechado aquel tiempo para perseguir a trotskistas y matar a los suyos en vez de impulsar un frente unido contra las tropas nacionales. «¡Ejecutad, camaradas! —decía—. Cuando sea necesario, sin orden judicial». Carente de remordimientos, Mielke afirmaba que la derrota republicana había sido causada por aquellos traidores a la ortodoxia a los que solía eliminar con tesón. Incluso creía que algunos marxistas «heréticos» habían colaborado con el Caudillo en su alzamiento, nada menos.

Los años lo habían situado al frente de la Stasi, donde a lo largo de décadas de mandato había impuesto una incondicional disciplina casi religiosa que incluía la prohibición de visitar países capitalistas sin autorización.

Eso, y el miedo.

Mielke admiraba la dureza de los líderes chinos al suprimir a los disidentes y trataba de copiar y perfeccionar sus métodos. Tampoco le hacía ascos a entrenar escuadrones de la muerte en otros países o a realizar ataques en suelo extranjero.

El mundo árabe era una de sus grandes creaciones. Gracias a él, o a agentes entrenados y financiados por la Stasi, el Estado de Israel había quedado reducido a su mínima expresión, una pequeña isla en un desierto de odio, que luchaba cada día por sobrevivir. Si el territorio judío desaparecía, sería un momento de gozo para Mielke.

Como guinda en el pastel, había informes no confirmados que apuntaban a que Mielke había estado financiando los terrorismos separatistas de ETA y Terra Lliure. Desde luego, encajaría con el currículo y las apetencias políticas de aquel individuo.

Pero su mayor logro había sido impulsar entre los suyos la oportuna y vertiginosa ocupación de la República Federal de Alemania, que acabó llevando a la reunificación germana bajo la égida comunista. Nada raro viniendo del expeditivo hombre que en el pasado había defendido con ahínco el proyecto del muro de la vergüenza de Berlín. En los primeros años, tras la llegada de los malosviajes, Mielke había sabido evaluar lo que implicaba un mundo con magia; había percibido el cambio en las mareas y en el equilibrio de fuerzas, y había sido capaz de planear el golpe con la habilidad de un maestro, seguro de que no habría represalias ni posibilidad de reacción. La maniobra había sido cruenta, escalofriante, implacable... e imparable.

Por todo ello era el líder de la policía secreta que más tiempo llevaba en el poder en todo el bloque soviético. Récord nada baladí en una burocracia famosa por su paranoia y por sus defenestraciones.

—Ustedes no pintan nada aquí —seguía Wahler—. Sin embargo, y como muestra de respeto hacia Moscú, les ofrecemos nuestra hospitalidad. Por la concordia entre los pueblos, aceptamos la operación conjunta siempre que quede claro que se llevará a cabo bajo nuestro mando.

El pomposo coronel hablaba en inglés, como habían estado haciendo todos los presentes. Aquello era una declaración de intenciones. Nadie dudaba de que podrían haber invitado a uno o dos traductores para la reunión. No obstante, parecían regodearse en el hecho de que ellos hablaban la lengua de sus invitados, pero no al revés. Una fatua demostración de superioridad intelectual frente al decadente capitalismo.

—Nunca ha habido dudas sobre el liderazgo de este equipo —respondió el doctor Mazur entre calada y calada, expresándose en la lengua de la pérfida Albión con la competencia de un académico de Oxford—. Creo que todos podemos beneficiarnos de esta colaboración.

—Seguro que sí —intervino Mielke, con un tono de sarcasmo nada disimulado.

Arturo optó por centrarse en él. De lo perdido, saca lo que puedas. Si le costaba pensar con claridad, lo mejor era no perder el tiempo con segundones. Directo a la fuente del poder. Fue entonces, entre subrepticias miradas de Mielke, cuando recibió la sorpresa: el general estaba tenso ante Callahan. Estallidos de rabia casi imperceptibles acudían a su rostro cada vez que el alemán se fijaba en ella. No era solo odio, también había... ¿desconfianza?

En un primer momento, aquello no parecía inusitado. La americana representaba a los mayores enemigos de la revolución comunista: el capitalismo, el consumismo, el libre comercio... Sin embargo, Mielke no parecía sentir lo mismo por Arturo. Y su desprecio por todo

lo rojo era más que evidente. Así que la rabia del general no era por lo que Callahan representaba, sino por otra cosa. Una que no afectaba a Arturo.

Lo primero que le vino a la cabeza era que quizá la agente estadounidense le estaba escondiendo algo que los alemanes sí sabían. Tal vez tenía algún plan oculto, uno del que no le había hecho partícipe.

En otras circunstancias, Arturo habría despreciado aquella alocada conclusión y la habría achacado a su cefalea. Después de todo, Callahan quería acceder a Fierabrás y solo podía conseguirlo con el beneplácito de Arturo. Pero lo cierto era que la americana sí se había estado comportando de un modo extraño. Desde lo del Retiro fingía cuando estaba a su lado. Ella no sabía que él sospechaba, pero así era. Tras su máscara de naturalidad había cosas que no le contaba. Y el cambio se había producido en un momento muy concreto: tras hablar con la embajada yanqui. Ahí habían empezado las medias verdades. ¿Qué secreto le habrían revelado? O peor, ¿qué orden le habrían dado?

—Será una operación conjunta de Antiterrorismo y la AONC —dijo Wahler.

Las tazas de café y té estaban vacías. El cenicero ya tenía varias colillas desperdigadas.

—¿La AONC? —preguntó Callahan.

—Administración de Operaciones No Convencionales — respondió con fuerte acento, una sonrisa y el pecho hinchado el titánico capitán Krödel—. Nos encargamos... de las cosas que nadie más puede... Hmmm... *Zauberei*.

—Hechicería —tradujo Mazur, algo más relajado que al principio de la reunión—. La AONC es el equivalente alemán del DOR.

Callahan alzó las cejas y asintió. Krödel siguió hablando.

—Todos en la AONC estamos muy preparados. Dotados. Mi don es... *Übertragung*... Hmmm... Transferencia.

A Callahan se le escapó una risita por la sorpresa.

—¿De verdad? También el mío.

La sonrisa de Krödel se amplió.

—Lo sé. He seguido su carrera. Admirable. Es un honor que trabajemos juntos.

—Gracias. El honor es mío.

—Será estupendo. Probar en la calle nuestras habilidades. Nuestro entrenamiento. Este y oeste. Podría ser... hmmm... amistosa *Wettbewerb*. Competición. ¿Sí?

Le tendió la mano a Callahan. Ella la miró, dudó un momento y luego dejó salir una sonrisa desafiante antes de estrecharla con fuerza.

—Que gane la mejor —dijo. Krödel se rio y mantuvo el apretón de manos más tiempo del necesario.

—Capitán —intervino el coronel Wahler con un suspiro—, ¿le causaría graves molestias regresar al tema?

Krödel volvió a apoyarse en el respaldo de su asiento, satisfecho. La pulla no había tenido efecto alguno en él. Seguía mirando a Callahan como si considerara aquella reunión un simple juego. Como si no se estuviera intentando ensamblar el imposible rompecabezas de una colaboración policial comunista-capitalista. Como si no estuvieran desconfiando unos de otros antes de dar el primer paso. Todo ello con la desaprobadora mirada de Wahler, del falso asistente Aronheimer y del mismísimo general Mielke. Que a pesar de todo Krödel siguiera comportándose como si estuviera en una fiesta de cadetes decía mucho de su capacidad profesional. En un país dominado por la monomanía de la Stasi, alguien tan irrespetuoso con el poder solo podía conservar la cabeza si era eficiente hasta extremos inhumanos.

Mielke decidió zanjar el asunto.

—Capitán Perler, haga su exposición.

El hombrecillo sentado junto a Krödel asintió.

—Con su permiso, camarada general —sin moverse del sitio repartió unas delgadas carpetas con material en alemán—. La evaluación de la Unidad de Astrología Táctica nos pide cautela. Sus conclusiones son que mañana no tendremos un éxito total. —Nadie hizo comentarios ni varió la expresión de su cara, así que Arturo dedujo que sus anfitriones ya conocían el contenido del informe—. De hecho, hay factores de riesgo vinculados a la incertidumbre o a la sorpresa. No han sabido concretar más.

—¿Cuánto pesan esos factores? —inquirió Mazur. Perler se encogió de hombros.

—Astrología —dijo, como si aquello respondiera a todas las preguntas—. Me aseguran que sacaremos algún fruto del operativo, algo positivo. Pero algo irá mal. Es difícil concretar. Puede que haya víctimas o que Tebrich escape. Hasta puede que Tebrich tenga miedo de nosotros y ni se presente. Después de todo, su cobertura quedó expuesta en Madrid. Quizá crea que el riesgo es demasiado alto. Y también puede que... —vaciló— puede que pase alguna otra cosa.

A Arturo no se le escapó que Perler había dirigido una rápida mirada al trío de extranjeros antes de decir la última frase.

Estupendo. Más desconfianza.

—¿Qué actuación propone entonces? —preguntó Wahler.

Perler respiró hondo antes de contestar.

—Desconocemos el factor de riesgo. Pero sí sabemos que eso, lo que vaya a ir mal, sea lo que sea, tiene que ver con la incertidumbre o la sorpresa. Cuanto mayor sean, peor irá el operativo. Así que el curso lógico de acción es reducir la incertidumbre todo lo posible. Por desgracia, quizá no sea tan fácil como parece. Por favor, pasen a la página siete. —Hubo un murmullo de carpetas abriéndose al unísono—. Eso que ven es un plano con la zona que ocupaba el muro de protección antifascista. La separación cubría todo Berlín este. Había nueve puntos de cruce entre la frontera oriental y la occidental. Por ejemplo, los controles de Bornholmerstraße, Invalidenstraße, Friedrichstraße, el puente de Oberbaum, etcétera. El acceso de Friedrichstraße

era el más conocido. Bien. Si se fijan en la escala del plano, verán que estamos hablando de más de cien kilómetros de muro. Ese es nuestro mayor problema.

»La... profecía que nos ha proporcionado el gobierno español hace referencia, en teoría, a algo que ocurrirá en la zona donde estaba el muro. Pero esa zona es, a efectos prácticos, inabarcable. No podemos localizar a una sola persona en una línea de cien kilómetros de largo. Aquí es donde supongo que las previsiones de Astrología Táctica tienen sentido: casi seguro que Tebrich se nos escape mañana, porque tendrá muchos agujeros por los que escabullirse.

»Aun así, de algún modo tenemos que desplegar nuestros recursos. Puesto que esos recursos son limitados, mi recomendación es que nos centremos en las zonas donde estaban los antiguos puestos de control. Allí deberíamos concentrar el grueso de nuestras fuerzas. Por supuesto, debería haber unidades móviles patrullando todo el antiguo perímetro del muro. Pero la atención debería estar en esos nueve puntos.

—Esa teoría parte de una suposición no confirmada —interrumpió Gordievsky, cigarrillo en mano—: que lo que busca Tebrich estará en uno de esos puntos.

—Los malosviajes —dijo Mazur, asintiendo—. La camarada tiene razón. Donde salgan, ahí estará Tebrich. Pero no hay motivos para pensar que aparecerán en uno de los viejos controles. Pueden salir en cualquier parte.

—Como he dicho, no podemos controlar «cualquier parte» —replicó Perler, irritado—. En algún lugar tenemos que centrar los esfuerzos. De todos modos, insisto, habrá patrullas.

Krödel pidió la palabra.

—También tenemos cinco zahoríes —dijo—, muy leales y muy competentes. Cuatro pasearán en coche por el recorrido del muro. Uno se quedará en el puesto de mando estudiando un mapa. Tratarán de captar... hmmm... la energía de una grieta abriéndose. No sabemos si eso nos dará margen de acción, pero podría hacerlo. No hay otra manera de concretar más la llegada de los malosviajes.

Perler ratificó la evaluación con un asentimiento.

—Al mismo tiempo habrá un helicóptero de vigilancia en el aire. Eliminaré parte de la discreción que buscamos, pero nos hace falta contar con una perspectiva aérea de toda la ciudad. Eso por lo que se refiere a la detección. Respecto a la contención y el control... por favor, pasen a la página doce... tendremos un amplio operativo sobre el terreno. Por todo el viejo recorrido del muro habrá policías de paisano con la misión de localizar y capturar a Tebrich. Idealmente, también a los seguidores que la acompañen. En edificios clave habrá francotiradores como unidad de apoyo. Gracias a la camarada Gordievsky —la aludida inclinó la cabeza—, tenemos dos unidades de respuesta rápida del Ejército Rojo, incluyendo a dos equipos de francotiradores más.

Mielke pareció desconcertado.

—Francotiradores. Entonces... ¿No intentamos capturar viva a Tebrich?

—Camarada general —respondió Perler—, esperamos no tener que usarlos. Pero es mejor

disponer de ellos.

Krödel intervino sin pedir permiso.

—Además, no son solo para Tebrich. Los malosviajes actúan en función de lo que ven. Nuestros tiradores están entrenados para desviar su atención haciéndolos girar. Una bala no puede matarlos, pero puede variar su... hmmm... encaramiento. —Krödel se volvió hacia Callahan y recuperó su sonrisa y el tono de orgullo en su voz—. La AONC inventó esa técnica. La llamamos «ruleta alemana».

—La conozco —dijo ella—. La vi en acción en Madrid.

Arturo no sabía qué había visto la americana en el Retiro, pero sí recordaba las consecuencias de aquello. Esperaba que no se repitieran.

—Todo esto está muy bien —intervino—, pero sigue siendo buscar una aguja en un pajar. ¿Qué pasa si Tebrich aparece donde no haya vigilancia?

Perler volvió a encogerse de hombros.

—Probablemente lo haga. Ha demostrado ser muy lista en el pasado. Sabe cambiar de aspecto y estar donde menos se la espera. También sabe cómo despistar a nuestros informadores. Pero nuestra mejor asunción, en este momento, es que la llegada de los malosviajes ocurra en alguno de los viejos puntos de control.

»Bien. Si nos equivocamos... las unidades podrían desplazarse. Un coche patrulla con preferencia de paso tardaría unos diez minutos en llegar desde el punto más extremo del perímetro. El movimiento de unidades en los controles más cercanos, por ejemplo, alrededor de Friedrichstraße, podría hacerse en menos de cinco minutos.

»Incluso en uno, si las condiciones son buenas. El helicóptero debería servir para acelerar todo esto. Podrá detectar con antelación sucesos importantes e informarnos de la localización de Tebrich en caso de huida. Podrá ver desde lejos el brillo de la grieta abriéndose. También dispondrá de su propio francotirador.

Todos quedaron callados reflexionando sobre la información.

Arturo se dio cuenta de por dónde irían los tiros en todas aquellas mentes: el plan era cualquier cosa menos ideal, pero ninguna opción disponible lo sería. Más aún, si uno se ponía a mirar la botella medio llena, la previsión astrológica había hablado de un éxito parcial. Algo iban a conseguir después de todo.

Por lo que a él respectaba, sin embargo, lo que le pasara a Tebrich tenía escasa importancia. Tanto si la detenían como si no a él le afectaba poco. Su misión era obtener información *in situ*, lo que ya estaba haciendo, y convencer a Callahan de que apoyara el ingreso español en la ODA. Cosa que —misteriosas órdenes americanas aparte— sería más fácil al día siguiente, cuando vieran que la predicción de Fierabrás había sido correcta y apreciaran su valor como fuente de inteligencia. Y para aquello la situación policial de Agatha Tebrich era irrelevante.

El general Mielke rompió el silencio.

—Como operación antiterrorista, dadas las circunstancias, está bien. ¿Qué pasa con los

malosviajes? ¿Cuántas bajas civiles habrá mañana?

—Pocas —afirmó, tajante, Krödel—. Cuando se abre una grieta, la media de malosviajes que aparecen oscila entre nueve y quince. En ocasiones ha salido algún grupo mayor de veinte, pero no es lo habitual. Aun así, y por precaución, estamos suponiendo un ataque de veinte individuos. Los malosviajes mueren cuando matan, así que... suponiendo que no hayamos podido neutralizar a ninguno y que todos se vuelvan agresivos en vez de... simplemente marcharse a otros lugares... cosa que suelen hacer... incluso en ese caso habría como mucho unas veinte bajas.

Mielke pareció convencido.

—Aceptable.

—También está el tiempo —quiso meter baza Arturo—. La predicción de Fierabrás empezó a eso de las 10:45 PM. Por lo tanto, el plazo de ocho días se cumplirá a esa hora. A esa hora llegarán los malosviajes. Por los horarios de ustedes, y tratándose de un día entre semana, supongo que no habrá mucha gente por la calle.

Mielke asintió.

—Cierto. Los malosviajes no serán un problema entonces. Pongamos el esfuerzo en capturar a Tebrich. Si la inutilizamos, se acabarán sus atentados. Pero que quede claro: prefiero tenerla viva.

—Así se hará, camarada general —dijo Wahler con firmeza, como si su voluntad pudiera afectar al devenir de los acontecimientos—. Ahora... Respecto a la posición de nuestros... invitados... Capitán Krödel, por favor, exponga.

—Camarada coronel. La AONC pondrá sobre el terreno a cinco agentes capaces de transferir. Es la manera más efectiva de luchar contra los malosviajes. Por fortuna, ahora tenemos una agente más. Estaré encantado de incorporar a la señorita Callahan a mi equipo.

—Bajo sus órdenes —matizó Wahler.

—Claro. Mis hombres se desplegarán de forma móvil entre Bornholmerstraße y Oberbaum. El puesto de mando lo estableceremos en Friedrichstraße. Además de ser un lugar céntrico, probablemente sea el punto caliente. Si tuviera que apostar a un solo lugar, diría que los malosviajes aparecerán allí. Así que allí estaremos la señorita Callahan y yo.

Mazur frunció el ceño.

—¿Solo ustedes dos? ¿Qué pasa con el teniente Crespo y conmigo?

—Estarán con el equipo de Bornholmerstraße —respondió con sorprendente velocidad el coronel Wahler, como si hubiera anticipado la pregunta.

Mazur no pareció complacido.

—¿Bornholmerstraße? ¿No estaremos en lo que creen que será el epicentro? Con el debido respeto, coronel...

—Estarán en Bornholmerstraße —insistió Wahler—. Es nuestro deseo que el teniente Crespo, que carece de habilidades de transferencia, se encuentre debidamente protegido. Contamos con

usted y con sus... conocimientos para ello.

Hubo un silencioso intercambio entre ambos hombres a través de una larga mirada compartida. Al final, Mazur agachó la cabeza y se puso a preparar otro de sus porros.

Arturo no había perdido comba de la silenciosa comunicación entre líneas. En particular al fijarse en cómo los ojos del general Mielke habían volado de Callahan a él. La excusa de la seguridad del huésped español era ridícula. Lo que Mielke no quería era que los dos capitalistas estuvieran juntos. Fuera cual fuera el motivo de la desconfianza que Callahan le inspiraba, habían decidido mantener a la pareja separada.

Y Mazur había entendido y aceptado los motivos ocultos. ¿Qué podía ser? ¿Qué diferencia había entre estar en una calle o en otra? Decidió fingir despreocupación.

—Vale —dijo—, pues si eso está zanjado, y si quieren que estemos protegidos, necesitaremos armas.

Nadie hizo aspavientos ante la petición. Una vez más, fue como si la hubieran estado esperando. El capitán Krödel sacó dos pistolas de mano y las colocó sobre la mesa. Krödel miró a Wahler, quien a su vez se fijó en el supuesto asesor Aronheimer. El enclenque hombre hizo un leve asentimiento. Solo con ese permiso sin palabras entregó Krödel las armas a Callahan y a Arturo.

—Gracias —dijo la americana—. Pero si necesitan que ayude con mis poderes me hará falta que me devuelvan mis pastillas.

—Eso no será posible —dijo el coronel—. Por motivos de seguridad no podemos permitir sustancias no controladas en nuestro territorio. El capitán Krödel le proporcionará lo que necesite para activarse justo antes del operativo, igual que cualquiera de sus hombres.

Callahan se dio cuenta de que era una batalla perdida y no malgastó esfuerzos protestando. Los alemanes cerraron las carpetas y comenzaron a levantarse, dando por terminada la reunión. El general Mielke estrechó la mano a los presentes a modo de despedida. Arturo fue el último al que se dirigió. Acompañó el apretón con una larga y seria mirada. Al soltarle hizo amago de marcharse, pero pareció pensarlo mejor en el último momento. Se volvió otra vez hacia él con un índice levantado.

—Ah, Crespo —dijo, como si acabara de recordar algo—. No ponga a prueba nuestra determinación. Respeto los principios del humanismo, pero no toleraré otro insulto como el del aeropuerto. Le explicaré la situación: vuelva a pasarse de la raya y en España recibirán un informe nuestro explicando con pelos y señales quién es ese topo al que han estado buscando. ¿Me ha entendido?

El olor a mantequilla caliente, paprika, cebolla y carne se escurría por cada rincón del piso. Apenas tenían una ventana abierta, para impedir que el frío de Berlín les helara los huesos, por lo que la ventilación era deficiente. Aun así ninguno de los tres protestaba ante la sutil humareda llena de aquel efluvio que agujoneaba su apetito.

El lugar era amplio, con cuatro habitaciones de cama doble. Su mobiliario sin una mota de polvo olía a nuevo, impresión que quedaba ratificada por lo vacío de estantes, cajones y aparadores. Lo único que estaba bien surtido eran los dos cuartos de baño con aroma a desinfectante y la cocina. Estaba claro que nadie vivía en aquel piso. Quizá se tratara, pensó Miri, de uno de los puestos de vigilancia desde los que la Stasi espiaba a sus propios ciudadanos. Tuvo que resistir la tentación de mirar detrás de los muebles en busca de micrófonos ocultos. Se limitó a dar por sentado que ahí estaban.

Sus anfitriones alemanes habían insistido con educación, pero con firmeza, en que no salieran del apartamento. El motivo aparente era garantizar su seguridad, cosa que no podrían hacer si iban a la calle. Miri no se engañaba: estaban en un poco sutil arresto domiciliario para evitar actividades subversivas.

Trataron de pasar el rato con el único entretenimiento disponible, la televisión. Sin embargo, como ni Miri ni Crespo entendían alemán, tras un buen rato viendo pasar imágenes acabaron aburridos.

El español tampoco había contribuido mucho a alegrar los ánimos. Se le veía ensimismado y apenas pronunciaba palabra. Llevaba así desde la acusación velada en la reunión con los alemanes. Miri había optado por respetar su momento taciturno y no hablarle demasiado. Cosa que alargó los silenciosos e inacabables segundos hasta agotadores extremos.

En aquel momento descubrieron que el gran doctor en parafísica Bronislaw Mazur sabía cocinar.

Tenía una pinta de lo más curiosa mientras se encargaba de la cena: en mangas de camisa, con un delantal floreado y todavía con aquel chaleco antibalas que cubría su corpachón bajo la ropa. Había pasado casi una hora con una expresión de felicidad en su rostro, sacando ingrediente tras ingrediente de la alacena y la más que nutrida nevera. Revoloteaba por la cocina como improvisando una compleja coreografía, mientras calentaba su obra en varios de los fogones de gas.

—*Gulasch* de cerdo. Prueba —dijo, acercando una humeante cuchara de madera a Miri.

Se dirigía a ella en castellano. De forma natural el trío había acabado adoptando ese idioma como *lingua franca* en sus charlas privadas. Miri casi se quemó al meterse la cuchara en la boca, pero el sabor picante la impactó de inmediato. La carne tenía un potente aroma a anís y limón, que se mezclaba con el sofrito de cebolla y tomate.

—¡Delicioso! —confesó con los ojos abiertos de par en par—. ¿Es un plato ruso?

Mazur dejó salir una fuerte carcajada.

—¿Ruso? ¡No soy ruso! Yo vengo de Sanok. —La mirada de la mujer le dejó patente que no tenía ni idea de lo que hablaba—. ¡Polonia!

El doctor depositó la cuchara de madera sobre un plato y fue hasta la silla del salón donde había colgado su americana. Rebuscó en sus bolsillos interiores y sacó una fotografía. Antes de que pudiera enseñársela, Miri también se rio.

—¡Otro papel! ¿Pero qué tienes ahí dentro, una multicopista?

Mazur sonrió y le acercó la instantánea. En ella se veía al parafísico junto a una mujer rolliza y cuatro niños.

—Mi familia —explicó, señalando las imágenes—. Mi mujer, Elzbieta. Y mis hijos. El mayor, Lukasz, once años ya. Las niñas, Elzbieta y Nadzia, de ocho y seis. Y el pequeñín, Pietrek.

—¡Qué lindo! ¿Cuántos años tiene?

—Dos. Pero ya entiende los números muy bien —añadió, con un claro toque de orgullo paterno.

—Se los ve felices.

—Dedico cada segundo de mi vida a que lo sean —dijo Mazur con repentina seriedad. Luego pareció darse cuenta del cambio de tono y recuperó su habitual jovialidad—. Bueno, la cena casi está.

Hemos tenido suerte. No sabía si tendrían alcaravea, pero aquí nos han dejado de todo.

Miri sonrió.

—¿Alcaravea?

—Es parte del secreto del *gulasch*.

—Ya, pero... ¡Yo ni siquiera sé lo que es la alcaravea! —Puso una mueca pícaro—. A ver, ¿cuántos idiomas se supone que hablas tú?

—Me temo que eso es alto secreto. —Y la obsequió con media sonrisa.

Se habían quedado en silencio, saboreando sus tazas de té y tratando de reposar la generosa y succulenta cena. La televisión estaba apagada, de manera que el único ruido que se oía era el lejano rumor del tráfico en la calle, seis pisos más abajo.

Incluso Crespo parecía algo menos tenso después de dos raciones que había atacado sin compasión. Junto con media botella de vino tinto.

—Estaba todo delicioso —dijo Miri—. Muchas gracias, Bro. ¿Te molesta que te llame Bro?

El aludido negó con la cabeza.

—Bro —rio—. Como «hermano» en argot inglés. Me gusta. —Se lo pensó un momento antes de seguir hablando—. Si un día venís a Sanok, haremos una barbacoa. Probaréis las salchichas polacas y os haré una buena carne de cerdo con *ćwikła*.

—¿Y eso qué es?

—Una ensalada. Remolacha, rábano, limón, especias...

—Hmmm... Ya estoy salivando. Cuenta conmigo en ese viaje.

El doctor la miró unos segundos, de nuevo con aquella repentina expresión seria.

—Quizá podamos hacerlo más pronto de lo que creéis. Si os apetece... si os dejan... me encantaría llevaros a los dos a mi laboratorio. Después de que capturemos a Tebrich. Solo un par

de días más en el bloque soviético. No creo que vuestros jefes se nieguen. Podríais ver nuestros avances sobre malosviajes. Eso podría ser bueno... para la cooperación.

Crespo no dijo nada. Tomó otro sorbo del té y paseó la vista por el comedor. Mazur lio y encendió otro porro. Y Miri se debatió entre dos fuerzas.

No quería presionar a Crespo ni ofenderlo. Tampoco quería tener conversaciones delicadas ante probables micrófonos alemanes. Al fin y al cabo, Mazur les había recomendado actuar como si tuvieran un agente de la Stasi al lado.

Pero por otro lado... se moría de curiosidad. Y estaba claro que no era un secreto para los alemanes.

—Vale, no puedo más —se rindió—. Crespo, ¿qué fue aquello que le dijeron del topo?

Entre calada y calada, Mazur soltó una risita con la mirada perdida. Crespo frunció el ceño.

—No es nada importante.

—Perdone, pero parece que sí.

—No soy un traidor, si eso es lo que cree. No voy vendiendo secretos de mi país a otras potencias.

—Y yo no pienso que lo haga. —Se observaron en silencio.

—Pero ¿no me explicará más?

No fue el español el que respondió, sino Mazur.

—Nuestro Crespo es un Robin Hood. Ha filtrado de tapadillo escándalos de todo tipo, hasta de su propia gente. Usando información privilegiada cuando hace falta. Es un martillo de herejes.

—El teniente lo fulminó con la mirada, lo que provocó una carcajada de Mazur—. ¡Venga, no va a ser Callahan la única que no sepa su secreto!

Crespo se cruzó de brazos y agachó la cabeza con la mandíbula apretada, pero no dijo nada.

Miri le tiró de la lengua.

—¿Puedo preguntarle por qué lo hace?

—No soporto la hipocresía.

Ella controló la primera respuesta que le vino a la cabeza, la que señalaba a las múltiples hipocresías que una podía encontrar en la Iglesia católica.

—Es usted una caja de sorpresas —dijo, en cambio—. Esas ideas me parecen tan... poco españolas.

—Porque usted está llena de prejuicios contra los españoles.

—Y usted contra los comunistas —terció Mazur, burlón.

—Es curioso —habló Miri con rapidez, antes de que el irascible hispano exteriorizara las palabras que ya asomaban a su cara—. Me parece, teniente, que si usted hubiera nacido en América habría sido muy parecido a mí, en vez de lo que es.

Crespo bufó.

—¿Cree usted que no conozco a Ortega y Gasset?

Miri quedó desconcertada por la respuesta.

—¿Quién?

—Déjelo —suspiró el teniente.

De nuevo hubo un silencio incómodo flotando en el ambiente. De nuevo fue la americana quien lo rompió.

—Definir una hipocresía es complejo. Usted mismo me felicitó por lo del Dakota. Y yo digo ¿no es una hipocresía tomar energía humana para salvar otra vida humana? —Meditó sus siguientes palabras—. Para ser sincera, yo misma a veces me siento como un parásito.

—Vivimos en un mundo que necesita parásitos.

La caída del muro

BERLÍN**JUEVES, 9 DE NOVIEMBRE DE 1989****10:20 PM**

—¡Me cago en el fantasma del comunismo!

Si los planes de los espías de la Stasi eran dejar colgado a Arturo en la parte más alejada del trasero del mundo para que no importunara, había que felicitarlos por su eficiencia. Con el pretexto de apartarlos del peligro, los habían plantado en el punto más distante de lo que cualquier persona llamaría civilización.

Seguían estando en Berlín, pero estaba claro que no se encontraban en una zona en la que ni remotamente pudiera aparecer la terrorista fugitiva. La neblinosa luz de las farolas rompía la oscuridad de la noche y dejaba entrever un paisaje desprovisto de muestras de actividad.

Frente a ellos tenían un largo puente que atravesaba un buen montón de vacías vías de ferrocarril y acababa a unos doscientos metros de donde se encontraban. En todo aquel rato, nada más habían visto cruzar un adormecido tren de mercancías. La estación que había debajo del otro extremo del puente, aunque de tamaño medio, solo tenía encendida la iluminación exterior. Aquello —y su destartalado estado de conservación— daba a entender que ya no prestaba servicio. O tal vez no lo hacía a aquellas horas. El propio puente también contaba con un pequeño carril ferroviario en el medio, por el que quizá soliera transitar algún tranvía, pero que estaba tan desocupado como los carriles para automóviles a ambos lados. Algo alejado de la carretera y del puente había un mar de pequeñas casas unifamiliares; sus habitantes tampoco parecían tener intención de dejarse ver por la vía pública.

A lo lejos podían oír el golpeteo del helicóptero que vigilaba la ciudad desde el aire. Pero sin acercarse a Bornholmerstraße, como si tuviera miedo de que la cercanía con Arturo pudiera hacerle culpable de algún tipo de delito por asociación.

La apariencia a su alrededor era la de una zona fantasmal. El frío atravesaba incluso los abrigos. La forma de vida más abundante del lugar eran los numerosos árboles que uno encontraba por doquier, tanto en las desocupadas aceras como haciendo guardia en los jardines privados. Árboles, el doctor Mazur con su sombrero calado a fondo, Arturo y dos policías

alemanes sin uniforme apoyados como quien no quiere en el coche patrulla de incógnito. Aquello era todo.

La noche estaba siendo el colofón perfecto a un día tedioso. En ningún momento les habían permitido salir del apartamento; lo hacían «por su propia protección», según habían tenido los bemoles de decirles. Todo lo más, habían recibido un par de visitas de agentes de la Stasi que, con toda cordialidad, les preguntaron si necesitaban algo. Aunque Arturo tenía claro que la verdadera intención era controlar que sus díscolos huéspedes no estuvieran haciendo nada irregular.

Así habían pasado las horas, esperando el momento en que por fin vinieron a buscarlos en dos coches y se los llevaron por separado para iniciar el operativo. Hasta entonces, todo había sido mirar por la ventana, ver la tele con el volumen bajo y hacer algún solitario con naipes.

Arturo había optado por ponerse a rezar un par de veces, de rodillas y encerrado en su habitación. En los días siguientes iba a necesitar toda la inspiración divina que pudiera conseguir. Y paz de espíritu. Oh, cómo necesitaba algo de paz de espíritu.

Entre Mielke y Mazur lo tenían hasta los putos cojones.

Como si su pensamiento lo hubiera invocado, el doctor se colocó a su lado y la mente de Arturo regresó a lo que había sido uno de los puestos de control del muro de Berlín.

—Ya no falta mucho —dijo el parafísico, con su perenne sonrisa y su también perenne petardo en los labios.

Arturo no respondió, sino que dirigió su mirada a la lejanía, hacia aquella vieja estación al otro lado del puente. Eso hizo que Mazur frunciera su ceño unicejo.

—¿Va todo bien?

—Todo va de puta madre. ¿Por qué no se va a darle el sermoncito a Klink y Schultz? —replicó, señalando a los agentes alemanes.

El doctor pareció desconcertado.

—¿Klink y...? No se llaman...

—¡Ya sé que no se llaman así! ¡Lo que quiero es que me deje usted en paz de una vez!

Mazur dio un pequeño paso atrás ante la agresividad de Arturo. Incluso los policías berlineses dejaron su charla de amigos para fijarse en lo que hacía el español. El parafísico levantó las manos en gesto conciliador.

—Como quiera, teniente. No le molesto más.

—Ojalá hubiera hecho eso antes.

—¿Antes?

—Antes de abrir su puta boca. —Se acercó a él y bajó la voz para que los alemanes no pudieran escucharle—. Óigame bien, porque solo se lo diré una vez: vaya con cuidadito con lo que hace o con lo que dice. Yo ya no le necesito. Ahora sé que los rusos quieren acceder a Fierabrás. Usted ya no me sirve para nada. Y el único motivo por el que no le he tirado hoy por

la ventana es porque sé que el cabrón de Mielke cumpliría su amenaza. Pero no me ponga a prueba.

—¿Esto es por nuestra charla de ayer?

—¿Charla? ¡Nadie le había dado a usted vela en ese entierro! Pero no crea que es eso. Dígame ¿cómo lo supieron los alemanes? Lo mío, digo. Usted lo sabía. ¿Se lo dijo usted a ellos o al revés?

Mazur agachó la cabeza y se caló un poco más el sombrero.

—Nadie dijo nada a nadie. Tanto ellos como nosotros lo sabíamos.

—¿Cómo?

—Todo el mundo tiene espías en Madrid.

—El CESID también y ellos no lo saben.

—El CESID no usa magia. —Pareció dudar antes de seguir, pero al final habló casi en un susurro—. Y algunos de los espías que le digo están en el CESID.

—Eso es imposible —respondió Arturo, con el corazón acelerado ante las implicaciones.

El polaco se encogió de hombros.

—Quizá. Tal vez le esté mintiendo. Tal vez solo quiera ganarme su confianza. Tal vez quiera volverlo paranoico. O tal vez estoy siendo sincero porque yo sí le necesite a usted. El problema aquí es que usted no tiene manera de estar seguro, ¿no?

Arturo apretó la mandíbula y contó mentalmente hasta diez.

—Es igual —dijo al fin—. Sea como sea, haga el favor de no meterse en mi vida privada. ¿Estamos?

Mazur asintió.

—Por supuesto, teniente. Pero piense una cosa: lo que es privado de verdad, lo que de verdad no quiere que cuente, lo he respetado. Cuando usted quiera contarlo, ya lo contará. Y sabe de lo que estoy hablando.

Arturo lanzó un bufido.

—Me jode que vaya usted de listillo. —Respiró hondo y dejó salir su aliento en forma de vaho que se mezcló con el humo del porro de Mazur—. En fin, al menos Klink y Schultz no se nos pegan mucho al culo. En el puesto central de control no será así. Ahí nos habrían atado en corto. No envidio la noche que tendrá que pasar la señorita Callahan.

Miri estaba a punto de hacerse pis de la risa.

—¡Te lo juro! —seguía hablando Krödel—. Ahí estábamos en la granja. Schmidt limpiando la mierda de cerdo que había pisado, los vecinos mirando desde la ventana. Y aquel hombre corriendo en calzoncillos, la mujer bajita detrás de él, pegándole en la cabeza con un pescado al horno así de grande.

—Y entonces habla capitán —intervino alegre la delgada agente Schmidt, que no dominaba el inglés tan bien como su superior—. Y dice: «Nosotros viene emergencia. ¿Dónde está

malviaje?». Y hombre calzoncillos grita: «¡Es ella! ¡Cácenla, cácenla!».

Miri, al borde de la extenuación por las carcajadas, casi se cayó al suelo al imaginar la ridícula imagen. El único que mantuvo la compostura fue el agente Speuer, todavía concentrado ante el mapa de Berlín a pesar de la hilaridad de los otros tres ocupantes de la sala en semipenumbra.

—¿Y sabes qué? —dijo Krödel—. Que desde entonces es procedimiento estándar. Cuando nos llama algún loco, decimos «código pescado al horno».

La americana se secó las lágrimas y empleó unos instantes en recuperar la respiración. El capitán Krödel había resultado ser un compañero de trabajo de lo más divertido. Llevaba un buen rato disparando anécdota tras anécdota y el tiempo había volado. Miri lo agradecía. Su trabajo nunca consistía en hacer aburridas guardias. De no haber sido por el atlético alemán, quizá se le habría hecho demasiado larga la espera en la tienda abandonada.

Se encontraban dentro de lo que aparentaba ser una floristería cerrada. Pero para ellos era un oscuro escaparate con vistas al antiguo puesto de control que los americanos habían llamado Checkpoint Charlie y a los edificios circundantes. En una sala interior de la falsa floristería tenían el material de asalto y de comunicaciones que se necesitaba para coordinar a los distintos grupos desplegados por Berlín. Estaban escondidos aguardando a que llegara la hora cero, cuando se cumpliría el vaticinio de Fierabrás. En la calle, como bien había anticipado el teniente Crespo, apenas había gente; ni el clima ni la hora incitaban a pasear.

Les acompañaban seis perros pastores alemanes, que aguardaban tumbados con la obediencia de quien ha recibido una orden y piensa cumplirla. Miri sabía bien para qué iban a necesitar a los animales; prefería no pensar mucho en ello. O en el hecho de que seis es un número muy inferior a veinte. Pero las otras unidades también necesitaban... sujetos para la transferencia.

El circunspecto agente Speuer, uno de los cinco zahoríes que participaban en la misión y el único que no estaba patrullando la ciudad, no hablaba inglés; se había sumergido de inmediato en su rastreo constante del callejero de la ciudad para tratar de detectar las primeras señales de llegada de los malosviajes.

Krödel, Schmidt y Callahan apenas tenían nada que hacer hasta el momento de la acción; de modo que rellenaban los minutos con historias divertidas. O no tanto. Krödel también le había hablado de algunos intentos de fuga cuando todavía existía el muro de la vergüenza. Los había con final feliz —según lo veía ella—, como aquel austríaco que quería sacar de la RDA a su prometida y a su futura suegra. Los había escondido en su descapotable y había retirado el parabrisas. Al llegar al puesto de Friedrichstraße, el mismo lugar en el que estaba Miri, se había agachado y había pasado a toda prisa por debajo de la barrera de seguridad.

O el tipo que había robado un tanque y lo había empotrado contra el muro para pasar al otro lado. O el funambulista que había cruzado usando la cuerda floja.

Por desgracia, las historias más habituales no acababan bien para sus audaces autores. El telón de muchas de aquellas anécdotas caía después de que el fugitivo en cuestión hubiera sido acribillado en su intento de huida, o de que se hubiera desangrado en el alambre de espino.

Miri le había preguntado a Krödel, tal vez con excesiva confianza, si no cuestionaba el hecho de que hubiera sido necesario tener un muro para evitar la fuga de sus conciudadanos, si aquello no le daba una pista de que quizá lo que hacían estuviera mal, o si no le parecía éticamente discutible la invasión militar de Alemania occidental.

No esperaba una respuesta que se alejara de la ortodoxia comunista. Tampoco la recibió.

—No —respondió el capitán sin vacilar—. No lo cuestiono. Los que mandan saben más que yo de esas cosas. Yo hago mi trabajo. Lo que yo hago salva vidas.

Años de entrenamiento y práctica habían enseñado a Arturo a comportarse durante una vigilancia. Por eso era capaz de apoyarse en la barandilla del puente y dejar la mirada perdida, fingiendo una tranquilidad que para nada sentía. Ya había un par de colillas en el suelo a las que pronto —cuando Arturo rematará el pitillo de su boca— se uniría otra.

Por desgracia, lo único que podía hacerse en aquel lugar perdido de la mano de Dios era pensar. No tenía ganas de confraternizar con sus acompañantes y tampoco podía marcharse hasta que alguien, en algún otro punto de control, detectara a Tebrich. Así que nada más le quedaba el runrún de su cabeza.

Mazur, la Stasi, el CESID, Londres, Adela, Víctor.

Todo tan cerca y tan lejos...

Con gusto habría cogido un tren de aquella destartada estación y se habría marchado hasta...

Había alguien en la estación. Un sexto sentido, o quizá una intuición fruto de su experiencia, le hizo fijarse. Un hombre. Solo. En una zona abandonada. Su paso no era natural. Caminaba con cautela. O miedo. Alerta. Echaba vistazos subrepticios por encima del hombro. Recorría el andén principal, donde a esas horas tendría más probabilidades de encontrar a un unicornio que un tren. Y oteaba.

Buscaba signos de vida. Arturo lo tuvo claro: era la avanzadilla. Un explorador rastreando por si había peligro.

Arturo evaluó la situación. El almacén del puente podía servirle de cobertura si no se movía. Apagó el cigarro para ocultar su brillo, aunque a cientos de metros era poco probable que el hombre del andén se fijara en él. Miró a Klink y a Schultz; seguían junto al coche, en la carretera, en la inopia, lejos del puente. Lejos del ángulo de visión del vigilante. Mazur estaba con ellos. Hablaban en voz baja. Bien. Si seguían así, el oteador no los descubriría.

Así fue. El hombre se volvió hacia algún punto indeterminado de la carretera y agitó las manos por encima de su cabeza. La señal de «todo despejado».

«Solo que no está despejado, cabronazo», pensó Arturo.

Aprovechando que el hombre estaba de espaldas a él, se dirigió hacia el coche con paso entre rápido y disimulado. Ante la desconcertada mirada de los tres comunistas sacó los prismáticos

que tenían en el asiento de atrás y, tras hacerles una sutil seña para que se quedaran quietos, volvió al puente y escudriñó la estación.

El vigilante ya no estaba solo. Se le habían acercado, de dondequiera que estuvieran escondidos, cuatro o cinco hombres más. Y una mujer. No tuvo dudas al verla por los binoculares. Era Agatha Tebrich.

La tenían ellos. Era la mejor noticia del día. Él iba a ser el que marcara aquel golazo.

Sonriendo con anticipación, se volvió hacia Mazur para que le hiciera de traductor. Debían coordinar a toda prisa el operativo con Klink y Schultz, así como avisar al resto de unidades.

Pero Mazur no pudo ayudarle. Antes de que tuviera ocasión de explicar al trío qué pasaba al otro lado del puente, el doctor se desplomó en el suelo como si lo hubiera golpeado un rayo. Entre agónicos estertores de dolor, se llevó la mano al pecho.

Arturo corrió a su lado mientras los alemanes trataban de asistirle. ¿Qué pasaba? ¿Un infarto? ¿Alguna reacción a su abuso de drogas? ¡Maldito sentido de la oportunidad! Y ¿qué era aquel olor? Estaba empezando a envolverlos a todos.

Una invisible nube llena de una fragancia densa, casi sólida. Hacía saltar las lágrimas. Empezaba a ser difícil respirar.

De repente, todo olía a alcanfor.

—Ya es la hora.

El capitán Krödel sacó de su bolsillo un tubo de plástico sin etiqueta del que extrajo tres comprimidos blancos. Le dio uno a Schmidt, otro a Miri y se tragó el tercero sin más. De inmediato, Schmidt hizo lo mismo. Miri los imitó. Aquello solo podía ser el equivalente alemán de sus cápsulas de activación; la sustancia estupefaciente que la pondría en un estado de consciencia alterada y le permitiría hacer magia.

Había dos cosas con las que no contaba. Primero, el rápido efecto de la droga sintética. A los pocos segundos de ingerirla notó un picor en la garganta que se convirtió en un escozor y, por último, en un leve cosquilleo. Acto seguido recibió el impacto completo de la pastilla. Entonces descubrió la segunda cosa que no había previsto: el comprimido no solo servía para activarla.

No se limitó a tener la engañosa sensación repentina de que su ángulo de visión se modificaba. También, entre mareos, comenzó a sentirse capaz de todo. Optimista. Poderosa. Indestructible. Tuvo ganas de salir corriendo a la calle y enfrentarse a puñetazos con los malosviajes que vinieran.

Krödel y Schmidt parecían tener el mismo subidón, así que la cosa fue evidente para ella: los alemanes no solo activaban sus poderes con droga, sino que la acompañaban con una dosis de estimulantes.

Y a Miri le importaba una mierda.

Sacudió un poco las piernas, apretó los puños y se levantó. Quería salir a la calle, buscar a Agatha Tebrich y partirle la cara.

Krödel la cogió del brazo, sonriendo, y la volvió a sentar.

—¡Tranquila, vaquera! Nuestra pastilla no es como la tuya ¿eh?

Miri resopló varias veces.

—No, tío, no, para nada. Esto tiene ¿qué? ¿Anfetás, otra cosa, un poco de todo? Buena idea. No sé. Mezclar. Subir.

—¡Tranquila! —repitió Krödel sin dejar de sonreír—. Esto ayuda para lo que hacemos. Para lo que vemos. Pero la primera vez cuesta. Dale un rato y bajará un poco. Ahora respira. Tienes que controlar tú.

—No es mi primer estimulante, ¿sabes?

A pesar de la protesta, Miri trató de obedecer. Los perros la miraban con curiosidad, como si pudieran oler su desasosiego.

Expectantes, intuyendo que pronto iban a tener acción. Aunque quizá fuera la última acción de sus caninas vidas.

Desvió la mirada, buscando algún tipo de ancla para aferrarse a la realidad, lejos de la euforia sintética que sentía. Lo más parecido a un lastre era el agente Speuer, el serio zahorí, así que se fijó en él.

Seguía estudiando el mapa de Berlín. Pasaba sus manos sobre la amplia hoja desplegada, con los ojos entrecerrados. Algunas gotas de sudor brillaban en su frente. Hasta que el movimiento se detuvo. Speuer pareció confuso. Centró la búsqueda en una zona más reducida. Frunció el ceño. Repitió los gestos. Palideció.

Se levantó de golpe de la silla, agarrando sin contemplaciones el plano. Perros y personas se sorprendieron ante la brusquedad del gesto.

Cuando Speuer habló, temblaba.

—*Wir haben uns geirrt!*

Su dedo índice les mostraba un punto del mapa. El puesto de control de Bornholmerstraße.

Arturo decidió moverse. No había tiempo para ayudar a Mazur. Todo el equipo debía saber que Tebrich estaba ahí. Si querían asegurarse de capturarla, debían venir todos. Helicóptero incluido.

Señaló a Klink con el índice y luego a Mazur en el suelo.

—¡Radio! —dijo, esperando que la palabra se pronunciara parecido en alemán. Lo siguiente sería más claro; apuntó al otro lado del puente—. ¡Tebrich! ¡Tebrich!

Los alemanes entendieron de inmediato. Klink sacó a toda velocidad su *walkie-talkie* y soltó una rápida parrafada de la que Arturo solo reconoció el nombre Krödel.

Le bastó con eso. Salió corriendo hacia el puente, llenándose los pulmones de aquel espeso aire con regusto a alcanfor, y sacó el arma prestada. Ya la había evaluado. Una Makarov, lo que venía a ser una Walther PP —con la que Arturo había practicado a veces—. Semiautomática. Efectiva como mucho a cincuenta metros. Sensible a las caídas, podía dispararse por accidente. Ocho cartuchos en el cargador. Le habían dado dos cargadores de repuesto. Tenía margen.

Al llegar al puente echó un fugaz vistazo atrás. Vio con satisfacción que Schultz también le seguía, pistola en mano. Nunca creyó que pensaría en eso, pero se alegraba de tener a un agente de la Stasi a su lado. Si de algo sabían, era de matar.

En la estación, el comando terrorista parecía estar a la suya. Los hombres rodeaban a Tebrich como una muralla humana, mientras ella... no hacía nada. O eso parecía.

Daba igual. Lo importante era que no los habían detectado. Todavía tenían el efecto sorpresa de su parte. Entre eso y un par de tiros bien dados, mucho se tenía que torcer la cosa con o sin astrología. Siguió corriendo, con Schultz a cuatro cuerpos de distancia. Ya casi estaban en la mitad del puente que de repente quedó iluminado. La noche se desvaneció en un súbito resplandor que venía de encima de ellos. Sorprendidos, Arturo y el alemán se quedaron parados y miraron hacia arriba.

Allí vieron una raja, una enorme cicatriz anaranjada que desgarraba el cielo. Era tan grande como el puente, quizá más. Tras ella se intuía la silueta de numerosas formas borrosas. Y se oía un colectivo zumbido.

—¡Me cago en la momia de Lenin!

—*Schnell, schnell, schnell!*

Por más que Krödel gritara, Schmidt ya estaba yendo *schnell*. Mucho. Pisaba el acelerador de la furgoneta como si le fuera la vida en ello, controlando con la pericia de una avezada profesional marchas y volante en cada giro de noventa grados que hacían por las calles de Berlín.

No era suficiente.

La gigantesca mancha brillante en el cielo, visible desde cualquier punto de la ciudad, seguía estando lejos.

Los tres perros que iban en la parte de atrás trataban de mantener el equilibrio entre tanto tumbo. A cierta distancia, conduciendo la segunda furgoneta con el resto de animales, Speuer pugnaba por mantenerse a rebufo de la vía que las escandalosas sirenas de Schmidt iban abriendo en el escaso tráfico nocturno.

Krödel ladraba órdenes por radio a toda velocidad. Según le tradujo el propio capitán, Mazur parecía grave, pero estable. De las unidades de tierra, ellos eran los que estaban más cerca de la estación de Bornholmerstraße. El helicóptero iba de camino.

Aquello era una muestra de valor, por el riesgo que podía suponer. La presencia de un solo malviaje —indestructible por definición— era una amenaza que recomendaba el desvío del tráfico aéreo. Ir en ruta de colisión con él solía considerarse suicida. Suponiendo que se tratara de un solo espécimen.

Pero lo que tenían delante era la mayor grieta que la humanidad hubiera visto desde el mismísimo Moksha.

Esa luz espectral les hacía pensar en otra cosa: los malosviajes estaban a punto de entrar y ellos —los únicos que podían frenarlos— no estaban situados.

Veinte como mucho. ¡Los cojones!

Arturo se estaba acordando sobremanera de las estimaciones del capitán Krödel y su árbol genealógico, con especial referencia a las ramas más cercanas, al tiempo que teorizaba sobre su colectiva afición a degustar excrementos.

De veinte nada. El cielo estaba plagado de malosviajes, decenas de ellos. Flotaban a varios metros por encima de sus cabezas. Demasiado cerca para el gusto de Arturo. Pero al menos estaban tranquilos, zigzagueando con pereza y en aparente aturdimiento. Eso podía cambiar en cualquier momento. Y no se trataba de un monstruo solitario: aquel enjambre asesino tenía el potencial destructivo de un misil.

Solo había dos opciones: retirarse por completo o avanzar.

Arturo nunca había sido de agachar la cabeza. Huir jamás era una opción. Corrió hacia Tebrich. Mientras mascullaba una oración pidiendo que los malosviajes no se alteraran, se fijó en que Schultz lo seguía otra vez. Tenía un buen par de huevos, el alemán. Las cosas como son.

Los malosviajes continuaban a su aire. «Bien. Bien, bien, bien». Arturo aceleró. Cuanto antes llegara a Tebrich...

... Tebrich los estaba mirando.

«Joder».

Bajo la luz crepuscular que provenía de la grieta infestada de malosviajes se habían convertido en uno de los elementos más llamativos del lugar. Su escondite había desaparecido por completo.

Y Tebrich había dado la alarma a sus hombres, que estaban desenfundando pistolas.

A la mierda el efecto sorpresa.

Arturo no frenó. Debían seguir hacia adelante. Aquello se solucionaría con un tiroteo a la antigua usanza. Al menos hasta que llegara el helicóptero con su francotirador ruso. Quizá no todo estuviera perdido.

En la estación, Agatha Tebrich extendió los brazos. A Arturo se le cayó el alma a los pies al verlo.

—No —masculló—. No. Nonononono.

Paró en seco al entender lo que estaba a punto de pasar.

Schultz, en Babia, le adelantó sin ser consciente del peligro.

—¡Para! —le gritó, haciendo señas—. ¡Para, joder!

Schultz no le hizo ni caso. Quizá no le oyó, quizá no le entendió, quizá no le importó.

Fue el último error de su vida.

Tebrich dio una fuerte palmada. Como si aquello fuera la orden de un director de orquesta, todo el coro celestial de malosviajes enloqueció al unísono. Donde había habido tranquilidad hubo un caos frenético. El enjambre zumbó y chasqueó, aleteó y rebuscó.

Encontró a Schultz, presa en movimiento, adelantada en solitario.

Fue una visión terrorífica. Decenas de monstruos se lanzaron en picado contra él, ávidos de

sangre. Una negra nube lo recubrió, hasta el punto que su cuerpo dejó de ser visible. Largos gritos inhumanos. Un destello anaranjado. El silencio.

Schultz ya no existía.

La nube de engendros buscó otra víctima. Se fijó en Arturo.

«Joder. Joderjoderjoder».

Arturo se dio la vuelta y huyó hacia el otro lado del puente.

Tan rápido como pudo.

Schmidt estuvo a punto de estamparse contra un coche mal aparcado. El golpe con la furgoneta hizo saltar por los aires su espejo retrovisor izquierdo.

—El helicóptero no debe acercarse —siguió hablando Miri, una vez recuperada del susto—. Con que un solo malviaje le dé de refilón a un aspa, lo derribará. ¡Y ahí habrá montones!

—¡Lo sé! —replicó Krödel—. ¡Pero es la manera más rápida de llegar a Tebrich!

—¡Es un suicidio!

—¡Confía en ellos! ¡En antiterrorismo saben lo que hacen!

—¿Ah, sí? ¿Igual que nosotros? —Krödel suspiró ante el golpe.

—Estaba seguro de que saldrían por ahí.

Miri controló el impulso inducido por las drogas de gritar al capitán. Le puso la mano sobre el hombro.

—Lo sé; nadie te habría apartado de Bornholmerstraße si no. Y también sé que tu gente no tiene que acercarse tanto. ¿O me vas a decir que un francotirador entrenado necesita estar cerca?

Krödel chasqueó la lengua varias veces. Al final, cogió la radio con fastidio.

—*Ich hasse dich* —le dijo a Miri antes de recomendar prudencia al piloto.

Arturo logró llegar con cierta ventaja al lado de Mazur y Klink. El parafísico parecía encontrarse mejor, incluso estaba medio incorporado. Klink le dedicó a Arturo una mirada de incompreensión y miedo; el alemán era consciente de la deslavazada nube de malosviajes que venía detrás del teniente.

No era el momento de dar explicaciones, sino de actuar. Se colocó junto al coche, le pegó dos tiros al parabrisas trasero, usó las fisuras para destrozarlo del todo con un par de buenos codazos, se montó en el vehículo y lo puso en marcha.

Hacia los malosviajes que se acercaban en disperso vuelo rasante por el puente.

—Ruleta alemana, ruleta alemana... —musitó—. Vais a ver la ruleta española.

Tenía que funcionar. Si un tiro podía desviarlos, una colisión... No era experto en física, pero había visto lo que un atropello podía hacer a una persona. Hasta dónde podía catapultarla. Aunque fuera invulnerable.

Solo hacía falta que el puto coche comunista aguantara. Y que su ángel de la guarda estuviera

bien despierto. «Adela, Víctor, os quiero».

El secreto era la velocidad. Si iba muy rápido cada malviaje sería como una enorme bala que perforaría todo. Si iba muy lento, los monstruos se aferrarían a la carrocería y se colarían en dos dimensiones por cualquier rendija.

Pero si iba a la velocidad justa...

El primer impacto en realidad fueron seis o siete. Los monstruos que avanzaban en cabeza dentro del desperdigado enjambre golpearon con fuerza el coche. Sobre todo en el capó, pero también en el parabrisas. Que aguantó, aunque astillado.

Los malosviajes salieron despedidos en todas direcciones, como bolas de billar muy cabreadas.

Estaba funcionando.

La siguiente oleada fue más larga y tensa. Los choques vinieron de dos en dos, de tres en tres, desde el techo, desde los lados, y Arturo tuvo que agarrar con fuerza el volante para mantener la dirección y no chocar contra el puente. Sobre todo cuando uno de los malosviajes —de algún modo— se empotró en una de las ruedas y la reventó. Pero Arturo siguió en línea más o menos recta y a la misma velocidad.

Tras varios impactos, el parabrisas estalló por fin. Arturo se cubrió la cara al tiempo que un par de malosviajes se colaban dentro del vehículo. Pero gracias a la inercia salieron sin más por el agujero que Arturo había abierto en el otro extremo.

Un tercero logró agarrarse al hombro derecho de Arturo. Sin dejar que el pánico le dominara, el teniente sacó su arma con la mano izquierda y le pegó un tiro a bocajarro antes de que le clavara el aguijón. El engendro salió dando vueltas por la parte de atrás y se perdió en la noche.

Y no hubo más golpes. Los zumbidos sonaron cada vez más lejos. Arturo estuvo a punto de gritar. Los había dejado atrás.

Había funcionado.

Un disparo impactó cerca de la puerta del coche. Venía de la estación bajo el puente. Los hombres de Tebrich. Arturo había llegado al otro lado y se había puesto a tiro.

Salió agachado por la puerta del acompañante y se parapetó tras el automóvil mientras otros balazos fallidos le recordaban que el peligro no había pasado. Necesitaba evaluar la situación.

La estación estaba justo debajo de él, debajo del puente. Los disparos venían del extremo del andén, el único sitio en el que los terroristas tenían línea de tiro.

Él apenas tenía un resquicio. Para poder verlos bien, para poder devolver los disparos, necesitaba salir de detrás del coche y acercarse al borde del puente, que sería lo mismo que pintarse una diana de color fosforito. Ahí no tendría apenas sitio donde cubrirse.

Podía seguir por el puente y acceder a la estación por una de las entradas a esa altura. Pero durante el camino también se quedaría sin parapeto.

Tampoco podía quedarse donde estaba. Había despistado a los malosviajes, pero aquello no sería eterno. Si volvían a verle, atacarían de nuevo. Y no podría repetir lo del coche.

Su mejor opción para ganar tiempo era encontrar un ángulo muerto desde donde los monstruos no le vieran y él siguiera protegido frente a los tiradores. Buscó a los malosviajes para esconderse. Pero no estaban a la vista.

«¿Dónde coño...?».

Escuchó sus zumbidos en dos zonas diferentes. Los encontró y dejó de entender lo poco que entendía de lo que estaba pasando.

Un grupo se había vuelto a elevar, casi de vuelta a la grieta, y estaba haciendo algo que ningún malviaje había hecho jamás: juntarse con otros.

Parecían haber olvidado toda voluntad de ataque. Estaban en dos enjambres separados. Cada uno de ellos formaba una especie de abyecta bola en las alturas, con varios especímenes moviéndose entre espasmos, entrelazando partes de su anatomía a modo de orgiástica danza. Por algún motivo seguían flotando, aunque no hubiera alas realizando el esfuerzo.

Si aquello era raro, lo que estaban haciendo los demás dejó a Arturo patidifuso.

Se habían ido al otro lado del puente, donde se ocultaban Klink y Mazur. Arturo tuvo un instante de pánico al darse cuenta de que los había dejado desprotegidos. Pero esa sensación apenas duró un suspiro antes de convertirse en sorpresa absoluta.

Los malosviajes estaban allí, sí. Todavía irritados e irascibles, ansiosos por clavar sus agujijones. Chasqueando, zumbando, revoloteando a toda prisa. Y se habían arremolinado junto a Mazur.

El parafísico avanzaba con paso lento por el puente, rodeado de monstruos asesinos.

Y ninguno de ellos le atacaba.

Las dos furgonetas de la AONC se detuvieron con un frenazo al borde del puente de Bornholmer. Krödel, tan boquiabierto como el resto, no quiso atravesarlo hasta que entendieran por qué Mazur se movía entre malosviajes como si fueran sus mascotas. Lo que sí hicieron fue bajar todos y preparar a los perros.

—¿Crees que servirán de algo? —preguntó Miri, señalando el surrealista cuadro que tenían delante.

Krödel volvió a parecer dubitativo y sacudió la cabeza, como espantando ideas derrotistas. La adrenalina inducida por las drogas hizo acto de presencia.

—¡Hay que seguir el procedimiento! Iniciaremos la transferencia y los soltaremos a... a eso —señaló la nube que rodeaba al parafísico.

Miri suspiró.

—Son seis, capitán. ¡Solo al lado de Mazur hay como quince! ¡No servirá de nada!

—¡Tendremos seis menos! ¿Qué quieres que le haga?

—¡Para la próxima, traed conejos! ¡Cabén más!

—¡Los conejos huyen! ¡Los perros entrenados se quedan y obedecen! ¡Incluso atacan!

—¡Pues ya ves qué útiles nos van a ser aquí! —Se colocó junto a uno de los pastores

alemanes y trató de calmarse para transferir—. ¡Conejos, Krödel, conejos!

Cerca de ellos, llegando al puente, el helicóptero se colocaba en posición para que el francotirador pudiera actuar por fin.

Arturo lo veía todo demasiado bien, incluso agazapado tras el coche en pedazos. Veía las dos bolas de malosviajes, flotando bajo la inmensa grieta anaranjada. Veía que los terroristas de Tebrich también tenían sus incrédulos ojos puestos en lo alto. Tan estupefactos estaban que incluso habían olvidado dispararle.

Total, no tenían buen ángulo de ataque; seguir nada más les habría servido para desperdiciar munición. Así que en el fondo el tiempo —para que llegaran los refuerzos— estaba de parte de Arturo, lo cual le hizo muy feliz.

Hasta que vio el nuevo brillo.

Surgió de ambas bolas, con la misma tonalidad de las fisuras por donde salían los malosviajes. O de las igniciones con las que los monstruos mataban.

Y aquello era precisamente lo que parecía, el estertor final de una de sus picaduras, solo que multiplicado en intensidad. El fulgor de los globos era cada vez mayor y las formas de los seres se iban difuminando en las cegadoras esferas.

La propia Tebrich parecía apabullada. La supuesta organizadora de todo aquello, la que en teoría usaba a los malosviajes para sus fines, la guardiana de cosas ocultas, tenía la cara de alguien que acaba de ver un fantasma.

La vio extender tímidamente los brazos, la vio amagar una nueva palmada, la vio dudar, la vio recogerlos.

Arturo frunció el ceño.

«¿Qué acababa de pasar? ¿Qué iba a hacer pero no había hecho? ¿Por qué aplaudir otra vez? ¿Podía ser...? Si una palmada enfurecía a los malosviajes... ¿Significaba que otra...? ¿Acaso Tebrich también podía calmar a los malosviajes a voluntad? Joder».

De repente, a Arturo le pareció esencial atraparla viva. Aquella mujer era la clave para librarse de la mayor amenaza de la humanidad.

Reprimió el impulso de saltar a capturarla en solitario como el idiota de Schultz; una cosa era el coraje y otra muy distinta la estupidez. A Arturo no le hacía falta jugarse el pellejo. Solo necesitaba esperar a que el helicóptero le abriera camino a tiros. No tenía por qué exponerse, por qué salir al descubierto entre tanta rareza. Que si malosviajes, que si Tebrich, que si bolas brillantes, que si Mazur...

Mazur. El idiota. Seguía caminando por el puente con paso vacilante, quizá todavía afectado por su extraña dolencia. Aunque sus malosviajes particulares no le atacaban, cada vez se estaba poniendo más a tiro. El muy imbécil debía de pensar que llevar un chaleco antibalas era lo mismo que ser antibalas. Y con aquella nube de monstruos alrededor parecía una amenaza. Era

cuestión de tiempo que los hombres de Tebrich quisieran quitárselo de encima. Alguno de ellos ya parecía estar pensándoselo.

Y el atontado de Mazur era un blanco tan grande como el puto peñón de Gibraltar.

Uno de los terroristas llegó a la misma conclusión que Arturo. Apuntó al parafísico. Esperó su momento.

Arturo disparó primero. Maldiciendo por lo bajo se levantó de su parapeto y descargó su arma un par de veces. Falló, pero consiguió lo que quería: atraer la atención de los guardaespaldas de Tebrich, que comenzaron a dispararle como locos.

Arturo se tiró al suelo y pensó. Solo había ganado tiempo, y no mucho. No sería su blanco para siempre. Eran suficientes para dividirse y tratar de acribillar también a Mazur. Cuando se le ocurriera la idea...

Necesitaba algo para cambiar las tornas. Dios proveyó.

Un estallido retumbó en el aire y uno de los terroristas fue abatido. El francotirador del helicóptero había entrado en acción. Era tan letal como los alemanes habían prometido.

Arturo no dudó. Ninguno de los terroristas se fijaba en él.

Todos tenían la cabeza vuelta hacia lo alto, al implacable pájaro que, pese a la distancia, podía acabar con ellos.

Era ahora o nunca. Corrió hacia la barandilla del puente, la saltó y cayó sobre el tejado del andén. Se apresuró, arma en mano, hacia sus rivales.

Mientras lo hacía, el francotirador volvió a demostrar su eficiencia. Los sesos de un segundo terrorista salpicaron a los demás.

Tebrich y los suyos entraron en pánico y huyeron bajo la cubierta del andén, fuera del alcance del helicóptero.

Arturo se descolgó hasta el suelo y los persiguió.

Aunque en inferioridad numérica, la estrategia de la AONC era buena. O lo habría sido en otras circunstancias. Schmidt, Krödel y Miri tenían suficientes fuerzas, cada uno, para transferir a dos de los perros sin desmayarse ni necesitar un largo descanso. Y justo llevaban seis pastores alemanes.

Estaban excitados incluso antes de recibir el exceso de energía; habían reconocido el olor de las criaturas que estaban entrenados para perseguir y miraban suplicantes a sus amos humanos, esperando entre gemidos la ansiada orden de atacar.

Cuando tomaron la transferencia fue como si ellos también estuvieran bajo los efectos de los estimulantes. Krödel apenas necesitó azuzarlos: en cuanto les dio la señal con la mano, salieron como flechas hacia los malosviajes que rodeaban a Mazur a lo lejos.

Cruzaron el puente como relámpagos, con una velocidad sobrenatural fruto de la fuerza vital prestada. Algunos de los engendros insectoides percibieron la amenaza y se lanzaron zumbantes contra esta.

Pasó lo que tenía que pasar. Clavaron sus agujijones, se iluminaron y se inmolaron junto con los perros, que chillaron agónicos y llenos de aterrada sorpresa. Luego volvió la calma.

Miri todavía jadeaba por el esfuerzo, igual que sus acompañantes. Por fortuna, parecía que a algunos perros les había atacado más de un malviaje. La bandada que se había lanzado contra ellos había sido numerosa. Más de seis, pero menos de quince.

Miri intentó calcular con exactitud cuántos monstruos quedaban; era la información que necesitaban para la siguiente fase del plan de exterminio. Siguió el vuelo de los seres mientras contaba.

Fue entonces cuando se fijó en el cielo. Y los vio. Inmovilizada, enmudecida, le dio un puñetazo en el hombro a Krödel y señaló a las alturas. Krödel y Schmidt siguieron su dedo y quedaron tan sobrecogidos como ella.

Las bolas brillantes ya no estaban ahí. En su lugar había dos monstruos. No eran malosviajes, aunque tenían un lejano parecido. Eran... algo peor.

De largo medirían poco más que la altura de un hombre adulto. En las partes más anchas, sin contar las alas, los cuerpos peludos casi alcanzaban un metro. Hasta ahí llegaba lo cuantificable. El resto era una abominación.

Tenían una grotesca cabeza con una salpicadura de asimétricos ojos facetados, y descomunales mandíbulas tan grandes como un malviaje. Sus ocho largas patas articuladas y terminadas en garras parecían capaces de perforar un automóvil, quizá incluso de levantarlo al vuelo. Su cuerpo en dos partes acababa con un abdomen del que surgía un agujijón del tamaño de un antebrazo humano. De la sección delantera brotaban dos gruesas pinzas blindadas que daban la impresión de poder reventar cráneos sin esfuerzo. Largas alas similares a las de una libélula mantenían de forma antinatural en el aire a las criaturas.

Brillaban. Una siniestra luminosidad rojiza, en aleatorias oleadas, brotaba de su interior y permitía aquí y allá atisbos de sus repulsivos órganos internos. El infernal color recordaba al de un malviaje a punto de matar.

En aquel instante, la grieta por la que habían entrado los monstruos se cerró y la negra noche volvió a ser reina. En semejante oscuridad, el fuerte resplandor de las repugnantes quimeras tenía un ominoso protagonismo.

—¿Qué... qué son esas... pesadillas? —musitó Miri.

Se cernieron en el aire unos segundos, tiempo en el que la americana no fue capaz de recuperar la estabilidad emocional ante lo que veía. Luego una de las aberraciones se giró con lentitud y fijó con desidia su mirada en otro punto del cielo nocturno.

El lugar donde se encontraba el helicóptero.

La oleada de pánico hizo que Miri reaccionara por fin.

—¡Krödel! ¡Avisa por radio! ¡Haz que se aparten!

El capitán ya tenía la radio en la mano antes de que ella terminara de hablar. A toda prisa alertó del peligro y recomendó la retirada total. El piloto hizo la misma evaluación de riesgos y

trató de alejar el helicóptero.

Sin conseguirlo.

La pesadilla voladora se dio impulso y zumbó con estridencia en ruta directa de colisión con el aparato. Impactó contra la cola, lo que provocó una fuerte sacudida, y luego sus pinzas hicieron presa en el rotor principal y lo desmenuzaron por completo. Las aspas golpearon a la criatura una y otra vez en el proceso de destrucción, pero el ser apenas acusó los mazazos.

El helicóptero tuvo un destino muy diferente. Privado de sustentación, cayó como un peso muerto. Solo la habilidad del piloto en aquellos últimos momentos evitó que su masa se desplomara sobre la cercana zona habitada. En vez de eso, reventó en una bola de fuego sobre las desiertas vías de tren.

La pesadilla contempló el espectáculo, pareció satisfecha, y flotó tranquila junto a su hermana.

Miri temblaba como una hoja.

Respirar, aguantar, exhalar. «*Om tri-ambakam iayamajésu-gandim pusti vardanámurvarukaiva bandanánmritior muksíia mamritat*».

Respirar, aguantar, exhalar.

¿Qué diablos era aquello?

Schmidt reaccionó de manera diferente. Gritando llena de furia, sacó su arma y comenzó a disparar como una loca contra los seres. Muchos de los tiros hicieron impacto, pero rebotaron sin más. Aun así, eso sirvió para llamar la atención de las criaturas.

Una de ellas se dejó caer en un rápido picado y aterrizó justo sobre la cabeza de Schmidt. El choque provocó que la agente se desplomara sobre el suelo, con el monstruo encima. Antes de que Miri, Krödel o el agente de la Stasi tuvieran tiempo de reaccionar, el agujijón ya taladraba el abdomen de Schmidt.

—*Nein!* —gritó Krödel, y empezó a disparar también. Miri le imitó, pero la pesadilla no les hizo ni caso mientras las balas volaban en todas direcciones. Era como disparar a un búnker de artillería.

El brillo del monstruo aumentó y todos supieron que la cosa acabaría pronto, ya que humana y criatura estaban a punto de desaparecer. Aun así, Krödel no aceptó la derrota. Con los ojos llenos de lágrimas apretó el gatillo una última vez. Apuntando a la cabeza de Schmidt. Al menos no sufriría los efectos de la inflamación suicida del engendro.

En cuanto el cadáver de Schmidt empezó a iluminarse supieron que algo iba mal. Cuando un malviaje mataba refulgía tanto como su víctima. No era eso lo que estaba pasando. Aunque Schmidt se encendía, la pesadilla no. Su brillo se mantenía constante mientras fundía a su presa. En cuestión de segundos no quedó nada de Schmidt, aparte de un charco humeante.

Pero el monstruo estaba intacto.

Terminado su ataque, unas gotas oscuras gotearon de su fétida boca y dirigió su atención hacia los otros humanos. Miri, Krödel y el agente de la Stasi.

Los tres asimilaron de golpe que se encontraban, solos e indefensos, ante un malviaje inmortal.

Los cabrones habían subido la escalera del andén hasta el piso superior de la estación. Arturo fue tras ellos, rezongando porque le hubieran hecho bajar para nada. Otra persona quizá se habría regocijado viendo desde lejos la estampida. Habría creído que los disparos del francotirador habían destrozado la moral de los terroristas. Al fin y al cabo, huían como conejos. El control que creyera tener Tebrich de la situación parecía haberse desvanecido. Otra persona habría visto la luz al final del túnel.

Otra persona. No Arturo.

No se engañaba. Aquellos tipos se alejaban a toda prisa, pero no se movían al azar. No se desperdigaban. No había terror en sus actos. No estaban descabezados. Sabían adónde iban.

Tenían un plan de huida. Pero por poco tiempo.

Arturo llegó al piso superior y vio al tropel alejarse.

Apuntó, disparó y uno de ellos —el que había hecho de oteador en el andén— cayó muerto con un par de tiros en la espalda. Los otros se volvieron a toda prisa y soltaron una loca andanada como respuesta. Arturo se parapetó en la escalera y los inexpertos tiradores erraron sus blancos.

Agachado, Arturo sonrió. A Tebrich solo le quedaban tres matones.

Los vio colarse por una puerta de acceso restringido para el personal de la estación. Libre de pistoleros, fue a toda prisa tras ellos. Abrió la puerta y una bala falló por pocos centímetros.

Ante él había un pasillo que acababa en un giro a la izquierda.

Oculto detrás de la esquina, uno de los terroristas había intentado matarle. Arturo solo se había salvado por la mala puntería del otro; desde aquella posición, él no habría fallado.

Igual su ángel de la guarda estaba bien despierto, al fin y al cabo.

Se escondió al otro lado de la puerta. Entendió de inmediato la situación. Los de Tebrich habían adoptado una estrategia de los tres mosqueteros: el terrorista distraía a Arturo y ganaba tiempo para sus amigos. Mientras estuviera en su posición ventajosa, Arturo no podría acercarse y Tebrich huiría.

«Joder».

Miró alrededor. Buscó alguna manera de equilibrar las fuerzas. En la estación no había nada que pudiera ser útil. Se fijó en un extintor que colgaba de la pared. Tuvo una idea al verlo, pero la descartó de inmediato. Los extintores no estallan cuando les disparas, eso solo pasaba en las películas.

Pero... ¿Lo sabría el terrorista?

Arturo sonrió otra vez. Por probar, que no quedara.

Descolgó el extintor y lo tiró con rapidez por el suelo hasta el final del pasillo. Oyó un grito asustado desde el parapeto del alemán.

—*Scheiße!*

Pasos apresurados. El tipo había picado. Pensaba que Arturo le había tirado una granada en potencia.

Disparó, el extintor dio un pequeño bote y surgió una nube de gas blanco que cubrió todo el pasillo. Nada más. Ni deflagraciones ni onda expansiva.

Pero el susto del otro le había dejado vía libre a Arturo. Con una ventaja adicional: todo el lugar se había cubierto de una espesa niebla, como si hubiera lanzado una bomba de humo, cosa para la que Arturo estaba preparado y el terrorista no, corrió hasta la esquina y siguió la ruta del hombre que trataba de huir de la humareda. Arturo no se encontraba en su mejor momento, pero, a diferencia de su rival, no necesitaba ver bien para saber dónde estaba el otro. Llegó hasta su espalda, hizo un veloz barrido y lo tiró al suelo. El terrorista —un tipo calvo— pataleó. Se dio la vuelta y en ese momento Arturo le partió la nariz y lo dejó fuera de combate.

Había capturado a un terrorista vivo.

Le quitó el arma a aquel despojo inconsciente y siguió el pasillo. Al final encontró una escalera que bajaba a una zona de servicio. Descendió los escalones de cuatro en cuatro, pistola en mano, atento a cualquier movimiento o a cualquier zumbido. En el Retiro, Tebrich había usado malosviajes como distracción.

Abajo se encontró una serie de pasillos con un grueso cableado que colgaba por las paredes. Parecían instalaciones eléctricas de algún tipo. No se oía ni un ruido, aunque sí había un fuerte olor a cerrado. Avanzó y se encontró con varias bifurcaciones. Las fue siguiendo al azar, con creciente frustración, hasta darse cuenta de lo evidente: aquello era un laberinto.

Maldijo por lo bajo. Los había perdido.

La pesadilla dio un paso lento hacia Miri. Agitó sus alas y se elevó a la altura de sus rostros. Se quedó ahí, estudiándolos con exagerados giros de su cabeza peluda, al tiempo que hacía chasquear sus pinzas en nefasta advertencia.

Los tres humanos se miraron mientras seguían apuntando con sus armas al monstruo, aun sabiendo que el gesto era inútil. Miri y Krödel, además, seguían sin recuperar el resuello por las transferencias.

—¿Alguna idea, capitán? —dijo Miri. Krödel sudaba a mares. Sacudió la cabeza.

—No tendrás algún perro pastor por ahí, ¿no?

Miri soltó una risita a pesar de todo.

—Están en los otros pantalones.

—Y yo estoy agotada. Tampoco podría transferir.

El rostro de Krödel se iluminó.

—*Lebenskraft*... Esa cosa tiene mucha energía... —susurró.

El monstruo avanzó un palmo y ellos retrocedieron. Miri contempló al enorme alemán con una mezcla entre respeto y miedo.

—Ni se te ocurra.

Krödel asintió con vehemencia.

—Ahora atacamos nosotros —sonrió—. Supera esto, americana.

Soltó su arma y, aullando, dio un bote hacia la pesadilla. El depredador, sorprendido, no supo qué hacer ante tan inesperada reacción y perdió unos segundos. Cuando quiso darse cuenta, y tras un par de rápidas fintas, Krödel se había colocado detrás y sujetaba con una presa titánica el cuello de la criatura. El engendro zumbó y pataleó con fuerza, agitó a la desesperada sus pinzas, sacudió sus alas, su brillo interior palpité con rapidez, pero no fue capaz de zafarse.

Entonces Krödel comenzó a transferir.

La teoría era perfecta. Si a Miri y a él les faltaba energía, necesitaban encontrar una fuente. ¿Qué mejor opción que aquel ser en apariencia inagotable? Si lo era, Krödel al menos podría mantenerlo inmovilizado de forma indefinida usando su propia fuerza. Y si no lo era, moriría cuando Krödel ordeñara toda su esencia.

Pero, además de perfecta, la teoría era insensata. Existían motivos por los que los *transfers* no hacían ese tipo de maniobras. El principal era que se trataba de una locura de colosal magnitud. No solo porque las pinzas podrían haber degollado a Krödel en el primer compás. También influía que el contacto con el aguijón de un malviaje enfurecido era letal en potencia. Todavía más con uno que resultaba que no debía preocuparse por minucias como morir.

Hasta aquel momento, Krödel había tenido suerte, pero quizá no le durara mucho: la pesadilla agitaba en círculos su abdomen, tratando de clavar el aguijón tras ella. A juzgar por su espantosa movilidad, era cuestión de tiempo que acertara, aunque fuera en una pierna.

Sin saber cómo ni por qué, Miri se encontró sujetando con las dos manos el veloso abdomen del monstruo. Hizo tres respiraciones rápidas.

Y toda la energía del universo la llenó como una riada que arrasara una aldea de cabañas. Su fatiga desapareció, su cuerpo se llenó de vida, sus músculos se tensaron, sus sentidos se aguzaron, su cerebro se desbordó ante la sobrecarga de información que debía procesar. Pero el resumen de lo que notaba estaba claro: Miri lo podía todo. Jamás se había sentido tan viva e imparable.

Todo aquel chorro espiritual la colmaba y se derramaba por su esencia incluso antes de entrar en contacto con los estimulantes. Cuando se juntaban ambas fuerzas, el impacto aumentaba de forma exponencial. Sin decidirlo a un nivel consciente, Miri trató de aplastar el abdomen de la pesadilla con sus propias manos; si le hubieran propuesto hacer lo mismo con la caja fuerte de un banco, también lo habría intentado. No creía conocer límites para su fortaleza física.

Sin embargo, los había. El cuerpo del monstruo, en apariencia blando y suave, resultó ser mucho más resistente. Apenas cedía un poco ante el poderoso empuje de Miri. La pesadilla era más dura de lo que daba a entender.

Y duras eran también sus patas. El engendro no se quedó quieto ante el nuevo ataque. En vez de eso, y aprovechando que a Miri la tenía al alcance, la golpeó con fuerza y rapidez, clavó sus garras, mordió con sus pinzas, la perforó, la despellejó, arrancó trozos de ella, trató de matar a la

molesta humana que sujetaba su aguijón con ahínco. Acertó en su pecho, en su vientre, en mitad de su cara, y en todas las ocasiones atravesó a Miri y sacó las extremidades cubiertas de sangre y vísceras.

Pero todas las heridas se cerraban instantáneamente, tal era el poder que Miri estaba absorbiendo. Estuvo a punto de soltar una carcajada al darse cuenta de que era una diosa y nadie podría nunca con ella. Pero no lo hizo porque algo la avisó del peligro.

Demasiado tarde.

El cuello de Krödel fue perforado. No por una simple pata o pinza, sino por un aguijón supurante. No un pequeño venablo de malviaje, sino una lanza monstruosa. El aguijón de la otra pesadilla, que acababa de unirse a la pelea por sorpresa. Krödel abrió ojos y labios, desconcertado, y un sonido gorgoteante escapó de su reventada tráquea al tiempo que un chorro de sangre salía de su boca. Palideció, tembló y en su expresión Miri vio miedo. El terror de alguien que sabe que vive sus últimos segundos. El único motivo por el que Krödel no chilló de agonía y pavor fue que le resultaba imposible; de su garganta solo surgió un sibilante sonido lleno de desesperación. La pesadilla recién llegada afianzó su asidero, aferrándose a la cabeza del capitán, y usó sus pinzas para hacer presa en los brazos y apartarlos poco a poco de su hermana. Cuando empezó la ignición, Krödel perdió la fuerza y dejó suelta a la criatura. Con un zumbido triunfal, la antigua prisionera agitó sus alas y se elevó, levantando a Miri medio metro del suelo. Colocó su aguijón en posición horizontal y, con un rápido impulso marcha atrás, lo clavó con saña en el pecho de Krödel. Pero el capitán ya no estaba en aquel cuerpo. Sus ojos habían quedado vacíos y no hubo reacción alguna cuando su envoltura mortal se fundió y desapareció en un charco en el suelo. Fue lo único que quedó del audaz capitán Niklas Krödel, especialista de la AONC, alguien que había salvado incontables vidas gracias a sus poderes de transferencia. Un charco en el suelo.

Y las pesadillas seguían igual de imbatibles.

Miri se soltó, rodó lejos de los monstruos, y se colocó junto al sobrecogido agente de la Stasi. La estrategia de Krödel podría haber funcionado contra uno de los seres, pero ahora ella estaba sola frente a las dos.

Nada más quedaba una opción.

—¡Corra! —le dijo al agente, y deseó que la entendiera.

Siguió su propio consejo. En una fracción de segundo fue consciente de que era un esfuerzo inútil: no llegaría muy lejos. Las pesadillas la alcanzarían antes de dar dos pasos. Su única triste posibilidad era ganar tiempo si se cebaban, en primer lugar, con el otro hombre; pero si aquellas cosas actuaban como los malosviajes normales, tendrían preferencia por ella. Siempre atacaban primero a los agentes del DOR.

Aun así, aunque su destino estuviera escrito, no iba a quedarse en el sitio. Se dio la vuelta y se dispuso a correr como nunca había corrido.

Se encontró cara a cara con el doctor Mazur. El parafísico había llegado junto a ella, casi

lívido y con inusual seriedad en su rostro. Miri no pudo sino sentir un extraño *déjà-vu* cuando el hombre, impávido, se colocó entre ella y los monstruos.

Solo que en esta ocasión los monstruos no se detuvieron.

Siguieron flotando hacia ellos, haciendo caso omiso del agente de la Stasi que iba pies para qué os quiero en sentido contrario. También asustada y con su deseo de correr ya olvidado, Miri solo pudo contemplar la escena. Los seres zumbaron irritados chasqueando sus pinzas, demostrando sus ganas de matar.

Pero sí que se movían más despacio. Con... ¿cautela? ¿Duda?

Mazur se dobló repentinamente, como si hubiera recibido un puñetazo invisible. Se apretó el estómago con ambas manos y dio la impresión de que iba a caer inconsciente. Pero volvió a incorporarse. Sudoroso y desafiante. Algo en él estaba frenando a las pesadillas.

Aunque frenar no era lo mismo que detener.

Uno de los monstruos le dio un zarpazo tentativo en la cara. No con la misma saña que a Krödel, pero lo bastante para abrirle un tajo de lado a lado.

Aquello sí que pareció asustar al doctor. Su expresión de miedo envalentonó a los monstruos. El mismo que le había herido le golpeó el pecho.

Retiró la pinza de inmediato, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Incluso se le escapó un zumbido que había sonado quejumbroso.

Las pesadillas y Miri se fijaron en lo mismo: el chaleco antibalas que llevaba Mazur. Aquello era lo que había tocado la pinza a través de la camisa rasgada.

Los monstruos retrocedieron un par de palmos, agitaron sus antenas, se miraron, zumbaron. Pero no osaron volver a acercarse.

Alzaron el vuelo y se marcharon. Su fulgor rojizo se perdió en el cielo nocturno.

Protocolo 12

No somos inmunes a los villanos en nuestro propio seno.

Si supiera de alguno, no viviría hasta pasado mañana.

De un discurso de Erich Mielke ante oficiales de la Stasi, 1982

Cuando Arturo terminó de dar vueltas por las catacumbas y se convenció de que Tebrich había escapado, regresó al puente de Bornholmer. Allí se encontró con una multitud.

Por lo menos había una docena de furgonetas policiales, un pequeño ejército de agentes antiterroristas de uniforme, otro más reducido de adustas personas de paisano con gabardinas y gran cantidad de unidades caninas. En cuanto salió estuvieron a punto de acribillarlo o, como mínimo, detenerlo. Lo primero lo evitó levantando las manos y quedándose quieto. Lo segundo, gracias a la intervención del bajito capitán Perler, que aclaró a sus hombres que aquel desaliñado bigotudo era un huésped del sur y podía pasar el cordón policial.

Arturo aprovechó aquel trajín identificativo para echar un rápido vistazo a su alrededor. Divisó entonces la unidad de bomberos que estaba retirando chatarra carbonizada de las vías del tren; se fijó en la ausencia de sonido aéreo y sumó dos más dos.

Ni rastro de malosviajes, cosa que podía ser muy buena o muy mala señal.

Encontró de inmediato lo que más le interesaba. Tal y como él mismo había dicho, resultaba difícil ocultar el cuerpo del doctor Mazur. Callahan estaba a su lado. Ambos vivos y, en apariencia, ilesos. Se dirigió a ellos y notó entonces el ánimo alicaído de la americana. Había más agentes de la AONC, también cabizbajos.

Alguno incluso lloraba. No estaba el enorme capitán Krödel. Arturo volvió a sumar dos más dos.

También se fijó en que los agentes de la AONC y Callahan evitaban mirarse.

Mazur, sin embargo, trataba de darle ánimos. Tenía una mano sobre su hombro y asentía a cada palabra que ella decía. Arturo pudo oír parte de su conversación cuando estuvo lo bastante cerca.

—... pero no más no puedo. No me quedan fuerzas —decía Callahan.

—No ibas a ser inmortal para siempre.

Callahan esbozó un amago de sonrisa.

—Tampoco me quedan muchas de las otras.

El polaco apretó el hombro de la chica. Ambos se volvieron hacia Arturo y le saludaron. Al ver que Mazur tenía un porro recién encendido en la boca, se lo cogió sin más y le dio una larga calada.

—Confiscado —dijo como única explicación y no lo devolvió. El doctor se tocó el ala del sombrero a modo de asentimiento.

—Cuidado, teniente —replicó Callahan—. Tomar drogas es ilegal.

No había verdadero humor en el apagado intento de la americana ni en su media sonrisa. Solo había alguien intentándolo. Arturo fingió no darse cuenta.

—Lo necesito —dijo. La risita de Mazur ante aquello sí que fue honesta.

Perler y un par de sus agentes les tomaron declaración sobre lo sucedido, cosa que aprovecharon para ponerse al día sobre lo que cada uno de ellos había visto y hecho. En ese tiempo, Arturo vio cómo sacaban engrilletado al terrorista calvo y se alivió pensando que al menos tendrían eso, una fuente de información. Y el conocimiento de que Tebrich también podía calmar a los malosviajes. Pero seguía habiendo un interrogante. Uno sobre lo que Mazur no había dado demasiadas explicaciones en su declaración.

Cuando se fueron Perler y los suyos, Callahan se lo preguntó a bocajarro.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo expulsaste a esas... pesadillas? Y no me vengas otra vez con lo de «no lo sé, simplemente pasó». No soy Perler.

El parafísico agachó la cabeza y, tras una profunda inspiración, comenzó a liar otro porro. Asintió.

—Está bien. Lo merecéis. Aunque lo que estoy a punto de deciros es uno de los mayores secretos de la Unión Soviética. Pero si queremos acabar con Tebrich, tenemos que colaborar. Confiar. Alguien tiene que dar el primer paso.

Un largo y sonoro frenazo interrumpió el monólogo. Los tres se volvieron en dirección al lujoso coche negro con cristales tintados que acababa de hacer acto de presencia en el puente.

Antes de que se abrieran las puertas ya tenían claro que en su interior iba alguien importante. La hipótesis se confirmó cuando salió a la fría noche el coronel Bruno Wahler, el militar al que Arturo había etiquetado en su cabeza como «engranaje». Guantes, bufanda y cara de perro, se arregló el abrigo y miró alrededor. Hizo caso omiso a los agentes que se cuadraban ante él y rebuscó hasta localizar a los extranjeros. Fue hacia ellos a grandes zancadas y ni se molestó en saludar. Lo que hizo fue gritar en inglés.

—¡Ustedes! —los apuntó, acusador, con el índice—. ¡Ustedes! ¡Esto no quedará así!

Callahan frunció el ceño. Mazur puso cara de incompreensión. Arturo, petardo en boca, sonrió. Aquí venía.

—Coronel —empezó el doctor—, no sé...

—¡Calle! ¡Callen los tres! ¡Van a pagar por esto!

Callahan cruzó los brazos. La sonrisa de Arturo aumentó al darse cuenta de que estaba a punto de saltar.

—¿Pagar? ¿Pagar por qué, si puede saberse?

—¡No finja, arpía americana! ¡Me encargaré de darle un buen escarmiento! ¡Su complot ha quedado expuesto!

—¿Pero de qué puto complot me...?

—¡Que se calle, le digo! ¡Un helicóptero abatido! ¡Varios agentes muertos! ¡Una célula terrorista huida! ¡La misión fracasada!

—¿Y es culpa nuestra?

—¿De quién si no? ¡Todo esto ha pasado justo cuando ustedes vinieron «por casualidad»! ¡Ustedes son casi los únicos supervivientes! ¡Apesta a complot reaccionario! ¡Son ustedes espías, saboteadores capitalistas!

Callahan pilló por sorpresa a todos cuando agarró a Wahler por las solapas y puso su cara a cinco centímetros de la del coronel, enseñando los dientes. Hubo gritos y gente que apuntaba sus armas hacia ella, con lo que optó por soltarle, algo más comedida. Aun así habló.

—Han estado a punto de matarnos. He... he visto morir a gente buena. ¿Y ahora viene usted, cabronazo de mierda, a acusarme? ¡Qué huevos tiene!

Wahler no se inmutó. Recolocó su abrigo y bufó, despectivo.

—Guarde su alegato para el juicio. ¡Capitán Perler! ¡Póngalos bajo custodia!

No muy convencido, el aludido asintió y dio la orden a varios uniformados. De inmediato cachearon al trío y les retiraron armas, municiones y cualquier objeto que arbitrariamente consideraron peligroso. Luego procedieron a engrillear a Callahan y Arturo.

—Coronel —trató de mediar Mazur—, sin duda esto es un malentendido. Si quisiera...

—No se esfuerce —intervino Arturo en español, con las manos ya inmovilizadas a la espalda—. Ni él mismo se cree las acusaciones. Pero está acojonado y tiene que pasarle el muerto a alguien. Esta situación se le ha ido de las manos y no quiere que le salpique.

—¡Hable en un idioma que yo pueda entender! —chilló Wahler en inglés.

—Coronel —insistió Mazur—, de verdad. Creo que...

—¡Que se calle! ¡Ni una palabra más! —miró al doctor y encontró otra cosa sobre la que descargar su ficticia ira—. ¡Capitán! ¡Quítenle también ese chaleco antibalas! ¡Si huye, que podamos abatirle a tiros!

Mazur se quedó blanco.

—No, coronel, el chaleco no. No debe...

Uno de los policías, lleno de celo y fervor castrense, golpeó al doctor en la cara con la culata de su subfusil. El parafísico quedó aturdido, aun así peleó como un jabato para evitar que le quitaran la protección. Cuando lo hicieron, una desconcertante imagen quedó a la vista. Bajo el chaleco, la piel estaba pálida, macilenta, como si no hubiera visto la luz del sol en años. Pero aquello no era lo más raro. En el pecho de Mazur había una enorme quemadura añeja, de algo más de un palmo; en esa zona, la piel estaba retorcida y plegada sobre sí misma, igual que si la hubieran fundido y enfriado muy rápido.

Mientras Mazur, con las manos a la espalda, seguía peleando y gritando que pararan fuera de sí, Wahler tomó con desdén el chaleco y se alejó en dirección al coche negro. Los agentes encerraron al trío en la furgoneta más cercana.

Aun inmovilizada, Callahan intentó tranquilizar al doctor, que cada vez estaba más alterado.

—¡Bro! ¡Bro, escucha, tienes que calmarte!

El hombre no escuchaba. Estaba ido, con los ojos casi fuera de sus órbitas.

—¡No puedo! ¡No puedo!

Gritó y se retorció de dolor. Cayó al suelo de la furgoneta; Arturo y Callahan temieron por un instante por su vida... hasta que los gritos cesaron de golpe. Mazur se incorporó como pudo, lleno de sudor, pero más calmado.

—No tengo tiempo —dijo, con la respiración entrecortada.

Y se marchó. No fue el hecho, sino cómo lo hizo. Primero cayeron sus grilletas y las manos quedaron libres. Arturo no entendió lo que pasaba hasta que se fijó en las extremidades. Estaban planas, igual que una hoja de papel. Lo mismo le estaba pasando al resto del cuerpo. En unos instantes, el parafísico quedó tan delgado que casi tenía solo dos dimensiones. Al terminar, Bronislaw Mazur se coló por la rendija de la puerta de la furgoneta.

Como habría hecho un malviaje.

Una vez al otro lado, Bronislaw recuperó la tridimensionalidad. Al hacerlo volvió a sentir la mordedura en sus entrañas, una salvaje quemazón que lo desgarraba por dentro y le robaba fuerzas a pasos agigantados. No le quedaba mucho.

Caminó con rapidez, consciente de que casi todos los presentes habían visto su inusitado truco de escapismo. Pero mientras trataran de asimilarlo tendría unos segundos de ventaja. Debía aprovecharlos.

Alguien se dio cuenta de que iba directo a Wahler y quiso impedir la hipotética agresión. Escuchó varias voces que le ordenaban el alto y amenazaban con disparos, vio a varios uniformados apuntarle y supo que apretarían el gatillo sin dudar.

No se detuvo.

Los gritos aumentaron de volumen, las órdenes se hicieron cada vez más conminatorias y al final, cuando había recorrido la mitad del camino, alguien disparó y el resto hizo lo mismo por pura y simple imitación simiesca. En segundos, decenas de balas salieron de las armas semiautomáticas y alcanzaron a Bronislaw.

Fue como si le hubieran atacado con avioncitos de papel. Dio igual la zona de impacto: tronco, extremidades, cabeza... Los proyectiles rebotaron y se desperdigaron a los cuatro vientos.

El doctor apenas los notó. Estaba demasiado concentrado tratando de apagar el fuego que devoraba sus tripas con la mente.

Al percatarse, por fin, de que sus andanadas de poco servían, los agentes decidieron otorgar

un alto el fuego que nadie había solicitado, en tanto que recalibraban la compleja situación. Los repetitivos estallidos de las balas fueron bajando en intensidad y sus percusiones desaparecieron del todo cuando el parafísico llegó a las inmediaciones del coronel; nadie quería herir por accidente a uno de los allegados de Erich Mielke. Y nadie sabía cómo detener a aquella fuerza de la naturaleza en la que se había convertido Bronislaw.

Pronto se dieron cuenta de que su desasosiego era a todas luces infundado. El doctor no tenía en absoluto intención de lastimar a nadie. Al llegar junto al coche del militar, lo único que hizo fue, sin mediar palabra, arrancarle de las manos el chaleco y colocárselo sobre el cuerpo.

La quemazón desapareció y Bronislaw dejó salir una profunda exhalación. Hasta se permitió el lujo de sonreír, como si no hubiera estado a punto de fallecer.

Miró de reojo alrededor y vio muchos rostros nerviosos, armas todavía alzadas y gente tan desconcertada como si hubiera tenido que invitar a un abedul a bailar una polca. Y el rey de los pasmados era el coronel Bruno Wahler. A su lado, lo miraba sin saber si debía temerle o volver a enfurecerse; pero, tras la reciente exhibición, conservaba el sentido común requerido para no hacer lo segundo, por más que se lo pidieran sus vehementes gónadas. Bronislaw amplió su sonrisa, tratando de darle el aspecto más turbador que pudo.

Estaba lejos de la furgoneta; era imposible que Callahan o Crespo le oyeran. Además, tampoco hablaban alemán. Aun así, Bronislaw optó por el bávaro; si lo hablaba lo bastante rápido seguro que nadie más que Wahler entendería el intercambio.

—Coja el teléfono inalámbrico de su coche —conminó—. Llame a Dasha Gordievsky y dígame que active el protocolo 12.

Wahler fue incapaz de reaccionar. Por todo lo que acababa de ver, por el temor que había sentido por su vida, por el hecho de que aquel científico le estuviera dando órdenes y no solo eso, sino que además usaba con fluidez su lengua materna.

—Yo... yo...

—¡Obedezca!

El coronel, a su pesar, obedeció. Aquel giro de los acontecimientos ayudó a que soldados y policías se relajaran y bajaran sus armas. Mientras Wahler tecleaba en el teléfono del coche, Bronislaw se ajustó las cinchas del chaleco y se aseguró de que la mayor cantidad posible de él tocara su piel desnuda. Luego recuperó también la camisa y se la puso por encima.

Wahler, desconcertado por completo, salió del automóvil.

—Esto... esto es inaudito.

Bronislaw se rio.

—Supérela.

—No en... no entiendo nada. Pero esto no quedará así. Mielke nunca permitirá que...

—Cierre la puta boca. Calle y escúcheme bien: ahora mismo Gordievsky está siguiendo el protocolo 12. Eso significa que está llamando al Kremlin. Ellos hablarán con Honecker. Honecker hablará con Mielke. Y Mielke bajará las orejas y obedecerá. Porque mi misión es

mucho más importante que sus estúpidos politiqueos. De modo que, y preste atención, porque solo lo diré una vez, no se vuelva a cruzar en mi camino. Como lo haga, yo mismo acabaré con usted. Y me darán una medalla por ello.

Le dio la espalda al tembloroso coronel y volvió a la furgoneta para liberar a Callahan y a Crespo.

Interludio: fe

*En medio de la angustia, él oraba más intensamente,
y su sudor era como gotas de sangre que corrían hasta el suelo.*
Lucas, 22:44

Lo peor de todo era que no podía llorar. No delante de sus fieles. En aquellos tiempos de tribulaciones necesitaban una roca sobre la que edificar su convicción; Agatha debía ser esa piedra angular. Si la veían zozobrar, ellos también se desmoronarían. Así que, aunque se sintiera como si caminara a saltos sobre una frágil capa de hielo, debía aparentar la misma fortaleza de siempre.

Con toda seguridad era la cosa más difícil que había tenido que hacer. Porque no se sentía arropada por la manta de la certeza.

Por fortuna disponía de una creíble excusa para no hacer apariciones públicas entre los suyos. Tras cualquier operación, su estrategia habitual era ocultarse, no dejarse ver para evitar el riesgo de ser capturada justo cuando las autoridades buscaban con más ahínco. Era mejor dejar que se calmara el avispero antes de volver a moverse.

Sus discípulos lo sabían, así que no les extrañó su enclaustramiento.

Había logrado llegar a uno de sus escondites y aún seguiría allí durante varios días, quizá semanas, dependiendo de los planes para el futuro cercano. Sus seguidores le traerían cualquier cosa que necesitara con discreción y ella podría vivir confinada. Hasta que sus informes confirmaran que volvía a volar por debajo del radar o hasta que ella supiera si se había equivocado tanto como creía.

El peso sobre su alma era tan grande que a veces le costaba respirar. Su angustia le hacía sentirse a veces indigna, una impostora que había fallado a todos sus fieles. Pero, en otras ocasiones, se veía como una falible humana y trataba de aplicarse un poco de comprensión, de compasión, ante flaquezas que cualquiera podría haber padecido.

Pero ella no era cualquiera. Era Agatha Tebrich. Y estaba siguiendo el mandato de Dios Nuestro Señor.

¿O no?

Oh, las lágrimas que luchaban por salir. Oh, lo fácil que habría sido sollozar sin parar como una niña pequeña. Pero no debían oírla. Debía tragarse su dolor. Incluso si de verdad se había

equivocado.

Pero sí lo había hecho, había seguido un camino desviado. Uno lleno de espinas, baches y alimañas. ¡Había arrastrado a otra gente a través de ese sendero!

Y ¿para qué?

Agatha siempre había tenido clara su misión, en cuanto se dio cuenta de cómo los ángeles de Dios morían al matar, el mensaje del Creador le había parecido tan evidente como si Él mismo se lo hubiera susurrado al oído, o como si se lo hubiera confesado una zarza ardiendo.

«Cuando no haya ángeles en la Tierra, no habrá sufrimiento —había dicho esa voz—. Haced que se vayan. Demostrad que sois dignos».

Y Agatha se había puesto manos a la obra. Había sido como crear el Arca: una misión dura, igual que todas las que vienen del Señor, pero a la vez asombrosa en su sencillez.

Agatha solo tenía que conseguir que se fueran todos los ángeles. Debía evitar que vagaran entre la humanidad. Y había una manera obvia de lograrlo: su ignición.

Por supuesto, aquello necesitaba el sacrificio de gentes que dieran su vida a cambio. Mártires que en su muerte lograrían la mayor de las glorias. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

Cada vez habría menos ángeles, prueba de la determinación de la especie humana. Y cuando no quedara ninguno, Dios sonreiría y les regalaría un nuevo mundo. Uno en el que la magia era una realidad, donde no habría límites a las maravillas que podrían hacer. De vuelta al Paraíso Terrenal, con el perdón eterno del Creador.

Tenía que ser eso. ¡Tenía que serlo! ¿Por qué si no Dios le habría concedido a Agatha el don de movilizar a los ángeles? ¡La única explicación era que ella se había convertido en Su ungida, Su elegida! ¡Ella iba por buen camino! ¡Si no, jamás habría sido el receptáculo del poder divino! ¡Dios no lo habría permitido!

Pero en Berlín se había trastocado todo.

Por culpa de aquellos ángeles que no morían. ¿Arcángeles, quizá? Tal vez. Pero no se marchaban como los otros. No fallecían al matar. Sus fuentes de inteligencia se lo habían confirmado.

A esos, Agatha no los podía expulsar.

Con esos, Agatha no podía cumplir su misión. Eso significaba que estaba equivocada.

El sacrificio con ellos era inútil. Quizá siempre lo había sido. Quizá sus fieles habían estado muriendo por nada.

No era como Madrid, no era un simple contratiempo. Era perderlo todo. Era como si la hubieran abandonado y estuviera desprotegida.

Todo se desmoronaba. Y ella, por fuerte que fuera su fe, no se sentía tan capaz como Job.

Pero como Job debía actuar. Dios nos pone a prueba en detalles grandes y pequeños. Debía creer. Debía conservar la fe. El Plan estaba ahí, delante de ella, por mucho que no fuera capaz de

verlo. Daba igual que no lo comprendiera. Tenía que haber un sentido en todo lo que estaba pasando.

Y si por seguir aquel camino toda su gente debía morir, que así fuera.

10

Riesgos

Los caminos estaban alfombrados de ocre bajo un dosel verde y anaranjado. El viento otoñal mordía con gélido empeño aunque el sol siguiera brillando en lo alto. El olor a chocolate caliente invitaba a acercarse al tenderete que lo ofrecía a los paseantes. Ajenos a la fría temperatura, algunos deportistas urbanos corrían al abrigo del parque. También se veía a enamorados en su mundo, familias de caras sonrientes, bohemios en culto debate y gendarmes de plácido ademán.

Y tres extranjeros de ceño fruncido.

Los Campos Elíseos se extendían como un bello contrapunto bucólico en el bullicio parisino. Si uno buscaba el hueco adecuado, podía vislumbrar a lo lejos, al otro lado del Sena, la punta de la célebre Torre Eiffel. Pero ni Bronislaw ni sus dos acompañantes habían viajado a la capital gala para hacer turismo.

Al parecer habían viajado para... seguir de pésimo humor. El parafísico respiró hondo y trató una vez más de iniciar una conversación.

—¿Sabéis que la embajada de París fue la primera legación diplomática de los Estados Unidos? En aquella época, ambos países tenían una fuerte amistad. Por eso trabajaron aquí los peces gordos: Franklin, Jefferson...

Una vez más, los esfuerzos del doctor cayeron en saco roto. La única respuesta que obtuvo fue el ruido de los automóviles de la cercana plaza de la Concordia. Callahan y Crespo siguieron en silencio.

Bronislaw chasqueó la lengua.

—Qué buen rollo traemos...

Callahan sacudió la cabeza.

—Bro, no es el momento.

El polaco suspiró.

—Claro. Solo vamos a jugarnos la vida en una misión loca sin ningún tipo de apoyo. ¿Por qué querríamos hacerlo como si fuéramos un equipo?

Ni Miri ni Crespo habían logrado articular palabra cuando Mazur los sacó de la furgoneta policial alemana. Todavía estaban recuperándose del hecho de que fuera capaz de aplanar su cuerpo como un malviaje, así que no le hicieron preguntas sobre ello ni cuestionaron que malencarados miembros de la Volkspolizei les quitaran los grilletes a regañadientes. Tanto la

americana como el español percibían que estaban caminando sobre una fina capa de hielo y que, fuera lo que fuera lo que Mazur hubiera logrado con sus superpoderes, no era nada duradero. No había más que mirar las caras torcidas de todos los germanos mientras se alejaban. De ese modo, dóciles cual corderitos, se dejaron llevar en silencio por el doctor.

Resultó que los llevaba a la embajada soviética, un edificio neoclásico de piedra clara y descomunal fachada con torre a modo de simbólica atalaya junto a la puerta de Brandemburgo. Allí fueron recibidos por una vieja conocida, la uniformada agente del KGB Dasha Gordievsky. Les hizo pasar sin mucho ceremonial y los acompañó a un amplio salón que recordaba a un club de caballeros victoriano.

—El embajador Kochemasov ha tenido que reunirse de urgencia con Honecker —explicó Gordievsky en inglés mientras se servía un whisky sin ofrecer a los demás—, así que me toca ser vuestra anfitriona. Todo el servicio ya está durmiendo, pero, si os hace falta, lo despertaremos.

—El servicio —bufó Crespo con una sonrisa sarcástica—. Qué concepto tan comunista.

La única respuesta de Gordievsky fue alzar su vaso como si celebrara un brindis por el español. Miri sacudió la cabeza y se sirvió también de la botella, sin pedir permiso a la soviética. Crespo la imitó. Mazur se desplomó sobre un enorme sillón de piel al lado de una estantería repleta de libros y trató de ignorar la mirada interrogadora de Miri durante unos instantes. Al final, la americana, como solía hacer, rompió el silencio.

—Bro, tenemos que hablar.

Mazur suspiró y asintió, al tiempo que preparaba un porro.

—Sí. Ya no tiene sentido seguir ocultándoos cosas.

—O igual sí lo tiene —intervino Gordievsky, mirando a Mazur—. ¿Estás seguro de esto, doctor? ¿No prefieres que tú y yo... hablemos antes? *Po russki?*

—*Nye* —repuso Mazur—. Y hablaremos en inglés. La mujer se encogió de hombros.

—Tú eres el jefe.

—Sí. Lo soy. ¿Qué hay de Aronheimer?

—Cree que ella —señaló con la cabeza a Miri— está limpia.

—Te lo dije.

—Lo que Aronheimer crea y la verdad pueden ser dos cosas distintas. —Hizo una pausa—. Pasa lo mismo con lo que tú creas.

—Asumo el riesgo.

—Yo no. Y menos después de esta noche.

—¿Queréis dejar de hablar de mí como si no estuviera? —estalló Miri—. No estoy para aguantar tonterías. ¡Hablad claro!

Mazur encendió su porro y volvió a asentir.

—Tienes razón. Mereces otra cosa. Y más ahora. Decidme, ¿sabéis algo de teoría de campos orgánicos?

Miri sacudió la cabeza. Mazur miró a Crespo, que alzó las cejas.

—¿Yo? Sí, claro, lo sé todo. Cada día desayuno una taza de campos orgánicos. ¡No me joda, doctor!

—En realidad es orgánicos. De orgones. Un campo elemental que probablemente fue la fuerza creadora del Universo. La teoría de campos orgánicos es una de las ramas de estudio más interesantes de la parafísica actual. Y también es la causa de que estemos todos hoy aquí. Antes dije que os iba a contar un gran secreto de la Unión Soviética. Es este: hemos descubierto que los campos orgánicos afectan a los malosviajes. Los malosviajes reaccionan ante un campo orgánico o, mejor dicho, no reaccionan.

—Suenan interesantes, Bro, pero no te estás explicando.

Mazur dio una calada a su porro.

—Sí. No sé cómo contar esto sin soltar todo lo importante a la vez. Empezaré por el principio. Lo básico. Cualquiera puede crear un acumulador de orgones: basta con alternar capas de material orgánico e inorgánico. Lo mejor suele ser madera y metal. En la proporción adecuada genera intensos campos orgánicos a su alrededor. Con eso puedes construir una caja, un armario o incluso una habitación. Lo que esté dentro quedará irradiado de orgones. ¿Me seguís hasta aquí?

Crespo se rascó la cabeza.

—Seguir, sí. Verle la importancia, no.

Mazur sonrió.

—La importancia es que... los campos de orgones paralizan a los malosviajes.

Miri puso cara de desconfianza.

—¿Qué quieres decir con que los paralizan?

—Exactamente eso. Un malviaje dentro de un campo de orgones queda inmovilizado por completo. Como si le hubieras dado al botón de apagado. No se mueve, no reacciona ante nada. Ante. Nada. —Hubo un pesado silencio que se arrastró como un caracol.

—Bro... ¿Estás... sugiriendo... que los rusos... habéis... capturado malosviajes?

La sonrisa de Mazur aumentó.

—Nuestro espécimen más antiguo lleva conservado en una cámara de estasis orgánico desde hace ocho años. Y tenemos más. Hemos aprendido a hacerlo. Es un poco como cazar ratones. Bueno, algo más peligroso. Pero se puede hacer.

Miri notó sudores fríos.

—Ocho años —susurró, aturdida—. Ocho años.

—Te prometí cosas que te alucinarían. Aquí las tienes.

—Pero eso... ¡Significa que no hace falta matar a los malosviajes! ¡No hace falta sacrificar una vida por la suya! ¡Se los puede encerrar!

—Sí, se puede hacer. Se pueden crear perreras para malosviajes. Y también someterlos a estudios. Aprender de ellos.

Crespo frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Un momento —dijo—. ¿Es así como ha hecho... lo de antes? ¿Han creado ustedes supersoldados con los poderes de los malosviajes?

La risa de Mazur se convirtió en carcajada.

—¿Supersoldados? ¡Teniente, lee usted demasiados cómics americanos! No, no tenemos supersoldados. No es así como funciona.

—Pero Bro, Crespo tiene razón. Tú haces cosas que solo puede hacer un malviaje. No nos dirás que no hay relación con lo que nos has dicho...

Mazur borró su sonrisa y la cambió por una mueca seria.

—Sí que hay relación —dijo, casi musitando—. Pero no es... No se trata de... No era algo que buscáramos. No queríamos... Yo no quería. Pasó. Y eso acabó con mi vida.

»Fue a finales del Undécimo Plan Quinquenal. Mis colegas y yo estábamos entusiasmados con las posibilidades que los orgones iban a dar al desarrollo de la ciencia soviética. Preparábamos los informes sobre nuestra supremacía en este campo, para remitirlos directamente al Comité Central e incorporarlos al Duodécimo Plan. Por supuesto, nuestra mejor baza era el dominio que teníamos de los malosviajes. Pretendíamos estandarizar un sistema de captura, para que todas las ciudades soviéticas tuvieran un cuerpo de policía especializado en neutralizarlos. Como el DOR o la AONC, pero más eficiente.

»Nuestro trabajo implicaba todo tipo de pruebas con los especímenes atrapados. Pruebas sobre las distintas condiciones que podían afectar a la integridad del campo orgónico: temperatura, humedad, electricidad estática, interacciones con otros campos mágicos...

»Uno de los factores relevantes era el tiempo. Los malosviajes quedan aturdidos tras la exposición a un campo orgónico, y lo más interesante es que el aturdimiento persiste incluso unos minutos después. Si sacas al malviaje de la cámara de estasis, todavía quedará inhabilitado durante un tiempo. Como si siguiera en la cámara.

»En una de nuestras pruebas queríamos cronometrar ese periodo de persistencia. No era algo que hiciéramos a lo loco. Teníamos protocolos de contención y había un margen de seguridad para evitar accidentes.

»Pero ya sabéis. Los accidentes ocurren.

»El cuarto malviaje que sacamos de su cámara resultó ser diferente a los demás. Todavía no sabemos en qué. Pero recuperó la movilidad mucho antes de lo previsto. Yo todavía estaba en la sala de control calibrando algunos instrumentos. Ni me di cuenta cuando saltó sobre mí y me clavó su aguijón.

»Cuando mis compañeros reaccionaron, ya se había iniciado la ignición. Yo sentía... Imaginad que en vez de sangre tenéis cera hirviendo dentro, por todo vuestro cuerpo; es la metáfora más acertada que he podido pensar estos años. Supe que iba a morir. Que no volvería a ver a mi familia.

»Pero uno de mis colegas pensó rápido y se le ocurrió meterme a mí en la cámara de estasis. Funcionó. En el momento en que cerraron la puerta, los orgones pararon el proceso de ignición.

Tenía al malviaje dentro, un ser invisible e intangible fusionado con mis células, pero su ataque se había paralizado. Los orgones lo habían paralizado.

»Estaba vivo; era la primera persona que sobrevivía al ataque de un malviaje. Pero aquella situación solo se mantendría si yo me quedaba dentro de la cámara para siempre. Cosa que planteaba obvias dificultades.

»La persistencia del campo orgónico fue una ventaja: mis colegas podían abrir la puerta, meter algo de comida o bebida, salir y cerrar. Si lo hacían lo bastante rápido, la ignición no se reiniciaba. Esto también les permitía realizar rápidos diagnósticos sobre mi estado físico, incluso quedarse a mi lado y hacerme compañía. Pero no era una solución a largo plazo.

»Se me ocurrió entonces que el campo orgónico no tenía por qué ser tan intenso si estaba lo bastante enfocado. Eso fue la base del chaleco que llevo. No es sino una cámara orgónica portátil.

»Mientras está en contacto conmigo frena el avance de la ignición. Incluso puedo quitármelo unos segundos sin que el malviaje se recupere de la estasis. Y cuando lo hace, el proceso va mucho más lento de lo normal.

»Pero cada vez me duele más, incluso cuando llevo puesto el chaleco. He aprendido por las malas que, en realidad, los orgones no detienen por completo a mi huésped, solo lo ralentizan mucho.

»Eso significa que la ignición prosigue, incluso ahora. A paso de tortuga, casi imperceptible, pero avanza como una infección por mi cuerpo. Una que no puedo erradicar.

»En realidad, ya estoy muerto.

Mazur exhaló una larga vaharada de humo narcótico. Crespo frunció el ceño. Miri apuró su vaso y bajó la mirada.

—Qué cabronada, Bro. No sé ni qué decir. ¿Tu familia sabe esto?

—Sí. Elzbieta lo sabe todo y mis hijos saben lo que tienen que saber.

—¿Y no preferirías estar con ellos ahora? Si de verdad esto es... definitivo... En fin, yo no sé si estaría trabajando para el DOR.

El parafísico asintió.

—Lo hemos hablado. Queremos estar juntos, pero esta misión es importante. Yo puedo ayudar a que tenga éxito, así que mi obligación es estar aquí. Será la última vez que me aleje tanto de los míos, pero tengo que hacerlo. Y ellos me apoyan. Todos están orgullosos de que intente hacer un bien a la humanidad en nombre de la Unión Soviética.

Miri resopló.

—Pues no sé si yo tendría tu ánimo. O si decirte que lo que te pasó es un milagro o una maldición.

El doctor se encogió de hombros.

—Las dos cosas, supongo. Como todo lo que merece la pena. Estoy vivo, he vivido varios años de regalo, pero no durará siempre. A menudo, mi huésped se remueve, por llamarlo de

algún modo, y eso resiente mi salud. Cada vez más. —Durante unos instantes no añadió nada; luego alzó su petardo—. La droga ayuda. Apaga el dolor. Y las mediciones muestran que el campo orgónico es más fuerte si tengo un estado alterado de consciencia. Como si hiciera magia.

—Pero usted no es mago —dijo Crespo.

—No. En puridad, no. Tengo, eso sí, ciertas... habilidades. Ya lo habéis visto. Mi huésped y yo tenemos una especie de simbiosis. No sé qué saca él de mí, pero yo he obtenido algunas de sus capacidades. No vuelo, pero, por ejemplo, puedo aplanarme. Los demás malosviajes no me atacan. Y también está lo de que no necesito comer ni beber —rio ante el alzamiento de cejas del español—. ¡Es cierto! ¡Lo hago por puro placer, pero no lo necesito!

—Pues para no necesitarlo, bien que zampa usted. ¿Y también es indestructible?

Mazur cabeceó de forma ambigua.

—No del todo. Resisto cosas como balazos y explosiones. Sin embargo, me dañan los golpes y me puedo cortar. Es algo que no tiene sentido, porque todo son manifestaciones de la energía cinética; deberían herirme todas o ninguna, pero no es el caso.

—Y los idiomas que habla usted...

—También son regalo de mi huésped.

—¿Cuántos habla exactamente?

—Todos. Sí, todos. Hasta donde sé, puedo hablar cualquier idioma como un nativo. Es algo que trato de disimular con desconocidos porque llama la atención, pero es así. No es que los domine; no podría superar un examen escrito, no sé el vocabulario ni puedo explicar la gramática. Pero, cuando tengo cerca a alguien que habla un idioma, yo lo entiendo y puedo usarlo. Me sale de forma natural, igual que respirar o... no sé... mover las manos.

—La madre que me parió... —silbó Crespo; luego abrió los ojos como si acabara de caer en la cuenta de algo—. Espere... Si usted habla cualquier idioma y eso es regalo de su bicho, entonces...

Mazur sonrió.

—Sí. Eso implica que los malosviajes también lo hacen. Como mínimo son capaces de entender nuestros idiomas. Quién sabe si también podrían hablarnos si quisieran.

El teniente volvió a silbar.

—Me cago en el socialismo utópico...

Miri estaba igual de aturdida ante la revelación.

—Un momento, Bro... ¿Nos entienden? ¿Los malosviajes nos entienden? ¿No son... animales?

—No. Todo el mundo lo cree, pero no. Tienen cierta inteligencia básica. Una especie de intelecto colectivo. Cuando tengo a uno cerca, noto atisbos de sus impulsos, sus intenciones; supongo que también es cortesía de mi huésped. Pero os aseguro que no se mueven a ciegas o por instinto. Tienen un propósito. No sé cuál es, pero siento su... intencionalidad. Disculpad, no soy capaz de definirlo mejor.

—Joder...

Como una estrella fugaz que va perdiendo fragmentos de sí mientras se desintegra en la atmósfera, las convicciones de Miri se estaban resquebrajando. Llevaba años haciendo una tarea que —según acababa de descubrir— debió haberse hecho de otro modo. O no haberse hecho en absoluto. Si los malosviajes eran seres conscientes, si podían comunicarse, ¿no debería el DOR tratar de contactar con ellos en vez de mantener aquella guerra constante? Y si la guerra era inevitable a pesar de todo, ¿por qué no usar los campos orgánicos como decía Mazur? ¿Por qué arriesgar la vida de nadie en cada captura? ¡Demasiada gente buena moría por culpa de los malosviajes! ¡Y ahora resultaba que había sido en vano!

Y lo peor: las veces que ella se había visto obligada a robar energía a otros seres humanos, las veces que se había sentido como una sanguijuela de fuerza vital... las habría podido evitar.

El parafísico no la dejó seguir aquellos razonamientos.

—Sí, sé más o menos lo que piensan los malosviajes. Y por eso... Por eso quería hablarlos. Antes, con esos monstruos nuevos, noté algo. Tienen una consciencia más desarrollada. Pensamientos más complejos. Y pude captarlos. Por eso sé lo que pretenden. Están yendo a Londres.

Crespo alzó las cejas.

—¿A Londres? ¿Está usted de coña? ¿Por qué a Londres? ¿Les gusta la comida asquerosa? ¿Qué se les ha perdido por ahí?

—La ODA —replicó Mazur con seriedad—. No van a Londres, van a la sede occidental de la ODA. A destruirla.

El español se tragó de golpe los chascarrillos.

—No me joda. No me joda, doctor, que esto no es para bromas.

—No bromeo, teniente. Cuando me tocaron, cuando me atacaron, lo sentí. Eso es lo que quieren.

—¡Pues hay que impedirlo!

—Pero ¿cómo? —preguntó Miri—. Si de verdad quieren eso, ¿cómo las paramos? ¿Cómo podemos frenar a esas pesadillas invulnerables? ¡Ya lo habéis visto! ¡Pueden matar todo lo que quieran sin morir! ¡Pueden derribar helicópteros! ¿Cómo se para algo así?

El recuerdo de aquel enorme agujón atravesando a Krödel volvió a su mente. La había impactado mucho más que los ataques de malosviajes a los que estaba acostumbrada. Algo tenía su fiereza, esa malvada energía que emitían y que ella había probado. No, no se podía tratar con ellos como con un malviaje. Eran mucho peores.

Los cuatro quedaron en silencio unos instantes, meditando sobre la obvia gravedad de lo que acababa de señalar la americana. Pero Crespo, casi con timidez, habló de nuevo.

—Esperen. Solo son dos. ¿Y si... y si las metiéramos en uno de esos campos orgánicos? Eso las paralizaría, ¿no?

Mazur volvió a encogerse de hombros.

—Suponiendo que sean como los malosviajes habituales, sí. Pero incluso en ese caso no creo que caigan en la trampa. Por lo que he notado, las «pesadillas», si decidimos llamarlas así, son más listas que los malosviajes. Será más difícil engañarlas. Y si están rabiosas será todavía peor. Capturar un malviaje enfadado es mucho más complicado que uno calmado. Mucho más arriesgado. No quiero ni imaginarme lo que sería intentar atrapar a una pesadilla desbocada.

Crespo mostró su sonrisa lobuna.

—¿Y si estuvieran calmadas?

—Entonces el peligro sería menor. Pero no sé cómo vamos a calmarlas.

—Yo sí. Conozco a alguien que puede hacerlo: Agatha Tebrich. No solo enfurece a esos bichos, también los calma. Estuvo a punto de hacerlo en el puente.

Mazur y Gordievsky se miraron, sorprendidos ante la revelación sobre su tan buscada terrorista. Miri, en cambio, optó por el realismo.

—Crespo, eso es impresionante, pero tampoco nos ayuda. No tenemos ni idea de dónde está Tebrich. ¡Es una fugitiva! ¡Ni todo el KGB fue capaz de capturarla! Y aunque supiéramos dónde está, ¿qué pretende? ¿Pedirle por favor que nos ayude? ¿Por qué iba a hacerlo?

Gordievsky rio, sarcástica.

—Sí —dijo—, ¿por qué lo haría?

Crespo apretó los dientes.

—Mire, Callahan, no tengo ni idea ni de dónde está ni de cómo convencerla. Pero al menos he aportado alguna idea.

Miri no contestó a la ofensa del español. En vez de ello se volvió hacia Mazur.

—¿Estás seguro de que van a Londres?

—Sí. No parecían tener prisa, creo que llegarán entre mañana y pasado, pero la dirección era clara. Sus intenciones eran claras. Londres. La ODA.

—¿Y qué tienen contra la ODA?

—La magia. La ODA no es solo una organización internacional, es un centro de desarrollo de poderes paranormales. Y los malosviajes, no sé por qué, odian lo mágico; tratan de destruirlo. Siempre lo hacen. Cuando están cerca de algo mágico, se enfurecen. No sé cómo logra Tebrich evitar que la ataquen. Es cierto que el enfado depende del tipo o la intensidad de la magia usada, pero aun así les molesta a todos. Le pasa hasta a mi huésped. Solo por estar contigo o con Crespo las tripas se me revuelven.

Mazur calló de golpe en un torpe intento de morderse la lengua.

Pero sin darse cuenta había pronunciado las últimas palabras y ya no había manera de retirarlas. No había solución posible para la pifia.

Crespo gruñó.

—La madre que le parió, doctor. Vaya manera tiene usted de guardar secretos.

Estupefacta, Miri observó a ambos hombres al tiempo que hacía el esfuerzo de contener la oleada

de emoción que crecía dentro de ella.

—Perdone, teniente —se disculpó Mazur, de forma sincera y hasta con azoramiento—. Le aseguro que no he pretendido...

—No, usted nunca pretende nada —interrumpió el arisco español—. Pero hace. Hasta los cojones me tiene.

—¡Eh! —zanjó la diatriba Miri con un grito; cuando Mazur y Crespo se callaron dirigió su atención al español, con todo su cuerpo temblando—: Usted... ¿Usted es... mago? — Crespo chasqueó la lengua pero pareció que no iba a decir nada; Miri no esperó—. ¡Responda! ¡Sí o no!

El teniente respiró hondo y asintió.

—Leo las auras. Veo las emociones y el estado de salud de la gente. Por eso bebo. Para tener mi mente en el estado adecuado.

Miri estaba con la boca abierta y cada vez le costaba más no usarla. Así que al final se rindió.

—Usted es mago. Usted... jodido cabronazo de mierda, ¡es mago! ¡Mago! ¡La madre que le parió! —Enrojecida por la furia, fue acercándose cada vez más a Crespo para poder escupirle su desprecio a la cara—. ¡Es usted un hipócrita! ¡Un hipócrita de un país de hipócritas! ¡Ustedes matan a gente por usar la magia! ¡Juzgan y matan a gente inocente, gente que podría ayudar a los suyos, que podría ser capaz de sacrificarse por su pueblo como hizo el capitán Krödel! ¡Hasta los comunistas son más honestos en esto que ustedes! ¡Ustedes no lo permiten, dicen que es pecado! ¡Y los matan! ¡Y ahora resulta que sus espías sí usan la magia! ¿Usted decía que despreciaba la hipocresía? ¡Si usted es el mayor hipócrita de todos! ¡Un hipócrita de mierda! ¡Vaya a darle lecciones de moralidad a su abuela, santurrón traidor!

En el silencio que siguió solo se pudo oír la respiración entrecortada de Miri tratando de calmar su ritmo cardíaco. Crespo apretó los labios, tomó un largo trago de su vaso, lo dejó sobre una mesa y cruzó los brazos.

—No soy lo que aparento —dijo al cabo—. A estas alturas debería saber que no soy el estereotipo que usted se había montado en la cabeza. Sí, hago magia. Sí, España oficialmente lo considera pecado y delito. Pero no crea que toda mi gente es así. Solo soy yo. Soy una... una punta de lanza. Un programa en pruebas. Confidencial. Bajo el control directo de Presidencia y de la Curia vaticana. Ni mis jefes saben esto. Por eso me habría gustado mantenerlo en secreto, pero parece que airear mis trapos sucios es deporte nacional por aquí, así que... —suspiró—. Me llama usted hipócrita. ¿Sabe una cosa? El mundo está lleno de hipócritas. Desconfíe de quien le ofrezca respuestas absolutas y verdades en blanco y negro; el mundo está hecho en tonos de grises. ¿España es hipócrita? Pues, vale. Pero también lo es todo el puto bloque soviético, que mucho hablar de igualdad, pero ya ve lo bien que viven los alemanes con su Stasi. O Mazur aquí, tan lleno de buenas palabras, pero que nos ha estado manipulando como un titiritero, ocultando información. ¿O le parece bien que la URSS no haya compartido su secreto sobre los malosviajes? ¡Lo de los orgones podría haber salvado vidas! ¿Eso no es hipocresía? ¡Uno de los fundadores de la ODA, nada menos! ¡Una organización creada para la defensa contra los

malosviajes! Y usted... ¡Sí, usted! ¡Usted también es una hipócrita, como todos los jodidos *hippies*! ¡También va a la suya! ¿O me va a negar que en Madrid recibiera órdenes secretas de su embajada? ¡Recuerde que veo su aura! ¡Vi la agitación de sus emociones tras hablar por teléfono con ellos! ¡Niéguelo si se atreve!

—¡Pues lo niego! ¡Verá usted las auras pero se equivoca al interpretarlas! ¡Estaba agitada porque el enlace de la CIA me acababa de ordenar no venir a Alemania! ¡Y como no me explicó por qué, le desobedecí! ¿Me oye? ¡Desobedecí una orden de la CIA! ¡Estoy aquí jugándome mi carrera y quizá más! ¡Así que no se atreva a llamarme hipócrita para salvar su honra!

Fue como si alguien hubiera puesto un esparadrapo en la boca de Crespo. Calló de golpe, parpadeando como si le acabaran de enfocar a la cara con una linterna.

—Dice la verdad... —musitó.

—¡Claro que la digo!

Dasha Gordievsky aprovechó aquel momento para interponerse entre ambos con una mueca burlona en el rostro.

—Quizá usted sea honesta, agente especial. Pero su país no lo es. En eso Crespo tiene razón.

—¿De qué coño me habla usted ahora? —replicó Miri.

—De que creo que sé por qué su hombre de la CIA no quiso que se mezclara con esto.

Metió la mano en el bolsillo de su uniforme y sacó un pequeño pastillero de plástico negro. Lo lanzó a Miri, que lo cogió al vuelo.

—¿Son mis drogas?

Gordievsky se rio. El semblante de Mazur, en cambio, era cualquier cosa menos jocoso.

—Son drogas —dijo Gordievsky—, pero no las tuyas. Ábralo.

Miri lo hizo. Aunque dentro había cuatro compartimentos con cápsulas, de inmediato vio que no podía ser su pastillero. A ella le quedaban dos rojas y una naranja, y en aquel recipiente había cuatro rojas y dos naranjas.

—¿De dónde han sacado esto? Esto es material estándar de agentes americanos.

Gordievsky volvió a reír.

—En efecto.

—Miri —dijo Mazur—... Esto lo capturamos... en una zona de atentado. De un atentado cometido por Tebrich. Creemos que eran sus pastillas y las perdió en el jaleo.

—Y una mierda. Te lo estás inventando.

El doctor sacudió la cabeza.

—Ojalá fuera así. Pero no. Solo hay una manera de que Tebrich tuviera esto.

—No.

—Sí. Tú misma lo has dicho. Esto es material estándar americano.

—No —insistió ella, mareada.

—Es la única explicación, Miri. ¿Cómo puede moverse Tebrich con tanta libertad por Europa? ¿Acaso los servicios secretos no saben que es una terrorista? ¿O es porque solo es

terrorista... al otro lado del Telón de Acero? ¿Por qué nunca ha atentado en la Europa capitalista? ¿Cómo es que Tebrich es tan buena esquivando redes de espionaje? ¿Cómo lo hace, si no tiene ayuda? ¿De dónde saca los fondos para sus actividades? ¿Los contactos? —Hizo una pausa—. ¿De dónde sacó... ese pastillero? Solo hay una respuesta posible. Una que además encaja con la orden que te dio la CIA: Agatha Tebrich es uno de vuestros agentes.

Miri se sentó.

—Mientes. Tienes que mentir.

—Callahan —intervino Crespo, con el ceño fruncido—, Mazur no tengo ni idea, pero Gordievsky no miente. Lo veo en su aura. Dice la verdad. O al menos lo que ella cree que es la verdad.

—Tebrich tiene vuestra ayuda, Miri. Creemos que lo hace para desestabilizar zonas de influencia soviética. Una agente capaz de manipular a los malosviajes... Demasiado tentadora para no usarla.

Crespo resopló.

—Y me llamaba usted hipócrita a mí... Pues ya ve su país. Usando malosviajes en atentados terroristas.

Miri no hizo caso al ataque. Pareció como si no lo hubiera escuchado. Tenía la mirada perdida en algún punto de la pared. Pero tras unos instantes, respiró hondo, se volvió a poner de pie y habló con tranquilidad, como si no acabaran de tener una conversación demoledora.

—Bien —dijo—. Hay que encontrar a Tebrich rápido. ¿Cómo lo hacemos?

Gordievsky levantó una ceja.

—¿Cómo? Pregunta al Tío Sam. Al fin y al cabo, es quien paga los cheques.

Junto a los Campos Elíseos de París había un edificio de fachada clásica rodeado de árboles; uno cuyo aspecto hablaba de historia, de elegancia, de largas charlas eruditas. El inmueble encajaba de maravilla en el calmo ambiente forestal que tenía alrededor; parecía más la residencia de descanso de un adormilado noble dieciochesco que una embajada. Por el día, un pequeño destacamento del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos se encargaba de garantizar la seguridad de las instalaciones mientras entraban y salían solicitantes de visados, ciudadanos norteamericanos, empresarios y personalidades extranjeras. Casi nadie quedaba por ahí a última hora de la tarde.

Una de las personas con el hábito de trabajar cuando los demás se habían ido salió por la puerta principal. Era un hombre alto y atlético que, con un uniforme, no habría desentonado junto a los guardias a quienes saludó con familiaridad. Sin embargo, lo que llevaba era un caro traje hecho a medida, un grueso abrigo largo al alcance de pocos bolsillos y guantes de piel.

Caminó con paso decidido entre los frondosos árboles de la avenida Gabriel. A aquellas tardías horas de noviembre, las farolas daban una mortecina luz, bajo la que rielaba el vaho que salía de la boca del hombre.

Se cruzó con un anciano de boina calada que paseaba a un bulldog y, más allá del Théâtre de la Ville, estuvo a punto de chocar con un hombre alto y moreno que olía a vino, que llevaba las manos en los bolsillos del impermeable azul e iba cubierto con una capucha que apenas dejaba ver su mostacho oscuro y su narizota.

—Perdone —dijo.

—No pasa nada —respondió el americano, justo antes de darse cuenta de que aquel desconocido le había hablado en inglés, no en francés. Cuando quiso reaccionar, fue demasiado tarde: el hombre del bigote se había pegado a su lado y apretaba su costado con algo duro que tenía en el bolsillo.

—Siga caminando —dijo Arturo, sin perder de vista las manos de su presa—. No haga tonterías y yo tampoco tendré que hacerlas.

El hombre obedeció, visiblemente molesto. Arturo no necesitaba leer su aura para darse cuenta de que estaba en tensión, esperando cualquier despiste de su captor para contraatacar.

—Sé quién eres —dijo.

—Pues qué bien. Ya somos dos. Siga caminando.

Si el americano tenía una réplica en mente, quedó apagada en cuanto otras dos personas se unieron al paseo como si tal cosa: una mujer pelirroja y un enorme hombretón con sombrero.

—Hola, Gunton —dijo Callahan con una sonrisa—. Me cuentan que me has estado buscando. Qué dulce por tu parte.

—Ya sabes —respondió el agente con el mismo tono casual—. Teníamos una cita en la embajada de Madrid; cuando no viniste, me preocupé. Pensé que tendría que salvarte otra vez.

—Oh, he estado bien. De vacaciones, como sugeriste. Viendo mundo.

—Pues espero que lo hayas disfrutado. Esto que estás haciendo, sea lo que sea, es traición. Estás acabada. Me encargaré de ello.

Callahan no se amilanó.

—Adelante. En fin, qué se le va a hacer. Supongo que en cuanto vuelva a casa me detendrán. Va a ser un juicio muy sonado, sobre todo teniendo en cuenta el pequeño club de fans que tengo desde que salvé la vida a John Lennon. Un pedazo de exclusiva. Ninguna cadena se lo querrá perder. Cámaras y periodistas por todas partes. Así, seguro que grabarán bien mis palabras cuando testifique que la CIA ha estado colaborando con terroristas.

A pesar de que su cuerpo no se inmutó, Arturo vio fluir su aura con rapidez hacia los tonos de rojo. Ira, una vieja conocida del teniente. De haber podido, Gunton habría matado a Callahan en aquel momento. Aunque en honor a la verdad, ella también estaba tragando sapos y reprimiendo ansias asesinas. Llevaba así desde lo de la embajada soviética.

—Putá —fue lo único que dijo Gunton.

—Pero no lo niegas. ¡Así que es verdad!

—A ver si puedes probarlo.

—No necesito probarlo para que sea un escándalo. Y seguimos teniendo prensa libre. Quién

sabe lo que podrán probar ellos.

—Cuidado, Callahan, no juegues con fuego. Igual descubres que la gente quiere que hagamos precisamente lo que estamos haciendo: luchar contra los soviéticos. Igual no tienes tantos apoyos como crees. Y ya que hablamos de apoyos —se volvió a Arturo—, ¿tú piensas que España contará con nuestro apoyo ahora? Esta zorra no decide nada. Solo tengo que hacer una llamada para que Langley impida que entréis en la ODA para siempre. Igual te has equivocado de bando, teniente. Recapacita. Aún estás a tiempo de unirme al caballo ganador.

A Arturo se le escapó una risita condescendiente.

—Soy menos de hípica y más de póquer. Así que no se marque faroles conmigo, que se los veo a la legua. Usted se muere de ganas de acceder a Fierabrás. Además, si tanto sabe de mí también sabrá que haré cualquier cosa para proteger a... la gente que vive en Londres.

De nuevo ira, de nuevo disimulada. El autocontrol de aquel hombre daba miedo. Aun así, Arturo estaba satisfecho a pesar de su punzante cabreo con Callahan y Mazur. Lo estaba porque él también tenía autocontrol. Había conseguido algo que solía costarle: el equilibrio perfecto entre alcohol y dominio de sí. El vino servía para activar sus habilidades mágicas, pero tenía que beber la cantidad adecuada. Demasiado poco y solo lograría una leve melopea; si se pasaba, su cerebro estaría muy embotado para actuar con raciocinio. O sin rabia.

En aquel momento estaba en el punto ideal: ebrio y mágico, pero capaz de razonar y controlar su cuerpo. Y aquello le daba ventaja sobre el yanqui.

A pesar de que sus juegos mentales no llegaban a parte alguna, Gunton no se dio por vencido. Es más, probó suerte con el rival más complicado.

—Doctor Mazur, ¿sabe que esto es una declaración de guerra?

El parafísico dio una buena calada a su porro antes de contestar.

—No realmente. Esto que estamos haciendo no es un operativo de la Unión Soviética. A diferencia de su agente Tebrich estoy actuando solo, sin ayuda institucional.

—¿Pretende que me crea eso?

—Oh, no espero que lo crea. Pero tengo pruebas. Si su gobierno nos acusa de algo, Moscú admitirá con tristeza que hace varias horas que no trabajo para ellos. Todas mis credenciales han sido retiradas y se ha emitido una orden de captura contra mí. Al parecer me he vuelto inestable tras mi estrecha colaboración con dos agentes extranjeros del capitalismo reaccionario.

—Hijo de puta. ¿Está dispuesto a llevar tan lejos esta pantomima?

—Si es necesario, sí.

Terminaron de cruzar la calle del Elíseo y se adentraron en el parque, lejos de observadores inoportunos.

—Aquí irá bien —dijo Arturo tras controlar de una ojeada la seguridad del lugar—. Cabeza y mano derecha.

—¿Qué? —preguntó Gunton, confuso.

—Cabeza y mano derecha. Es lo que usted estaba a punto de usar para atacarme y robar mi

arma. Cuando preparamos un movimiento, nuestros músculos en cierto modo se concentran. Se anticipan. Si lo sabes ver, es como si te tiraran un penalti avisando de a qué lado van a chutar. — Se acercó al oído de Gunton—. Yo sé verle. No crea que puede pillarme por sorpresa. Y le voy a confesar algo: tengo mucha mala leche contenida y ganas de descargarla con alguien. Así que póngame a prueba. Lo estoy deseando.

De nuevo ira, aunque esta vez teñida por el tono grisáceo del miedo y vetas pardas de inseguridad. Como debía ser. Aunque Gunton no podía verle, Arturo sonrió. Mazur hizo otro tanto.

—Agente Gunton —dijo el parafísico—, es imperativo que hablemos. Seguro que no le revelo nada nuevo si le digo que dos pesadillas, malosviajes indestructibles, van directas a Londres. Su intención es acabar con la sede de la ODA. Después de eso no sabemos qué harán, pero, probablemente, sigan matando. Víctimas inocentes, que no tienen nada que ver con nuestras maniobras de Guerra Fría. Hay que impedirlo.

El americano dedicó una larga mirada a sus rivales antes de contestar con calma.

—Pues sí, habrá que impedirlo. Pero ¿por qué me cuenta esto?

Callahan se acercó.

—Por Tebrich —dijo—. Ella tiene el poder de calmar a los malosviajes. Tenemos un plan para frenar a esos monstruos, pero la necesitamos. Nos tienes que decir dónde está.

Gunton se rio.

—¿Le parece divertido? —preguntó Arturo.

—Me parece trágico. ¿Vuestro gran plan depende de que yo os lleve hasta Tebrich? ¡No sé si sois unos tontos o unos ingenuos! Si Tebrich colaborara con nosotros, ¿no creéis que sería independiente? Alguien tan peligroso debería tener pocos vínculos con el gobierno al que ayudara. Como bien ha dicho Callahan, algo así podría ser un problema de relaciones públicas. Así que tener contacto directo sería arriesgado. Cuanta menos relación, mejor. Como mucho un canal a través del cual ella pudiera ponerse en contacto, pero no al revés. —Abrió su sonrisa—. Independiente hasta el punto que, por ejemplo, ni la CIA supiera que se encontraba en Madrid y le pillara por sorpresa su presencia en el Retiro. Así que estáis perdiendo el tiempo.

Mazur tiró su porro al suelo y lo apagó con el pie. Echó una ojeada a Arturo con la pregunta tan marcada en su cara como si la viera en el aura. El teniente negó con la cabeza.

—No es verdad del todo —dijo—. Tampoco es una mentira directa. Imagino que nos oculta algo.

—Ya sé qué es —intervino Callahan—. Eso ha sonado demasiado al rollo de «negación plausible», así que yo me fijaría en las palabras. Están puestas ahí a propósito.

Mazur alzó las cejas.

—Y la media verdad está escondida en esa maraña — dijo—. De modo que Gunton es sincero cuando dice que no tienen contacto directo con ella...

—... pero también lo es cuando dice que ella sí puede contactar —terminó Callahan.

Arturo colocó a Gunton cara a cara, sin dejar de apuntarle con el arma del bolsillo.

—¿Sabe usted dónde está Tebrich, sí o no?

—No.

Pero su aura se había agitado como una vela en una tormenta.

Arturo volvió a sonreír.

—Miente. Así que Tebrich ha contactado con usted. Normal. Tras lo de Berlín habrá pedido instrucciones. ¿Dónde está?

—Ya te he dicho que no lo sé.

Agitación y destellos grises y pardos, cada vez más intensos. Pero nada de eso se exteriorizaba. Menuda cara de póquer que tenía el cabrón.

—Otra mentira. No me toque mucho los cojones, Gunton, que no está el horno para bollos. ¿Está en Francia? —De nuevo agitación del aura—. Está en Francia. ¿París? —Aura en calma—. No, no está aquí. Mire, Gunton, ya ve que no necesito ni que hable para saber la verdad. ¿Quiere que le recite una tras otra las ciudades de Francia? Tarde o temprano acertaré con la buena.

Gunton frunció el ceño.

—Ahora entiendo... Eres un puto *kirlian*... Un lector de auras... ¡Joder con los españoles!

Algo cambió en él. Seguía asustado y furibundo, pero un brillo de vetas carmesíes oscuras empezó a surgir en las tonalidades rojas claras y a apagar las parduzcas.

Determinación. A menuda hora.

—Pues ve probando ciudades —dijo con desprecio—. Si tengo suerte, acertarás tarde. O antes pasará alguien por aquí. Quizá un gendarme. El tiempo está de mi lado, ¿no?

Lo peor era que el hijoputa tenía razón. Arturo apretó el puño libre. El momento de la sutileza había terminado. Después de todo, sí que iba a tener que descargar su ira. A ver cuántas hostias aguantaba un agente de la CIA antes de hablar.

Notó la mano de Callahan sobre su hombro.

—Teniente —dijo ella, con el aura destellando en el amarillo de la creatividad y la alegría; se le había ocurrido algo—, pregúntele si está en Calais.

Arturo entendió de inmediato a qué venía el júbilo interior de la americana. Era una buena idea.

—El mejor acceso entre Francia e Inglaterra.

—La CIA seguro que tiene controlado el vuelo de las pesadillas. Deben de imaginar hacia dónde van.

—Y puede que Tebrich también haya tenido la idea de ir a encontrarse con ellas.

—Pero no actuaría fuera del bloque comunista sin permiso de su agente de enlace.

Arturo asintió.

—Merece la pena probar —miró fijamente a Gunton—. ¿Está Tebrich en Calais?

11

Do ut des

*¿Qué es más importante para la historia del mundo?
¿Los malosviajes o el colapso de la Unión Soviética?
¿Algunos fanáticos agitados o la liberación de
Europa Central y el fin de la Guerra Fría?*
Zbigniew Brzezinski, consejero de Seguridad Nacional
de los Estados Unidos, al preguntarle por las operaciones
encubiertas de la CIA con malosviajes

Vuestra causa es noble y Dios está con vosotros.
Zbigniew Brzezinski en un vídeo de apoyo
a los terroristas de malosviajes encubiertos en Europa

Eran imparables. No parecían tener prisa por avanzar, pero cuando lo hacían, nada podía impedirlo. Y aquello provocaba que mucha gente descubriera como por sorpresa la fragilidad de su existencia. Personas que solían levantarse sin pensar en que aquel día podía ser el último, de repente, empezaban a plantearse conceptos como mortalidad, examen de conciencia o miedo.

Todos tenemos que morir, pero todos esperamos que sea tarde. Hay desgracias aleatorias, pero todos esperamos que le pasen a otro. Tu avión no se estrellará. No encontrarás delincuentes de la noche en tu camino. Tú no cogerás la enfermedad incurable. El coche conducido por un borracho no te atropellará a ti. Son esas certezas mentirosas las que nos permiten afrontar la implacable selva de la vida sin perder la cabeza y hacernos un ovillo debajo de la cama.

Ahora bien, ¿qué pasa con tus convicciones cuando ese coche de conductor ebrio, después de atropellar a tu vecino, toma carrerilla y vuelve a la carga?

Había unos nuevos malosviajes, unos que resultaban indestructibles, incluso después de consumir a sus víctimas. ¿Cómo se podía estar tranquilo ante aquello? ¿Y si empezaban a surgir más y más de aquellos seres, como en un nuevo y oscuro Moksha? ¿Y si estábamos a las puertas de la extinción de la especie humana?

Porque nadie sabía cómo detenerlos. Eran imparables.

En un primer momento, la pareja de monstruos había volado lejos de Berlín y nadie se había fijado en ellos. Casi nadie sabía siquiera que existían.

Hasta Hannover.

Revolotearon sobre Waterlooplatz sin ser detectados. A la altura a la que estaban era

imposible que alguien los viera. Pero, sin previo aviso, frenaron su avance y descendieron prácticamente hasta el nivel de la calle. Algunos transeúntes no tardaron en darse cuenta de la similitud de aquellos engendros con los malosviajes. Entonces, por si acaso y casi sin creérselo del todo, comenzó la clásica reacción ante esa situación: abandono de las calles y aviso a las autoridades; nada fuera de lo corriente, todo según el manual.

Sin embargo, mientras los humanos decidían qué hacer, las pesadillas lo tenían muy claro. Golpearon con rabia unas ventanas del primer piso y lograron acceder al inmueble.

Era la sede de la Iglesia Reformada Luterana de la Trascendencia Mágica. Una congregación religiosa que entrelazaba lo divino y los poderes sobrenaturales conseguidos por algunos privilegiados. En otras palabras, era un lugar lleno de magos.

Se encontraban en plena misa ritual, uniendo las manos para conectar con una Sabiduría Superior. El sacerdote oficiante recitaba el salmo 7 de memoria, con los ojos cerrados. Los abrió cuando escuchó el estrépito de las ventanas y apenas tuvo tiempo de lanzar un chillido agudo antes de que la primera pesadilla le clavara el aguijón en el abdomen y partiera su cabeza en dos con una pinza mientras iniciaba la ignición. La otra pesadilla se arrojó contra un musculoso chico negro y lo fundió como si tal cosa, mientras el resto de feligreses se alejaba entre gritos del altar y miraba la escena con horror.

Descubrieron demasiado tarde que deberían haber huido, porque aquellos malosviajes no morían al matar. Tras consumir a sus primeras víctimas, las monstruosidades se abalanzaron contra los demás congregados, tan furiosas como al principio. Los parroquianos salieron corriendo, enardecidos, al fin, por el pánico, pero no todos lograron escapar. Las pesadillas fueron veloces depredadores: cortaron cuellos y brazos, mordieron caras, perforaron abdómenes y clavaron su funesto aguijón en quienes fueron demasiado lentos.

No se quedaron satisfechas con aquel templo.

Salieron a la calle y buscaron nuevas presas. Quienes contemplaron la escena desde sus escondites dijeron luego que se movían siguiendo una imaginaria espiral, ampliando más y más su zona de caza; casi como si hubiera premeditación en su recorrido. Cuando encontraban algún ser humano a su alcance, las pesadillas eran implacables y no perdonaban a nadie: niños, ancianos, enfermos, ricos, pobres, creyentes, ateos, virtuosos o mezquinos. Sin distinción, sus vidas segadas en escalofriante equidad.

Las autoridades trataron de intervenir, pero no había nada que hacer. Ningún método conocido de lucha contra los malosviajes iba a funcionar. Aun así, lo intentaron. Probaron transferencia, armas de fuego, granadas, hasta un exótico y desesperado intento con un lanzallamas. Todo fue para nada. O para peor, porque cualquier persona que tuvo el coraje de enfrentarse a las pesadillas acabó muerta.

Entonces se fueron.

Ocurrió así, sin más. Los monstruos estaban en mitad de una cacería funesta en Goetheplatz cuando —sin motivo aparente— se detuvieron. Alzaron el vuelo como si tal cosa, en perfecta

sincronía, y se alejaron.

Mientras Hannover trataba de recuperarse, las autoridades germanas, temerosas de lo que pudiera ocurrir, no perdieron de vista a aquella contumaz plaga bíblica; siguieron su recorrido con todo tipo de aparatos de vigilancia y no respiraron aliviadas hasta que el enjambre de dos individuos cruzó el Telón de Acero y se adentró en el mundo capitalista.

El turno de preocuparse le llegó a los Países Bajos. Las pesadillas sobrevolaron su espacio aéreo y, en un primer momento, pareció que iban a hacerlo sin causar problemas. Sin embargo, al llegar a Arnhem, por algún motivo, volvieron a enfurecerse.

Aterrizaron sobre la casa de Maarten van Rossum y desde allí repitieron la sangrienta operación de Hannover: mataron a cuantos encontraron allí, se desplazaron en espiral buscando más víctimas y al final, sin venir a cuento, volvieron a elevarse y se marcharon.

Entonces cruzaron el mar y quedó claro lo que significaba. Si se trazaba una línea recta por donde habían sobrevolado y se prolongaba su recorrido, las bestias solo podían ir a un sitio.

Y Londres, ciudad que había sufrido los bombardeos de dos guerras mundiales, se preparó para lo peor.

—¿Estás bien?

Al oír la voz de Mazur, Miri se dio cuenta de que llevaba varios minutos ida. Su mente estaba casi en la estratosfera. Apenas logró contestar un patético «¿eh?», que recibió un alzamiento de cejas del doctor y un discreto gesto en dirección al cigarrillo encendido. El cuarto de la mañana. Sí, estaba nerviosa. Bien por el puto sentido de la observación comunista, aunque no era justo revolverse contra Mazur. En aquel extravagante escenario en que se había convertido su vida, resultaba que el doctor quizá fuera la única persona que se preocupaba de verdad por ella. Al menos había tratado de amortiguar el golpe de la relación entre Tebrich y la CIA. Sí, le había ocultado información, pero que tirara la primera piedra quien pudiera y todo eso. Poca gente estaba libre de pecado. Miri, desde luego, no era una de esas personas.

El agobio que sentía era tan grande que hasta había considerado la posibilidad de llamar a Washington. Explicar todo, expiar sus sentimientos y entregarse a la misericordia de su país. Al que había traicionado, por mucho que fuera por una buena causa.

Pero sabía que no haría esa llamada ni muerta.

¿Huida hacia adelante? Tal vez. O tal vez era lo único sensato, lo único que podía devolver algo de cordura a la retorcida situación.

Aunque si de cordura se trataba, no iba por buen camino: colaborando con comunistas para capturar a una agente del bloque occidental, cometiendo toda clase de delitos en toda clase de países con el fin de eliminar a dos malosviajes inmortales.

¡Ah, y secuestrando a un agente de la CIA en el proceso, no lo olvidemos!

¿Cómo no iba a fumar cigarrillos a puñados?

Llegados a ese punto, el que la tercera pata del taburete fuera un militar franquista

ultracatólico que hacía uso de la pecaminosa brujería apenas era una minucia.

Al darse cuenta de que lo estaba mirando, el español se dio por aludido e impidió que Miri contestara a Mazur.

—Esto es una cagada —rezongó por enésima vez—. La estamos cagando.

«Esto» era el trabajo que Crespo estaba llevando a cabo: aprovechar la inconsciencia de Gunton para dejarlo bien atado y amordazado bajo el puente en el que se encontraban, junto a un arroyo y entre las curvas de una discreta carretera francesa.

—¿Nos estará chingando toda la mañana? —respondió Miri—. ¡Ya le oímos, sangrón!

—Pero no me hacen caso.

—¡Porque no tiene caso! ¡Ya cállese!

En realidad, a Miri le fastidiaba tener que admitir que, de un modo frío y calculador, Crespo tenía razón. No deberían dejar a Gunton sin control tras tantos esfuerzos para evitar que diera la alarma. Se lo habían tenido que llevar al coche obsequio de Gordievsky, porque no podían soltarlo sin más en París; no después de revelarles sus planes sobre Tebrich. El trayecto lo había hecho incapacitado, cosa que habían logrado gracias a las habilidades de transferencia. Cada cierto tiempo, cuando despertaba, había que repetir la operación —y aquello había consumido tres de las cuatro píldoras rojas de Miri—, pero así se habían asegurado un viaje tranquilo hasta Calais.

No obstante, una vez en destino el dilema fue evidente: ¿Qué hacer con él?

Crespo lo había dicho a las bravas: «No podemos dejarlo vivo. Sabe dónde está Tebrich igual que nosotros. Impedirá que lleguemos hasta ella».

Había lógica en su argumento. Sin embargo, Miri no quiso ni oír hablar del tema... aunque exteriorizando más convicción de la que sentía. Sus palabras y sus pensamientos, como familiares mal avenidos, iban por caminos diferentes. Si Crespo había notado algo de eso en su aura, nada había dicho.

Así que, contra el criterio y las insistentes protestas del militar español, habían decidido dejar a Gunton tirado e inmovilizado. Tarde o temprano despertaría y alguien lo encontraría; esperaban estar lejos de Francia cuando ocurriera. A ser posible, con Agatha Tebrich.

Pero aquella no era una apuesta muy sólida.

—Pues me callo —volvió a la carga Crespo que, como buen íbero testarudo, no se daba por vencido en su particular reconquista dialéctica con ella—. Me callo, pero lo encontrarán. Y él nos echará a los perros encima.

—¡Por el Moksha, Crespo! —estalló Miri—. ¡Ya déjelo! ¡No vamos a matarlo!

—¡Pues él sí lo haría! —replicó el teniente, esputando ira, aunque conteniéndose lo justo para no gritar—. ¡Y si no él, la loca de Tebrich! ¡Estamos tratando con asesinos, joder! ¡Y con gente que los subcontrata!

—¿Y qué? ¿Por eso tengo yo que convertirme en asesina?

—¡Es mucho mejor que ellos nos maten a nosotros, dónde va a parar! ¡Si quiere le regalamos

a Gunton florecitas para el cañón de su pistola!

—¡Usted no es nadie para dar lecciones sobre asesinatos! ¡Si yo no tuviera inmunidad, su gente me habría condenado a muerte!

—¡Usted tampoco es nadie! ¡Si estamos como estamos es por culpa de ustedes! ¡Putos *hippies*!

Miri no podía creer lo que oía.

—¿Culpa nuestra? ¿Pero qué chingada está diciendo? ¿De qué tenemos la culpa?

—¡De todo lo malo del mundo! ¡Sí! ¿No le gusta la violencia? ¡Pues con ella habríamos evitado males mayores! ¡Cuando el puto Moksha, cuando salieron los malosviajes, ustedes tenían ventaja! ¡Eran los únicos brujos del mundo! ¡Si hubieran entregado ese don a su país habrían puesto a los rusos de rodillas! ¡Pero en vez de eso se pusieron en plan *flower power* y se negaron a colaborar! ¡Claro, porque era malísimo unirse al militarismo! ¡El desmantelamiento de las bases militares fue culpa de ustedes! ¡Fue un chantaje! ¡El precio que tuvo que pagar su país para poder tener magia! ¡Y mientras lo hacían, los rusos nos adelantaron! ¡Ellos no fueron con tonterías! ¡Ocuparon lo que ustedes obligaron a desocupar! ¡Por culpa de los *hippies*, los putos rojos dominan el mundo! ¡Así que mire lo que liaron con su jodida no violencia, y mire si hemos ganado algo! ¡Mire eso antes de soltarme filípicas! ¡La no violencia no sirvió para frenar a los rusos, y por ella ahora medio mundo está a sus pies!

Miri no tuvo tiempo de contestar. Antes de que pusiera en orden sus acelerados pensamientos, Mazur se interpuso.

—Teniente —dijo, con voz calmada, pero firme—, si la única manera de frenar al comunismo es con la fuerza bruta, quizá es que la razón no está del lado del capitalismo.

El puñetazo hizo volar medio metro al doctor. La desmedida fuerza del golpe pasó por alto las diferencias de tamaño y complejidad. A Crespo lo dominaba una rabia salvaje y, frente a ello, el resto de consideraciones no tenían importancia. Mazur cayó de espaldas y a punto estuvo de golpearse con una roca a la orilla del riachuelo. Aunque su nariz comenzó a sangrar, él no hizo más gesto que el de incorporarse un poco. En su rostro había una expresión de completa sorpresa, hasta un matiz de miedo.

En Crespo no. Su semblante enrojecido parecía la representación más auténtica del odio. La rabia y la ira en forma humana. Si su pecho hubiera sido un cañón, habría disparado su corazón también. No había arrepentimiento en aquellos fieros ojos de predador. O no lo hubo durante los primeros instantes.

De súbito, algo cambió. Crespo palideció. Se fijó en su puño derecho manchado de sangre, boquiabierto como si no pudiera creer lo que veía, como si aquel miembro perteneciera a otra persona. Miró al polaco tendido en el barro, luego a la americana. Pareció que iba a hablar, hasta pareció que se le humedecían los ojos, pero todo quedó en una simple apariencia. Sin pronunciar palabra se dio la vuelta y se metió en el asiento de atrás del coche.

Miri se aprestó a ayudar a Mazur, pero él quitó importancia a lo sucedido.

—Estoy bien.

Las gaviotas revoloteaban por encima de los nidos flotantes de los seres bípedos. Su experiencia, tintada con un punto de esperanza, les hacía saber que donde había humanos abundaba la comida. Así que daban por sentado que era cuestión de tiempo que alguno cometiera un descuido útil para acallar el rugido incesante de sus tripas. Por ello seguían dando vueltas, atravesando con fingido disimulo aquel aire marino con regusto a vertidos industriales, expectantes y llenas de anticipación alimentaria.

Tres presas en concreto les resultaban de lo más prometedoras, y sobre ellas centraban sus esfuerzos de observación. No se acercaban demasiado, porque la corpulencia del mayor de los humanos era un claro indicador de peligro. Pero tampoco se alejaban, porque el botín que tenían en las manos era tan succulento que sin duda provocaría una pequeña guerra civil entre las aves si los humanos lo dejaban desprotegido.

Sin prestar atención a las gaviotas, y con cristiano aire de resignada inevitabilidad, el teniente Crespo le daba buenos mordiscos a su enorme bocadillo de queso.

En silencio, notó Bronislaw. Llevaba sin hablar desde lo del puente. Como Callahan y él. Nadie señalaba al elefante en la habitación. El viaje hasta el puerto de Calais había sido una pesada ordalía de silenciosas recriminaciones que nadie pronunciaba. Las disculpas, por supuesto, tampoco habían sido invitadas a la fiesta.

El primer impulso de Bronislaw había sido buscar el acercamiento. Reducir la tensión entre ellos era esencial para la misión. De nada serviría haber activado el protocolo 12, mandar al garete el sigilo, si todo les estallaba en la cara. Pero, luego, el polaco se había dado cuenta de que las cosas podían salir según lo previsto... aunque nadie hablara con nadie.

De hecho, tras lo del puente, quizá era buena idea que por un tiempo no se comunicaran. Cuantas menos palabras hicieran acto de presencia, menos probabilidades habría de malentendidos o de hostilidad abierta. Por triste que pareciera, resultaba mucho mejor la tirantez velada. Y tal vez las acciones del español hubieran dado un inesperado impulso a la misión del doctor.

Así que él no mediaba. Y Crespo no se disculpaba.

Bronislaw se sacudió las migas de su bocadillo ya finado — atún, lechuga, tomate y suficiente mayonesa para hundir Venecia—, se limpió los dedos pringosos y se enfrascó en la relajante tarea de liar un porro. Para variar, su huésped estaba tranquilo, pero aquello no duraría siempre. Era una de las pocas verdades inamovibles de su vida.

Aunque no era capaz de leer auras, Bronislaw se daba cuenta de que Crespo llevaba tenso más allá de los recientes acontecimientos. Había empezado durante su estancia en la embajada soviética de Berlín. Para ser exactos, desde su pequeña escapada para hacer una llamada internacional. Bronislaw suponía que no había sido a sus jefes espías, ya que de momento su

misión sobre la ODA estaba siendo un completo fracaso del que era mejor no informar a nadie —y menos desde una legación diplomática enemiga—, así que tenía que ser a otra persona.

No hacía falta ser muy listo para saber a quién. Solo haber leído el expediente de Crespo. Después los puntos se unían solos: amenaza en Londres; peligro de muerte; cualquier persona avisaría a sus seres queridos. Como la conversación había sido tensa desde el principio y había acabado con Crespo gritando «¡ustedes hagan lo que les digo!», estaba claro que la llamada no había sido al Reino Unido, sino a España. Los Miraflores.

Encendió el porro y trató de centrarse en lo que de verdad importaba, su operativo de captura. Llevaban un buen rato disimulando en el aparcamiento del puerto, junto al coche como si estuvieran esperando a alguien. Y de tanto en tanto echando una ojeada con prismáticos al yate de Agatha Tebrich. Hasta desde la distancia, allá en el extremo del tercer embarcadero, la nave impresionaba. No por grande, ya que ni sus quince metros de eslora destacaban entre sus hermanas más lujosas, sino por su aspecto afilado; incluso amarrado daba la impresión de moverse a toda velocidad.

Sus cuatro tripulantes no habían notado la poco sutil vigilancia. Se afanaban de un lado a otro de la cubierta, lo que hacía pensar que tal vez se estuvieran preparando para partir.

Bronislaw había identificado a uno de aquellos hombres como el superviviente del asalto en Berlín, el que había escapado con Tebrich. La propia terrorista se había dejado ver fugazmente antes de volver a bajar a las tripas del yate. Su aspecto era diferente: se había cortado la larga trenza y había teñido sus cabellos con una tonalidad más oscura. De incógnito.

—No creo que quede mucho tiempo —dijo Callahan tras echar una ojeada con los prismáticos—. Tal parece que no bajarán del barco. En cualquier momento se irán. Y de todos modos necesitamos llegar a Inglaterra antes que las pesadillas. Entonces... son cinco y nosotros tres. Ellos no están entrenados, pero una balacera alertará a la policía portuaria. ¿Qué hacemos?

La americana miró a ambos hombres; ninguno le contestó. Crespo masticó el último trozo de su almuerzo y Bronislaw dio una calada a su porro. Callahan se cruzó de brazos.

—Genial —dijo—. Genial, no hablen. Muy maduro. Ahora es un momento padrísimo para portarse así. ¿Se enojaron? Me vale. Pero ahora no. Esto es una chingadera para los tres. No somos amigos, quedó claro. Nuestros países se odian por la Guerra Fría. Pero ¿saben qué cosa es más fría que la guerra? La muerte. Nos enfrentamos a eso, a la muerte. Como no frenemos a las pesadillas, quién sabe cuánta gente morirá. Así que más vale hacerlo juntos, porque es nuestra única posibilidad contra los monstruos. ¿Estamos?

Bronislaw y Crespo cruzaron una larga mirada. Al cabo de unos segundos, el español asintió.

—Tiene usted razón. Esto es más importante. ¿Está de acuerdo, doctor? —Bronislaw hizo un cabeceo de afirmación—. Bien. Pues sí, hay que hacer algo. Si tardamos mucho, encontrarán a Gunton. Pero siguen siendo cinco contra tres. Bueno, en realidad dos, que aquí el doctor tampoco es que sea un gran pistolero.

Callahan estuvo de acuerdo.

—Necesitamos algún subterfugio para acercarnos. Si llegamos al barco sin que nos vean, podríamos controlar la situación rápido.

Mientras la pareja seguía planificando, Bronislaw se fijó en el puente Henri Hénon, la plataforma móvil que cerraba el embarcadero. Allá a lo lejos, los coches se habían detenido; el puente iba a abrirse. El polaco frunció el ceño y dirigió su atención al yate de Tebrich. Sus sospechas quedaron confirmadas: uno de sus hombres estaba revisando las amarras.

—Se marchan —dijo—. No hay tiempo. Poneos detrás de mí y cubríos.

No esperó respuesta sino que avanzó con decisión hacia la nave.

Si Callahan y Crespo lo seguían, bien, si no, también. Estaba a punto de haber un tiroteo, pero a Bronislaw le importaba poco que lo detuvieran los franceses siempre que con ello cayera también Tebrich. No sería un resultado óptimo, pero sí mejor que una nueva huida de la terrorista.

Lo inevitable ocurrió. El hombre de las amarras se fijó en aquel gigante vestido de negro que iba a grandes zancadas hacia él. Dio un grito hacia el yate y los demás secuaces de Tebrich también lo vieron. El que había estado en Berlín lo identificó como el loco del puente. Aceleraron los preparativos y sacaron sus pistolas. Dispararon.

Bronislaw no se detuvo. La velocidad era el factor decisivo en lo que pretendía. Y después de todo, las balas no podían dañarlo. Las pocas que impactaron en el blanco rebotaron contra su cuerpo, para sorpresa de los terroristas.

El polaco llegó a la altura del primero de ellos, que seguía disparando junto a las amarras. Sin inmutarse, le cogió la pistola por el cañón, se la arrebató y la tiró al mar. Hubo una detonación tras el doctor y otro de los delincuentes fue abatido. Bronislaw sonrió sin volverse; Crespo y Callahan sí que iban tras él. Ya solo quedaban tres terroristas, que habían corrido a buscar cobertura.

Con el camino expedito y el ímpetu de un conquistador, Bronislaw subió al barco. Fue entonces cuando algo se oyó desde la cubierta inferior.

Una fuerte palmada.

El dolor de la ignición le atravesó todo el cuerpo. Su sangre pareció hervir y sintió como si sus huesos se fundieran. Cayó de rodillas, incapaz de respirar, porque cada bocanada le quemaba igual que si en vez de aire entrara helio en combustión.

Su huésped había despertado de muy mal humor.

Ni siquiera el chaleco orgánico lo tranquilizaba. Pulsaciones eléctricas de agonía en estado sólido mordían cada terminación nerviosa. Su corazón estaba a punto de reventar. Sus pulmones suplicaban oxígeno. Su cabeza estaba hecha de agujas. Le costaba enfocar la visión. Le costaba pensar.

Bronislaw escuchó la voz de Agatha Tebrich que, en un inglés inclemente y autoritario, gritó desde su refugio:

—¡Soltad las armas y rendíos! ¡Hacedlo o dejaré que vuestro amigo muera!

No oyó nada más porque su cuerpo, para protegerlo de la tortura, se dejó caer en la inconsciencia.

—¡Me cago en la división social del trabajo!

Al ver al doctor Mazur desplomarse sobre la cubierta del yate, Arturo solo pudo bajar el arma y tragar bilis por la frustración.

¡Joder, casi lo habían conseguido!

A su lado, el rostro de Callahan era un fiel reflejo del suyo.

Durante un breve instante, mientras se deslizaban por el puerto como un cuchillo caliente por mantequilla, ambos habían pensado en que la cosa iba a ser tan fácil como la pintaba el comunista de los cojones. Pero no había sido así, y estaba claro que ninguno de los dos quería ver si Tebrich cumplía su amenaza.

El aura de la americana —visible para él por los vergonzantes tragos que Arturo había dado a su petaca tras lo de Gunton— era un anuncio de neón gritando a los cuatro vientos que lo hacía por sentimiento de culpa. La motivación de Arturo era un poco más complicada. Había remordimientos, sí, sobre todo por el irracional puñetazo. Pero también había decidido entregarse por una intuición repentina: Tebrich les había exigido la rendición. Rendición, no muerte. Los quería vivos. Y eso era la puerta perfecta para tratar de convencerla y obtener su ayuda.

En cualquier caso, mientras el bicho de Mazur siguiera bailando una sevillana en sus tripas no había mucho de qué hablar.

Ambas pistolas cayeron al suelo del embarcadero. Los secuaces de la terrorista se abalanzaron sobre Callahan y él, y los engrilletaron a la espalda con eficiencia, justo antes de arrastrarlos hasta cubierta y ponerlos de rodillas. Solo entonces se atrevió Agatha Tebrich, con su nuevo aspecto, a salir de su escondite.

Mientras los terroristas retomaban las operaciones de desatraque, Arturo y Tebrich se estudiaron mutuamente. Ella llevaba unos tejanos oscuros, botas, una holgada camiseta parda y una chaqueta impermeable gris. Su aura hablaba de determinación absoluta. Observó a Mazur desvanecido, dio una palmada y la agitada respiración del doctor se relajó. Al menos cumplía su palabra.

—Teniente Arturo Crespo Ferreiro... —le dijo sonriendo—. Por fin tenemos ocasión de tratarnos cara a cara, después de tantos encuentros fugaces. No se imagina las ganas que tenía. También les agradezco que no me hayan hecho matar a una persona tan excepcional como su amigo. Tenerlos aquí a los tres es una bendición de Dios.

Soltaron amarras por fin y el yate ronroneante se puso en marcha, quizá a más velocidad de la aconsejable en puerto. Arturo maldijo en silencio. Todavía confiaba en que los terroristas se distrajeran con ellos lo suficiente para que los gabachos los arrestaran; parecía que no eran tan ingenuos. El puente estaba abierto y con aquel barco podrían atravesarlo en poco tiempo. La única esperanza que quedaba eran los guardacostas. El tiroteo debería haberlos alertado.

Disimuló sus pensamientos con fingido desinterés.

—Si tan feliz está de tenernos, quizá podría desatarnos. Tengo ganas de rascarme la espalda.

Tebrich se rio, pero no contestó. En vez de eso se acercó a babor y oteó hasta encontrar lo que buscaba.

—Ya vienen —le dijo a uno de los suyos, que bajó de inmediato a la zona de camarotes.

Arturo trató de aguantar su sonrisa, porque había visto lo mismo que la terrorista: una patrullera de los guardacostas franceses se acercaba hacia ellos a toda prisa. A ese ritmo, los abordaría mucho antes de que cruzaran el puente. La pequeña escapada estaba llegando a su fin. Arturo trató de pensar en cómo reconducir una detención de Tebrich hacia su colaboración.

Entonces se fijó en su aura y sintió un escalofrío. Su determinación seguía tan brillante como antes. No vacilaba ni estaba sorprendida. Lo tenía previsto.

Aquello no podía significar nada bueno.

Desde la megafonía de la lancha sonó una clara advertencia:

—*Attention! Attention! Arrêtez-vous au nom de la Gendarmerie Maritime!*

Tebrich y los suyos hicieron caso omiso y la patrullera continuó con su ruta de intercepción. El terrorista que había bajado a los camarotes regresó entonces con una ajada mochila medio vacía. Tebrich la abrió con calma mientras la nave francesa se colocaba a popa y seguía acercándose.

—¿Saben una cosa? —preguntó con voz calmada mientras manipulaba la bolsa—. Dios nos pone a prueba a todas horas. Pero cuando cumplimos, Él también lo hace.

Se volvió y mostró lo que había sacado. No uno, sino dos malosviajes. Replegados y adormilados como polluelos en el maternal nido que formaban las manos de la terrorista.

Al comprender al fin sus intenciones, Arturo sintió que se le caía el alma al suelo. Trató de pensar en maneras de evitar lo que estaba a punto de ocurrir, pero poco podía hacer con las manos inmovilizadas a la espalda. Poco aparte de recibir un tiro o, peor, provocar la ira de la pareja de monstruos.

—No lo haga —pidió más que ordenó.

Por toda respuesta, Tebrich lanzó al aire a las criaturas, que despertaron de su letargo y agitaron las alas en un confuso intento por orientarse.

—Ahora no me distraiga —dijo Tebrich con voz melosa—. Necesito concentrarme para no irritar al ángel que habita en su amigo.

Cerró los ojos, hizo una larga inspiración y dio una fuerte palmada.

Los malosviajes se volvieron locos y se retorcieron buscando víctimas. Por algún motivo, y al revés de lo que había dicho Mazur, no prestaron atención a Callahan o al propio Arturo. Se lanzaron en picado contra los gendarmes.

Los dos que estaban en el púlpito de proa fueron los primeros en verlo. Aterrados, sacaron sus armas y dispararon contra los seres, en un vano intento de ahuyentarlos. Al ver que su estrategia no funcionaba saltaron al mar. Aquello los salvó.

Sus dos compañeros de la timonera interior mantuvieron una admirable compostura y quizá pensaron —como Arturo en Berlín— que una embestida directa podría ser la solución. Al fin y al cabo, la patrullera era grande. Se quedaron en sus puestos y mantuvieron el rumbo. Por desgracia, la nave tenía demasiados recovecos y espacios abiertos. Los malosviajes revolotearon y se colaron en la timonera. A partir de ese momento no hubo nada que hacer. Dos deflagraciones naranjas fueron visibles incluso a la luz del día, entre los desesperados chillidos de agonía de los gendarmes. La nave perseguidora fue perdiendo velocidad y desviándose de su rumbo.

Agatha Tebrich se persignó.

—Dos mártires de Dios van camino del Cielo, guiados por ángeles —dijo para sí; y luego se dirigió a sus seguidores—. Esto los frenará. La alerta cerrará también el espacio aéreo. Ningún helicóptero nos perseguirá.

El yate cruzó el puente y se alejó hacia aguas internacionales.

Aunque el camarote donde los dejaron tirados era lujoso — maderas nobles, amplia cama, diseño vanguardista en tonos marfil—, Arturo apenas se fijó. Tenía otras cosas en la cabeza y, a pesar de que solo llevaban unos minutos encerrados, el tiempo se le había estirado como un chicle. Un chicle lento y pesado.

Engrilletados, con las manos a la espalda y con un enorme y barbudo secuaz de Tebrich haciendo de gorila en la puerta sin quitarles el ojo de encima, a pocos menesteres podían dedicarse salvo al de pensar. Pero a Arturo no le apetecía hacerlo.

El hecho de que Mazur siguiera inconsciente sobre la cama hacía más cuesta arriba la espera. Sin su conversación de gracioso llenando cada segundo de silencio, solo quedaban Callahan y él para hacerlo. Teniendo en cuenta lo lanzada que era, la americana no tardaría en sacar el tema del puñetazo. De cómo había perdido el control. De que quizá nunca lo había tenido, por mucho que se hubiera convencido de lo contrario. De que tal vez Londres estuviera en aquel momento más lejos que nunca. Maldita la gracia que le hacía revolver tamaña mierda.

—Crespo —lo llamó al fin entre susurros, cuando a ella también se le hizo cansino el silencio; el vigilante la miró pero no se movió—, creo que hay algo que podemos hacer. Si pudiera activarme, podría transferir. Puedo pasarle toda mi fuerza y la de Bro; con eso usted podría liberarse y llegar hasta... ella.

A Arturo le hizo gracia que tratara de disimular el nombre para que el guardia no lo entendiera. Como si Callahan estuviera siendo el colmo del disimulo; como si el hombre no estuviera captando sus intenciones. Pero ella había demostrado no tener reparos en sacar a pasear la lengua delante de espías y enemigos.

Daba igual. Era poco probable que el armario con barba hablara español. Tebrich se comunicaba con los suyos en inglés y aquel tipo tenía rasgos nórdicos.

—Sé que soy un hipócrita —dijo sin pensar, mirando al techo.

—¿Cómo? —respondió Callahan, confusa por aquello que no parecía venir a cuento de lo que acababa de decir.

—Sé que soy débil —siguió él—. Sé que pecho al usar brujería. Sé que no tengo derecho a juzgar a otros por hacerlo. Sé que trabajo con gente tan hipócrita como yo. Intento arreglarlo. Intento... que cambien las cosas. Pero el mundo está lleno de gente sin barreras morales. Gente que mandaría todo a la mierda con tal de ser los reyes del estercolero. Y no puedo permitir que por mi moralina ganen los malos. Así que si tengo que ser un demonio,... pues acepto esa carga.

No se atrevió a volverse. No todavía. Temía ver su aura. Y temía decir lo que venía a continuación. Pero ella aprovechó la pausa para hablar también.

—Crespo, yo... Yo... le entiendo mejor de lo que usted cree.

Arturo siguió sin volverse, pero el tono era claro y él lo captó. Sinceridad. Comprensión. Fue suficiente para animarlo a seguir, a cruzar su particular Rubicón.

—A pesar de todo, hay cosas de las que me arrepiento. He... cometido errores. Si lo de la ODA saliera bien, si usted hiciera que me apoyaran, podría arreglarlos. En Londres. No se confunda. No es por España, ni por el CESID, ni por la religión ni por la magia. Es personal. Por eso lo hago. Porque lo necesito. ¿Estoy siendo egoísta? No lo sé. Quizá. Pero tengo que arreglar las cosas.

Dejó de hablar porque ella tenía que hacer la pregunta. Solo si el dragón salía de la cueva, podría enfrentarse a él. Callahan siguió el guion previsto.

—¿Qué hizo, Crespo? ¿Qué necesita arreglar?

Ahí estaba. El momento de la confesión. Solo que no sería ante un sacerdote conciliador que le impondría una ridícula penitencia de pacotilla, sino ante alguien capaz de escupirle a la cara. Por eso debía responder, así que lo hizo.

—Mi mujer y mi hijo viven en Londres. Sí, estoy casado. Ellos se mudaron allí para estar lejos de mi influencia... Para estar lejos de mí. Yo... En el momento en que apareció mi poder... Ya sabe. Es muy útil. Me animaron a usarlo. Me sirvió para entrar en el CESID. Para servir a España. Creo que también a Dios. Lo usé a todas horas. Me ayudó a encontrar a Fierabrás. A interrogar a sospechosos, a evitar muertes. Me servía para hacer el bien así que... procuraba estar siempre alerta. Siempre activo.

»Ya sabe lo que eso significa. En España, las drogas están prohibidas; ni siquiera a mí me las hubieran dado. Así que solo me quedaba el vino. Todo el mundo bebe vino en España. Tampoco es raro que alguien beba más de la cuenta. No llama la atención. Es más discreto que los putos porros del doctor.

»Lo que pasa es que... ya sabe... yo soy... temperamental. Mezclar eso con el vino es... Yo no...

»Pegué a mi mujer. No voy a justificarme. Fue lo peor que he hecho en mi vida. Y le aseguro que he hecho cosas que usted despreciaría. Pero mi peor acto fue herir a Adela. Fue solo aquella

vez, pero... solo hace falta tirarse una vez por un barranco para matarse. Solo una vez para romperlo todo.

»Su familia fue implacable conmigo. Como merecía. Son poderosos. La alejaron de mí, de las autoridades que yo pudiera usar para presionarla. Se encargaron de encontrarle trabajo y vivienda en Londres. Lejos de mí.

»Hicieron bien. Pero ahora...

»Creo que he cambiado. O creía. Mi ira. Creía dominarla. Pero el puñetazo que le di a Mazur... Igual no soy tan diferente. Igual no merezco volver a ver a Adela y a Víctor. Pero... aun así... me gustaría tener la oportunidad de arreglarlo. Soy débil. Pero me gustaría.

En aquella ocasión, Callahan no respondió. Tras unos segundos de asfixiante silencio, Arturo respiró hondo y volvió la cabeza hasta encontrar el aura de la americana.

Vio en ella sorpresa. Pero sobre todo decepción y asco.

Arturo apretó los dientes y apartó la mirada. Pensó qué más podría decir para desmenuzar aquella situación incómoda, pensó en que quizá no tenía derecho a hacerlo, tuvo ganas de lanzarse a cabezazos contra el gorila, tuvo vergüenza de seguir con aquellos impulsos.

Agatha Tebrich interrumpió su caída en barrena mental. Apareció en la puerta y dijo, sonriente y en inglés:

—Teniente Crespo, por favor, venga conmigo.

Arturo no discutió. Se levantó y fue con ella, aliviado de no seguir viendo aquella aura acusadora que tan bien lo describía.

Subieron a cubierta y avanzaron hasta colocarse en la proa. Allí, Tebrich se quedó unos instantes mirando al frente, dejándose salpicar por frescas gotas marinas bajo el cielo nublado. Arturo, todavía sacudido por su charla con Callahan, guardó silencio y esperó a que la terrorista revelara sus cartas. Lo único que veía en su aura era lo mismo que antes, determinación. Sus secuaces tenían una mezcla de miedo, admiración y —también, aunque en menor medida— determinación. O fe ciega. A veces era fácil confundirlas. Aquello no le aclaraba mucho las cosas. Necesitaba más pistas.

A lo lejos se dibujaba la silueta de la costa inglesa. En menos de una hora llegarían a Dover. De ahí a Londres era un salto. Podrían estar en posición antes de que las pesadillas se abalanzaran sobre la ciudad.

La cuestión no era llegar. Era estar en condiciones de hacer algo contra los monstruos.

Esperaba que los Miraflores le hubieran hecho caso. Que le hubieran dicho a Adela que se marchara de la capital británica. Pero no tenía manera de estar seguro. En cuestión de comunicación, los Miraflores y él eran como tirios y troyanos.

Tebrich se volvió hacia uno de sus hombres y le hizo una seña silenciosa. Él se acercó y desató las manos a Arturo.

—¿Me suelta? —preguntó, ceñudo, frotándose las muñecas—. ¿No tiene miedo de que les

ataque? Ahora mismo podría tirarla por la borda.

Ella volvió a sonreír.

—No tengo nada que temer. Dios me ha transmitido Su voluntad. Usted está aquí porque Él quiere. Si Su plan es que yo caiga por la borda, que así sea.

—Hágase en mí según tu palabra, ¿eh? —respondió, con un toque de sarcasmo. Ella no dio señales de sentirse ofendida.

—Sí, eso soy. La esclava del Señor. No hay mayor honor. Sabía que usted y yo nos entenderíamos. —Volvió a mirar hacia la cada vez más cercana costa—. El agente Gunton le manda recuerdos. Se encuentra bien. Hemos hablado.

«Cojonudo. El día mejora por momentos». Volvió a fingir indiferencia.

—Un buen tipo. Lástima que él y yo hayamos empezado con mal pie.

—Cualquier error puede enmendarse.

Arturo trató de mantenerse inexpresivo al oír aquellas palabras que horadaron su pecho, resonando en lo que acababa de contarle a Callahan. ¿Habría estado escuchando Tebrich? No le agradó la sensación de vulnerabilidad. Y tampoco que su primer impulso ante ella fuera, en efecto, saltar y empujar a su captora al mar. Contuvo la rabia justo cuando sus piernas ya se estaban flexionando por voluntad propia. Aunque necesitaba ganarse la confianza de Tebrich, no pudo resistirse a atacar. Solo que de otra manera.

—¿Sí? ¿Puede enmendar usted los asesinatos que ha cometido?

Ella le clavó una mirada fanática.

—No son asesinatos si son en nombre del Señor. Usted también ha matado por Él. ¿Acaso cree que irá al Infierno por lo que ha hecho en Su nombre? No, Él sabe quiénes son los suyos. —Dulcificó la expresión de su rostro—. Le voy a contar un secreto. Hace poco tuve una crisis de fe. Hubo un momento... esto es vergonzoso... Hubo un momento en el que dudé de todo. Pensé que lo que yo hacía no tenía sentido. Pero me mantuve firme y, ¡mire!, el Señor me ha recompensado. Me permite encontrar ángeles, no de uno en uno como hasta ahora, sino de dos en dos. Ha hecho que ustedes vengan a mí. Me ha dejado atraparlos sin problemas. A un alto cargo comunista, una renegada americana y un guerrero que entiende los matices del servicio a Dios. Eso es una bendición. Una muestra de que Él aprueba mi convicción. Esa es la manera de enmendar errores. La fe en lo que hacemos.

Arturo agachó la mirada. Cuando volvió a alzarla, trató de que no se notara la duda en su voz.

—Quizá hay otra explicación. Otro motivo por el que estamos aquí. Quizá el Señor quería mandarles a usted un mensaje.

Tebrich pareció encontrar el comentario hilarante.

—¿Y cuál sería ese mensaje, según usted?

—Ha hablado con Gunton. Sabe de sobra cuál es: que trabaje con nosotros.

El corazón le latía tan rápido que apenas era consciente de dónde estaba. Solo era capaz de notar

ese golpeteo incesante, esa manifestación física del impacto emocional que había sufrido.

Lo que más afectaba a Miri era haberse sorprendido. Debería haberlo visto venir. ¿Qué podía esperar de un retrógrado fanático religioso, hipócrita confeso, capaz de juzgar y condenar a gente por hacer lo que él mismo hacía cada día? ¿Cómo podía sorprenderla que ese individuo, además, fuera un maltratador de mujeres? Pero estaba sorprendida. Había empezado a pensar que existía un motivo para la coraza de Crespo, una explicación racional y aceptable para su comportamiento, debajo de tantas capas irritantes en su personalidad. Había empezado a creer que su socio en aquella aventura diferiría de la primera impresión que proyectaba. Sin embargo, ahí estaba. El teniente español al desnudo. Tal y como era. Tal y como ella había sospechado que sería, ya desde Washington y sin conocerlo.

Aun así, estaba sorprendida.

—No dormía.

La inesperada voz de Mazur le hizo dar un respingo que a su vez sorprendió un instante al guardia de la puerta. Miri se volvió hacia la cama y comprobó que, en efecto, el doctor estaba despierto y la miraba.

—¡Bro! ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Mi huésped descansa, más o menos. Está inquieto, porque hace mucho que no fumo, pero el chaleco bastará para controlarlo.

—Me alegro. Podemos pedirle a Tebrich que te devuelva tu droga. No creo que se niegue. Pueden controlar que yo no la uso para activarme.

—Podemos hacerlo, sí. Pero, Miri, no dormía. Lo he oído todo.

Ella se mordió los labios.

—Ya. ¿Lo sabías?

—No con seguridad, aunque algo sospechaba. De todos modos, yo no soy quién para revelar los secretos de Crespo. Bastante he metido ya la pata en eso. Y está claro que tampoco puedo criticar a quienes no comparten información.

—No es lo mismo.

—Sí lo es. Él pegó a su mujer. Yo... nosotros no os dijimos a los capitalistas que podíais frenar a los malosviajes. Son dos maneras de hacer daño.

—No es lo mismo —insistió—. Y no lo defiendas. Vuestra mentira causó daño por omisión. Crespo, personalmente, hizo daño a una persona que confiaba en él.

Mazur se encogió de hombros.

—No me corresponde a mí decirte lo que debes opinar. Aunque... —hizo una pausa— ahora que Crespo no está, quizá ha llegado el momento de algo. Algo para lo que antes no estabas preparada. Voy a contarte otra cosa que sabemos: si te transfieres tu energía a ti misma, estabilizas tu aura.

—¿Qué?

—Hablo de experimentos que han hecho algunos colegas míos. Los *transfers* podéis anular a

los *kirlians*. Si te transfieres tu propia energía, lo que ve un *kirlian* es un aura tranquila, sin emociones destacadas y sincera. El *kirlian* estará convencido de que estás relajada y dices la verdad. Aunque seas una mentirosa y estés de los nervios. Ni Crespo ni nadie tiene por qué saber lo que sientes.

Miri quedó unos instantes boquiabierta.

—Pero eso... Y tú... —dudó y miró de reojo al vigilante de la puerta. Mazur sonrió.

—No te preocupes. No se entera de nada de lo que decimos. Cerca de aquí no hay nadie que hable español. Yo lo sabría.

Miri resopló.

—Vale. Pues... ¿Se puede saber por qué me lo cuentas? ¿A qué chingada madre viene esto? ¿A qué juegas?

—No es un juego. Es importante.

—¿Importante? ¿Que yo sepa mentir a lectores de aura es importante?

Mazur asintió lentamente.

—Bueno, para empezar creo que tienes el derecho a mentir cuando quieras. Gracias a mi huésped, yo lo tengo. Es liberador. Quería compartirlo contigo. —La miró en silencio unos instantes, durante los cuales ella no abrió la boca—. Además... es una habilidad que podría venirte bien. Tener la herramienta de disimular cuando alguien intente saber si dices la verdad. Puede venirte bien en el trabajo.

—¿Pero qué trabajo crees tú que hago?

—No es el que haces. Es el que podrías hacer.

—¡Ándale, Bro, no des más vueltas! ¡Di lo que sea!

—Está bien. Sabes que fui a España con una misión. Y que mi misión cambió cuando conocí a Fierabrás. Pero hay algo más que cambió cuando supimos a quién enviaba Estados Unidos. Cuando supimos que, de toda la gente, venías tú.

El golpeteo en el pecho de Miri regresó. Empezaba a vislumbrar por dónde iban los tiros.

—¿Por qué... cambió algo? ¿Qué importa quién soy yo?

—Importa todo. Conocemos tus expedientes. Tus capacidades. Tu personalidad. Puedes transferir; lo que, como te he dicho, te permite escudarte de las lecturas de aura. Y estás cerca de un secretario del Gobierno de Estados Unidos.

—No...

—Me pidieron que intentara hacer otra cosa. Y creo que es una misión que merece la pena. Y ahora que te conozco creo que puedo cumplirla.

—No lo digas, Bro...

—Queremos que seas una de nuestras agentes.

Ante la sugerencia, Tebrich soltó una franca carcajada.

—¡Trabajar con ustedes! ¡Pero si es precisamente lo que quiero! ¿Por qué cree que están

aquí? ¡Quiero que hagamos esto juntos! Usted a mi lado, como la espada del arcángel Miguel. Y también sus dos ateos compañeros. ¡Especialmente ellos! Quiero que triunfemos colaborando, que todo el mundo vea que solo se puede tener éxito cuando las naciones se inclinan ante el Señor, que todo el mundo sepa que solo así Él nos verá dignos.

»Imagine: llegamos a Londres, interceptamos a los enviados del Señor, yo los apaciguo delante de toda la gente y demuestro que con ayuda de la fe no hay nada que temer. ¡Imagine! ¡Imagine la devoción que eso generaría! ¡Imagine cuántas almas perdidas volverían al redil de Dios! ¡Hagámoslo! ¡Usted y yo!

Para reforzar sus palabras, le tendió la mano. Arturo dudó.

Ella la mantuvo tendida, sin que la determinación de su aura vacilara ni un instante. No obstante, Arturo no la tomó.

—Su plan tiene un problema.

Tebrich cruzó los brazos, con cierta decepción en el rostro.

—¿Cuál?

—Que depende de que usted esté ahí para calmar a las criaturas. ¿Qué pasará cuando usted muera? ¿Quién las controlará? ¿Se arriesgará a que vuelvan a quedar libres, matando y destruyendo? ¿Cómo afectará eso a la fe de la gente?

La mujer lo miró a los ojos y asintió.

—Tiene usted razón. Parece que he vuelto a equivocarme. Quizá no es usted la espada de Miguel, sino la voz de Gabriel. Le escucho. ¿Cuál es su plan?

—No calmarlas: capturarlas.

Tebrich rio, condescendiente.

—Nadie puede capturar a los ángeles de Dios.

—Sí se puede. Mazur lo ha hecho. Con cámaras org... orgónicas. Y esa es la clave de nuestro plan. Sabemos que van a la sede de la ODA, que quieren destruirla. Sabemos cómo atraparlas. Solo necesitamos que no nos intenten destripar mientras lo hacemos. Ahí es donde entra usted.

»Esos seres se sienten atraídos por la magia. Queremos usar eso como cebo. Hacer que quieran atacarnos, por ejemplo, a la señorita Callahan. Hacer que la sigan hasta un lugar...

—Una trampa.

—Sí. Una vez allí, usted los calmaría y nosotros... les enseñaríamos una pequeña sorpresa que tenemos. Ya la deben de haber recibido en la embajada rusa de Londres. Cortesía del último Plan Quinquenal. Un diseño basado en el chaleco del doctor Mazur. Es experimental, pero han demostrado que funciona con malosviajes. Se trata de una red tejida con una mezcla de algodón y acero.

»Material orgánico e inorgánico. Una red orgónica. Es menos potente que el chaleco del doctor, por no sé qué de la coherencia de campos, pero funciona. Si atrapamos a las pesad... a los arcángeles con eso, deberían quedar paralizados. Entonces acercaremos auténticas cámaras orgónicas y los meteremos dentro. Encerrados y bajo control. Sin víctimas.

El rostro de Tebrich se iluminó. También aumentó el brillo de la determinación en su aura.

—¡Magistral! ¡Sabía que su presencia aquí era una bendición del Señor! ¡Usted y yo haremos grandes cosas juntos! ¡Acepto su plan!

Le volvió a tender la mano y, en esa ocasión, Arturo sí la estrechó.

—Ahora necesitaremos el visto bueno de los ingleses.

—Déjemelo a mí. El agente Gunton se encargará.

Arturo se acodó junto a ella en la barandilla de proa y respiró hondo el aire marino. Al menos podía consolarse pensando que había triunfado en la parte táctica del plan. Respecto a la personal... tendría que darla por perdida, o buscar otra manera.

—Sabe que no los necesita, ¿verdad?

Se dio cuenta de que Tebrich lo estaba mirando. Escrutándolo como si también pudiera leer su aura. Su alma.

—¿Cómo dice? —respondió, confuso.

—A sus compañeros. No los necesita. Si usted quiere ir a Londres, solo tiene que hablar con el agente Gunton. Él puede mover hilos. La CIA cuida de sus aliados. Así que si las cosas no salen como usted quiere...

»En cualquier caso, espero que triunfe en su misión. No habría mejor noticia para el mundo que juntar a España y la ODA. Así, España entendería la belleza de la magia. Y a cambio... a cambio, la ODA entendería por fin que debe postrarse ante el Señor. No me cabe la menor duda de que su gobierno logrará que la fe entre en esa organización, igual que reina en España. Es lo mejor que podría pasar.

Arturo no contestó. Por algún motivo empezaba a sentir un sabor agri dulce en la boca.

Miri resopló con frustración.

—¡Mierda, Bro, no me puedes pedir eso!

—¿Por qué?

—¡Porque es ridículo!

—Pero ¿por qué? Piensa en lo que te ofrece el comunismo: un mundo sin la superstición religiosa, sin Estados, sin fronteras, donde todas las personas sean iguales sin importar su nacimiento. ¿No es eso el ideal del mundo *hippies*?

Ella sacudió la cabeza con fuerza.

—¡Ese mundo solo lo ves tú! ¿No recuerdas Berlín? ¿Crees que yo llamo a eso ideal?

—Todavía no es perfecto, lo admito. Pero es precisamente por culpa de la Guerra Fría. Nos obliga a estar a la defensiva, pero se acabará cuando ganemos. ¡Y ganaremos! ¡Lo sabes perfectamente! ¡Ya no podéis ganar, solo alargarlo! ¡Alargarlo y causar más dolor, como con Tebrich! ¡Pero tú puedes frenar este círculo vicioso! ¡Puedes ayudarnos a ganar antes! ¡A traer la paz antes!

A Miri se le quebró la voz.

—No me puedes pedir eso —repitió.
Pero ya no sabía qué creer.

Una trampa

Eran imparables. Las dos pesadillas se acercaban a las islas Británicas con su inexorable vuelo y todos sabían que no había nada que hacer. En un primer momento, la Real Fuerza Aérea esbozó un plan para encarar a los monstruos. Los halcones al mando opinaban que una serie controlada de impactos de misiles Skyflash deberían, como mínimo, desviar a las criaturas de su rumbo. Aunque se llegó a preparar a cuatro cazas Tornado para tal fin, la misión acabó guardada en un cajón. Nadie supo si fue para evitar que las pesadillas se enfurecieran por el ataque, si se tuvo en cuenta que un desvío de las mismas solo trasladaría el problema a otro lugar, o si, por algún otro motivo, se creyó que en realidad nada las apartaría de su objetivo... fuera cual fuera.

Lo que sí se hizo fue decretar una zona de exclusión aérea alrededor de las pesadillas y llevar a cabo un seguimiento continuo de su trayectoria.

De ese modo, los periodistas tanto nacionales como extranjeros pudieron tener información directa y constante sobre la evolución de la amenaza. Todos los canales de radio y televisión aprovecharon para bombardear cada media hora con boletines informativos especiales, de manera que cualquier ciudadano de la Tierra podía saber en todo momento cada pequeño pormenor referente a las criaturas.

No, no morían al realizar la ignición. Sí, parecían ser tan indestructibles como los malosviajes. Sí, habían aparecido por primera vez en Berlín. No, no se creía que fueran un arma biomágica soviética. No, todavía no se entendía su patrón de ataques. Sí, las autoridades estaban preparando un plan de defensa de Londres, ya que ese era su destino. No, nadie sabía por qué. Pero sí que sabían en qué dirección volaban, qué ruta habían seguido desde su aparición en Alemania. Hasta el más incompetente de los periodistas era capaz de marcar esos datos en un mapa, coger una regla y trazar una línea. De ese modo habían podido inferir que las criaturas acabarían sobrevolando Whitechapel. O quizá la mismísima City, con sus elegantes rascacielos y bulliciosa actividad capitalista. ¿O tal vez su destino era Hyde Park? ¿Qué pasaría si llegaban a las inmediaciones de Heathrow?

A pesar de la cercanía de Buckingham a la ruta de las pesadillas, la reina se negó a abandonar el palacio. Expresó su tajante deseo de hacer vida normal y, con ello, dar ejemplo. Como indicó a sus asistentes, ella sería la primera en cumplir las órdenes del Gobierno.

Porque en todos los medios de comunicación, entre un escabroso boletín y otro, las autoridades insistían en un mensaje: mantengan la calma y sigan con sus vidas. Era algo que los

británicos sabían hacer, a fuerza de costumbre. De modo que lo hicieron. Siguieron los transportistas moviéndose de un lugar a otro. Los elegantes abogados continuaron tejiendo inacabables contratos. El sector bancario prosiguió su juego financiero. Las tiendas de alimentación no dejaron de aprovisionar a sus vecinos. Todos los grupos sociales y profesionales siguieron con sus rutinas. A excepción de uno.

Porque de forma sorprendente, las autoridades hicieron también una petición especial. Una que contradecía su —en apariencia— inquebrantable mandato de mantener la calma.

Y es que también se dictó una orden clara en otro sentido: todos los magos, todas las personas con habilidades psíquicas o sobrenaturales, debían quedarse escondidas en sus casas mientras durara la crisis. Cuando las pesadillas llegaron al espacio aéreo londinense, los magos tendrían prohibido salir a la calle, ir a trabajar o incluso bajar a comprar el pan. Estarían sometidos a un arresto domiciliario.

Nadie les explicó por qué.

Para ser la segunda sede de la mayor organización mágica del mundo, las oficinas inglesas de la ODA eran prosaicas hasta decir basta. Prosaico, por supuesto, no quería decir feo o sin estilo. El vanguardista edificio, situado frente a la sinagoga de Bevis Marks, no desentonaba en absoluto con el espíritu arquitectónico de la City londinense: cuatro pisos con blanca luz fluorescente, amplios ventanales, espaciosa mesa ocupada con modernos ordenadores 386, carpetas llenas de protocolos de actuación y artículos sobre experimentos parafísicos. Y no cualquiera podía acceder a esas instalaciones. En la planta baja, un equipo policial de seguridad registraba junto a un torno metálico todas las entradas y salidas.

Sin embargo, más allá de su lujo seguía siendo terrenal. No es que Arturo hubiera esperado un aquelarre en mitad de los pasillos o gente trazando pentáculos mágicos con sangre en el suelo, pero tampoco imaginaba que lo más sobrenatural que encontraría iba a ser un discreto cartel de los Beatles pegado en el interior del cubículo de una secretaria. Aquello se parecía más a un centro de convenciones empresariales que a un lugar de intercambio de ideas sobre cómo usar la brujería para impedir invasiones de otros mundos.

En aquel momento, el inmueble estaba vacío, salvo por el equipo que paseaba por el segundo piso: Arturo, Mazur y un par de *bobbies* armados con porras (¿qué puto sentido tenía un policía sin pistola?). Todo el personal había sido evacuado como medida de precaución. No había sido muy difícil porque, al fin y al cabo, a aquellas alturas de la tarde el horario laboral casi había terminado. Y ahí estaba Arturo. Una vez más, le tocaba esperar. Una vez más, al lado del doctor. Una vez más, malditas las ganas. Y no era porque el comunista se lo estuviera poniendo difícil.

No había hecho recriminación alguna, comentario fuera de tono, indirecta. Ninguna mención al puñetazo o a su discusión. Todo lo contrario, seguía con su sonrisa como si nada pasara y hablaba de esto y de aquello.

Así las cosas eran peores, claro. Era tanto como si Mazur le estuviera repitiendo a la cara «soy

mejor persona que tú».

Una vez más, tenía ganas de tirarlo por la ventana.

—Siguen viniendo hacia aquí.

La frase del doctor pilló a Arturo en fuera de juego.

—¿Qué?

—Siguen viniendo a la ODA. Las pesadillas. De algún modo saben que la ODA es un centro de estudio mágico; por eso lo quieren destruir. Pero no se han enterado de que ahora está vacío. Me pregunto cómo descubren las cosas. Quizá sean como las abejas y los malosviajes les sirvan de exploradores. O quizá sí saben que la ODA está vacía pero les da igual. Además ¿por qué Londres? ¿Por qué no ir directamente a Moscú, a la sede principal? ¿Es por cercanía? Hay tanto que no sabemos...

—Sí, no sabemos una mierda —respondió Arturo entre dientes, sin mirar a Mazur.

Él sí que le clavó la mirada. No necesitaba volverse para notarlo. Lo sintió tras él, estudiándolo, diseccionándolo como si fuera un enigma científico. Arturo apretó los puños.

—No sé qué haría yo —dijo el polaco de improviso. Arturo se resistió a morder el anzuelo, pero el hastío pudo más que él y se dejó llevar.

—¿Hacer cuándo?

—Si la Unión Soviética estuviera a punto de ser derrotada. No sé cómo me sentiría. Decepcionado. Humillado. Enfadado. Molesto con el mundo por la injusticia.

—Déjese de psicoanálisis baratos. Y no vaya de amiguito conmigo. No hable como si supiera lo que pienso.

Mazur sonrió.

—Perdone.

—Además, ustedes no han ganado. No todavía.

—Teniente, admita que es cuestión de tiempo. Al final, el mundo será comunista. Porque es lo más justo... y porque controlamos las riquezas del mundo.

Arturo resopló.

—Sí, esquilmando los recursos de los países más pobres. A eso lleva la economía comunista. ¡Lo más justo, dice! Si el capitalismo ganara la Guerra Fría, ese expolio de los pobres no existiría.

Dejó al doctor con la palabra en la boca y se fue a asomar a la ventana, tratando de escudriñar por el horizonte. Las pesadillas estaban haciéndose de rogar. Y, de repente, Arturo tenía unas ganas locas de que llegaran.

Rezó en silencio.

Era raro ver aquella avenida vacía de tráfico rodado. En un día normal, la A13 habría sido una de las rutas de acceso más directas a Whitechapel y, de ahí, al centro de Londres. Lo que significaba que habría estado muy concurrida de todo tipo de vehículos en ambos sentidos, hasta con el

ocasional atasco. Y más al atardecer, con el movimiento de la gente que salía de su lugar de trabajo. Habría sido un poco caótico. En aquel momento no había circulación.

Sin demasiado preaviso y sin explicar motivos más allá de un genérico «por una cuestión de seguridad», las autoridades londinenses habían cortado al tráfico en aquella arteria urbana. Nadie podía entrar ni salir por ahí, y se había recomendado a los peatones que también abandonaran la zona. Intuyendo por dónde iban los tiros, la mayoría de la gente lo había hecho, de manera que el lugar estaba casi desierto. Era imprescindible que fuera así. Lo necesitaban para que la trampa funcionara.

Miri se sacudió las manos para tratar de librarse del creciente frío y trató de analizar qué se sentía siendo un cebo humano. Era «Barracuda», de Heart, pero de forma literal. Porque quien acechaba dispuesto para emboscar por sorpresa no era un amante desleal sino un auténtico monstruo.

Al menos no era un cebo solitario, suponiendo que aquel pensamiento debiera consolarla. Junto a ella esperaban otros siete hombres, tres con uniforme. Todos ellos —al igual que Miri— montados en motocicletas listas para salir a toda prisa. La colaboración de Scotland Yard había sido absoluta. Miri notaba allí la mano invisible de Gunton, pero si servía para conseguir lo que buscaban, bienvenida fuera.

Por desgracia, y a diferencia de lo que ocurría en muchas partes del mundo, no había abundancia de *transfers* en la policía inglesa. La gente capaz de canalizar energía solía decantarse por la lucrativa profesión sanitaria antes que el casi suicida —y mal remunerado— trabajo de cazador de malosviajes. Por ello, no habían podido contar con los efectivos que le hubiera gustado tener a Miri. Agradecía la presencia de los cuatro voluntarios médicos del NHS, pero la mente de ninguno de ellos estaba preparada para lo que se avecinaba. Si enfrentarse a un malviaje era duro, incluso cuando revoloteaba con calma, hacerlo contra una pesadilla rabiosa era una prueba de valor no apta para corazones débiles. Recordó la huida del agente de la Stasi tras la muerte de Krödel, recordó el pánico en su mirada, recordó cómo se aceleró su propio corazón, a pesar de la cantidad de monstruos a los que se había enfrentado en el DOR.

Aquellos cuatro voluntarios eran aficionados. No iban a atender una urgencia traumatológica; iban a contemplar a dos bestias implacables sedientas de sangre. Miri no contaba con que mantuvieran la posición más de uno o dos minutos.

Pero si todo iba bien, solo necesitarían eso. La trampa no estaba mucho más lejos.

La idea había sido de Mazur. El viaje de las pesadillas a través de Europa había confirmado su teoría: los monstruos odiaban lo mágico. Las dos veces que se habían desviado para atacar una ciudad había sido para matar a magos. Juntando ese dato con lo que el doctor había sentido en su breve contacto mental con los engendros, podía confirmar las motivaciones que los impulsaban. De ahí podían pasar a una antigua máxima del espionaje: quien conoce los deseos de alguien, puede manipularlo.

Eso era lo que pretendían hacer con las pesadillas.

Las trayectorias de vuelo calculadas por la Fuerza Aérea dejaban claro que sobrevolarían Whitechapel en su ruta hacia la ODA. Suponiendo que no hubiera un mago en las inmediaciones, nada debería hacerles cambiar ese rumbo. Como les interesaba que así fuera, habían dado la orden de que los psíquicos se quedaran en casa. No querían distracciones imprevistas para los monstruos ni provocar impulsos que los sacaran de su línea recta. Porque iban a interceptarlos. Desde el aire, y en la ruta de las pesadillas, la A13 era una de las carreteras más visibles. Se barajó también la A11, pero su recorrido de entrada se desviaba demasiado de la trayectoria prevista de los engendros. Así que lo que cortaron fue la A13.

Allí prepararían la sorpresa. El cebo. Miri y sus siete acompañantes. Todos magos. Todos *transfers*. Todos activados. El equivalente mágico de una bengala de señales.

Si las pesadillas se comportaban como en Hannover y en Arnhem, la presencia de tanta hechicería junta debería volverlas locas e impulsarlas a atacar. Cuando lo hicieran, los ocho *transfers* motorizados fingirían una huida hasta el cercano parque Altab Ali. El lugar donde se escondía el arma definitiva contra las pesadillas: Agatha Tebrich. Y también un pequeño cañón, disimulado entre los árboles, cargado con la red orgónica que habían enviado los comunistas.

Las pesadillas seguirían a las ocho motos hasta el parque. Cuando estuvieran bajas y a tiro — en una zona controlada y con amplios espacios abiertos—, Tebrich las calmaría. Eso daría tiempo a los artilleros para apuntar el pequeño cañón y lanzar la red. El campo orgónico paralizaría a los monstruos, lo que a su vez daría la oportunidad de arrastrarlos hasta las dos furgonetas que habían reconvertido en cámaras orgónicas portátiles gracias al material donado por instituciones de investigación parafísica de Oxford.

Fin del problema.

Si aquello fallaba, si alguna de las pesadillas escapaba de la trampa y seguía su vuelo hacia la ODA, ahí estarían Bro y Crespo esperando. En Berlín había sido el doctor quien las puso en fuga. Quizá lograra hacer otro tanto también en Londres. Como plan de emergencia era un clavo ardiendo, pero confiaban en no necesitarlo.

Miri la primera. Deseaba que todo saliera aunque fuera la mitad de bien que lo planeado. Pero todavía recordaba con demasiada claridad cómo se habían torcido las cosas en Berlín. Por eso, no le había gustado saber que los astrólogos de Downing Street estaban divididos: unos hablaban de éxito con sacrificios, pero otros interpretaban las cartas astrales como «fracaso a largo plazo». Ella no quería ninguna de las dos opciones.

Uno de los uniformados acercó su moto. Era el inspector Erwin Kendrick, de la Unidad de Alteraciones Extraterrenales de Scotland Yard y, en teoría, el oficial al mando de aquel operativo. Un tipo alto, bien afeitado y con las mismas pasiones desbordadas que la berenjena común. Mientras Miri se ponía de los nervios, él se limitaba a echar algún que otro vistazo a los edificios cercanos. Era como si, en vez de enfrentarse a una amenaza mortal, lo hubieran enviado a dirigir el tráfico en un pueblecito galés. Lo más parecido a un improprio que había salido de sus labios había sido al dejar caer con desgana que las estimaciones de llegada de las pesadillas

hechas por la RAF se estaban equivocando en al menos dos minutos y medio. Cosa que comentó levantando una ceja y formando una mueca que parecía dar a entender que aquello era el fin de la civilización occidental.

—Agente Callahan, me informan por radio de que los objetivos han llegado al punto de activación.

Miri asintió, comprendiendo la orden implícita en aquella desvaída observación. Sacó su pastillero y tomó una de las cápsulas rojas, mientras los siete hombres a su lado realizaban maniobras equivalentes.

Las pesadillas estaban llegando.

Arturo se enteró antes de que le avisaran por radio. Miraba por la ventana, todavía tratando de tragarse las pretenciosas palabras de Mazur, cuando oyó un gemido a sus espaldas. Al volverse se encontró con una escena que —por desgracia— también le resultó familiar.

El doctor tenía la mano en el pecho y una expresión de dolor en el rostro. Arturo se acercó a él de dos zancadas.

—¡Doctor! ¿Qué le pasa?

El parafísico apretó dientes y ojos antes de contestar.

—Ya... vienen.

—¿Ya? Eso es bueno, doctor. Pronto acabaremos. ¡Aguante un poco, por Dios!

Mazur se retorció como si le hubieran pegado una patada en la entrepierna. Los *bobbies* trataron de asistirle, pero él los detuvo con un movimiento de la mano.

—No... no...

—¡Doctor, díganos qué le pasa!

El polaco inspiró hondo, como si fuera lo más difícil que había hecho en la vida.

—Mi... mi huésped... está inquieto.

—¡Aguante, Mazur! ¡Ya le pasó lo mismo en Berlín! ¡Volverá a superarlo!

—¡No! ¡No... no lo entiende! No es lo mismo. Mi huésped quiere... salir. Quiere irse. Con las... pesadillas.

Arturo frunció el ceño.

—¿De qué cojones me habla ahora?

—Es... una llamada. Lo... noto. Las pesadillas... están haciendo una llamada. A los malosviajes. Les ordenan ir con ellas. Y ellos obedecen.

—¡Joder! ¿Su chaleco aguantará?

—Creo... que sí.

Arturo no dejó escapar el alivio que sentía por ello. Lo último que quería era que el doctor, comunista o no, eligiera aquel momento para morir abrasado por su parásito.

—Bueno, pues siéntese y respire hondo. Ya se encargarán de todo Callahan y Tebrich.

—Pero los malosviajes...

—¡No se preocupe por ellos! Es una putada, pero los problemas de uno en uno. Primero, las pesadillas y luego ya veremos qué hacemos con los malosviajes que aparezcan. Si sobrevivimos a Berlín, sobreviviremos a esto. Seguro que los ingleses pueden encargarse de los seis o siete bichos que haya ahora en Londres. Usted descanse.

Hizo ademán de acompañarlo a una silla, pero el doctor le apartó la mano con un violento golpe.

—¡No! —gritó furioso y exhausto—. ¡Deje de hablar y escuche por una vez! ¡El... el mensaje! Lo noto. No es solo seguir. Es «escondeos y seguidnos». ¿Comprende? ¡Escondeos y seguidnos!

De repente, a Arturo le pareció que el suelo que pisaba era más frágil de lo que creía. Trató de confirmar si lo que estaba entendiendo era correcto.

—¿Escondeos y seguidnos? Pero ese mensaje... ¿lo han emitido ahora?

Entre irregulares respiraciones y sudores fríos, Mazur negó con la cabeza.

—Es... lo que trato de decirle. No lo han emitido ahora. Lo estoy «captando» ahora. Pero ya lo estaban emitiendo desde antes. No sé desde cuándo. Puede ser... puede ser desde Alemania.

Arturo comprendió por fin. Lo que Mazur decía era que quizá las pesadillas hubieran pasado los últimos mil kilómetros reclutando malosviajes en secreto, por todo el norte de Europa. Serían más de seis o siete.

—Ahí vienen —anunció, lacónico, el inspector Kendrick. Miri alzó la vista y las encontró. Se acercaban por el este, volando a unos quince metros de altura, a varias manzanas de distancia. Bajo la iluminación del ocaso era posible incluso vislumbrar su fantasmagórico brillo rojizo. De hecho, sabiendo lo que significaba, era imposible no mirarlo.

Sacudió la cabeza.

—¡Muy bien, caballeros, empieza la fiesta! ¿Todo el mundo está activado?

Hubo un coro de mudos asentimientos. Sus siete acompañantes estaban tan hipnotizados como ella observando a la pareja letal que se aproximaba. A su derecha, uno de los médicos tragó saliva de forma ruidosa. Otro fue dando tantos acelerones nerviosos a su moto que Miri pensó que saldría corriendo incluso antes de tener a las pesadillas encima. Un policía se santiguó. Hasta Kendrick se quitó la gorra un momento para secarse el sudor de la frente con un pañuelo.

—Esto acabará dentro de cinco minutitos. Luego me lleváis a uno de vuestros *pubs*, y yo os enseño cómo nos emborrachamos en las colonias.

Risitas nerviosas. No estaban de humor. Ella tampoco. Se le atragantaron las palabras de su mantra. Lo único que repetía su mente era lo cerca que estaban las pesadillas. Cada vez más. Cada vez más inevitable.

—Recordad: no nos movemos hasta que nos ataquen. Deben creer que huimos de ellas para que no sospechen.

Y ahí estaban al fin. A tiro de piedra, casi sobre la cabeza de Miri, destrozando el inquieto

silencio con su zumbido. Chasqueando las pinzas con las que habían arrancado trozos de su carne. Agitando los agujijones con los que habían asesinado a Krödel. Miri intentó no fijarse en el hecho de que estaba temblando.

Las pesadillas se detuvieron.

Quedaron suspendidas en el aire, frente a los *transfers*, como si los estuvieran evaluando. Los monstruos intercambiaron miradas de sus ojos facetados. Volvieron a examinar a los humanos motorizados.

«Vamos. Vamos. Atacad».

Pero no atacaban. Si hubieran sido malosviajes corrientes, ya se habrían abalanzado contra ellos con ciega furia. Las pesadillas parecían ser mucho más cautas. Y lo que era peor, no se estaban comportando igual que en Hannover. Se movían por algo más que instinto.

—¡Callahan! ¿Me recibe?

Miri casi saltó de la moto al oír su radio. El médico de los acelerones nerviosos dio otro. Las dos pesadillas también miraron en su dirección, pero sin moverse de su sitio en las alturas.

—Crespo, no es buen momento —susurró la americana.

—¡A la mierda el momento! ¡Tened cuidado! ¡Las pesadillas no vienen solas! ¡Tienen un montón de malosviajes escondidos!

Miri sintió cómo se le hundía el corazón en el pecho. Dirigió la mirada a los dos monstruos y su zumbido expectante adquirió otro sentido más terrorífico. Fue entonces cuando se fijó en el eco que no era eco. En el otro zumbido. El que no venía del aire, sino del subsuelo. El que cada vez se oía más fuerte. En el fuerte olor a alcanfor que de repente impregnaba el ambiente.

Miri abrió ojos como platos y se giró a sus acompañantes.

—¡Cuidado! ¡Vienen más!

Fue lo último que pudo decir antes de la estampida. Decenas de malosviajes aplanados surgieron como una riada por los desagües y alcantarillas de la zona. Por todas partes. Una nube negra.

Rodeándolos.

Como la cosa todavía no estaba bastante jodida, Mazur se estaba muriendo.

Lo tenían tumbado sobre el suelo enmoquetado, porque ya no era capaz de aguantar su propio peso. Sudaba a chorros y le temblaban las manos, cuando no las apretaba contra el pecho.

—¡Joder, doctor! ¡Me dijo que su chaleco aguantaría!

—A... aguantará.

—¡Me cago en la hoz y el martillo! ¿Pero esto de los orgones no paralizaba a los bichos?

—El campo... de mi chaleco... es compacto... pero no tanto.

Su cara cada vez estaba más lívida. Se le cerraban los ojos.

—¡Joder! Doctor, voy a avisar a Tebrich. Está cerca. Si se da prisa puede venir, calmar a su bicho y volver al parque antes de que llegue Callahan.

Mazur pareció revivir un poco. Le agarró el brazo.

—¡No! ¡No debe moverse del sitio! Aguantaré.

Arturo apretó los dientes. Jodidas ganas de hacerse el héroe. Pero era cierto, el plan dependía de que la alemana estuviera en su sitio. Al final se tragó el exabrupto que tenía ganas de gritar.

—Eso —dijo en cambio—. Aguante. Como se muera usted ahora después de todo lo que hemos pasado, pienso burlarme del comunismo toda mi puta vida. ¡Así que aguante!

Un enjambre de monstruos bidimensionales, como mariposas infernales, revoloteaba a su alrededor. No tardarían en recuperar su volumen y su capacidad de asesinar. Fácilmente había diez malosviajes por cada uno de los *transfers*, cuando no más. Las expresiones de sus compañeros, sobre todo los médicos, no dejaban lugar a dudas: no se habían alistado para esto. Estaban a punto de huir en desbandada a menos que ella hiciera algo para impedirlo. Trató de fingir más coraje del que sentía ante aquellos seres que iban redondeándose ante ella y habló con el tono más firme que pudo.

—¡Mantened posiciones! ¡Somos la única barrera que protege a la ciudad! ¡No podemos fallar!

Era más fácil decirlo que creerlo. Apenas les quedaban unos segundos y las pesadillas seguían sin moverse.

«A la mierda».

Desenfundó la Glock que le habían prestado y descerrajó tres rápidos tiros contra uno de los monstruos. En Berlín, aquello había provocado el ataque contra Schmidt.

No sirvió de nada. Las pesadillas siguieron impertérritas. Era como si supieran que ya habían ganado la partida.

La moto de Kendrick se puso a su lado.

—¡Callahan, hay que irse ya!

—¿Y si no nos siguen?

—¡Pues mala suerte!

Miri gruñó de frustración, pero asintió. Se pusieron en marcha hacia el parque, como era el plan, aunque mucho más lento de lo que podían correr. Echó un vistazo por el espejo retrovisor... y vio que las pesadillas también se estaban moviendo. Pero no para atacar.

Una se desvió un poco hacia el sur y la otra pasó por encima de las motos y siguió en línea recta, en la misma trayectoria por la que había llegado: hacia la ODA.

Malosviajes por todas partes, las pesadillas sin morder el cebo y —para colmo de males— separadas y dirigiéndose a dos localizaciones diferentes.

El plan acababa de irse por el retrete.

Los policías que aguardaban a su lado eran un grupito de jóvenes encantadores. Agatha había

captado de inmediato su capacidad de entrega y voluntad de sacrificio por una causa mayor que su propia vida. A pesar de sus diferencias raciales, de sexo o incluso de clase social, todos ellos estaban dispuestos a dar lo mejor de sí para salvar a la ciudad en la que vivían. Les importaba poco hacerlo jugándose la vida, porque, después de todo, los riesgos físicos eran una parte inherente del trabajo al que habían elegido dedicarse. Varios de ellos, además, eran devotos creyentes.

Agatha no había tenido problemas en congeniar con todos y cada uno de ellos. Mientras esperaban en su remedo de sacra vigilia a la llegada de los arcángeles, ella se había ganado su simpatía.

Había bromeado con ellos sobre lo parecido que era el clima a su Alemania natal. Un par de agentes, incluso, le habían pedido que los bendijera cuando ella les comentó que era religiosa.

Lo había hecho encantada.

Y así estaban entre comentarios banales, chistes ligeros y risas de complicidad, afrontando con ilusión el desafío. Pasando el rato en aquel pequeño parque, al descubierto ante la gélida brisa, rodeando el disimulado cañón que lanzaría la red orgónica para atrapar a los enviados del Señor. Y que Dios la perdonara si aquello resultaba un punto blasfemo.

Entonces, la radio se volvió loca y las risas desaparecieron.

Ángeles ocultos en las alcantarillas. Los arcángeles no caían en la trampa. No seguían a las motos. Se dividían. No iban al parque. Uno se encaminaba hacia la ODA.

Como solía ocurrirle, el Señor le mandó a Agatha un mensaje sin palabras. Y supo qué se esperaba de ella entre tanta tribulación.

Corrió junto al cañón. Sin dudarle, con movimientos rápidos y seguros, descargó la enorme red y la enrolló como pudo bajo su chaqueta. Luego se montó en una de las motocicletas policiales.

—Lo siento, chicos. La necesito.

Cuando se puso en marcha a toda velocidad, los agentes quedaron desconcertados. Pero ninguno trató de detenerla.

—¡No os quedéis juntos, memos! ¡Dividíos! ¡Haced que se dispersen! ¡Usad la moto! ¡Corred, hostia!

Miri no sabía qué era más escalofriante: si el hecho de ser perseguida por un enjambre de malosviajes sedientos de sangre, o que el comedido inspector Kendrick estuviera blasfemando a gritos como un estibador del puerto de Nueva York.

Pero tenía razón. La reacción instintiva de los ocho *transfers* había sido acelerar por la A13 en línea recta, hacia la City. En grupo. La consecuencia obvia era que todos los malosviajes los seguían en formación compacta. De momento eran más rápidos que ellos, pero cuando salieran de la zona cerrada al tráfico esquivarlos se complicaría.

Uno de los uniformados obedeció a su superior y torció hacia el norte en cuanto pudo. Un

buen grupo de malosviajes fue tras él. Al desaparecer de su ángulo de visión, Miri le deseó buena suerte.

Al ver la maniobra, el médico de los acelerones quiso imitarla. Pero giró demasiado lento y los malosviajes se le echaron encima. Se estampó contra un quiosco y los monstruos perforaron su cuerpo y lo fundieron.

Kendrick se puso en cabeza justo cuando alcanzaban la zona abierta al tráfico. Vehículos en ambos sentidos, gente por las aceras. Y seis motos seguidas por malosviajes. Caos.

Miri echó un vistazo a su izquierda y contempló la silueta de la pesadilla que se había desviado. Iba hacia el Puente de la Torre. Frunció el ceño. Sabía lo que había justo después del puente.

El Ayuntamiento. Sin pensarlo, giró hacia allí.

Tirado en el suelo, Mazur babeaba entre sudores mientras Arturo le golpeaba el pecho a intervalos regulares. Nunca había pensado que tendría que hacer una maniobra de reanimación cardiopulmonar a un comunista por culpa de su simbiosis con un malviaje. Pero ahí estaba, con el doctor a punto de palmarla y él sin saber qué más hacer. El chaleco orgónico de los cojones era un incordio para realizar bien los primeros auxilios, pero, si se lo quitaba, no le harían falta cuidados médicos.

La buena noticia era que la temperatura de Mazur se mantenía constante; fuera lo que fuera lo que estuviera pasando, el bicho no lo estaba quemando por dentro.

La mala noticia era que no lograba que volviera en sí. Y ni repajolera idea de cómo hacerlo. El doctor necesitaba atención sanitaria especializada, pero la ironía era que nadie en el mundo comprendía su situación como el propio paciente. Todo lo más, podía llevarlo a un hospital para que lo mantuvieran vivo los *transfers* y...

Los *transfers*. Los *transfers* podían mantenerlo vivo. Y tenía a tiro de piedra a un buen grupo de ellos. Incluso médicos profesionales.

Si el plan se había ido a la porra, nada pasaría por llamarlos. Se levantó para coger la radio y dar la orden, pero algo se lo impidió.

El sonido de una fuerte palmada.

Cuando se volvió y vio saliendo del ascensor a Agatha Tebrich, le pareció la visión más hermosa del mundo. Ante el efecto de su poder, el malviaje que carcomía a Mazur se tranquilizó. La respiración del polaco pasó a ser normal y al cabo de unos instantes incluso entreabrió los ojos.

Tebrich, que tras su intervención no se había detenido, oteó por la ventana mientras sacaba un gran fardo que llevaba bajo la chaqueta. Arturo lo reconoció de inmediato: era la red orgónica.

—No tenemos tiempo —dijo la mujer—. Un arcángel se acerca. Hay que atraparlo.

Ambas cejas de Arturo se alzaron por voluntad propia.

—¿Atraparlo? ¿Aquí? ¿Con qué cañón?

—Habrá... que tirar la red a mano —murmuró Mazur, que trataba de incorporarse.

—¿A mano? ¿Ese mamotreto? ¿Qué es usted, un pescador de las putas Rías? ¡Solo tenemos un tiro, y si fallamos, morimos!

Mazur logró sacar media sonrisa en su sudorosa cara.

—¿Se le ocurre otra manera?

Arturo le señaló con el dedo, furioso, pero no respondió. Fue junto a Tebrich y le quitó la red de las manos.

—¡Ande, déjeme a mí, que seguro que es usted más inútil que Romerito!

Gente, coches, furgonetas, malosviajes detrás, un taxi negro atravesando la calle, peatones despistados, zigzag entre dos coches, un policía que gritaba algo, pasar un semáforo en rojo, esquivar el tráfico que cruzaba, una moto que casi se come.

La pesadilla frente a ella. Miri sonrió a pesar de todo. Estaba a punto de alcanzarla. La tenía a la vista, justo frente a ella. Si tan solo lograra no chocar con algo... o que no la pillaran los malosviajes que venían tras ella...

Si lograba todo eso, luego no tenía ni puñetera idea de qué iba a hacer. Improvisar. Rápido. Arder hasta la mecha, barracuda.

La moto de Miri siguió haciendo eses entre el tráfico. Malditos ingleses y su manía de conducir por el otro lado; le salían por donde menos los esperaba. Y cada vez más gente.

Los malosviajes no prestaban atención a los peatones. Sus furibundos ojos facetados solo se fijaban en Miri y en su dirección volaban. Qué suerte.

Por el retrovisor había calculado que tenía unos doce o trece perseguidores, malviaje arriba, malviaje abajo. Más de los que le habrían tocado en un reparto equitativo, pero daba igual. Solo tenía que alcanzarla uno de ellos para que se acabara todo.

Así que no tenían que alcanzarla. Pan comido.

Una furgoneta salió de la nada y casi arrolló a Miri, que pasó a escasos centímetros por delante de ella. Dos o tres malosviajes no fueron lo bastante rápidos y chocaron contra el vehículo. No les pasó nada, claro, pero al menos quedaron un poco rezagados del pelotón. Y mucho más cabreados, eso sí.

A la altura de la Torre de Londres, que se erguía inamovible a su derecha, Miri se colocó justo detrás de la pesadilla. Ya no había más cruces hasta pasado el puente. Los apiñados peatones estaban tranquilitos en sus aceras. Se había acabado lo de esquivar el tráfico. Era cuestión de velocidad. Aceleró y dejó atrás a los malosviajes.

La pesadilla debió de notar su presencia, o quizá la de sus monstruosos acompañantes. Sin dejar de revolotear justo a la altura para pasar por debajo de los arcos del puente, el engendro la miró y emitió un sonoro zumbido.

«Sí, cabrona, sí. Vuelvo a ser yo. ¿Ahora qué?».

—¡Ahí está! —vociferó Mazur, también de pie junto a la ventana.

—¡Ya la veo! ¡Y no estoy sordo, joder!

El resplandor de la pesadilla era visible incluso con las luces urbanas londinenses que empezaban a encenderse. La criatura se acercaba en una clara ruta de colisión contra el edificio de la ODA, tal y como habían previsto.

Anticiparse a ella había sido la parte fácil. La difícil sería capturarla.

Tebrich respiró hondo y se persignó. Arturo la oyó musitar una breve oración en alemán. Quizá el Señor esperaba que él hiciera lo mismo, pero bastante le costaba que la enorme red no se le resbalara por entre los temblorosos dedos. Dios sabría perdonarle.

—Déjenme sitio —pidió mientras se acercaba más a los amplios ventanales abiertos de par en par. Luego se subió a una mesa para tener mejor ángulo. Justo junto al alféizar. Sin barandilla ni barrera ante las alturas. Como un campeón. Igual hasta no resbalaría ventana abajo y todo.

—Ánimo, teniente —dijo Mazur.

Arturo asintió y centró toda su atención en el punto luminoso que cada vez era más visible. Como visibles eran sus pinzas, sus mandíbulas y sus patas capaces de destrozar un helicóptero. Tragó saliva.

«Adela, Víctor, os quiero».

—Cálmela cuando esté a tiro y no antes, ¿entendido, Tebrich? —La aludida no respondió—. Tebrich, ¿me ha oído?

Como seguía sin responder, Arturo dio un vistazo rápido atrás. No le gustó nada encontrar a la alemana lívida y con ojos como platos.

—Teniente... —dijo, con voz quebrada—. No conecto.

La pesadilla pareció ver a los humanos en el edificio. Los convirtió en su objetivo y voló hacia ellos.

—¿Qué? ¿Qué cojones me dice? ¡Cálmela de una puta vez!

—¡No puedo, teniente! ¡No es como los demás! ¡No noto su presencia! ¡No conecto con ella!

La pesadilla aceleró, hecha una bola de furia.

Si los malosviajes querían alcanzarla, deberían esquivar los arcos y cables del puente y los vehículos en ambos sentidos. Entre eso y la pequeña ventaja que les había sacado con su acelerón, Miri tenía unos segundos. Pero ¿para hacer qué? La pesadilla seguía siendo un monstruo invulnerable.

Aunque...

También lo había sido en Berlín. Y allí Krödel casi la había frenado. Solo fracasó porque había dos.

Quizá al dividirse habían dejado expuesto un punto débil. Si Miri lograba sujetarla, podría inmovilizarla durante todo el tiempo que hiciera falta.

Parecía que tenía un plan.

Más fácil de decir que de hacer, eso sí. La pesadilla estaba a unos cinco metros de altura. Y en cuanto cruzara el puente volvería a una zona con tráfico, que dificultaría el movimiento a Miri.

Solo necesitaba un poquito de suerte. Que la pesadilla descendiera. Que pudiera agarrarla.

La pesadilla se detuvo. Paró en seco, en mitad del aire, y contempló a Miri desde las alturas.

Miri maldijo mientras su moto pasaba bajo ella. La suerte había hecho su aparición. La mala suerte. Porque al parecer la pesadilla también tenía un plan.

¿Qué necesidad había de huir cuando se acercaba un enjambre de malosviajes dispuesto a acribillar a su rival?

—¡Me cago en la dictadura del proletariado!

Arturo afianzó su posición frente a la ventana, ante aquel monstruo que cargaba hacia ellos con ganas de vísceras. Solo un tiro de una red grande y pesada, y el bicho cabreado volando a una velocidad capaz de esquivar cualquier cosa. Cojonudo. Sujetó bien la tela orgónica y respiró hondo.

Un ajeteo a su alrededor le hizo mirar por el rabillo del ojo.

A tiempo para ver cómo Tebrich, con un estuche clavado al que usaba Callahan, sacaba dos pastillas naranjas y tres rojas.

—No fallaré a mi Señor —dijo justo antes de tragarse toda la droga a la vez.

Arturo no le hizo mucho caso. Estaba más pendiente de aquellas pinzas chasqueantes que ya tenía casi al lado. Había que esperar. Cuando llegara a la ventana le echaría la red por encima como una manta. Era la forma más segura, la que le evitaría errar el tiro.

Aunque suponía ponerse al alcance directo del monstruo y sus tenazas. Pero ¿qué otra opción había?

La pesadilla llegaba. Podía oler su hediondo perfume alcanforado. Ver sus babas goteando. Intuir su reflejo en los ojos insectiles. Echó de menos no poder santiguarse. Tres, dos, uno...

Una fuerte palmada. La pesadilla paró en seco, a un par de metros de la ventana, aleteando con cierta confusión.

Su rabia había desaparecido. Tras Arturo, Tebrich sonrió.

—No fallaré a mi Señor —repitió.

Luego palideció de golpe, se le cerraron los ojos y se desplomó. Las demás pastillas se desperdigaron por el suelo en un goteo multicolor.

Arturo aparcó eso en un rincón de su mente. Lo importante era la pesadilla. Perdida su ira, aleteaba con calma, sin prisas por atacar a alguien... o por ir a alguna parte. Era el blanco perfecto.

Arturo calculó la trayectoria de su vuelo, tomó impulso y lanzó la red al vacío entre edificios. El vasto aparejo se abrió como una flor, dibujó una parábola perfecta y se abrazó a la pesadilla como un amigo que volvía a casa tras un largo viaje.

El monstruo quedó paralizado al instante. Al dejar de mover sus alas, cayó a plomo y se

estampó contra la calle en una maraña de capas orgánicas y extremidades de artrópodo.

Solo le quedaba una opción. Una opción suicida, basada en una simple corazonada que tanto podía funcionar como ser el fin de todo. Una opción que le obligaba a hacer dos cosas que no quería.

Miri paró, provocando un coro de pitidos de los vehículos que iban tras ella. No le importó. Lo que pretendía solo lo podía hacer a pie. Dejó la moto tirada en mitad de la carretera y corrió hacia la valla que protegía la acera. La saltó bajo la atónita mirada de un buen montón de peatones que empezaban a darse cuenta de que el ataque que esperaba Londres les había golpeado de lleno. Algunos huyeron entre gritos, pero muchos quedaron aturdidos sin saber cómo reaccionar. Ante el monstruo que veían sobre ellos era difícil mantener la calma y seguir con sus vidas.

Miri ya volvía a ver a los malosviajes que revoloteaban por el puente. La buscaban con ansia entre la gente. A pesar de eso, no invocó sus mantras. Porque más que asustada, estaba furiosa por lo que la obligaban a hacer. Elegir entre dos males, como había dicho Lennon. Como si fuera tan fácil.

Ya tendría tiempo de odiarse más tarde.

Corrió hacia los paseantes, agarró al primero que pudo por el brazo e hizo tres respiraciones rápidas.

Arturo no se lo podía creer. Apenas atinó a sentarse en el alféizar de la ventana. El corazón le iba como loco, pero seguía latiendo. Estaba vivo. Le temblaban las manos, pero seguía notándolas. Estaba vivo. Estaba vivo y había capturado a la pesadilla de los cojones. ¡Estaban a salvo! ¡Londres estaba a salvo! Bueno, casi. Quedaba la otra. Había que ir a ayudar a Callahan.

Pero antes fue junto a Tebrich.

—Respira —le dijo Mazur, que ya estaba a su lado—. Y tiene pulso. Creo que eso es bueno.

Arturo sacó su petaca de su gabardina, dio un trago tan largo como el día de San Juan y observó a la alemana.

—Sí, es bueno. Su aura no habla de daño letal. Vivirá, aunque necesita que la vea un médico. Ustedes —ordenó a los policías—, quédense con ella y avisen a una ambulancia. Doctor, usted y yo vamos a recoger nuestra captura.

Mazur sonrió y se tocó el ala del sombrero como asentimiento.

Bajaron la escalera con rapidez, más que nada para evitar que algún coche chocara contra el bulto que habían dejado tirado en mitad de la carretera.

El amasijo estaba entre ambos carriles, por lo que todo el tráfico se veía afectado. Arturo hizo señas apaciguadoras a los conductores que empezaban a impacientarse y buscó la radio para avisar a la furgoneta orgónica de Oxford.

—Espere —dijo Mazur.

Extrañado, Arturo estuvo a punto de preguntarle a qué narices había que esperar y de recordarle que Callahan los necesitaba. Pero, entonces, se fijó en el rostro del doctor, que miraba la red.

—Joder. No me gusta nada esa cara que pone. ¿Qué pasa ahora?

—Que estoy notando a la pesadilla. Noto su rabia creciente.

Arturo entendió, a su pesar.

—No me joda...

—Teniente, no está paralizada.

—¡No me joda! —insistió—. ¿Cómo es posible? ¡Nos dijo que habían probado la red! ¡Que funcionaba!

—¡Con malosviajes! Esta es nuestra primera pesadilla, ¿sabe?

La red orgónica empezó a moverse con violencia. El zumbido de su supuesta presa volvió a oírse, como el de una avispa que previene de su intención de atacar.

—¡Joder, hay que pararla!

—¿Cómo? ¿Le damos un abrazo? ¡Es más fuerte que usted y que yo! ¡Llame a la cámara orgónica!

—¡No llegará a tiempo! Además, ¿qué garantías tenemos de que funcione?

Mazur negó con la cabeza, alicaído.

—Ninguna.

Un espasmo hizo que la red diera un bote. Arturo y el doctor se sobresaltaron, pero nada ocurrió. Solo eran los intentos desesperados de la pesadilla por salir. Por el momento, no lo conseguía; sin embargo, tenían claro que acabaría haciéndolo. Y una vez fuera, ¿qué más podrían hacer? Todo lo que habían intentado, el cebo de Callahan, los trucos de Tebrich, la red de Mazur, todo había fallado.

La dura realidad era que no podían detener al monstruo. Mucho menos capturarlo.

—Solo nos quedan los *transfers* —dijo Arturo—. Igual entre todos pueden absorber su energía. Voy a avisarlos.

Era un clavo ardiendo y ambos lo sabían. Pero por los estigmas de Cristo que no se quedarían de brazos cruzados mientras hubiera alternativas.

Oyeron un desgarrón y vieron una de las pinzas de la pesadilla cortando el acero como si fuera papel, arrojando al aire un retal de gran tamaño. El zumbido aumentó en intensidad, y también los espasmos del bulto.

Arturo llamó por radio a todos los *transfers* que pudieran oírle y les pidió que fueran cuanto antes a la sede de la ODA. Suponiendo, pensó, que el enjambre de malosviajes que los perseguía no hubiera acabado con ellos. Por si acaso, también pidió la presencia de una furgoneta orgónica.

La pinza de la pesadilla se convulsionó como un perro rabioso y agrandó el agujero de la red. Apareció la otra pinza y entre ambas aceleraron el trabajo. Otros pedazos de la malla, de distintas

formas y superficies, fueron desperdigados por la calle. La criatura estaba a punto de salir. Cuando lo hiciera, eran hombres muertos.

«En realidad, ya estoy muerto», dijo el recuerdo de la voz de Mazur en la cabeza de Arturo.

Miró al doctor. Miró su propia gabardina. Pensó. Berlín. Las pesadillas. Mazur. Tuvieron un cara a cara. Frente a Arturo, hubo un nuevo desgarrón en la red.

—Doctor —dijo el teniente, con la mente palpitando a marchas forzadas—, va a ser usted el héroe soviético que quería. Pero no le va a gustar cómo.

El hombre cayó y Miri notó su *ki* dentro de ella, dándole fuerza, vitalidad, agilidad. No perdió el tiempo. Corrió hacia la siguiente persona —una mujer algo gorda; ¿estaba embarazada?— y repitió su truco. La mujer perdió la consciencia —¿murió?— y Miri se sintió más energética y rápida. Los malosviajes llegaron a la altura de la pesadilla y la sobrepasaron. Movidado por curiosidad y por la sensación de seguridad, el engendro también avanzó hacia Miri tras su escudo de bichos. Mientras tanto, ella seguía huyendo de ellos por el puente, aferrándose a un peatón tras otro, extrayendo su fuerza vital, dejándolos tirados en el suelo como cáscaras vacías. Muchos trataron de escapar, pero ella ya se movía con el ritmo de una atleta olímpica, a velocidades que no podían esquivar. ¿Estaba haciendo daño letal? No lo sabía. No le importaba. Cada vez era más rápida. Cada vez era más fuerte. Cada vez era más...

«Sí, yo también soy un monstruo».

Se abalanzó contra otra víctima y le robó la energía.

La pesadilla agrandó el agujero de la red orgónica lo suficiente para sacar todo su cuerpo y el lío de extremidades que se habían quedado atrapadas. En cuanto se sintió suelta, aleteó con una fuerza salida de su sobrenatural enfado y se elevó como un relámpago hacia la libertad.

Tenía ganas de vengarse. De hacer pagar a los humanos por haberse atrevido a inmovilizarla. Toda la ciudad iba a aprender la lección. Empezando por aquel hombrecillo. El que le había tirado la red.

Estaba a poca distancia, unos metros allá abajo, de pie en mitad de la carretera. La miraba con atención mientras sujetaba su abrigo con las dos manos frente a él. Como si aquella ridícula pieza de tela fuera un escudo que pudiera protegerlo.

Pronto descubriría su error.

La pesadilla no se lanzó a toda prisa contra el humano, como le pedía su instinto que hiciera. Ya la habían intentado engañar dos veces y no permitiría que volviera a ocurrir.

A través de la ventana del edificio abominable, vio que la mujer mágica estaba inconsciente. Una enemiga menos. El hombre grande y peligroso tampoco estaba por ahí, no se lo veía por ninguna parte. No había nadie que pudiera atraparla. No había más magos que el hombrecillo. No había peligro. Podía atacar.

Zumbó con fuerza para aterrorizar al humano del abrigo. Hizo chasquear sus pinzas para que viera lo que estaba a punto de pasarle. Preparó su aguijón.

Se abalanzó, preparada para matar.

Arturo agradeció estar solo. La gente había huido despavorida al darse cuenta de lo que ocultaba la red orgónica. Mejor así. Menos riesgo para civiles.

Vio salir al monstruo, elevarse como un horrendo jinete del Apocalipsis. Casi sintió su cólera. Incluso si las pesadillas tuvieran aura, no le habría hecho falta verla para darse cuenta de su enfado. La ira era una vieja conocida, una que para él no pasaba desapercibida. Y la pesadilla casi la exudaba.

Esa vieja conocida tenía una desagradable costumbre: cegar a quien la sentía. Arturo contaba con ello.

La pesadilla trató de controlarse. Miró alrededor, desconfiada. Pero, por supuesto, no había señal de peligro. Era algo entre ella y Arturo.

El bicho chasqueó sus tenazas, recordando de nuevo que eran capaces de cortar acero.

La pesadilla dejó salir su ira por fin. Cargó contra él.

Arturo sujetó con fuerza su gabardina; no fuera a caerse justo en ese momento.

No se enfrentó a la muerte por España, o por el honor, o por la fe cristiana. Lo hizo por Adela y Víctor. Y al ser consciente de que su sacrificio podría salvarlos, no tuvo miedo. Se despidió de ellos con una sonrisa y el corazón lleno del amor que habría querido darles.

«Perdóname, Adela».

Esperó hasta el último momento, asegurándose de que la inercia impidiera al bicho frenar. Deseó que no fuera demasiado cerca, que no le alcanzaran las tenazas, pero no pensó mucho en eso. Pensó en el movimiento.

Cuando tuvo a la pesadilla casi encima, se giró e hizo un molinete parecido a un pase de verónica. La gabardina revoloteó y quedó al descubierto su parte trasera.

La que ocultaba el chaleco orgónico del doctor Bronislaw Mazur.

En efecto, el bicho trató de detenerse al darse cuenta de su error. Aquel chaleco era lo que había puesto en fuga a las pesadillas en Berlín. Su mero contacto había sido hasta doloroso para ellas, porque intuían lo que podía hacerles.

Arturo siguió el movimiento, esquivando unas pinzas que ya no buscaban destriparle, porque el monstruo lo que quería era huir.

No pudo hacerlo. El giro de Arturo provocó que el chaleco impactara directamente contra la pesadilla.

En cuanto eso ocurrió, quedó paralizada y de nuevo se desplomó en el suelo.

Arturo no se detuvo, sino que aprovechó el momento para apretar bien las cinchas del chaleco, asegurándose de que tocara la mayor cantidad posible de aquella repulsiva piel

quitinosa. Como le había enseñado Mazur antes de quitárselo y dárselo a Arturo para su loca idea.

Sí, el doctor sería un héroe de la Unión Soviética.

¿Cuántos habían caído ya? ¿A cuántos había vampirizado? ¿Cuánta gente tendría pesadillas recordando cómo ella los atacó? ¿Cuántos ni siquiera podrían sufrir pesadillas por estar muertos? Miri no tenía ni idea. Quizá menos de los que pensaba. Quizá más de los que temía. ¿El fin justificaba los medios? No le correspondía a ella juzgarlo. Mucho menos en aquel momento.

Henchida de fuerza vital, se dio la vuelta. Tenía a los malosviajes a tiro de piedra. Un muro de monstruos furibundos que protegían a la pesadilla que los seguía. Jamás lograría llegar hasta ella a menos que pasara a través de aquella pared viviente. Corrió. Pero ya no lejos de los seres, sino hacia ellos.

Recortando con grandes zancadas llenas de vitalidad la minúscula distancia que los separaba.

Saltó al capó de un coche parado, de ahí a su techo. De ahí a los monstruos. Su sobredosis de *ki* la propulsó a más altura de la que cualquier humano habría podido alcanzar. En aquel momento, la pesadilla, sin duda, fue consciente de que volar había dejado de ser una defensa.

Miri chocó con los malosviajes y no le importó. Sintió sus patas arañándola, sus zumbidos junto a su oído, vio sus agujijones con total claridad. Algunas de las criaturas se agarraron a ella, a su hombro, su cabeza, clavando las extremidades articuladas en su costado. Solo una de ellas tenía que alcanzarla con su dardo incendiario. Buscaron asidero y prepararon su ataque final.

Pero Miri había atravesado su barrera. La pesadilla se dio la vuelta y trató de huir, sin duda, asustada por aquella humana que casi levitaba hacia ella. Miri notó el primer venablo atravesando su vientre al mismo tiempo que alcanzaba a la pesadilla. El segundo, el de la pierna izquierda, lo sintió tras estamparse con la monstruosidad y agarrarse a su alada espalda, asegurándose de que el agujijón siempre quedara lejos.

Algo abrasador comenzó a entrar en su cuerpo y ella chilló porque dolía. Bro tenía razón. Era más dolor del que había sentido nunca.

Hizo tres respiraciones rápidas.

El resto del enjambre de malosviajes aterrizó sobre Miri. La mordieron, la arañaron, la agujijonearon. Buscaron matarla por cualquier medio.

Era demasiado tarde. La desmesurada energía de la pesadilla volvió a inundar a Miri, cerró sus heridas, aplacó el dolor de la ignición. Su corazonada era correcta: los agujijones de los malosviajes no eran tan potentes como los de su reina. No podían hacer lo que ella le había hecho a Krödel.

El peso de todos aquellos seres hizo caer a Miri contra el suelo y a la pesadilla que tenía agarrada. Reventaron el parabrisas de un coche, la mujer estaba sobre el monstruo, pero ninguna de las dos sufrió daño aparente.

Los malosviajes entraron en ignición uno tras otro, tratando de disolver a Miri con su veneno

ígneo. Pero, por cada uno que hacía su intento, la descomunal energía de la pesadilla restañaba las heridas internas. El malviaje desaparecía sin haber cumplido su objetivo. Así fueron muriendo uno tras otro, en charcos con olor a alcanfor sobre el cuerpo de Miri. Hasta que sobre el Puente de la Torre solo quedaron la pesadilla y ella, en un interminable abrazo del que el engendro no lograba librarse.

Renglones rectos

Meterlas en la furgoneta orgónica resultó complicado, pero no imposible. Aunque nadie podía acercarse, por miedo al potente agujón, no fue necesario llegar a eso. Un toro mecánico elevó a la estrambótica pareja y la metió en la furgoneta como si fuera una caja de frutas. En el momento en que cerraron la puerta, Miri notó que la parálisis dominaba a la reina.

El plan de Mazur, después de todo, había funcionado.

Tras esperar un tiempo prudencial salió del vehículo y volvió a cerrar con rapidez. El lugar se había llenado de coches patrulla, cámaras de televisión y civiles que curioseaban. Como siempre, un circo. Sonrió. Buen trabajo, agente especial Callahan.

Reconoció el acento galés antes siquiera de volverse. Tenía junto a ella al inspector Kendrick, haciéndole un sutil saludo militar mano en gorra. Ella le dio un fuerte abrazo.

—¡Kendrick! ¡Me alegro de verle por aquí!

—Lo mismo digo —respondió él, algo azorado y reticente a devolver el achuchón. Al final transigió en unos asépticos golpecitos en la coronilla de la americana.

Al cabo, ella rompió el contacto.

—¿Y los demás?

El cambio de cara del policía fue suficiente respuesta.

—Ellos... No fue bien. Solo nos libramos uno de los médicos y yo. Y usted. Quedaron algunos malosviajes, pero se han dispersado. Es como si solo hubieran estado juntos mientras las pesadillas mandaban. Ahora se han convertido en capturas normales. Hemos pedido oficiales *transfers* a Francia e Irlanda. En cuanto lleguen, nos encargaremos de ellos.

Miri asintió y le tomó las manos.

—Kendrick, esta noche usted y yo iremos a un *pub* y brindaremos por los héroes que nos han dejado. —Hizo una pausa—. Aquí y al otro lado del Telón.

Kendrick comprendió.

—Un héroe es un héroe. Así se hará, agente especial Callahan.

—Miri. Y ahora querría pedirle un favor. Necesitaría...

—... ir a la ODA. Lo imaginaba. Para eso he venido. Yo la llevo.

La sede de la ODA estaba tan rodeada de gente como el Puente de la Torre. Cuando Miri logró atravesar el cordón policial, accedió a una zona de la calle menos transitada. En ese lugar, solo se

veía personal uniformado, una de las furgonetas orgónicas y un par de coches patrulla. También había una ambulancia. Justo en aquel momento unos paramédicos metían dentro una camilla. Sobre ella descansaba, dormida o inconsciente, Agatha Tebrich. La ambulancia se marchó sin prisas.

En la puerta del edificio, Crespo y Gunton estaban hablando. A Miri se le revolvieron las tripas. No le hizo gracia ver a su compatriota. Una vez superada la crisis, llegaba la hora en que la CIA se cobraría las deudas atrasadas. Miri iba a pelear con todas sus fuerzas, pero en aquel momento no tenía ganas de más luchas.

Lo que necesitaba era un respiro.

Respecto a Crespo, tuvo una sensación ambigua al verlo; entre desprecio y alegría. La alegría era por verlo vivo, pero no olvidaba lo que le había confesado en el barco de Tebrich. Seguía sintiéndose incómoda a su lado. Aun así se acercó a la pareja.

Dejaron de hablar al verla llegar. La saludaron y Gunton le ofreció un cigarrillo. Ella lo aceptó. Estuvieron en silencio hasta que el agente de la CIA le tendió la mano. Miri tardó en entender.

—Te quiero dar las gracias, Callahan —dijo el hombre—. Hay que admitir que has hecho un buen trabajo. Por mi parte, todo olvidado. Sin rencores.

Desconfiando, Miri apretó la mano tendida.

—¿Así? ¿Tan sencillo?

Gunton se carcajeó.

—Sí, Callahan, sí. Me encantaría echarle a los tiburones, pero tienes razón en algo: la gente te adora. Ahora, además, has capturado a esa mierda volante con tus mismísimas manos. Eres una jodida superheroína. Así que eres intocable. Qué se le va a hacer, unas veces se gana y otras se pierde. Además... has prestado un gran servicio a Estados Unidos. Gracias a ti, ahora controlamos a dos pesadillas. Una se la quedarán nuestros amigos británicos y la otra nosotros.

A Miri se le heló la sangre.

—Un momento. ¿Pretendéis... guardarlas? ¿Como si fueran un animalito de zoo?

Gunton le dio una larga calada a su pitillo, sonriente.

—¿Qué otra cosa íbamos a hacer?

—¿Qué...? ¡Destruirlas! ¡Buscar la manera de matarlas! Quizá varios *transfers* absorbiendo su energía a la vez o, no sé, algo. ¡Son una amenaza! Deberíamos... deberíamos ponerlas bajo control de la ODA. Compartir conocimientos por una vez. Entre lo que saben los rusos y lo que sabemos nosotros, podríamos encontrar la manera de neutralizarlas. ¡Hay que hacerlo! ¡La próxima vez que aparezca una quizá no tengamos tanta suerte!

Gunton volvió a reírse.

—¿Quieres que compartamos los juguetes como buenos niños? ¿Estás de coña? ¿Ahora que tenemos un arma capaz de plantar cara a los *ruskies*? ¡Y una mierda! La estudiaremos, sí. Pero

para sacarle todo el jugo. Esto puede cambiar el equilibrio de poder en la Guerra Fría, y si no lo entiendes, es que has tomado demasiadas drogas.

Miri apretó los dientes. ¿Y Tebrich?

—Se viene con nosotros a Washington. Nos ayudará en esta nueva etapa. Ya no es necesaria como agente de campo, así que los chicos de MKIris quieren tener una charla con ella. Su conexión especial con esas cosas también puede ser útil.

—O sea, que tampoco responderá por su terrorismo.

—Tú lo llamas terrorismo, yo lo llamo defensa de la libertad.

Miri en aquel momento entendió lo que había sentido Crespo justo antes de golpear a Mazur. Pero ella fue capaz de contenerse.

—Eres un cabronazo sin escrúpulos.

—Sí, pero soy de los buenos. ¡Ah, Callahan! Muchas gracias por toda la información sobre malosviajes que le sacaste al doctorcito. Todo eso de los orgones y la inteligencia colectiva. Nos será muy útil en nuestros nuevos planes.

Le dio una condescendiente palmada en el hombro y se marchó.

Al quedarse a solas con Callahan, Arturo decidió mantener la vista al frente. De ese modo, ella sabría que no estaba espiando su aura. Lo peor había pasado, pero todavía quedaban decisiones importantes por tomar. El resentimiento de la americana sería un enorme escollo, así que no iba a dinamitar más las cosas. Aunque Gunton le había confirmado la teoría de Tebrich —si deseaba algo, no tenía más que pedirlo—, que le asparan si iba a suplicarle a aquel engreído para que le diera las migajas que le sobraran al Tío Sam.

Prefería tratar con Callahan.

La americana había dejado de lado su inquisitiva locuacidad. En vez de aturullarle con comprensibles preguntas sobre lo sucedido, se limitaba a fumar, también con la mirada perdida. Él sacó su petaca y la acabó de un trago.

Unos policías, junto al envarado *transfer* de Scotland Yard que había trabajado con Miri en la captura de las pesadillas, se dirigieron a la furgoneta orgónica y se prepararon para abrir sus puertas. Arturo sabía lo que estaban a punto de hacer. Pensar en ello le hizo recordar lo cerca que habían estado de fracasar por completo.

Callahan tenía razón. Sería difícil repetir la hazaña si en el futuro aparecían más pesadillas... o si se escapaban las que habían capturado.

Por eso había que tomar una decisión. Una que no le resultaba nada fácil.

—¿No me va a preguntar cómo lo hicimos? —le dijo a Callahan sin volverse hacia ella.

Los agentes abrieron con rapidez las puertas de la furgoneta, se metieron dentro y cerraron otra vez.

La americana suspiró.

—¿Cómo lo hicieron?

—Como el culo. Todo falló. El plan no sirvió de nada y tuvimos que improvisar.

—Igual que nosotros.

—Pero al final vencimos.

—Alguien venció. No sé si nosotros. Tampoco sé quién es «nosotros».

Arturo no respondió. Los policías salieron de la furgoneta y llevaban algo en la mano: el chaleco orgánico de Mazur, que Arturo había usado para someter a la pesadilla. Dentro del vehículo especial ya no hacía falta para inmovilizarla. Los agentes se acercaron. Arturo quiso explicarle entonces a Callahan cómo habían logrado engañar al monstruo y, sin darse cuenta, se volvió hacia ella. Así fue como se dio de bruces con su aura.

Miedo y furia.

Eran las dos emociones con las que ella, ojiplática, lo miraba.

—¡Eso es el chaleco de Bro! —le espetó con la cara enrojecida por la creciente rabia. Él entendió lo que sentía, pero fingió no hacerlo para darle a la americana esa válvula de escape que tanta falta le hacía.

—Sí —dijo, lacónico.

—¿Qué hace ahí?

—Lo usé para frenar a la pesadilla.

La rabia creció. También hubo un punto de dolor en los destellos invisibles.

—¿Qué? ¿Usted le quitó el chaleco que necesitaba para vivir? ¡Maldito pendejo de la chingada! ¡Asesino!

Arturo vio venir el puñetazo, pero no intentó esquivarlo. Dejó que le golpeará en mitad de la cara. Ella necesitaba pegarle y él estaba seguro de merecerlo. Así de simple. El dolor le sacudió todo el cuerpo —Callahan sabía repartir hostias—, pero se quedó inmóvil. Los policías aceleraron y se colocaron junto a ellos para mediar. No junto a ellos: junto a ella. Los bandos estaban claros.

Como la mujer parecía no tener intención de seguir partiéndole la cara, Arturo habló con toda la calma que pudo.

—Le pido que no me juzgue. Usted no sabe lo que ha pasado. Tebrich tuvo problemas con la pesadilla. La red no la paró. Lo único que podía detener a ese bicho era el chaleco. No fue una decisión fácil. Pero le aseguro que Mazur me lo entregó voluntariamente. Ahora piense: ¿Por qué cree que esta gente ha entrado en la furgoneta a cogerlo? —Tomó la prenda de las manos del policía, que no se resistió—. Venga conmigo.

Se metió en el edificio y ella, sin duda desconcertada, lo siguió. Subieron al ascensor y él esperó a que las puertas se abrieran en el piso superior para seguir explicándose. Aunque Arturo mereciera el puñetazo, ella también merecía estar un poco en ascuas por llegar a conclusiones precipitadas. Avanzaron por el pasillo de acceso.

—Señorita Callahan —dijo al fin—, me han traído este chaleco para que se lo pueda devolver a su dueño.

Ella se extrañó.

—¿Cómo? Pero... ¿me dice que el doctor vive?

—Lo único que podía con las pesadillas era el chaleco. La red orgónica no servía para inmovilizar pesadillas..., pero sí malosviajes.

Le hizo una seña en dirección a un grupo de gente apelotonada ante un amplio ventanal. Personal médico, un par de oficiales de uniforme... y el doctor Bronislaw Mazur. Vivito y coleando. Estaba hablando por teléfono y no se dio cuenta de que llegaban. Iba desnudo de cintura para arriba, salvo por una extraña prenda a retales que lo cubría a modo de surrealista toga. Una prenda hecha con trozos de la red orgónica.

—La pesadilla había destrozado la red, así que pensé que nuestro querido amigo podría usarla como parche. Una especie de versión barata de su chaleco, para aguantar mientras yo hacía mi jugada. Lo envolví como pude y le pedí que se escondiera. Así fue cómo lo hicimos.

Callahan respiró hondo.

—Le pido disculpas, Crespo. Pensé...

—... lo que parecía más probable. No se preocupe. Vamos a ver al doctor.

Cuando Bronislaw terminó de informar a sus superiores del resultado de la misión, se encontró con que Crespo y Callahan estaban a su lado. Saludó a la americana con toda la emoción que sentía por verla sana y salva, aunque notó que estaba distante. El español le tendió su chaleco.

—Gracias, teniente —dijo, mientras desataba los nudos de la red orgónica para recuperar su prenda. Su huésped no le había dado problemas, era cierto, pero tampoco se había quedado quietecito del todo. Echaba de menos el efecto sedante que tenía su conocido chaleco.

—Se han llevado a Tebrich —comentó Crespo con aire casual.

—¿A América?

Crespo asintió. Él se encogió de hombros y comenzó a liar un porro sin siquiera ponerse la camisa sobre el chaleco.

—Supongo que era inevitable.

—Lo siento, Bro —intervino por fin Callahan—. Siento eso, de veras. Creo que Tebrich debería pagar por lo que ha hecho.

—Lo sé, gracias. Yo también lo creo. Aunque nos haya ayudado en esta crisis, eso no limpia la sangre que tiene en sus manos. Pero aquí, en Londres, no estoy en condiciones de forzar un pulso a las autoridades capitalistas. Lo que ocurra con ella ya no depende de mí.

Callahan levantó una ceja. Había captado el mensaje oculto.

—¿Galkin y Korzhanenko? —preguntó.

Bronislaw sonrió.

—Quizá —respondió, enigmático—. Pero ahora tenemos dos cosas importantes de las que hablar. La primera, que me debéis una visita culinaria a Sanok.

—Estaré encantada de probar tus platos.

—Perfecto. Creo que el verano será la mejor época. Así, además, tendremos tiempo para conseguir las autorizaciones. La segunda cosa... —miró a Crespo— hace referencia al lugar donde estamos. Creo que ya hemos postergado demasiado nuestra decisión final sobre el tema, y tras hablar con el politburó puedo decir que...

—Espere —interrumpió Crespo—. No diga nada. Antes quiero hablar yo. Tengo que pedirles algo. Yo... Es importante. Un... favor personal, si quieren. Quiero que voten en contra.

Tras semejante disparo a bocajarro hubo un instante de silencio. Bronislaw miró a Callahan y ella le devolvió la mirada, tan confusa como él.

—Perdone, Crespo, pero no le entiendo —dijo la americana—. ¿Está diciendo que hagamos lo contrario de lo que quería? Nos hicieron ir a España para conseguir nuestro voto, ¿recuerda?

—Sí, ya lo sé. Yo estaba ahí.

—Usted nos engatusó, nos chantajeó, negoció de mil maneras. ¡Incluso me contó... lo del barco para convencerme! ¿Y después de insistir tanto, ahora recula? ¿Qué ha cambiado?

Arturo suspiró.

—Precisamente el barco. Eso ha cambiado. En el barco hablé con Tebrich. Ella... Ella estaba encantada con la idea de que España entrara en la ODA. Incluso me ofreció su ayuda para lograrlo. Fue en ese momento cuando decidí que debía impedirlo. No porque no lo quiera. Como le dije en el barco, tengo motivos personales para querer estar aquí en Londres, y eso solo lo puedo lograr si triunfo en mi misión. Pero, si España entra en la ODA... Miren cómo está ya la organización: la URSS ocultando información vital, Estados Unidos llevándose a las pesadillas para usarlas como arma... La casa de Tócame Roque, tan desbaratada como ese pastiche de la ONU. No sé si ustedes lograrán ponerse de acuerdo para hacer que ese chiringuito funcione, pero tengo claro que con España dentro será imposible. Ni siquiera los reformistas del Gobierno creen que la brujería sea buena. En la ODA no aportaríamos nada y sí podríamos poner palos en las ruedas. Y, ¿saben qué? Que si aparecen más pesadillas no quiero que la ODA esté todavía más dividida. Así que España no debe entrar.

»Me doy cuenta de lo que les pido. También sé que será un sacrificio para ustedes. Al fin y al cabo, si yo no cumplo, ustedes se quedan sin Fierabrás; pero... también he pensado en ello. Es decir, tengo fama de filtrar informaciones. Si me hacen este favor... podríamos llegar a un acuerdo informal ustedes dos y yo.

Cuando Crespo calló, nadie dijo nada más durante un tiempo. Se limitaron a mirarse, sopesar las palabras recordando todo lo que habían vivido. Todo lo que podrían haber llegado a vivir, por desgracia, de no haber tenido éxito. Bronislaw asintió.

—Respeto su decisión, teniente. Por mi parte, un acuerdo informal es tanto como un éxito.

Callahan sacudió la cabeza.

—Yo no lo entiendo. Crespo, es muy sencillo. Yo le di la solución el primer día: cambie las cosas. Haga que en España acepten a los magos. Sean abiertos de verdad, no solo para aparentar.

Usted ha visto las ventajas que pueden dar nuestros poderes. Si normalizan la magia, ustedes podrían entrar en la ODA y ser útiles al mismo tiempo.

El militar bufó.

—Eso mismo me sugirió Tebrich. Pero yo tampoco le mentí a usted en la churrería: los valores de mi país no están en venta. Creo que la llegada de la brujería es una de las peores cosas que le han pasado al mundo. Creo que los malosviajes están aquí por culpa de los *hippies*. Y eso no se cambia con un precio que ustedes puedan pagar. Así que no, no vamos a... «normalizar» nada. Y menos cosas que no son normales. Y ahora, si me disculpan, tengo que llamar a Madrid.

Miri no dejó que el militar español se alejara demasiado. En cuanto fue capaz de controlar su respiración y los nervios por lo que iba a decir, corrió hacia él. A un lugar en el que Mazur no pudiera oírlos.

—¡Espere! —le dijo—. Tengo que hablar con usted.

Crespo adoptó esa pose de firmes que solía poner sin darse cuenta cuando atendía a alguien.

—La escucho.

Llegaba la prueba de fuego. Ella meditó bien sus palabras. No quería equivocarse al elegir las, no con la susceptibilidad que había entre ellos. Cada término debía estar tan controlado como si fuera parte de un tratado internacional.

—Quiero pedirle disculpas. Quiero que sepa que estoy arrepentida de cómo ha sido nuestra relación. Si pudiera, cambiaría muchas de las cosas que le dije. No debí ofenderlo a usted ni a su país. Que ustedes hagan las cosas diferentes no significa que sean peores. También respeto su religión. Y, sobre lo que me dijo en el barco... también lo entiendo. No es algo importante. No es algo que lo defina a usted como persona.

Dejó de hablar y Crespo la miró durante un largo tiempo. Se notaba la sorpresa en su rostro. Sin duda, aquellas palabras eran lo último que esperaba escuchar de la testaruda americana que tanto lo había incordiado.

—Yo... se lo agradezco, Callahan. Y quiero que sepa que usted también tiene mi respeto.

Se dieron la mano y se despidieron con cordialidad. En cuanto Crespo se alejó lo bastante, Miri soltó una exhalación y dejó de controlar el flujo de su *ki*.

Mazur tenía razón. El español ni se había enterado. Se había tragado toda esa sarta de mentiras. No había detectado el desprecio que sentía por él, una persona capaz de dejarse llevar por sus prejuicios antes que permitir un mínimo de apertura en su retrógrado país. No había notado la frustración que sentía al estar ante alguien guiado por el mismo fanatismo mesiánico que Tebrich. No había captado la rabia que afloraba a su pecho cada vez que recordaba que estaba frente a un maltratador.

Era cierto. La transferencia le daba el poder de evitar las lecturas de aura.

Dos días después, superada la resaca tras la descomunal borrachera que había pillado con Kendrick, Miri preparó sus cosas para volver a Estados Unidos. Ramírez ya tenía su itinerario de vuelo y la estaría esperando en Dulles. También le había confirmado lo que Miri se temía: su llegada sería cualquier cosa menos discreta. Se había corrido la voz de quién era ella y, según había comentado el secretario Lennon con alegría, decenas de medios se morían por una entrevista. La gente volvía a estar ilusionada con Otras Realidades.

Así que la astrología había acertado, al fin y al cabo.

Sin embargo, ella no se sentía igual de optimista a la hora de evaluar los resultados obtenidos. Porque, en el fondo, las cosas seguían estando igual de mal que antes, si no peor.

Agatha Tebrich todavía creía que hablaba en nombre de Dios y que todo lo que había pasado era una especie de retorcida prueba de fe. Una prueba de fe que, además y desde su punto de vista, había superado. Entre aquello y el hecho de que encima Gunton la hubiera recompensado con un tranquilo trabajo en Washington, no habría quien la convenciera de que era una fanática, una intolerante, una asesina.

Gunton también se creía con la razón de su lado. Sí, el éxito de cara a la galería había sido del DOR, pero en el gran tablero de la geopolítica habían ganado los halcones, las personas cuya única estrategia para afrontar la rivalidad con la URSS era provocar su total destrucción o morir en el intento. Gente que seguía pensando que acumular armas nucleares por millares era una maniobra cabal. A Miri le costaba considerar eso como un éxito.

Crespo también seguía empecinado en que su forma de actuar era la correcta. Pensaba que se podía servir a un régimen político tan fanático como Tebrich, tan agresivo como Gunton y tan poco respetuoso con los derechos humanos como la URSS, y al mismo tiempo creer que se hacía por un supuesto bien mayor. Aun admitiendo las inconsistencias interiores de ese tipo de pensamiento, el teniente español era incapaz de rechazarlas.

Y ni siquiera Mazur se libraba. A pesar de todo lo que había visto en Berlín, a pesar de darse cuenta del daño que el bloque soviético había hecho ocultando lo que sabía sobre los malosviajes, a pesar de que ese secretismo podría haber dado alas a radicales como Gunton y Tebrich, aun así seguía pensando que el comunismo era la solución a todos los problemas sociales.

Todos seguros de sí mismos, con ideas incompatibles entre sí.

¿Quién tenía razón?

¿Quién la tiene cuando todos creen tenerla?

Y ella...

¿Qué creía ella?

Le llegó el eco de las palabras de Springsteen. A la sombra de la penitenciaría. Diez años ya en la carretera y sin ningún lugar al que dirigirse.

Miri se fue a casa sabiendo que estaba jodida.

Benavides había pasado media hora mofándose de él al teléfono.

La cosa había empezado cuando Arturo había admitido que España no podría entrar en la ODA, y había seguido hasta que su superior se quedó sin aliento de tantas burlas. Se había regodeado en la situación como un verraco en su propia inmundicia. Quedaba claro que el fracaso de la misión era para él un sueño húmedo hecho realidad. Porque no había fracasado España ni el CESID, sino Arturo y los reformistas. En el Gobierno, el ala conservadora había afianzado su poder: el país sería un poquito más... chapado a la antigua a partir de entonces. Menos proclive a aventuras aperturistas. Y los valedores reformistas de Arturo nada podrían hacer para protegerlo. Bastante tendrían con salvar sus propias cabezas tras la debacle. ¡Revelar el más importante secreto de Inteligencia a cambio de nada! ¡Soportar la humillación del rechazo tanto americano como soviético! ¡Menudo dislate! ¿A quién se le había ocurrido tan ridículo plan? Y todo el mundo jugando al escondite inglés.

Cosa que por fin dejaba las manos libres a Benavides para cumplir su venganza. Arturo tendría suerte si acababa de bedel en la Cuesta de las Perdices. O fregando letrinas.

Pero no se arrepentía. Su decisión había sido la correcta, sin importar el coste personal. Iba a comer mierda hasta el día del Juicio Final, pero si hacía falta la tragaría a dentelladas. Además, aquel día, el resto del mundo se podía ir al carajo veintinueve.

Al entrar en Hyde Park se sorprendió de lo enorme del lugar; debía de ser tan grande como el Retiro. Pero había diferencias, por supuesto. El frío del copón, para empezar. Por más capas de ropa que Arturo se pusiera, aquel clima horrible seguía colándose bajo su piel.

Luego había algunos detalles que nadie vería jamás en Madrid.

Como eso del «Speakers' Corner». ¡Un rinconcito para que cualquiera pudiera soltar discursos de lo que le apeteciera, así, a la buena de Dios! Menudas ideas que tenían los ingleses... Permitir que cualquiera pudiera decir la primera tontería que le pasara por la cabeza, incluso insultando a su gobierno si se terciaba. ¿Eso era libertad, se suponía que estaba bien? En el fondo, Mazur lo había clavado con su definición: dependía de lo que uno considerara libertad. O libertinaje.

Pero Arturo no había ido a hacer turismo ni a escuchar soflamas ridículas.

Se encaminó a paso ágil al lugar pactado.

Había que reconocer que don Juan Antonio era un hombre de palabra. Y que aunque no pudiera protegerlo como hasta entonces, sí que tenía medios para cuidar de él. No sabía cómo lo había conseguido, pero sí tenía claro que el sacerdote podía ser muy persuasivo cuando se lo proponía.

Además, solo se trataba de una primera aproximación. Sin compromisos. Sin riesgos.

Y lo importante, lo que le daba sentido a seguir vivo, era que Adela había aceptado.

Lo esperaba sentada en uno de los bancos del parque, a poca distancia de Víctor. El chaval, correteando por el lugar, dejó a Arturo con la boca abierta. Había crecido una barbaridad. Adela, en cambio, estaba tal y como la recordaba.

Aunque el resto de su vida fuera un desastre, aquella oportunidad era una bendición. No aseguraba nada, quedaba mucho camino por recorrer, todo dependía sobre todo de él y su autocontrol, pero ahí estaba: la posibilidad de cambiar lo que de verdad merecía la pena.

Respiró hondo y fue hacia su familia. En aquel momento comenzó a nevar. Una precipitación suave, casi amorosa, que acariciaba la cara con su frío beso. Los copos le parecieron a Arturo pétalos de almendro.

Agradecimientos

Ganador del Premio Minotauro. ¡Figúrate!

Es cierto que escribí esta novela con el objetivo de presentarla al certamen, pero jamás habría imaginado que llegaría tan lejos. Después de que *Con otros ojos* quedara finalista hace algunos años suponía que podía repetir posición. Pero lo de ganar... aún lo estoy asimilando.

Sin embargo este éxito no es solo mío. Como ocurre en todas mis novelas desde *Con otros ojos* he tenido detrás a un formidable equipo de lectura. Sus integrantes han dedicado tiempo personal a leer y releer mis borradores, y me han ofrecido consejos de lo más valiosos. Así que muchas gracias (en riguroso orden alfabético) a Belén Alfaya, David Codosero, Montxo Durán, Albert Estrada, Aurora Ranchal e Iván Valladares.

Deseo hacer mención aparte a tres integrantes de esta versión literaria de los Vengadores: Vicente Arosa, Enric Jofre y Xavi Vila. Entre los tres —sin saberlo, porque no leían los comentarios de los demás— tuvieron una especie de competición para ver quién hacía un estudio más exhaustivo de la novela. Sus páginas y páginas de correcciones ortotipográficas, teorías más o menos acertadas sobre lo que estaba pasando, dudas acerca de las cosas que no encajaban y recomendaciones en general fueron un auténtico tesoro para mí.

En fin, si he llegado hasta aquí ha sido gracias a estas personas y ante ellas me quito el sombrero. A ver si la distancia nos permite algún día hacer una quedada para celebrarlo en común.

También quiero agradecer su confianza al jurado del Premio Minotauro; me resulta difícil pensar sin marearme en que personas de su categoría han leído mi novela y la valoran positivamente. Y a los integrantes de Editorial Minotauro, que en el poquito tiempo que hace que los conozco ya me han demostrado lo profesionales que son; es un placer trabajar a su lado.

Por último quiero agradecerte a ti la lectura de *Más fría que la guerra*. Espero que esta historia te haya entretenido y (¿quién sabe?) hecho pensar sobre los temas que planteo. Si tienes ganas de que hablemos estaré encantado de que me cuentes tanto lo que te ha gustado como lo que no; de todo puedo aprender para obras futuras. Me tienes en Twitter bajo el nombre de usuario @fabianplaza, y también estoy en Goodreads.

VIGO, SEPTIEMBRE DE 2021

Más fría que la guerra
Fabián Plaza Miranda

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada: © Cover Kitchen

© Fabián Plaza Miranda, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2021

ISBN: 978-84-450-1247-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

